

DOMINIC SMITH

LA ÚLTIMA PINTURA DE SARA DE VOS

UN MISTERIOSO CUADRO DEL SIGLO XVII
ENLAZA TRES SIGLOS, TRES VIDAS
Y TRES CONTINENTES



MAEVA

LIBRO
— DEL —
AÑO

DOMINIC SMITH

LA ÚLTIMA
PINTURA DE
SARA
DE
VOS

Traducción:

Isabel Ferrer y Carlos Milla



MAEVA

Índice

Cubierta

La última pintura de Sara de Vos

La editora

Dedicatoria

Nota del autor

Primera parte

Upper East Side

Ámsterdam / Berckhey

Brooklyn

Ámsterdam

Upper East Side

Sídney

Segunda parte

Ámsterdam

Nueva Jersey

Brooklyn

De camino a Sídney

Manhattan

Ámsterdam

Sídney

Manhattan

Adiós a Ámsterdam

Sídney

Manhattan

Heemstede

Manhattan

Sídney

Heemstede

Manhattan
Sídney
Heemstede
Agradecimientos
Créditos

Estimado lector,

A una novela le pedimos que nos conquiste, que nos convenza de que el tiempo que vamos a pasar sumergidos en sus páginas va a valer la pena. *La última pintura de Sara de Vos*, de Dominic Smith, cumple con creces su parte de ese pacto.

La historia nos traslada al Ámsterdam del siglo xvii, en pleno Siglo de Oro de la pintura holandesa; a la lujosa casa de Manhattan en la que vive Marty de Groot en la década de 1950, y al modesto apartamento de Ellie Shipley, una chica brillante que intenta abrirse paso en el mundo del arte. A medida que avanzamos en la lectura, nos preguntamos qué une el destino de estos tres personajes separados por tres siglos. La respuesta la tiene un cuadro, *En el linde de un bosque*.

El universo que construye Dominic Smith está habitado por seres tan misteriosos como reales. La pasión que él siente por el arte logra fascinarnos y transmitir los enigmas que encierra ese cuadro a lo largo de generaciones. También se pregunta qué fue de las mujeres que pertenecieron a la misma escuela que Rembrandt o Vermeer y cuyas obras nos han llegado casi de milagro. Sara de Vos es un personaje de ficción, pero está inspirado en dos pintoras, Judith Leyster y Sara van Baalbergen, dos de las veinticinco mujeres que en el siglo xvii lograron encontrar su lugar en el gremio de los pintores de la época, donde muchas de ellas pintaron cuadros que luego se atribuyeron a los hombres.

La última pintura de Sara de Vos enlaza de un modo magistral las vidas de los tres protagonistas –Sara, Marty y Ellie–, y nos muestra hasta qué punto el azar, nuestras decisiones y sus imprevisibles consecuencias conspiran para dar forma al destino.

Y todo ello gracias a un cuadro que narra la más triste vivencia de su autora, y que transmite el mismo asombro, la misma mirada que permanece inalterable desde el siglo xvii al xxi, cuando, al final de la novela, pasado y presente confluyen de manera irremediable. Por todo esto merece ser nuestro LIBRO del AÑO.

Te animamos a que comiences a leerlo y descubrirás qué esconde el misterioso cuadro de Sara de Vos.

La editora

*Para Tamara Smith, parlamentaria:
querida hermana, leal amiga, pionera*

Nota del autor

En el siglo XVII, la Guilda de San Lucas de los Países Bajos controlaba todos los aspectos de la vida artística profesional, incluso detalles como quién estaba autorizado a firmar y datar las pinturas. Entre los miembros de la guilda había pintores de la talla de Rembrandt, Vermeer, Frans Hals y Jan van Goyen. Según los archivos históricos, en el siglo XVII hasta veinticinco mujeres fueron miembros de la guilda. Pero solo unas pocas de esas artistas realizaron obras que aún se conservan o que se les han atribuido correctamente. Durante más de un siglo, la autoría de las pinturas de Judith Leyster se asignó a Frans Hals.

Una de esas lagunas en los registros históricos atañe a Sarah van Baalbergen, la primera mujer admitida en la Guilda de San Lucas de Haarlem. Accedió en 1631, dos años antes que Judith Leyster. No se conserva ninguna obra de Van Baalbergen.

Aunque esto es una obra de ficción, la novela utiliza esos vacíos históricos como trampolín a la invención. Para favorecer la narración combina detalles biográficos de diversas mujeres del Siglo de Oro holandés.

En el linde de un bosque (1636)

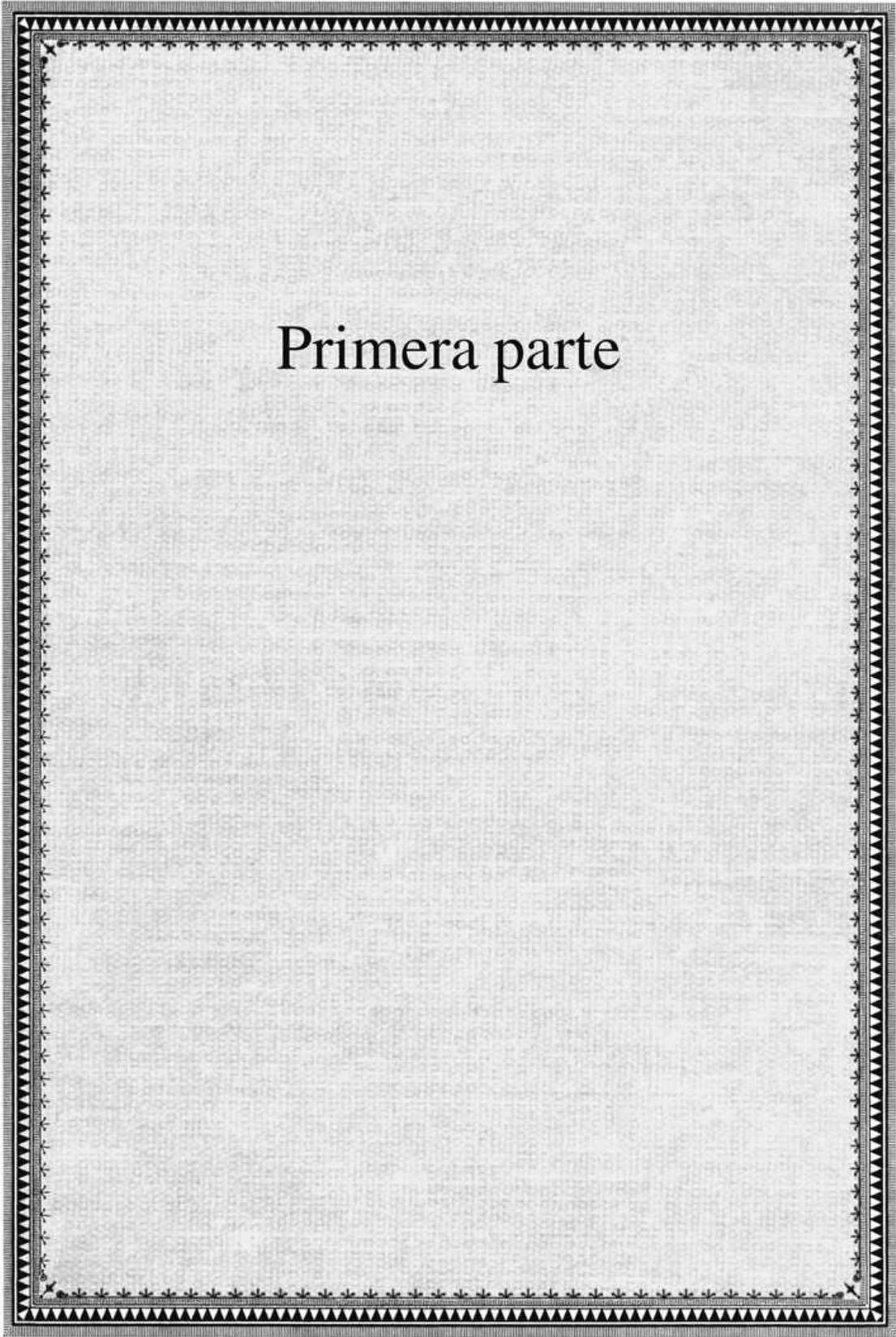
Óleo sobre lienzo

75 x 60 cm

Sara de Vos

Escuela Holandesa, 1607-16??

Escena invernal en el crepúsculo. La niña, de pie en primer plano junto a un abedul. Con una mano pálida apoyada en la corteza del árbol contempla a los patinadores que se deslizan por el río helado. Son cinco o seis, bien abrigados para protegerse del frío, manchas de ropa marrón y amarilla flotando sobre el hielo. Un perro pinto trota junto a un niño a la par que este traza una amplia curva. Con un mitón en alto, hace señas a la niña, a nosotros. Río arriba, en la orilla, una aldea adormilada, envuelta en el humo y el resplandor de las hogueras, se recorta contra la bóveda de un cielo de color peltre. Una única cascada de luz solar en el horizonte, una pradera vivamente iluminada bajo una hendidura entre las nubes, y de pronto se nos revelan los pies de la niña descalzos en la nieve. Un cuervo – pintado a pluma en violeta, con una leve iridiscencia– grazna desde una rama junto a ella. En una mano, entre los dedos esbeltos, la niña sostiene una cinta negra deshilachada, y el dobladillo del vestido, visible bajo un largo mantón gris, está roto. El rostro de la niña se ve casi de perfil, su cabello oscuro suelto sobre los hombros y enmarañado. Mantiene la mirada fija en un punto lejano, pero ¿qué la inmoviliza? ¿El miedo o el extraño halo del crepúsculo invernal? Parece no poder, o no querer, tender la mano hacia la orilla del río helado. Las huellas de sus pies retroceden en la nieve, hacia el bosque, más allá del marco. De algún modo ha entrado en la escena desde el exterior de la pintura, se ha abierto paso afanosamente hasta el lienzo desde nuestro mundo, no desde el suyo.



Primera parte

Upper East Side

Noviembre de 1957

El lienzo fue robado la misma semana que los rusos mandaron una perra al espacio. Lo arrancaron de la pared de encima del cabecero del lecho conyugal durante una cena benéfica para recaudar fondos destinados a los huérfanos. Así contará este suceso Marty de Groot en los años venideros, así se lo presentará a los socios del bufete, y así lo narrará, con un sesgo cómico, en las cenas y ante una copa en el Club de Tenis. Allí nos encontramos nosotros, untando gambas con salsa rosa, servido todo en la mejor vajilla de porcelana de Rachel, fuera, en la terraza, porque hace un tiempo agradable a pesar de estar a primeros de noviembre, y entretanto dos hampones –intermediarios disfrazados de camareros de *catering*, por decir algo– sustituyen el cuadro auténtico por una meticulosa falsificación. Este último apelativo, «meticulosa falsificación», será motivo de especial orgullo. Lo esgrimirá ante amigos y agentes de seguros y ante el investigador privado, porque sube el ritmo de la acción narrativa, induce a pensar que un prodigio o una mente privilegiada ha estado urdiendo pacientemente su plan contra él, del mismo modo que los rusos llevan tantos años conspirando para colonizar la estratosfera. Ese apelativo contribuirá a ocultar el hecho de que Marty tardó meses en advertir la presencia de la hermosa falsificación.

Lo que omitirá al contar el relato ante la mayoría de la gente es que *En el linde de un bosque* pertenece a su familia desde hace más de tres siglos, legado a él por su padre en el lecho de muerte. No mencionará que es la única pintura que se conserva de Sara de Vos, la primera mujer admitida, en 1631, con el rango de maestro en la Guilda de San Lucas en Holanda. ¿Y a quién podía contar que le gustaba mirar el rostro pálido y enigmático de la niña mientras, lenta y contemplativamente, hacía el amor a su melancólica esposa en los años posteriores a su segundo aborto? No, todo eso se lo guardará para

sí mismo, como una fe íntima en un dios voluble. Es agnóstico pero proclive a arranques de superstición descabellada, un rasgo de personalidad que procura disimular. Llegará a sospechar que la desaparición de ese cuadro ha sido la causa de que Rachel haya superado una larga depresión y la razón de que su bufete por fin lo haya nombrado socio. O que el condenado cuadro explica trescientos años de gota, reumatismo, insuficiencia cardíaca, esterilidad intermitente y derrames cerebrales en su linaje. Allí donde ha estado colgado ese cuadro –en Londres, Ámsterdam o Nueva York–, ninguno de los anteriores propietarios, comprende por fin Marty, pasó de los sesenta años.

El servicio de alquiler de *beatniks* es a lo que recurre Rachel para tratar de animarse. Con sensación de aburrimiento ante la perspectiva de estar en compañía de abogados especialistas en patentes ligeramente ebrios, con camisas de puño vuelto, cuya conversación gira en torno a sus propiedades y las excursiones en velero en Nantucket, se acordó de un anuncio que había recortado de una revista de antiguos alumnos y fue a buscarlo a su caja de recetas: «Dele sazón a su fiesta en Tuxedo Park... alquile un *beatnik*. Con todo el equipamiento: barba, gafas de sol, vieja casaca militar, Levi's, camisa raída, zapatillas o sandalias (opcional). Se hacen descuentos por prescindir de la barba, calzado o corte de pelo. Disponemos también de *beatniks* en versión femenina».

Si año tras año pretendía recaudar dinero para los huérfanos de la ciudad –esa idea incluso a ella se le antojaba propia de una novela de Dickens–, ¿por qué no abrir las puertas a la ciudad, traer algo de polvo y color del Lower East Side y el Village? Cuando telefoneó al número facilitado en el anuncio, contestó una mujer de voz gangosa, que al parecer leía de un texto. Por una tarifa fija de doscientos cincuenta dólares, la mujer prometió sin inflexiones que dos artistas, dos poetas y dos intelectuales se presentarían a la hora acordada. Rachel se imaginó un sótano en Queens donde divorciados con auriculares esperaban sentados como violetas africanas bajo luces fluorescentes; a actores en paro que llegaban de Hoboken en busca de la casa con su dirección anotada en un librito de cerillas. La mujer preguntó: «¿Cuántos *beatniks* desea, señora?» y «¿Prefiere que las mujeres lleven

mantones mexicanos o chaquetas bolero?». Acabada la conversación telefónica, Rachel había elegido el vestuario completo de los *beatniks*, que incluía zapatillas de ballet, boinas, gafas de sol y pendientes de plata. De eso hace semanas, y ahora —el día del acontecimiento— se pregunta si la idea en su conjunto no es de mal gusto. Una perra rusa traza la órbita del planeta, y ella teme que su intrascendente broma se considere frívola y poco patriótica. Cavila al respecto toda la mañana, incapaz de decir a Marty que una *troupe* de bohemios llegará a las nueve en punto, durante los cócteles de sobremesa.

También Marty, por su cuenta, ha previsto cierto entretenimiento, una pequeña exhibición para sus invitados y colegas. Se lo calla mientras Rachel trajina entre los camareros del servicio de *catering*. A las cinco de la tarde, las tres plantas del ático de ese edificio construido antes de la guerra huelen a azucena y pan, y el aroma despierta sus sentidos de una sacudida. De pie junto a la puerta balconera de la última planta, donde no estorba, contempla las salas bruñidas por la luz vespertina. Se percibe una fugaz sensación de nostalgia y satisfacción a medida que la penumbra se derrama por el espacio interior. Todo parece inverosímilmente sólido y real a esa hora del día y en esa época del año, imbuidos los objetos de trascendencia. En su niñez, esa estancia siempre le pareció remota, como la sala de un museo. Los retratos holandeses del siglo XVII, con sus sombríos revestimientos de madera en segundo plano, le resultaban opresivos; las cajas orientales lacadas le parecían austeras y distantes. En cambio, ahora que todo esto es de su propiedad, le reconforta contemplarlo en esta hora previa al momento de encender la primera lámpara. Una vida contenida, desgranada en objetos. Cuando cierra los ojos percibe el aroma del aceite de linaza de las marinas o de las alfombras de oración turcas que huelen a algo parecido al heno caliente. Se sirve dos dedos de whisky de malta solo y se acomoda en el sillón de cuero danés: su butaca de Hamlet, así lo llama Rachel. *Carraway*, el beagle de diez años, se acerca al trote por el pasillo y lo atraviesa correteando por el suelo de parqué, acompañado del tintineo de su chapa metálica. Marty baja una mano y permite al perro lamerle las yemas de los dedos. Y es entonces cuando ve a Rachel, a través del umbral de la alargada cocina, desplazándose entre los camareros del servicio de *catering* con sus

almidonados delantales blancos. Con la cabeza gacha, toqueteándose ociosamente el collar de perlas con una mano, conversa con tal diplomacia que aquello de lo que están hablando podría ser un asunto de seguridad nacional, y no el arroz pilaf y el salmón salvaje. Se le ocurre que ella siempre da lo mejor de sí cuando está sumida en los preparativos, ya sean de un viaje, de una cena o de una fiesta. Últimamente es muy visible esa discreta fatiga que los dos prefieren pasar por alto. Rachel se halla en todo momento al borde de un entrecortado suspiro, y cada vez que entra en una habitación parece que antes ha tenido que hacer un alto en el pasillo para recomponerse, como un actor que se dispone a salir al escenario. En ocasiones, cuando él llega a casa tarde de la oficina, la encuentra dormida en el salón con todas las luces apagadas y con *Carraway* hecho un ovillo a su lado. O encuentra copas de vino vacías por toda la casa, en la biblioteca o junto a la cama, y novelas rusas metidas entre los cojines o abandonadas en la terraza para que se destiñan y se ajen a la intemperie.

Ella advierte su mirada y se dirige hacia él. Sonriéndole, Marty acaricia detrás de las orejas a *Carraway*. Da la impresión, piensa, de que en los últimos cinco años su mujer ha envejecido veinte. Él cumplió cuarenta en primavera, lo que da la puntilla a su estancada trayectoria profesional y la incapacidad de la pareja para traer hijos al mundo. Tiene la sensación de que lo ha empezado todo tarde: los estudios de derecho, la carrera profesional, las primeras tentativas de formar familia. La riqueza heredada lo ha rezagado y ha detenido su vida hasta pasados los treinta años. Siete años, poco más o menos, era el tiempo de espera habitual para un aspirante a socio en el bufete, y él está ahora en su séptimo año. Lo ve en la mirada de Rachel cuando se acerca: «¿Por qué esperamos tanto tiempo?». Ella es ocho años menor que él, pero no tiene tanto aguante. Sin ser frágil, sí es cauta y se la hiere con facilidad. Durante un instante de suspense, Marty piensa que Rachel se aproxima para darle un sobrio beso de esposa, uno de esos gestos ensayados que de vez en cuando ella extrae de los pliegues de su depresión. En lugar de eso, le dice que procure evitar ensuciarse el pantalón con pelos del perro. Pasa tan cerca que él percibe el olor a borgoña en su aliento, y de pronto se pregunta qué pensarán de ella los camareros; acto seguido se desprecia a sí mismo por el hecho de que eso le preocupe. La observa mientras recorre el pasillo hacia el dormitorio y desaparece. Se queda ahí sentado hasta que la estancia absorbe la oscuridad. Al cabo de un rato, se levanta y va de

habitación en habitación encendiendo las luces.

Poco antes de las siete, Hart Hanover, el portero del edificio, llama para anunciar a los De Groot que Clay y Celia Thomas, los primeros invitados en llegar, se disponen a subir. Marty le da las gracias y se acuerda de preguntarle por su madre, una mujer que muere calladamente de cáncer en Queens. «Sobrellevándolo, señor De Groot, gracias por su interés.» Hart es el portero en la esquina de la calle Ochenta Este con la Quinta Avenida desde antes de que el padre de Marty comprara el ático a finales de los años veinte. En el estrecho edificio de catorce plantas hay solo seis apartamentos, y todos los vecinos tratan a Hart como si fuera un bondadoso tío que atraviesa tiempos difíciles. Marty le dice que le enviará una bandeja con algo para cenar del servicio de *catering* y cuelga. Rachel y él bajan a la planta inferior por la escalera y esperan el ascensor. El socio gerente del bufete y su mujer siempre son los primeros en llegar y los primeros en irse, los dos ya sesentones, una pareja que en verano organiza cenas que terminan cuando aún es de día.

Las puertas del ascensor se abren, y los Thomas salen al vestíbulo con suelo de mármol negro. Rachel siempre insiste en recoger los abrigos y los sombreros personalmente, y hay algo en este ritual, esta falsa exhibición de humildad doméstica, que irrita a Marty. La criada, Hester, debe de estar en su habitación viendo la televisión, dado que Rachel, en un alarde de generosidad, le ha concedido casi toda la noche libre. Marty, inmóvil, contempla a su mujer mientras ella coge el abrigo de pelo de camello de su jefe –hace demasiado calor para un abrigo así– y el chal de cachemira de Celia. Marty recuerda lo incómodo que se ve siempre a Clay en los primeros momentos después de su llegada a su casa. Clay ha sido tallado a partir de una estirpe de devotos miembros de la élite de Nueva Inglaterra como un bloque de pizarra azul; desciende de clérigos, intelectuales y un mundo de callados privilegios. Parece envidiar en silencio la riqueza heredada de Marty, aprieta un poco la mandíbula, casi como si percibiera sabor a hierro en la boca, cada vez que va de visita. Marty sospecha que esa es la razón por la que todavía no lo han nombrado socio: su tríplex con despejadas vistas al Metropolitan y a Central Park ofende el sentido de contención aristocrática de su jefe.

Clay hunde las manos en el pantalón del esmoquin y se echa hacia delante sobre las puntas de los pies, con su rostro rebosante de buen talante forzado. Mira a Marty como si este fuese un hombre que hubiera estado cortando leña al aire libre vestido de etiqueta, vigorizado por un momento de tonificante contacto con los elementos.

–¿Has añadido una planta nueva a tu piso, Marty? –le pregunta–. ¡Juraría que cada vez que vengo es más grande!

Marty deja escapar una risita pero se resiste a contestar. Estrecha la mano a Clay –gesto que nunca haría en la oficina– y da un beso a Celia en la mejilla. Detrás de los invitados ve a Rachel, medio sumida en las sombras del guardarropa, deslizar la mano por la tela afelpada del chal de Celia. Sería capaz de entrar en ese guardarropa y no volver a salir nunca más, piensa Marty.

–Se ha empeñado en que viniéramos a pie hasta aquí por la acera contigua al parque –dice Celia.

–Vayamos arriba a por una copa –propone Rachel, y los guía hacia la escalera.

Clay se quita las gruesas gafas y limpia las lentes con un pañuelo. A la luz de la lámpara del pasillo, Marty advierte un enconado verdugón rojo en el caballete de la nariz de Clay y se imagina a un párroco rural a punto de pronunciar un sermón enardecido.

–He pensado que, si vamos a financiar a los huérfanos, debíamos venir caminando. Además, hace una noche magnífica. Ya volveremos en taxi, cariño, descuida. Te lo advierto, Marty, después de semejante paseo, estoy famélico. Dispuesto a comer como un vikingo.

–Tienes suerte –responde Marty–. Rachel ha contratado a todos los servicios de *catering* del estado.

Llegan a la planta decimocuarta y recorren el pasillo hacia la terraza, dejando atrás las puertas cerradas de los dormitorios. Marty ha heredado esa rareza de su difunto padre, un banquero holandés con marcada predilección por la separación entre el espacio público y el privado. Marty incluso tiene sus libros preferidos en el dormitorio, y no en la biblioteca, porque los considera una especie de confesión. Cuando pasan por delante de la cocina y acceden al gran salón, Marty oye el cuarteto de cuerda que empieza a tocar fuera, y por encima del antepecho de la terraza ve los bloques de apartamentos del otro lado del parque, iluminados como transatlánticos,

moteando la oscuridad por encima de las copas de los árboles. Oye un levísimo suspiro escapar de la boca de Celia, sabe que es el sonido de la envidia. Piensa en la sobria casa de piedra de los Thomas con sus ventanas estrechas y el olor a yeso de una rectoría. Clay se aclara la garganta a la vez que examinan las mesas para el banquete dispuestas en la terraza, los entremeses ya servidos y la pirámide reluciente de hielo y gambas.

Celia traga saliva y dice:

–Como de costumbre, todo tiene un aspecto maravilloso, Rachel.

–No he hecho más que unas cuantas llamadas.

–De eso nada –interviene Marty–. Esto viene siendo como planear el desembarco de Normandía desde hace semanas. El caso es que hemos pensado sacar provecho al buen tiempo. Podéis elegir entre fuera o dentro con toda libertad.

–Llévame hasta un gimlet y un puñado de cacahuetes –dice Clay.

Marty oye el tintineo de la calderilla en el bolsillo de Clay y se lo imagina de pie ante un austero escritorio o secreter, agitando monedas de diez y veinticinco centavos en el pantalón del esmoquin. Está seguro de que lleva una navaja en uno de los bolsillos. Dice:

–Lo siento, Clay. Tendrás que conformarte con brie y gambas.

Extiende un brazo, señalando la terraza. Suena el timbre y Rachel se echa a correr por el pasillo antes de que Marty pueda detenerla.

A doscientos dólares el cubierto, la cena de la Sociedad de Asistencia atrae, poco más o menos, a las mismas sesenta personas cada año: abogados, cirujanos, gerentes, esposas filántropas, un diplomático jubilado de la zona alta. Siempre hay que vestir de etiqueta, y los asientos se asignan mediante pequeñas tarjetas, con los nombres escritos a mano, distribuidas en diez mesas redondas. Una vez al año, Rachel telefonea a un artista japonés de Chelsea y le da su lista de invitados. Al cabo de tres días llegan las tarjetas en un sobre de papel de arroz. Marty sigue un método para la asignación de asientos, un truco aprendido de un amigo que organiza las subastas de arte de Sotheby's en Europa. Coloca a los comensales más acaudalados a corta distancia de la silenciosa mesa de la subasta y pide a los camareros que les rellenen las copas de vino cada quince minutos. Gracias a esta estrategia,

estas cenas al servicio de la Sociedad de Asistencia han sido las que más beneficios han generado a lo largo de una década. Obtiene pujas exorbitantemente infladas por cruceros en el Caribe, entradas para la ópera, estilográficas y suscripciones a la revista *Yachting*. Marty calculó en su día que Lance Corbin, un cirujano traumatólogo que ni siquiera tenía yate, pagaba ciento veinte dólares por cada número mensual de esta publicación marítima.

Las mesas, dispuestas en el gran salón con vistas a la terraza, están decoradas con azucenas y una cubertería antigua de plata. Como hace tan buen tiempo, los cócteles, el champán y el postre pueden servirse fuera, pero Marty insiste en que se cene dentro, donde la iluminación es mejor para la firma de cheques, donde las pinturas de género y los paisajes holandeses y flamencos evocan, si no a los huérfanos, sí al menos un ambiente de personas desfavorecidas: el campesino que lleva a rastras el anca de un animal a un sótano de piedra un día inclemente, los parroquianos de una taberna que arrojan cucharas a un gato o el Avercamp con sus campesinos de mejillas sonrojadas patinando por un canal helado.

Cuando Rachel llama a los comensales para que pasen al salón donde se sirve la cena, el cuarteto de cuerda deja las sonatas de Rossini y acomete los conciertos y *adagios* de Bach. Como de costumbre, Rachel y Marty se sientan en mesas distintas para maximizar sus interacciones con los invitados, pero Marty advierte varias veces a lo largo de la cena que su mujer mira con expresión ausente la copa de vino. Clay Thomas cuenta, como cada año, sus anécdotas de cuando servía como enfermero en la Primera Guerra Mundial y jugaba al fútbol con los italianos en un barrizal. Por norma, Marty hace rotar a los invitados de su mesa, pero siempre se coloca diligentemente en el grupo de Clay Thomas. Mientras no lo nombren socio, hará ver cada año que escucha esas batallitas por primera vez.

Después de la cena y la subasta, los comensales van saliendo a la terraza. Se ha instalado una mesa larga con copas de champán, hileras de profiteroles, tartaletas de *crème brûlée* y bombones belgas. Como en años anteriores, Rachel deja que Marty se ocupe de los invitados más importantes. A ella le es imposible entrar en las bromas de los hombres o la charla de las esposas de

los socios, que envían a sus hijos a los mismos colegios y universidades, así que se contenta con acercarse a los asistentes periféricos. La hermana de alguna personalidad importante de la alta sociedad o la prima de fuera de la ciudad de algún miembro de la junta de administración de una organización benéfica: esas son las personas con las que se siente más a gusto, las que no le preguntan si nunca ha deseado fundar una familia. Marty la acusa de esconderse en su propia casa, de mantener conversaciones tensas e incómodas con absolutos desconocidos. Le dice que los socios la consideran altiva en lugar de tímida y frágil. Desde el ángulo de la terraza, en los últimos compases de una conversación sobre el chucho que los científicos rusos encontraron en una calle de Moscú, Rachel ve el recargado reloj de pared del gran salón y cae en la cuenta de que el servicio de alquiler de *beatniks* llegará en menos de media hora. Observa a la gente para hacerse una idea de cómo se desenvolverá la *troupe* entre ellos. No sabe si pretende conferir cierta ligereza a la velada o boicotear el acto. Si ha malinterpretado la situación, recibirá a los bohemios en el vestíbulo, les pagará sus honorarios y los enviará de vuelta a la noche.

La temperatura ha bajado cinco grados, y muchos de los invitados han pedido sus abrigos. Antes, durante los cócteles, Marty ha encendido el fuego en la chimenea de ladrillo exterior, y ella los ha observado mientras Clay y los otros socios, con las copas en la mano, ofrecían consejo por turno. En un momento dado, Clay se ha puesto unos guantes de amianto y ha empuñado un atizador de forja para recolocar los troncos en el centro, explicando a los hombres de menor edad que hacían falta más llamas azules y aire en la base. Ahora, un grupo de ellos se congrega junto al fuego realimentado, abogados con puros y metáforas laxas hablando de filosofía, decadencia urbana y minutas de clientes. A través de las puertas de cristal, Rachel observa a los camareros llevar los platos de la cena a la mesa de recogida instalada en el pasillo del fondo, el antiguo corredor del servicio que rodea las puertas de los dormitorios de la parte de atrás. Marty solía llamarlo el callejón de los orinales, y sostenía que recordaba a su abuela holandesa senil –una bebedora de ginebra empedernida– dejar allí el bacín para que lo recogieran los criados. Pero no había criados, solo un ama de llaves desbordada de trabajo que había clausurado el corredor años antes y que no encontraba los bacines hasta que el olor traspasaba las paredes. Ahora debe de haber allí una docena de camareros. Rachel tiene la impresión de que debería ir a comprobar cómo

van las cosas, cerciorarse de que no hay cristalería rota o camareros empujando el codo, pero entonces ve a Marty conversar con Hester. Más o menos le había concedido la noche libre a Hester, una vez colocadas las flores, porque ya no es joven, así que se pregunta si Marty ha sacado a la pobre de su habitación.

Hester se va de la terraza en dirección a la biblioteca y luego regresa empujando un carrito metálico cubierto por una sábana; del carrito cuelga una maraña de alargadores que arrastra por el suelo. En ese momento, Marty tiene en brazos a *Carraway* y parece estar a punto de pronunciar unas palabras ante los invitados. Unas cuantas copas de vino y pasa a ser la viva imagen de su padre, dispuesto a soltar discursos a la menor provocación, aunque los discursos le salen mal, carecen de armonía y son sensibleros. Ya en otras ocasiones se le han saltado las lágrimas por motivos menos dignos de llanto que los huérfanos, y Rachel se teme lo peor cuando los invitados empiezan a reunirse alrededor. En el rincón de la terraza, un *adagio* de Bach se apaga poco a poco hasta interrumpirse del todo.

Marty fija la mirada por un momento en los rostros iluminados por el fuego y tensa el labio inferior.

–En fin, he pensado en pronunciar unas breves palabras... Gracias a todos por venir y apoyar tan noble causa. Como siempre, esta noche hemos recaudado una buena suma.

Sujetando un puro con la mano libre, da unas palmadas a los cuartos traseros de *Carraway* mientras lo sostiene en la sangría del brazo.

–Como todos sabéis, esta semana se ha lanzado el primer ser vivo a la órbita espacial en un viaje solo de ida...

Rachel alcanza una copa de champán de una bandeja que pasa a su lado. Piensa: ¿De verdad va a saltar del tema de la órbita espacial al de los huérfanos?

–Según me han contado, cuando la perra coma su última ración de alimento dentro de unos días, esa comida estará aliñada con veneno, o se soltará un gas para practicar la eutanasia. Por lo visto, así es como los rusos tratan a sus exploradores caninos del espacio...

Un temblor asoma en su voz a medida que la baja gradualmente. Algunos de los socios, con la mirada puesta en las ascuas de la chimenea, beben de sus copas a sorbos. Rachel se pregunta si desvían la vista por bochorno o en un acto de reflexión patriótica.

–El caso es que no puedo evitar pensar en nuestro pequeño beagle, *Carraway*, y me he dicho que podríamos hacerlo participar de este hecho histórico.

Llegado este momento, Hester ha traído ya una silla de la cocina y Marty coloca al perro con delicadeza en posición de sentado. Destapa el carrito y muestra su equipo de radioaficionado, que suele estar en la biblioteca, junto con los auriculares y un micrófono cromado.

–Resulta que el *Sputnik 2* emite la misma señal que el *1*; es decir, que si encuentro la frecuencia correcta, tendríamos que poder oír al chucho ruso en órbita por encima de nosotros. Según algunos de mis colegas radioaficionados de Chicago, la señal debería estar a nuestro alcance más o menos en estos momentos...

Marty consulta su reloj y acerca la silla de *Carraway* al micrófono.

–Voy a dejar que *Carraway* escuche a su competidora, porque no le vendría mal una pequeña llamada de atención. Para qué negarlo, en diciembre a duras penas consigo que pasee por el parque.

Eso suscita unas risitas.

Rachel observa a los invitados. Las mujeres sonrían cuando *Carraway* acaricia con el hocico la redcilla metálica del micrófono. Los hombres, no tan entusiasmados, intercambian comentarios por la comisura de los labios. Marty enciende el aparato, acciona los botones y hace girar un enorme dial situado en el centro. Se oyen unas interferencias, luego palabras sueltas de un noticiario canadiense y una ráfaga de polca, hasta que finalmente captan la señal: un pitido subacuático. El sonido metálico casi hace daño en los oídos, un tintineo lunar rebosante de tranquila amenaza soviética.

–¿Lo oís? –pregunta Marty–. Son ellos.

A esas alturas, los invitados ya se han aproximado, y Rachel ve a los hombres absortos con los puros inertes a un costado. Durante un minuto largo escuchan la señal. Marty conecta los auriculares, se los pone a *Carraway* en las orejas y baja el volumen. El beagle da un respingo y ladra. Marty dice a sus invitados que el micrófono está apagado, que no está autorizado a dejar que el perro emita ruidos en su indicativo, que si lo hiciera, lo expulsarían de la fraternidad de radioaficionados, pero enseguida los invitados animan a *Carraway* a que la emprenda con la perra rusa. «¡Diles que vamos a por ellos!», exclama uno de los socios. Marty finge encender el micrófono y, en medio de ese revuelo, el perro empieza a ladrar y gañir. Finalmente, Marty le

da a *Carraway* una gamba pelada de una mesa cercana y lo deja marcharse adentro. Todo el mundo aplaude y ovaciona al pequeño patriota. Marty brinda por la exploración del espacio y la estrella ascendente de Estados Unidos. Rachel se vuelve y, por encima del borde de la copa, ve a los *beatniks* de alquiler salir a la terraza por las puertas balconeras, seguidos por Hester, exasperada. Se imagina el desconcierto de Hart Hanover en la portería del edificio, la llamada por el interfono que Hester ha interceptado, y ahora ve aproximarse a los *beatniks*: la respuesta de Estados Unidos a las aspiraciones cósmicas de los rusos. Libertad con barba, sin sujetador, sin zapatos. Son seis: tres hombres y tres mujeres. Uno de los hombres –un poeta marxista o un filósofo vegetariano– parece indignarse sinceramente ante lo que ve en la azotea.

Los *beatniks* abordan al grupo: conversaciones sobre exposiciones de arte en centrales eléctricas abandonadas o sobre cenas a base de tortitas en desvanes sin agua caliente de Thompson Street. Al principio mantienen una actitud bastante afable, e incluso Marty debe admitir que ha sido una idea ingeniosa. Las mujeres, con sandalias, beben vino tinto y ejecutan exóticas danzas ante la chimenea. Una de ellas enseña a la esposa de un socio a bailar el fandango, y el cuarteto vuelve a salir a la terraza para improvisar. Los hombres, barbudos con chaquetas de pana y tabardos, entablan conversaciones con los residentes de la zona alta y muestran un interés antropológico en los rituales de estos nortños pudientes y misteriosos. Los adulan y adoptan una actitud deferente, ríen los nerviosos chistes de un dentista. Una mujer con pendientes en forma de dragón y un director de banca de inversión intercambian tarjetas de visita, solo que la de ella lleva repujada en el anverso la palabra «Aflicción». Durante un cuarto de hora, nadie puede reponerse de este hábil truco, y Marty se acerca a Rachel por detrás para decirle que ha encontrado una magnífica manera de animar la velada. Pero de pronto Marty ve que uno de los hombres –con una boina roja y una casaca excedente del ejército– ha tomado como rehenes a un grupo de invitados en su salita. Desde la terraza ve al hombre subido a una silla antigua a la vez que sostiene en alto el frutero de los De Groot ante su público vagamente aterrorizado. Marty se encamina hacia el interior del salón cuando de repente «Aflicción» se acerca a él con un

plato a rebosar de gambas. Marty se pregunta por qué los camareros no han retirado a estas alturas los aperitivos. ¿Acaso estos bohemios van a intoxicarse en su azotea?

–En realidad me llamo Honey –se presenta–, y me propongo comer el equivalente a mi peso corporal en crustáceos. Tú debes de ser el anfitrión. Encantada de conocerte, anfitrión. –Borracha y descalza, viste una falda con vuelo que parece hecha de viejas telas de retazos *amish*. Marty le ofrece una parca sonrisa e intenta asimilar lo que acontece dentro de su casa.

–¿Qué demonios hace tu amigo subido a una silla? –le pregunta Marty.

–¿Benji? Ah, lleva un buen colocón de bencedrina. Como no te andes con ojo, acabará cargándose el frutero.

Marty se nota cada vez más tenso a medida que avanza hacia el alboroto. En el momento en que cruza la puerta balconera y gira a la derecha, se oye música española salpicada de risotadas y olés.

–Fíjense en esta pera bartlett, damas y zánganos. Suculenta y rebosante de sensualidad, malviviendo al lado de una manzana red delicious..., espera a que se cumpla su máximo destino. –El hombre alcanza la pera del frutero, se la lleva a la boca y la muerde con tal fuerza que salpica en todas direcciones.

–Disculpe, me parece que ya hemos tenido suficiente –dice Marty.

El hombre lo mira desde lo alto de la silla con una actitud imperiosa y con la barba manchada de trozos de pulpa de pera. Marty no sabe nada de anfetaminas, pero distingue a un loco de atar en cuanto lo ve: ese hombre tiene las pupilas tan grandes y brillantes como centavos.

–¿Este es el jefe retrógrado? –pregunta a su público.

–Me parece que debería llamar a la policía –dice Marty. Percibe que otros invitados entran desde la terraza y se distribuyen en silencio a sus espaldas para observar.

El hombre, incrédulo, cabecea.

–Estás pagando por esto, jefe. Creías que los feriantes no haríamos más que venir y bebernos tu champán, leer un poco de poesía sobre viajes en autoestop y acampadas en el bosque, y que después nos iríamos discretamente. Un supuesto erróneo, *amigo*. Una lógica defectuosa, *compadre*. Ahora somos invitados en este museo de la buena sociedad y no nos atenemos a un guión... Tu lado oscuro y tus demonios te han perseguido durante toda tu lamentable vida, hermano. Ahora están aquí. Encantado de conocerte.

Honey, de pie junto a Marty, como si se dirigiera a un caballo nervioso, le dice al hombre enloquecido:

–Tranquilo.

–Les hemos pagado el taxi de vuelta a casa –dice Rachel desde algún lugar entre los presentes–. Los meteremos a todos en un taxi con unas cuantas sobras del *catering*.

Ante esta muestra de condescendencia, el hombre subido a la silla se ladea y gesticula como un evangelista callejero preparándose para el apocalipsis.

–Vaya, eso sí que tiene gracia. No queremos tu puta comida envuelta en papel de aluminio, Lady Macbeth. No estamos aquí por la comida ni por el vino; estamos aquí porque América, con K, está a punto de chuparle el falo al tío Ruso y queremos que todos vosotros veáis de cerca cómo es una polla comunista, una polla rojilla...

En ese momento, Clay Thomas se abre paso a empujones entre la gente. Más tarde, Marty pensará que no parece más enfadado que un hombre que ha despertado bruscamente de una siesta. Parece molesto, pero no se adivina el menor asomo de violencia en su actitud. De camino, se quita el esmoquin, se desabrocha los puños de la camisa y se remanga, como si se dispusiera a lavar los platos. Pero, como corresponde a un antiguo peso wélter de Princeton, Clay es un hombre de movimientos ágiles y marciales. Marty está a punto de preguntarle si deben avisar a la policía cuando se descubre sosteniendo el esmoquin de su jefe. Sin mirar al hombre, Clay se sitúa detrás de la silla y tira de las patas de esta desde atrás, por lo que el beatnik se ve obligado a saltar y cae de cuclillas en el suelo. Al mismo tiempo suelta el frutero, y las manzanas y las peras se desparraman por debajo de los muebles.

–Pero ¡qué coño, viejo!

Clay le da un fuerte empujón en el pecho.

–Ya es hora de que os marchéis todos.

El hombre de la boina se mantiene firme por un momento, sus ojos están velados y las manos flácidas. Tan posible parece que estampe un jarrón antiguo en la cabeza a Clay como que salga corriendo de la casa en un estado de terror narcotizado. Honey y los demás *beatniks* se congregan en el pasillo y llaman a su colega con voces quejumbrosas.

–La policía está de camino –avisa Rachel.

El hombre se detiene a pensárselo, lo rumia en medio de una nebulosa mental. Finalmente se echa atrás sobre los talones y cede; después sigue a sus

amigos por el pasillo. Clay va detrás de ellos cuando enfilan hacia la escalera. Marty llama a Hart Hanover por el interfono y le pide que se asegure de que los intrusos abandonan el edificio cuando lleguen a la portería. Después de cerciorarse de que entran en el ascensor privado en la duodécima planta, Clay reaparece en lo alto de la escalera y recibe una entusiasta salva de aplausos. Marty también aplaude, pero se siente humillado y abochornado. Acaba de presenciar cómo su jefe de sesenta años echaba a los *beatniks* igual que si fueran una pandilla de adolescentes díscolos alborotando en el cine. Para colmo, Rachel ha pagado por esta humillación, llamó y la encargó como si de un servicio de habitaciones se tratara.

Clay, junto a Marty, vuelve a abrocharse los puños. Recupera el esmoquin, se lo pone y dice:

–Invitáis a los leones a una cena, y a veces muerden.

Marty sabe que lo elegante es dar las gracias a Clay por resolver la situación, pero es incapaz. Observa a los Thomas alejarse por el pasillo. Otros invitados empiezan a despedirse y marcharse detrás de ellos. No se ve a Rachel por ninguna parte, y es Hester quien, desazonada, atiende a los invitados en el guardarropa, eludiendo sus miradas. Cuando ya se ha ido el último, Marty se queda inmóvil por un momento de espaldas a la puerta del ascensor. Hester da las buenas noches, y Marty sube por la escalera y busca a tientas en la oscuridad el camino hacia su dormitorio. Solo cuando ya se ha desvestido y está desnudo, a la luz que entra desde el baño contiguo, piensa que el día ha sido una broma cruel. Rachel, vuelta hacia la pared, finge dormir. Él todavía se reconcome de bochorno, lo siente palpar en los nudillos y los dientes. Alza la mirada y contempla la pintura, con la esperanza de que lo arrulle con su gélida quietud. La niña, atrapada entre el bosque y el río helado, es muy frágil. Los patinadores tienen los rostros y las manos sonrojados por el frío. Marty mira la perra que trota por el hielo, en pos del joven, y se acuerda del chucho ruso que gira por el espacio. Tardará años en descubrir que la perra murió poco después de salir de la atmósfera, que no resistió la elevada presión y las temperaturas. En el futuro evocará a la exploradora del espacio muerta y la falsificación que cuelga ante sus ojos y se verá a sí mismo como una persona de una ingenuidad inverosímil. Sin embargo, en ese momento advierte que el marco del cuadro está ligeramente torcido, inclinado unos cinco centímetros en su ángulo derecho. Lo endereza antes de apagar la luz del baño y meterse en la cama.

Ámsterdam / Berckhey

Primavera de 1635

En el largo devenir de su vida, Sara volverá siempre al leviatán. No es la causa de la muerte de Kathrijn ni de todo lo que acontece después, pero sí es el augurio que ensombrecerá sus días. Un domingo de primavera, un día azul y despejado. Ha corrido la voz de que una ballena ha embarrancado en los bajíos arenosos de Berckhey, una aldea de pescadores próxima a Scheveningen. Los lugareños la han amarrado con cables y la han arrastrado a la orilla, donde, durante dos días, ha yacido gimiendo por su correoso orificio nasal. Se ha rociado el cuerpo del monstruo con cubos de agua de mar a fin de retrasar su tránsito el tiempo suficiente para que científicos y estudiosos tomen debida nota de todo. Para el marido de Sara, pintor paisajista de formación, es una rara oportunidad para capturar un espectáculo y representarlo con precisión. Los mercados de primavera generan un activo comercio de lienzos, y este sin duda alcanzará un buen precio. Pero en el camino de arena que lleva a la costa, Sara advierte que medio Ámsterdam ha emprendido la peregrinación para contemplar a este heraldo de las profundidades. Barent tendrá que competir con gran número de dibujantes, pintores y grabadores. Sara también es miembro de la Guilda de San Lucas, aunque a menudo ayuda a Barent con sus paisajes, moliendo pigmentos y elaborando las capas inferiores. Las marinas y las escenas de canales de Barent gozan de gran aceptación entre burgomaestres y mercaderes; alcanzan un valor dos veces superior al que ella obtiene por un bodegón.

Viajan en la parte trasera del carromato de un vecino, con el material para pintar al aire libre y pan y queso en una cesta de mimbre a sus pies. Kathrijn tiene siete años y viste como si fuera a hacerse a la mar: un gorrito ajustado, botas robustas y una brújula colgada de una cadena en torno al cuello. Sara observa el rostro de su hija mientras siguen la caravana de carretas y hombres a caballo en dirección al pólder y a las dunas cubiertas de hierba. Cuando

Barent les habló de lo que se decía del leviatán en las tabernas, de su deseo de ir a pintar el animal arrastrado por el mar hasta la orilla, el semblante de Kathrijn se demudó en una expresión muy grave. No era miedo sino férrea determinación. Desde hace meses la atormentan pesadillas y moja la cama, la persiguen horribles visiones de madrugada. «Tengo que ir a ver eso, padre», dijo muy seria. Barent intentó cambiar de tema, adujo que esa no era excursión para una niña. Durante media hora dio la impresión de que el asunto había quedado zanjado. De pronto, en la cena, Kathrijn se inclinó hacia Sara y le susurró al oído: «Más que nada, quiero ver morir al monstruo». Sara quedó un tanto consternada ante el hecho de que esta tétrica idea saliera de los delicados labios de su hija, pero a la vez lo comprendió. El mar del Norte había arrojado un monstruo desde sus profundidades para que muriese a la vista de todos, amarrado con sogas y cables. Todos los estragos nocturnos, los demonios y espectros que habían mantenido en vela a Kathrijn durante meses podían expulsarse en una sola tarde. Sara dio unas palmadas a su hija en la mano y volvió a centrarse en su tazón de estofado. Esperó a hablar de ello con Barent cuando se fueran a dormir, y al final él cedió.

Cuando rebasan una colina con vistas a la costa, Sara tiene la certeza de que la idea en sí es un tremendo error. A lo lejos, el animal parece un cuero ennegrecido y lustroso tendido a secar al sol. Lo rodean docenas de personas, todas ellas diminutas en comparación con semejante mole. Unos cuantos hombres se han encaramado a su enorme costado con varas de medir y baldes de madera. Hay una escalera de mano apoyada junto a una de sus trémulas aletas, anchas como velas de barco. Cuando el carromato enfila el tramo final hasta la cabeza de la playa, su vecino, Clausz, comenta que él una vez, en su época de marino, vio un ojo de ballena bañado en coñac.

–Era del tamaño de la cabeza de un hombre, y estaba conservado en salmuera en un tarro junto con todos los demás especímenes del capitán procedentes de las latitudes meridionales.

Sara ve que Kathrijn lo escucha con los ojos abiertos como platos y le remete el pelo por detrás de las orejas.

–Quizá nosotras dos podríamos ir de pícnic mientras tu padre pinta –le propone Sara. Kathrijn hace como si no la oyera y se inclina hacia Clausz, que está sentado en el pescante.

–¿Qué es lo que las trae a la costa de esa manera?

El vecino ajusta las riendas y reflexiona por un momento.

–Algunos dicen que son mensajeras del Todopoderoso, un oráculo. Yo me inclino más por pensar que esa bestia sencillamente se ha perdido. Si eso le puede pasar a un barco, ¿por qué no va a pasarle al pez que engulló a Jonás entero?

Llegan a los llanos arenosos, amarran los caballos al tocón de un árbol y acarrean sus pertenencias al lugar del revuelo. Extienden mantas y dejan las cestas. Barent monta el caballete y el bastidor. Le ha pedido a Sara que trabaje a su lado y muele los pigmentos; ella también hará sus propios dibujos, que después se podrán utilizar en el taller.

–He pensado en pintar desde la orilla del mar, quizá con la cabeza de la bestia en primer plano.

Sara coincide en que esa perspectiva quedaría muy bien, aunque opina que la escena transmitiría más dramatismo pintada desde lo alto: la inmensidad del mar vítreo para dar idea de la dimensión, el pez invadido por los residentes de la ciudad como si fueran hormigas, las sombras acortándose bajo el sol del mediodía. Barent podría incluso dibujar hasta el anochecer y después añadir las impresiones finales en la luz menguante. Pero recientemente Sara ha descubierto que Barent prefiere utilizar las ideas de ella en su propio beneficio, así que no dice nada.

Mientras Barent examina el terreno en busca de un lugar para plantar el caballete –que al final coloca a no más de una docena de pasos del artista más cercano–, Sara y Kathrijn se suman al círculo de espectadores. En el aire flota un denso olor a pescado podrido y ámbar gris, una fetidez dulzona. Kathrijn se pinza la nariz y coge a Sara de la mano. Son blanco de alguna que otra mirada admonitoria por parte de los hombres con mandiles de cuero que trabajan con sus varas de medir y sus pomas aromáticas. Sara deduce por las conversaciones de alrededor que un funcionario del Rekenkamer ha reclamado la propiedad del animal y subastará el cuerpo. Oye: «Mañana al mediodía las entrañas de este demonio reventarán bajo el sol y una atroz pestilencia impregnará el aire». La grasa de la ballena se venderá a las jabonerías, los dientes se usarán para tallar adornos, los ungüentos intestinales se exportarán a París para elaborar perfumes almizclados. Un individuo de rostro rubicundo con un libro de registro discute con un colega acerca de la longitud de esa parte *innombrable* de la bestia diabólica, discrepando en cinco centímetros con respecto a la longitud constatada de un metro. Debaten con franqueza científica, denominándola «vara del sexo» y

«brida» en rápida sucesión. Sara se alegra de ver que Kathrijn permanece ajena a las conversaciones de los hombres, escrutando la voluminosa masa desde debajo del borde de su gorro, atraída quizá por el remolino de sus propias visiones nocturnas.

La cola, salpicada de moscas y lapas y parásitos verdosos, tiene la anchura de una barca de arrastre. La ballena está ligeramente enroscada sobre sí misma, como un gato dormido, y madre e hija, sin darse cuenta, se han adentrado en el espacio de hedor ponzoñoso donde se encuentra el tan comentado falo de un metro. Kathrijn, con su voz aflautada, dice:

–Mira, una sanguijuela gigante se le ha pegado al vientre.

El comentario suscita ruidosas carcajadas entre los hombres que están cerca. Sara agarra a Kathrijn por los hombros y la lleva hacia la cabeza del animal. Un aldeano les pregunta si quieren mirar dentro del ojo de la propia bestia, a cambio de tres *stuivers* por cabeza. Ha apoyado una escalera de mano contra la mandíbula y la ha fijado en la arena. Kathrijn mira a su madre con actitud quejumbrosa.

–Puedes subir, pero yo prefiero verlo desde aquí –contesta Sara.

Paga al hombre la tarifa y observa a Kathrijn mientras trepa lentamente por la escalera. Sara percibe una expresión de desconcierto en ese ojo, un depredador atónito mirando hacia el exterior desde la caverna oscura de su propio cráneo y su mente. Imagina a Kathrijn contemplando, atemorizada, el abismo de ese ojo y volviendo a bajar, ya en paz con las obsesiones de sus sueños. Pero el visible esfuerzo de Kathrijn en su ascenso por la escalera y la inclinación con la que se asoma a la cuenca del ojo inducen a pensar en una niña que cumple una penitencia. Entorna la mirada y la fija en el ojo de la ballena durante largo rato; después baja despacio a la playa, donde se niega a pronunciar una sola palabra sobre lo que ha visto.

Dedican el resto de la tarde a dibujar y pintar. Sara trabaja junto a Barent sobre una manta, preparando los pinceles y los pigmentos de su marido, y observa cómo ejecuta él los fragmentos de colores verdes y grises traslúcidos, punteando trazos de ocre amarillo conforme cambia la luz. En su trabajo hay algo enigmático e imperioso, una intensidad que a ella se le escapa en la limitada visión de una naturaleza muerta. Trabajan durante varias horas, Kathrijn junto a ellos con su cuaderno de dibujo con las páginas llenas de hojas, conchas y caballos. Barent y Sara no sienten el menor deseo de estar presentes cuando el animal por fin expire o sus entrañas revienten, así que

acuerdan con Clausz emprender el camino de regreso horas antes de que anochezca. Barent captura toda la escena y la luz posibles; en el taller incorporará los complejos detalles de la ballena a partir de los bosquejos de Sara. Kathrijn realiza breves incursiones hasta la orilla del mar con palos y flores silvestres. Después de varias visitas, Sara cae en la cuenta de que su hija ha montado una pequeña balsa de madera y, con sumo cuidado, ha colocado encima un poco de brezo en flor. No es una pira funeraria exactamente, sino algo para rendir homenaje a la ballena o ahuyentar sus visiones. Las serias supersticiones de los niños de siete años nunca dejan de asombrarla. A menos de treinta pasos, los aldeanos deliberan sobre el profundo significado de que la ballena haya venido a la orilla: una inundación o una hambruna inminentes o Berckhey reducido a cenizas por un incendio. «Que Dios aleje todo mal de nuestra querida patria», masculla una y otra vez un pescador.

En el viaje de vuelta a la ciudad encuentran menos tránsito. A una hora de Ámsterdam, se detienen a las afueras de una aldea para comer algo. Una familia de campesinos ha montado junto al camino un tenderete repleto de bacalao desecado, manzanas y queso. Un niño andrajoso, más o menos de la edad de Kathrijn, ayuda a sus padres en el puesto. Kathrijn, envalentonada de algún modo por la excursión a la playa, pregunta si puede ser ella quien compre la comida. Barent le da dinero, y ella se apea del carromato con los recursos de un comerciante en las Indias Orientales. Administrando el dinero con cautela, elige unas manzanas y unas cuñas de queso. La familia de campesinos ve con tan buenos ojos sus maneras que indica a su propio hijo que concluya la transacción. Todos contemplan encantados la escena de los dos niños de siete años enfrascados en el comercio a pie de camino; incluso hay cierta discusión con respecto a cuáles de las manzanas están en su perfecto punto de madurez. Sara observa desde lo alto del carromato. La única nota discordante está en los ojos enfermizos del niño, un tanto amarillos y soñolientos. Tiene las manos bien lavadas y la ropa limpia. Aun así, Sara recordará sus ojos.

Este es uno de los momentos que Sara revive cuando tres días más tarde la fiebre se ensaña con Kathrijn. Para entonces, Barent ya habrá trabajado en la escena de la ballena con meticuloso detalle, desde los ebúrneos dientes de la boca del monstruo hasta los lazos de cuero del jubón de un pescador. Kathrijn fallecerá pronto, la cuarta noche, con las yemas de los dedos ennegrecidas y

la piel plagada de llagas. Sara deberá quedarse mirando mientras la única hija que Dios le ha dado se marchita y se va. Presa del dolor, Barent se sume en la pintura durante meses interminables, añadiendo figuras y acciones que no han presenciado. Acaba siendo tan lúgubre y premonitoria que no encuentran comprador en los mercados. Un personaje encapuchado se yergue delante de la enorme cabeza, de espaldas al pintor, y hunde un hacha en la carne ennegrecida. Tonalidades plomizas y de azul cobalto tiñen el cielo. Sara deja de pintar del todo hasta que llega el invierno y se hielan los canales. Una tarde azul ve a una niña atravesar penosamente unos matorrales nevados por encima de un ramal helado del Amstel. Algo en la luz, en la niña que surge sola del bosque, la anima a plantarse ante un lienzo. De pronto pintar una naturaleza muerta se le antoja inimaginable.

Brooklyn

Noviembre de 1957

Al alba, una mujer en blusón de artista muele pigmentos y hierve en el fogón pieles de animal para elaborar cola. Corre la década de 1630 y, por lo que a Ellie Shipley se refiere, solo se puede comprar lienzos de la anchura de un telar holandés, poco más de un metro cuarenta. Lee a la luz de una vela, como un actor del método, y realiza enigmáticas visitas a una tienda de suministros que es el establecimiento obligado tanto para restauradores de época como para falsificadores. Aceite de linaza prensado en frío que no se enturbia, aceite de espliego y lavanda, ocre siena y albayalde (una mezcla de plomo y una pizca de vinagre que despidе efluvios durante un mes). Pinta en su cocina, integrada a la sala, donde la luz del norte entra a raudales a través de las ventanas mugrientas con vistas al continuo tráfico de Gowanus Expressway, la autopista. Ve pasar a los viajeros de las afueras en los autobuses con rumbo a la ciudad: cintas metálicas salpicadas de caras. A veces se pregunta si esos pasajeros ven su taller improvisado a modo de imagen persistente tras los cristales del autobús. Quizá en la imaginación de esas personas ella aparece inclinada sobre el fogón, y piensan que está revolviendo un potaje en lugar de derretir piel animal.

El olor en sí limita su vida social: una atmósfera cargada de óxido y almizcle. Situado sobre una lavandería, el apartamento tiene su propia meteorología: un monzón tropical en horario laborable y un clima más fresco y seco por la noche. En los techos hay manchas de humedad y en el ángulo sobre su cama refulge un sutil brocado de moho. En este año, último de doctorado en Historia del Arte, en Columbia, Ellie no ha llevado a nadie a casa desde que vive allí. Debería haber buscado un sitio más cerca de la universidad, pero ha heredado el alquiler ridículamente bajo y el contrato del anterior inquilino, un estudiante natural de Brooklyn. A pesar de la distancia,

Ellie nunca se ha planteado residir en Manhattan. Cuando, para dar señales de vida, escribe alguna carta a sus padres, que están en Sídney, les dice que vive en el Greenwich Village, y luego tiene que acordarse de echar el sobre al buzón de camino a la universidad. Escribe sobre clubes y restaurantes y exposiciones que nunca ha visitado. Estudia las reseñas del *New Yorker* y las repasa en busca de algún que otro detalle rutilante. Su padre es capitán de trasbordador en el puerto de Sídney, su madre secretaria en un colegio, y Ellie no sabe muy bien si esas cartas las escribe por despecho, para recordarles la insignificancia de sus vidas, o si son cavilaciones sobre una vida que no está a su alcance. Ha cruzado medio mundo, piensa, para vivir en una calculada miseria. Su tesis sobre las pintoras del Siglo de Oro holandés permanece inacabada en el apartamento, una hoja mecanografiada a medias se enmohece en el rodillo de una Remington. Hace meses que la tiene abandonada y, de vez en cuando, mirando el perfil curvo de la máquina o la palanca de retorno cromada, piensa: Remington también fabrica fusiles.

Hace unos años, como actividad complementaria, empezó a asesorar en cuestiones de restauración y conservación. Siempre se le ha dado bien el aspecto técnico de la pintura, y es dinero fácil. Antes de decantarse por la historia del arte, estudió en el Courtauld Institute de Londres con el propósito de dedicarse a la conservación. Pero, a pesar de ser la estudiante de restauración más joven y apta, parecía que los puestos más apetecibles en los museos siempre caían en manos de licenciados varones de mayor edad, hombres que vestían cárdigan de trenza y hablaban con acento del entorno de Oxford y Cambridge. El hecho de ser australiana tampoco era de gran ayuda. Los comisarios de los museos la trataban como una novedad, una lumbrera de las colonias que, en todo caso, encontraría trabajo como profesora particular o como restauradora de una pequeña colección de provincias. Así pues, a punto de cumplir los veintiuno, se dejó arrastrar hacia Estados Unidos y la historia del arte, hacia un departamento que incluía a dos mujeres entre el profesorado. Al cabo de tres años de doctorado, después de someterse a los exámenes, su supervisora –Meredith Hornsby, una historiadora del arte especializada en el Siglo de Oro holandés– empezó a pasarle encargos de restauración. Hornsby sentía predilección por Ellie porque era la única doctoranda que no escribía sobre algún aspecto del Renacimiento italiano. Un marchante británico, Gabriel Lodge, buscaba a alguien para autenticar y retocar obras de arte antiguas.

Gabriel Lodge la llevó a tomar un té alguna que otra vez y le pidió que le enseñara fotografías de sus trabajos de restauración. Exiliado de Londres y de una prometedora carrera en Christie's, Gabriel vestía un traje arrugado de color polilla y llevaba un maletín ajado que parecía haber pertenecido en otro tiempo al diplomático de una embajada. Aunque en apariencia era abstraído y disperso, de pronto captaba su atención una pregunta o una idea y en el acto posaba la mirada en el rostro de ella. Por encima de su Earl Grey, la interrogaba sobre fórmulas de pinturas base y veladuras y el recuento de hilos en los lienzos barrocos. Tarareaba y asentía, examinaba las fotografías de ella con una lupa. Por lo visto, Ellie superó esas entrevistas de salón de té, ya que al cabo de unas semanas apareció ante su puerta una pintura deteriorada del siglo XVII.

Unas veces los lienzos se los entregaban en su casa y otras era ella quien iba allí donde se hallaran. Firmaba contratos de confidencialidad, y un chofer la llevaba al lugar donde estaba tal o cual colección privada, en la ciudad, Long Island o Connecticut. Se pasaba tardes enteras encerrada en salas muy recargadas con los pigmentos, óleos y pinceles en su estuche de madera, retocando un par de centímetros cuadrados de lienzo conforme al estilo y la paleta de otro pintor. En ocasiones, un mensajero se presentaba en su apartamento con un retrato flamenco u holandés del siglo XVII mal cuidado, y ella dedicaba semanas a repararlo, reforzar el lienzo o restaurar las capas de pintura base y las veladuras. A veces le pagaban cientos de dólares por un día de trabajo, pero era incapaz de gastar ese dinero. Como habría hecho el trabajo de balde gustosamente, se le antojaba un dinero mal obtenido y también un desquite tangible por los años en los que sus profesores varones no le habían hecho el menor caso en el Courtauld Institute. Gastarlo era diluir su poder.

Cuando Gabriel acudió a ella con el encargo de *En el linde de un bosque*, Ellie había ahorrado ya casi diez mil dólares, así que en rigor no necesitaba el dinero. Él le dijo que el actual propietario quería una réplica exacta, pero no soportaba la idea de separarse del original. Ella, escéptica, le dijo que copiar una obra de arte no era lo mismo que restaurarla. Pero cuando Gabriel le mostró tres fotografías en color en alta resolución de la pintura en su marco, a ella se le cortó la respiración: no se parecía a ninguna otra obra pintada por una mujer en el Barroco. Era un paisaje invernal con la atmósfera glauca de

un Avercamp, los delicados grises y azules y rojizos, los campesinos patinando en el etéreo crepúsculo por encima del hielo, pero con una figura austera y melancólica junto a un árbol. Era la observadora pero también el punto de fuga, el centro de gravedad. Aquello no representaba un entretenimiento de aldeanos antes de caer la noche –un motivo habitual en Avercamp–; aquello era un momento de suspensión, una niña atrapada en la eternidad del anochecer. La niña había sido objeto de un profuso y sutil trabajo de pincel, y el deshilachado dobladillo del vestido resultado de un centenar de filamentos de pintura, cada uno la mitad del ancho de un pelo humano. La atmósfera del cuadro, incluso en las fotografías, era incandescente, contenida. De algún modo combinaba la luz devota y religiosa de un retrato de monasterio y la emotividad de una alegoría italiana.

Gabriel le hablaba mientras ella examinaba las fotografías recorriendo las superficies con la mirada en pequeños círculos. Sintió un cosquilleo de reconocimiento mientras él hablaba. Era la misma sensación que cuando vio su primer Vermeer a los doce años en una visita a una exposición itinerante con el colegio: el resplandor de aquella luz hermosa y melancólica se enroscó para siempre en la base de su columna vertebral, y tendría que acarrearla toda la vida. Gabriel le contó que Sara de Vos fue la primera mujer admitida en la Guilda de San Lucas y que no se conservaba ninguna otra obra suya. Como el cuadro siempre fue propiedad de particulares, ocupaba un lugar pequeño en el mundo del arte, pero se trataba de una pintura de culto. En el transcurso de los siglos, muy pocos historiadores del arte habían llegado a verla, o conocían siquiera su existencia. Ahora, ella podía observarla con todo detalle mediante las fotografías y buscar la mejor manera de copiarla. «Un honor extraordinario», añadió Gabriel. En el siglo XVII, las mujeres holandesas no pintaban paisajes –esa era la idea generalizada–, porque el género exigía pasar largas horas a solas en el exterior, un claro impedimento para el ama de casa holandesa del Siglo de Oro. Aparentemente, Sara de Vos era la única excepción, una pintora formada en los bodegones de quien solo se conservaba esta desgarradora escena exterior. Tanto su padre como su marido eran paisajistas, así que la artista había vivido siempre en torno a esa forma de pintura. Era evidente que Gabriel había estudiado el tema; puede que incluso hubiera ensayado el monólogo de camino a Brooklyn, un pasajero más musitando para sí mismo en el metro. Esa obra era un hito pictórico, una

rareza histórica, y se le pedía a ella que realizara una copia fiel para su legítimo dueño. Esa era la parte del persuasivo discurso de Gabriel que retendría. Ellie contestó que debía pensarlo, pero lo cierto era que ya había decidido aceptar el encargo segundos después de ver las fotografías.

Una de las fotografías estaba tomada de frente, aproximadamente desde dos metros y medio, otra desde un ángulo a una distancia menor, y la última imagen era un primer plano de la niña junto al árbol. Saltaba a la vista que las había hecho un fotógrafo experto. La nitidez y el enfoque inducían a pensar en el uso del trípode; y la película en color era cara, inasequible para la mayoría de los fotógrafos aficionados. Era evidente que alguien había dado indicaciones muy precisas en cuanto a las tomas, a sabiendas de que una imagen lateral en una luz oblicua mostraría claramente la textura del cuadro.

Las dimensiones exactas del marco y el lienzo tensado estaban anotadas a lápiz al dorso de la primera fotografía. Lo suyo habría sido que la pintura abarcara todo el encuadre de la fotografía. Pero, por alguna razón, el fotógrafo no había acercado la imagen totalmente, de modo que se veían un cabezal de caoba y dos fundas de almohada de algodón de color claro. Ellie tuvo la impresión de que la imagen se había tomado desde los pies de una cama de matrimonio con las sábanas revueltas antes del mediodía, y las sombras indicaban la presencia de una luz otoñal sesgada. Debería haberse concentrado en la composición, la textura y el color; sin embargo, antes intentó deducir todo lo posible sobre los propietarios. ¿Quién sería capaz de poner esa hermosa escena de desolación sobre su cama? Captaban su mirada una y otra vez las dos marcas idénticas en las almohadas de algodón beis. Adivinó que el marido dormía en el lado derecho de la cama, porque la funda conservaba la huella de una cabeza más pesada. Ese elemento humano imprevisto confirió al ejercicio, inicialmente, una sensación de intromisión voyerista. Ella estaba invadiendo un mundo doméstico y privado.

Durante la primera semana se paseó mucho descalza por su apartamento de clima ecuatorial, dejando que las racionalizaciones engranaran en su mente. Solo le pagaban por reproducir una pintura y desconocía los entresijos de los asuntos de Gabriel; además, coleccionistas de todo el mundo encargaban copias de sus obras maestras por razones de seguridad. A menudo era la

copia lo que se exponía en la villa de veraneo toscana o el apartamento parisino. Fueran cuales fuesen las circunstancias, ella estaba al margen de eso, en la periferia. Una conservadora a sueldo. Esa era su posición. De pronto, una noche, despertó con un palpitante dolor de cabeza y, desnuda, bebió un vaso de agua en la cocina a oscuras. Percibía las fotografías, como una presencia, en el extremo opuesto de la sala. Tras ir a por la bata al cuarto de baño, regresó y encendió la lámpara de trabajo. Metódicamente, desprendió del caballete la fotografía frontal, la colocó en posición horizontal en su mesa de dibujo, cogió un cúter y una regla y cortó la quinta parte inferior de la imagen: la franja incriminatoria que incluía las almohadas y el cabezal y el elegante papel pintado. El trabajo había empezado.

El enigma de cómo crear y envejecer una copia era como una casa con numerosos pasillos. Algunos de estos se hallaban bien iluminados, y otros eran de una oscuridad impenetrable. Localizó una pintura holandesa del siglo XVII, de mayor tamaño y muy deteriorada, por medio de un marchante, que recortó a su conveniencia; luego eliminó todas las capas hasta la pintura base. Había dedicado muchas horas a perfeccionar fórmulas barrocas para la elaboración de cola a partir de piel animal, y sabía que el mejor método para ese proyecto era conseguir un lienzo más o menos de la misma época y dejar intactas las capas inferiores.

Tenía una buena relación con un venerable enmarcador de antigüedades de Lexington, que a menudo la avisaba cuando un marchante de renombre le llevaba algo para reenmarcar. Ellie siempre acudía con el pretexto de su naciente negocio de restauración, del estudio de obras que no circulaban en público, pero advirtió que Maurice le notó algo raro cuando se presentó con dibujos del marco.

—¿Dónde está la pintura en sí? —preguntó.

Ella le explicó que las medidas y secciones transversales dibujadas a mano eran exactas, que pondría el bastidor en el marco y ella misma se ocuparía del fondo. Él la miró con recelo, y Ellie sacó una copia de la fotografía frontal, solo que había recortado la imagen con una hoja de afeitar, dejando únicamente el marco. Maurice la sostuvo en alto, y ella, desde el otro lado, vio el parpadeo de uno de sus ojos tras las gafas a través del recuadro

recortado.

–El cliente no me permite enseñar la obra a nadie. He firmado un contrato –explicó.

El francés, que a juzgar por su expresión se sentía traicionado, bajó la fotografía. Pero al final dijo que podría reproducir el pan de oro y el perfil.

–La pintura es holandesa, de la década de 1630 –dijo ella–, pero parece que se enmarcó en fecha posterior. ¿Es del siglo dieciocho?

Maurice orientó la fotografía hacia la luz y respondió:

–Última década del diecisiete, estilo parisino. Aunque parece que escatimaron con el pan de oro.

Los holandeses del siglo XVII creaban sus lienzos tal como construían sus barcos: paso a paso, con sumo cuidado. El encolado, la pintura base, el dibujo preparatorio, las capas monocromas subyacentes, la elaboración de la imagen y las veladuras. El pincel de pelo de tejón en forma de brocha para uniformar las capas y fundir las formas. Algunos pintores esperaban un año a que se secaran los óleos y entonces aplicaban un barniz a base de resina. Los herméticos problemas prácticos de un pintor holandés pasaron a ser los de Ellie: cómo producir verdes y naranjas estables, cómo acercarse al violáceo mediante una veladura azul sobre una pintura base rojiza. Lo que no sabía de la técnica de Sara de Vos se lo inventaría basándose en lo que sabía de sus contemporáneos holandeses.

Para más precaución, rastreó la exigua pero virulenta bibliografía de la falsificación en bellas artes. Era un grato respiro con respecto a su investigación para la tesis en la biblioteca de referencia artística Frick, donde se había pasado meses absorta en fotografías en blanco y negro de ocho por doce de pinturas holandesas. En la biblioteca de Columbia, sentada en un cubículo, leía memorias y manifiestos de falsificadores, pequeños alegatos concebidos para arremeter contra los esnobs del mundo del arte. La cautivaron y a veces la abochornaron, como si estuviera traduciendo el *Kama sutra* en lugar de anotar tácticas para engañar a las casas de subastas y la proporción de *gesso* en la antigüedad.

Busque marcos deteriorados y desechados en las casas de subastas y siga el rastro del número de lote u otras marcas de identificación. Telefonee a las casa de subastas y pregunte qué pintura había contenido el marco en cuestión y qué representaba. Esos cabrones son muy meticulosos con sus registros.

Van Meegeren añadió baquelita a sus pigmentos para envejecerlos antes de endosar sus Vermeer falsos a Göring.

En los textos de esos artistas técnicamente brillantes pero a menudo ignorados, Ellie reconoció su propia ira recurrente por el hecho de ser ninguneada. Sus padres habían perdido un hijo antes de nacer las dos niñas; Ellie era la segunda. Mucho antes de verse tratada como si no existiera en el Courtauld Institute y de sentir la soledad de la beca de arte en el internado católico, recordaba una casa llena de silencios. Su padre, cuando no pilotaba el trasbordador en el puerto de Sídney, se refugiaba en un pequeño queche que tenía amarrado en el río Parramatta. Se encaminaba al muelle situado detrás de su casa de madera en Balmain cada noche después de la cena, dejando a las niñas con sus deberes y a la madre con las migrañas que le causaba el mal tiempo. Dormía allí casi todas las noches. Desde la ventana de su dormitorio, Ellie podía asomarse y ver las luces de la diminuta cabina del barco mecerse con la marea. No fue de extrañar, pues, que ella hiciera todo lo que estaba a su alcance para captar la atención de los sacerdotes, y no de las monjas, en el internado. Pintó los paisajes más míticos e intrincados para el padre Barry, su profesor de arte: escenas saturadas de resplandor alpino y bosques arcadios y ríos en congostos. Ninguno de sus primeros paisajes parecía australiano ni de lejos. La luz y el follaje eran inequívocamente europeos, pese a que jamás había salido de Australia. Lo había absorbido todo de diapositivas en color y libros de arte. «Llevo el viejo continente en la sangre», decía al padre Barry. Luego, los fines de semana, iba hasta los grandes almacenes Woolworth's, cerca del internado, a robar carmín y pilas que escondía bajo la cinturilla de los leotardos. Cuando en su último curso ganó el premio de arte del colegio, cruzó el escenario para estrecharle la mano al padre Barry con aire de callada reivindicación; después cometió el error de mirar hacia el público, donde vio a su madre, sola.

Retiró las capas de pintura del lienzo antiguo mediante disolventes diluidos, trabajando en pequeños círculos, centímetro a centímetro. Tras extraer el barniz antiguo, escurría las torundas de algodón en un tarro para guardarlo. Al lienzo desnudo le aplicó una fina capa de pintura base nueva, pero

conservó la firma de la superficie. A continuación, realizó el dibujo con tiza clara antes de aplicar la capa monocroma subyacente de ocre oscuro mezclado con negro. El proceso de pintar propiamente dicho fue lento y laborioso: una semana para el bosque, una semana para el cielo, dos semanas para el río helado y los patinadores. Cada pasaje entrañaba sus propios enigmas técnicos. Los vivos amarillos de las bufandas de los patinadores poseían una peculiar textura, y al final decidió añadir un poco de arena al amarillo de cromo. Después de las veladuras transparentes, decoloró la pintura con luz ultravioleta durante una semana y la puso a secar durante un mes en la sala de calderas, debajo de la escalera del sótano del edificio. Realizó una telaraña de grietas en el lienzo por detrás mediante una pelota de goma blanda. Empleó un vaporizador para humedecer la pintura con el barniz antiguo que había reservado. Uno de los trucos preferidos de los marchantes era someter el lienzo a luz ultravioleta para crear una fosforescencia en la oxidación del barniz antiguo. Esa espectral aparición blanca azulada era producto directo del envejecimiento.

Para cuando Gabriel se presenta en su apartamento una noche de noviembre, ella por fin ha admitido ya para sus adentros que ha pintado una falsificación. Al cabo de un mes de ponerse manos a la obra con el encargo, Gabriel empezó a hablar de la sustitución y del organizador, tendió un rastro para que ella lo siguiera hasta su conclusión natural. Todavía tiene negocios artísticos legítimos, piensa Ellie, pero esta debe de ser su actividad lucrativa. Sospecha que desde el principio sabía en qué se estaba metiendo, pero por alguna razón había prescindido de sus propias objeciones éticas al cortar la quinta parte inferior de la fotografía. En lugar de estas afloró la abrasadora ambición de reproducir con exactitud todos los detalles, entablar contacto con la mujer que se ocultaba detrás de esa inquietante visión.

Gabriel, en el umbral de la puerta, sostiene lo que parece un cuadro envuelto en papel marrón. En la otra mano lleva el maltrecho maletín. Ellie ha cometido varias veces el error de pensar que contiene dossiers e importantes memorandos en lugar de un pañuelo de reserva, una manzana amarillenta, una novela de edición barata, una estilográfica que pierde tinta y una lupa agrietada.

–¿Dónde están los caballos? –pregunta Gabriel.

–¿Qué quieres decir?

–Esto huele a fábrica de cola. ¿Puedo pasar? Tengo algo que quizá te gustaría ver.

Ella se hace a un lado y Gabriel entra en el apartamento. El recibidor da a la cocina y la sala de estar, y él se detiene entre los dos espacios. Mira con cautela los libros y papeles apilados contra una pared y luego escruta la cocina, donde hay cubiteras y tarros llenos de tintas y aceites.

–¿Preparo un té? –pregunta ella, a la vez que se reacomoda las gafas sobre el caballete de la nariz.

–Solo si prometes no envenenarme.

–Eso nunca.

–¿Tienes Earl Grey?

–Empecé a comprarlo especialmente para ti. Pero es de bolsa, ¿te parece bien?

–Me conformaré solo por esta vez –contesta él, sonriente. Deja el cuadro y el maletín junto a la mesa.

Tres autobuses pasan a toda velocidad por la autovía, dejando un rastro de recuadros de luz vaporosa tras las cortinas. El ruido de los motores es ensordecedor, y Ellie ve a Gabriel taparse los oídos con las manos ahuecadas. Se advierte en él algo de entrañable e infantil, un niño que toma prestados la ropa y los gestos a un tío maniático. Observa el rectángulo de papel marrón desde delante del fogón. El quemador del fondo lo reserva para la comida y el hervidor; el de delante es para calentar sustancias químicas y almidones.

–¿Cómo ha ido? –pregunta ella, y acto seguido lamenta no haber esperado hasta que los dos tomen el té. No se le da bien eso del tacto y los eufemismos.

Gabriel hace caso omiso.

–Solo un terrón.

–Ya lo sé.

Ellie echa el agua humeante en dos tazones desemparejados, añade un terrón de azúcar al de él y nada al suyo. Ha utilizado té en sus colores secundarios y, sin darse cuenta, piensa en los taninos mientras revuelve el azúcar. Cuando pasa a la sala de estar, Gabriel ya está sentado a la pequeña mesa de formica. Se acerca más a los pies el maletín y el cuadro envuelto en papel marrón.

Ellie deja reposar el té por un momento.

–¿Y bien?

–Yo no intervengo en la propia transacción. Eso lo dejo en manos del organizador. –Sopla por encima del borde de la taza–. Pero, según parece, ha ido bien.

–Me alegro. –Ellie lo ha oído hablar de tratantes y organizadores, y sospecha que los primeros trabajan para los segundos.

Él se saca un pañuelo del bolsillo y se enjuga la frente.

–Deberías plantearte cultivar orquídeas. Mis zapatos han empezado a criar moho tropical mientras estoy aquí sentado.

–No es un sitio ideal.

Los dos beben su té a sorbos.

–¿Vas a enseñarme lo que hay debajo de ese papel marrón?

–Dedicas mil horas a un lienzo pero no puedes terminarte una taza de té.

–¿Es algo para restaurar? –Ahora la palabra *restaurar* parece tener un doble sentido.

–Para eso habrá que esperar cierto tiempo. –Gabriel dirige la mirada hacia el lienzo envuelto–. Confiábamos en poder guardarlo aquí unos días. Estoy a punto de conseguir un nuevo almacén en Chelsea, pero en este momento me encuentro en una situación de tránsito, sin el uno ni el otro. Una larga historia. En cualquier caso, no creo que nadie peine esta zona de Brooklyn en busca de una obra maestra holandesa desconocida.

Ellie sostiene la taza suspendida a dos centímetros de la boca. Desea preguntar a Gabriel a quién se refiere cuando usa la primera persona del plural, si hay un socio capitalista, un financiador latinoamericano o europeo, o si esto no es más que una afectación que ha sacado de una de sus novelas negras baratas. Pero la idea queda eclipsada por otro impulso repentino:

–¿Puedo verlo?

El inesperado tono quejumbroso de su propia voz la irrita, así que alarga el brazo por debajo de la mesa, coge el cuadro y lo coloca encima.

Gabriel toma otro sorbo de té.

–Feliz Navidad.

–Me preocupa la humedad. En mi apartamento hace un calor sofocante.

–No será por mucho tiempo. Quizá podrías guardarlo envuelto en el armario.

Ellie pone el marco de costado y empieza a despegar el celo con cuidado de no romper el papel marrón. Cuando las primeras láminas se desprenden de

la parte de atrás, ella percibe el olor de la resina y la inflexión marina de la madera vieja. Gabriel, de pie a su lado, aparta los tazones y las revistas de historia del arte de la mesa. Ella pone la pintura boca arriba y se acerca a la pared para encender la luz del techo. Un resplandor blanco inunda la sala, y ve que Gabriel parpadea exageradamente. Vuelve a la mesa e, inclinándose sobre el cuadro, acerca el rostro a pocos centímetros del lienzo. Es así cómo evalúa un nuevo trabajo. No tiene interés en la composición desde cuatro o seis metros, eso ya llegará. Lo que busca es la topografía, el impasto, los surcos donde el pelo de marta se ha arrastrado formando pequeñas crestas de pintura para capturar la luz. O el trazo perdido de carbón o tiza, atisbado bajo una veladura de trescientos años de antigüedad. Incluso ha llegado a usar un imperdible para comprobar la porosidad de la pintura y luego se ha llevado la punta a la lengua. Como las pinturas base antiguas contienen *gesso*, cola y algo comestible –miel, leche, queso–, el Siglo de Oro posee un sabor característicamente dulce o agrio. Ellie siempre evita hacer eso con el plomo y el cobalto.

A continuación compara mentalmente sus propias capas y trazos con la composición que tiene delante. Pinta el lienzo a la inversa, como un pensamiento en suspensión. Es como desnudar a una mujer, piensa, una aristócrata cubierta de metros de encaje. Hay unas cuantas improvisaciones e influencias que Ellie no ha podido percibir en las fotografías. El cielo, por ejemplo, se parece más a un cielo de Rembrandt de lo que ella había advertido. Y en algunos sitios, inesperadamente, la superficie de la pintura se eleva en cuajarones y escamas.

–¿Qué te parece el tuyo en comparación? –pregunta Gabriel en voz baja desde detrás.

Ellie se yergue y cae en la cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

–A menos que estén en la misma habitación y el observador se coloque a diez centímetros del lienzo, no hay ninguna diferencia. –Examina los toscos amarillos vivos en torno a los cuellos de los patinadores. Algo en ellos le llama la atención.

Gabriel se alisa una arruga de la manga.

–Bueno, te dejo sola con tu amante.

Sube el maletín a la mesa, suelta los cierres y lo abre. Hoy, en lugar de una triste manzana y una novela sobre el KGB, lleva un sobre marrón plegado y se lo entrega.

Ellie se niega a coger el dinero. Así que Gabriel deposita el sobre con delicadeza en la mesa y se encamina hacia la puerta. Ella oye las cautelosas pisadas alejarse por el rellano exiguamente iluminado y espera hasta que se desvanecen. Se queda largo rato con la mirada fija en la pintura; después la lleva a su dormitorio y la apoya en la cómoda. La contempla durante horas, fascinada por la niña en el crepúsculo y los destellos plateados del río helado cada vez que pasa un coche por la autovía, hasta que al final la vence el sueño.

Ámsterdam

Invierno de 1636

Sara tendría que estar pintando tulipanes. Pero cuando Barent se marcha cada mañana después del desayuno, ella sube al taller del desván y saca la otra pintura de un hueco en la pared. Es en esa habitación donde Kathrijn exhaló su último suspiro, donde las yemas de sus dedos se ennegrecieron y la luz de sus ojos primero menguó y finalmente se apagó. Su cuerpo menudo tardó solo cuatro días en convertirse en un cascarón envuelto en una mortaja de hilo. La cama entera, con el cadáver de Kathrijn inmovilizado mediante cuerdas, se bajó descolgándola desde la viga de izado y se trasladó en un carro cubierto. De eso hace casi un año, pero Sara todavía es incapaz de entrar en el desván sin que se le forme un nudo de dolor en la garganta. Durante media hora, hasta que sus pensamientos se serenán al abstraerse en la composición de una pintura, se siente a la deriva: una mujer deambulando bajo los aleros, sus manos firmemente entrelazadas a la espalda, encolerizada con Dios.

Después, en un puro acto de voluntad, se obliga a concentrarse en el trabajo que tiene entre manos. Hoy coloca el lienzo tensado en un caballete junto a la ventana, al lado de un estudio floral. Se sienta en un taburete de espaldas a la amplia ventana doble y recorre con la mirada el paisaje gélido. El río helado y el cielo se le antojan demasiado pálidos. En ambos, desea la inflexión de un tono y un color más intensos, algo que dé vida debajo de todo ese blanco. Durante la aplicación de la capa monocroma subyacente cubrió el lienzo de ocre oscuro mezclado con negro, pero ahora teme haberse quedado corta. El albayalde de la nieve resulta uniformemente frío y desprovisto de matices. Examina la zona en torno a la niña junto al abedul. A veces se pregunta si no está pintando una alegoría del tránsito de su hija entre el mundo de los vivos y el de los muertos, una niña que avanza penosa y

eternamente a través de la nieve. Esta idea incluso a ella le resulta sensiblera, pero permanece en vela cada noche escuchando los crujidos y lamentos de la vieja casa de madera, repasando sus propias pinceladas como si fueran los principios básicos de una filosofía oriental sutil e inescrutable. El enigma de la técnica del pincel y las transiciones de luz la asombran. Pero también parece ahuyentar parte de la insoportable angustia. Se pasa días y días sin pensar en nada más que en esa pintura.

Siente el frío en la espalda a través del cristal de la ventana. Se levanta del taburete y prepara la paleta para el día, mezclando los pigmentos y los óleos en cuencos y morteros de piedra. Albayalde, azul cobalto, amarillo ocre, un toque de azurita. Las nubes difusamente iluminadas –el sol semejante a una vela al final de un lúgubre pasillo– forman una bóveda sobre toda la escena. Esa mañana tiene previsto retocar el cielo y la nieve, hasta conseguir los colores idóneos, pero es el rostro de la niña lo que sigue captando su atención. Tiene un parecido con Kathrijn –los pómulos y la frente pronunciados y los ojos verdes–, aunque hay diferencias suficientes para que Sara tema olvidarse de las facciones reales de su hija. ¿Cómo es posible que no haya ningún retrato suyo, que exista solo un dibujo al carbón que no captura nada de su esencia? Ha pintado innumerables bodegones; incluso se ejercitó en austeros retratos nupciales allá en sus tiempos de aprendiz. Pero jamás centró su mirada y su pincel en Kathrijn. Jamás se le ocurrió encargarse a un amigo un retrato de su hija. De pie, ante el lienzo, traga saliva y cierra los ojos durante un largo momento. Ve el rostro de Kathrijn a los cinco o seis años, esa expresión de seria concentración cuando ponía a flotar un zueco en el canal, o la sonrisa de adoración cuando acostaba a una muñeca. La aterroriza que esas reminiscencias se diluyan y se desvanezcan, que un día despierte y no recuerde más que el olor del pelo húmedo y salitroso de Kathrijn en la orilla del mar.

Durante horas pinta ojos a modo de prueba en distintos lienzos tensados. Un amigo de su padre, un maestro retratista, siempre decía que el problema del párpado iluminado lo mantenía en vela por las noches. Ahora Sara lo entiende. Pero es la insinuación de luz reflejada en la cuenca del ojo y el arranque de la nariz lo que se le antoja infinitamente más difícil que la luz en el propio globo ocular. Hay momentos en los que Sara tiene la sensación de que todo lo que ha perdido está presente en esos ojos verdes, como si tratara de pintar el fugaz paso de Kathrijn por la Tierra en ese mundo ocular en

miniatura.

Barent se ha propuesto saldar las deudas de la familia a costa de la tulipomanía, una moda extendida por las provincias como una de esas fiebres que ponen los labios azules. Quiere que Sara pinte tres composiciones idénticas –un jarrón rebosante de tulipanes bajo una luz moteada– para poder venderlas en primavera, justo cuando despuntan en la tierra las primeras coronas amarillas. Después de dedicar meses a la pintura del leviatán, sin encontrar luego comprador, empezó a vender en las tabernas paisajes sin firma, pintados apresuradamente. Cuando estas ventas ilegales llegaron a conocimiento de la guilda, los multaron a los dos, y después los privaron de sus rangos por impago. El escándalo se propagó como el veneno, y a ambos les resultaba difícil atraer a alumnos de pago. Barent, desesperado, aceptó un empleo en el taller de un encuadernador, y ahora se esfuerza en pintar por la noche a la luz de las velas. Todos los días llega a casa con nuevos proyectos, despidiendo olor a cola y papel. En la cena, cuando cuenta anécdotas sobre los especuladores del tulipán que amasan exorbitantes fortunas, Sara percibe la aparición de un nuevo tono, el voceo de un vendedor ambulante. Barent reproduce leyendas de bulbos de tulipán que cambian de manos diez veces al día. El hombre que trocó cinco hectáreas de tierra y cuatro bueyes por un único bulbo de *Semper augustus* envuelto en muselina. O la furcia de Flandes que cobraba en bulbos, semillas y coronas. De las Provincias Unidas salen más remesas de tulipanes que nunca antes, dice, superadas en cantidad solo por las de ginebra, arenques y queso. Cuenta también relatos de comerciantes de las Indias Orientales y limpiadoras de Haarlem que se han hecho de oro en el mercado de las flores y se han retirado a mansiones de piedra en la costa.

Al final de estos relatos, pregunta a Sara por sus pinturas de tulipanes, y ella exagera sus avances. Es muy consciente de la gravedad de su situación, pero la verdad es que las flores ya no le dicen nada. Además, la irrita el hecho de que todo carpintero naval y deshollinador de los Países Bajos quiera ahora entrar en el comercio del tulipán y comprar cuadros. Las flores los enriquecerán; las pinturas indicarán a sus invitados que reconocen la belleza cuando la ven. En su mayor parte compran los cuadros como si fueran mesas o sillas. Solo unos pocos, los burgueses de Delft y los diplomáticos

extranjeros, saben valorar la obra en sí.

Una noche Barent saca un sobre a la hora de la cena y le entrega un bosquejo coloreado de un *Semper augustus*.

–Como no florecerán hasta dentro de unos meses, escribí a un botánico de Leiden, un profesor de la universidad.

Sara lo examina en el halo de la lámpara mientras Barent lee la carta del profesor.

–¿Puedes trabajar a partir de eso? –pregunta.

–Creo que sí.

–Dice que las vetas semejantes a llamas se conocen como «rectificación».

–Esa gente se inventa cosas para que esto parezca sagrado e importante – contesta ella. Deja el dibujo y prosigue con su sopa de judías.

–Dice que puede enviarnos injertos de bulbos a cambio de un dinero. El vástago florece al cabo de unos pocos años en lugar de los aproximadamente siete que tarda una semilla en prender.

–Por lo que se ve, también él intenta enriquecerse con los tulipanes – comenta Sara, pero la palabra *vástago* hace mella en su mente. Ve a Kathrijn en su cama del desván, sus labios susurrantes y lívidos. Obligándose a volver al comedor, observa a Barent releer la carta a la luz bajo la repisa de la chimenea. Envuelto en su bata, se sienta, su rostro se muestra enjuto en el resplandor moteado del brasero de turba. Durante todo el invierno la casa ha estado insoportablemente fría. En broma, Sara dice que él se va a la cama con siete jubones y nueve calzones, que ella no recuerda cómo es su silueta natural.

Cuando Barent acaba de releer la carta, la coloca entre las páginas de un libro de contabilidad encuadernado en piel. Siempre que venden un cuadro, saca el libro y anota una entrada. Cada vez le recuerda que ella nunca debe firmar ni poner las iniciales en sus obras. Las pinturas se guardan en el desván en espera de los mercados de primavera o las ventas privadas que tienen lugar cuando los días empiezan a ser más cálidos. «Los holandeses no compran cuadros cuando tienen frío», ese es uno de sus axiomas. Todas esas pinturas se venderán anónimamente –barcos zarandeados en una tormenta, un campo al anochecer, sus tulipanes–, envuelto cada lienzo en mantas de fieltro o lana y vendido desde un tenderete o una taberna. Sentada con los pies en un brasero, Sara se pregunta cuántos cuadros sin firmar y pintados apresuradamente tendrán que vender para poder librarse por fin de las

deudas. Sospecha que hay docenas de nombres de acreedores en las últimas páginas del libro y otra docena que nunca se ha anotado.

Upper East Side

Mayo de 1958

Una ola de calor en primavera. Marty sale de un restaurante francés en mangas de camisa un viernes por la tarde, la chaqueta doblada en el brazo, el sombrero en la mano. Un tanto achispado, siente el regusto del anís y el filete todavía muy presente en la boca. Cuando empuja las grandes puertas de madera y sale a la Quinta Avenida, la ciudad lo golpea en el pecho, como si hubiera abierto la puerta de una fundición. La luz lo aturde por un momento, una ráfaga de acetileno que se desprende del metal, el cristal y el asfalto. Percibe olor a alquitrán derretido y ve que una cuadrilla de peones está rellenando los socavones del chaflán, para disgusto de los taxistas ociosos, que tocan sus bocinas. La escena se refleja en el escaparate de una venerable joyería antigua: trémulas imágenes de hombres apoyados en palas contra un fondo de terciopelo negro y diamantes. Marty ve parpadear su propio camafeo a través del escaparate. Podría comprar a Rachel un regalo de celebración, pero cuando se lo plantea está ya a media manzana de distancia y es tarde para volver atrás. Dos porteros se compadecen mutuamente por el calor bajo una marquesina y lo saludan con la cabeza cuando pasa por delante. Siempre ha sentido debilidad por los porteros; su padre los llamaba el almirantazgo de la clase trabajadora. Nota el pavimento abrasador de la acera a través de las suelas de cuero de los zapatos y por las perneras de su pantalón se elevan pequeños soplos de aire que le calientan las pantorrillas. Cruza la calle en busca de la densa sombra de la tapia del parque. Clay ha insistido en que se tome libre el resto del día, así que se aleja del bufete en dirección norte por la acera del parque.

Intenta recordar las palabras exactas de Clay al hacer el anuncio, ablandados ya los socios por el beaujolais. Ha dicho que ser socio es como estar casado, solo que exige más tiempo, o algo por el estilo. Todos han

respondido con gestos de asentimiento o suaves risas, o se han aflojado distraídamente la correa del reloj. Todos excepto Roger Barrow, un socio principal, y el otro abogado de patentes, que examinaban la carta de postres. Clay ha entregado a Marty unas nuevas tarjetas de visita estampadas en relieve y una estilográfica Cartier con el nombre grabado. Las pequeñas cajas con los regalos estaban envueltas con los papeles de un caso infame del que se ocupó el bufete y atadas con la cinta roja usada habitualmente en los legajos. Marty les ha dicho que el simbolismo no le ha pasado inadvertido y, a continuación, todos han brindado por su futuro profesional. El lunes se trasladará a la planta superior, a un despacho con vistas a Midtown, y no a la estación de refrigeración del edificio contiguo. Gretchen, su secretaria, dispondrá también de ventana, y él se acordará de llevarle flores para el nuevo escritorio. Algo para señalar el nuevo comienzo. Advierte que los tulipanes de la acera ya han desaparecido, vencidos por el calor prematuro.

Las calles están llenas de gente recién salida de largos almuerzos, ejecutivos de agencias de publicidad con el nudo de la corbata aflojado y secretarias con faldas escocesas y pañuelos de seda al cuello. Sonríe a las mujeres que pasan por su lado, con la cabeza todavía puesta en cuál es la flor platónica adecuada para Gretchen. Recuerda que las rosas amarillas son las flores de la amistad. Las chicas que van por la acera parlotean de los planes para el fin de semana, las mejillas sonrosadas por el paseo o la bebida del almuerzo, y le parece oler el perfume que se desprende de detrás de los lóbulos de sus orejas, pequeños escondrijos de aromas cítricos y jazmín. Algunas le devuelven la sonrisa, con sus rostros inescrutables detrás de enormes gafas de sol a lo Greta Garbo. ¿Es coqueteo o solo fruto de la proximidad bajo la sombra moteada de los olmos? Se pone el sombrero y se tira del ala para bajársela y encuadrar su visión, elimina la ambigüedad de los rostros de las chicas. El mundo se bifurca, existe solo de cintura para abajo. A partir del desfile de zapatos y medias y dobladillos de falda anónimos, intenta deducir algo de las personas. Pero cuando trata de confirmar una sospecha basándose en el corte de un traje o la gamuza del empuje de un zapato, a menudo se equivoca. Un par de zapatos maltrechos con una costura suelta acaban perteneciendo a un viejo aristocrático, y no a un estibador. Rachel dice que él padece una especie de ceguera, que cuando entra en una habitación no se fija en la gente o el mobiliario, sino en las ventanas.

Piensa en cómo va a anunciar a Rachel la buena noticia. En los últimos

meses ella ha estado más despreocupada y contenta, y ahora le cuenta lo que ha hecho a lo largo del día con paréntesis jocosos. Marty se pregunta si el antiguo dolor de la maternidad frustrada desaparecerá algún día, o si siempre estará al acecho, como la hoja de un cuchillo que parpadea a la luz del sol. Aun así, no se puede negar que en la casa reina un ambiente distinto. Incluso han hecho el amor unas cuantas veces y después han hablado sobre el futuro en lugar de sobre el pasado. Se han quitado un peso de encima, y él lo percibe en sí mismo. No es suerte, exactamente, sino un impulso ascendente, la sensación de que tira hacia arriba una fuerza que él consideraba indiferente pero que es, de hecho, capaz de ser benévola. Durante las reuniones con los clientes ha advertido que habla con más aplomo y perspicacia. Dice algo inteligente o sensato y no recuerda siquiera la formación del pensamiento precedente. Regalos salidos de la nada. Y también están las plazas de aparcamiento caídas del cielo en Midtown, o los compartimentos libres en los restaurantes. Ve todo eso como buenos augurios, o presagios, que parecen afinar sus sentidos, como si algo obligara a su cuerpo a prestar atención a esa increíble buena fortuna. Mientras camina, percibe los matices de la calle, el aire pegajoso contra las palmas de la mano y el cuello, el sutil peso de la aguja de la corbata sobre la caja torácica, las notas sincopadas de una pieza de jazz procedentes de la radio de un coche que pasa. Alcanza a distinguir el tono de la conversación entre dos peatones y sabe que uno de ellos se siente abrumado por la culpa. Durante media hora posee el don de la clarividencia y todo lo que lo rodea le inspira afecto.

En lugar de entrar en la portería de su edificio, cruza la calle y sube por la escalinata de piedra del Metropolitan. En los inicios de su carrera como abogado, después de cerrarse un caso, a veces cogía un taxi para pasar la hora del almuerzo en el museo. Podría haber comido con Rachel en el piso, pero optaba por pasearse entre las colecciones. Su padre le había contado anécdotas de su juventud cuando trabajaba en la banca en Ámsterdam y comía un sándwich en un patio medieval enclaustrado entre modernos bloques de apartamentos. Es importante que uno camine entre sus propios pensamientos, parecía estar diciéndole, acomodarse en un banco en algún sitio y quedarse durante una hora al margen del mundo mientras este prosigue

en su vorágine. Hace años que no entraba en el museo, pese a que Rachel y él viven a un paso y siguen siendo socios y donantes. Está casi seguro de que hay una placa de oro de la Edad de Hierro que él ayudó a financiar: una escena de criaturas aladas y doradas que se acercan a árboles estilizados.

Saca su carné de socio del billeteo para enseñárselo a la chica de recepción y entra en el gran vestíbulo. Bajo los arcos y las bóvedas, los turistas consultan mapas y guías, una familia con acento texano empata ante la disyuntiva de entrar en la sala de armaduras medievales o en la del oro precolombino. Marty siempre eludía el fausto de la planta baja y se escabullía a un banco del primer nivel. Se sentaba ante un Rembrandt o un Vermeer y se sentía culpable por ello, como si hubiese pasado directamente al cigarrillo poscoital. La mayor parte del tiempo ni siquiera pensaba en los cuadros. Los contemplaba y sucumbía a una trama de asociaciones: el críptico desafío de una nueva solicitud de patente que él se disponía a presentar; luego una reminiscencia, un día en la playa con sus abuelos comiendo bacalao salado en Scheveningen, sintiendo el frío del mar del Norte en las piernas desnudas. Un sinfín de pensamientos lo invadía impetuosamente, pero acababan por esfumarse, se retiraban para dejar a la vista el núcleo de sentimiento desnudo. Al final, si se quedaba allí sentado el tiempo suficiente, lo asaltaba la fuerza bruta de la nostalgia o una sensación de pérdida o euforia, y siempre parecía emanar de una pintura en particular. Los Rembrandt, al margen de lo que representaran, le traían a la mente la desolación del invierno, la soledad de las tardes melancólicas. Regresaba a pie lentamente al bufete bajo de ánimo, y el resto del día, en las reuniones con los clientes, estaba pensativo y abstraído. Quizá fuera esa la razón por la que había dejado de ir al museo.

Hoy sube por la escalera fría y ancha y se acerca a una sala que aloja a los posimpresionistas. Nunca ha sido gran admirador de Van Gogh o Gauguin, pero hay algo en esta meteorología que lo induce a desear contemplar la tonalidad añil de una isla en los Mares del Sur y los pechos de una mujer morena. Se sitúa ante *Dos mujeres tahitianas*, deja el sombrero y la chaqueta en el banco de cuero a su lado. La pintura se ve tan moderna en su certidumbre que cuesta creer que sea anterior al cine moderno, al automóvil, al aire acondicionado, a los letreros de neón. Dos muchachas miran al espectador, una aureola de verdes y amarillos representa el follaje de la selva detrás de ellas. Las dos están de pie, con los pechos al descubierto: la muchacha que sostiene la bandeja de flores de mango está desnuda de cintura

para arriba; la de la derecha deja a la vista un pecho por encima del contorno de una prenda improvisada. Miran hacia el observador, pero también más allá, como si un niño o un animal reclamara su atención fuera del marco. Es una mirada sensual, pero también trasluce complicidad y una vaga acusación. A Marty le recuerda a ciertos desnudos de Manet, Olympia en un diván mirando desde otro siglo, un brazo cruzado ante los pechos y las ingles, creando una frontera que el espectador no puede atravesar. El sombreado del Gauguin presenta gran profusión de tonalidades violeta y rojizas, casi nocturno por efecto de la saturación. Oye unos pasos en los suelos de madera y toma conciencia del tiempo que lleva allí sentado contemplando esos tres pechos.

Sale al balcón que da al gran vestíbulo y decide entonces buscar un teléfono público y llamar a Gretchen para darle la buena nueva. Hay una pequeña hilera de teléfonos junto al guardarropa de la planta baja, pero tiene que cambiar un dólar en la tienda de regalos del museo para disponer de monedas. Encuentra medio paquete de caramelos de menta en su bolsillo, se echa uno a la boca e intenta recordar el número de su despacho. Marca por fin el de la centralita y pide que le pongan con Gretchen. Ella atiende cuando el timbre suena por segunda vez, y a Marty le sorprende oír la formalidad de su propio nombre: «Despacho de Marty de Groot».

—Póngame con Marty de Groot inmediatamente. Voy a cantarle las cuarenta a ese pedazo de zoquete. —Lo dice con su mejor deje ruso: un capitán de submarino en plena borrachera de vodka.

—Eso conmigo no cuela. Ni siquiera es acento ruso. Más bien parece que hayas sufrido una lesión cerebral.

Marty suelta una carcajada con sabor a menta.

—Tienes razón. Ni una sola vez en cinco años.

—¿Cómo ha ido la comida con los socios?

—¿Te has enterado?

—Si me he enterado ¿de qué?

—De que el lunes nos trasladamos al piso de arriba.

—¿Te han nombrado socio? —Es a la vez aseveración y pregunta.

—Sí, justo a tiempo para viajar al espacio.

La oye respirar y sonreír al aparato.

—Es una noticia excelente, de verdad.

—No puedo volver a la oficina en todo el día. Clay me lo ha prohibido.

–Ya me pareció a mí sospechoso cuando el señor Thomas me dijo que no te organizara nada para el viernes por la tarde. ¡De eso hace dos semanas!

–Han estado tramando.

La línea se queda en silencio por un momento. Marty intenta aplicar su telepatía callejera a la llamada telefónica y distinguir qué está pensando ella. Gretchen, una licenciada de la Universidad de Nueva York que aún vive en el Village, ronda los veinticinco años. Especializada en literatura inglesa y reconvertida en asistente jurídica, guarda un ejemplar sin traducir de *Beowulf* en el cajón de su escritorio. Más de una vez Marty la ha sorprendido vocalizando para sí misma los duros sonidos guturales del anglosajón. Aunque lee extrañas novelas en el parque durante la hora del almuerzo y habla de restaurantes exóticos, su aspecto no tiene nada de bohemio. Va al bufete vestida con faldas de lana impecablemente pudorosas, pendientes recatados y el cabello siempre recogido en una apretada espiral de trenzas de color cedro.

–No lo habría conseguido sin ti –dice Marty–. Gracias por limpiar mi escritorio al final del día. Y discúlpame por no seguir tu código de colores.

–No hay de qué.

Marty no permite que el silencio se imponga de nuevo.

–¿Por qué no vamos a tomar una copa para celebrarlo? Estoy ahora en el Met, haciendo todo lo posible por eludir a los turistas del Antiguo Egipto. No quiero que me suba aún más la tensión.

–¿Ya le has dado a la señora De Groot la buena noticia?

Marty sabe que la alusión a Rachel no es casual.

–Su madre está enferma y ha ido a visitarla a los Hamptons. Voy a sorprenderla presentándome allí en coche mañana por la mañana. –La mentira le sale sin esfuerzo, como el pasador de un cerrojo que encaja en su ranura.

Ella guarda silencio por un momento, y él oye un susurro de papeles en su mesa.

–Pero si quieres tomarte el resto de la tarde libre, también me parece bien –añade Marty–. Me pasearé por aquí un rato más.

–Claro –contesta ella–. Me encantaría quedar contigo. ¿Te va bien bajar al sur de Times Square?

–Para mí, el plano se desdibuja en algún lugar por debajo de la Cuarenta y dos.

–Quedemos en Claude’s Tavern, en el Village, dentro de una hora.

–Si no hiciera tanto calor, iría a pie.

–¿Te haces una idea de la distancia?

–¿Unos tres kilómetros?

–Siete por lo menos.

Cuelgan, y Marty se revuelve los bolsillos en busca de más calderilla. Cuando llama a casa, la voz de Hester le suena áspera y severa, tan ofensiva que después de la calidez de Gretchen por poco cuelga. No obstante, pide que lo ponga con Rachel; sigue una insufrible espera. Se pregunta por la vida de Rachel en casa sin él, si ella y Hester se sientan juntas a ver culebrones, las dos en bata. ¿Se pone Hester el delantal solo a las seis menos diez cada tarde, antes de que él entre por la puerta? Le pasa por la cabeza todo eso, y al cabo de un momento está diciéndole a Rachel que lo han invitado a una cena improvisada organizada por los socios y que quizá llegue tarde, que cree que la noticia puede ser muy prometedora. Ella repite una y otra vez: «Eso espero, eso espero, por tu bien». A continuación, Marty cuelga y sale del museo. Ya fuera, se remanga y consulta su reloj; después echa un vistazo al ático de su edificio. Por encima del parapeto de la terraza de la planta decimocuarta ve las copas de los cítricos que Rachel poda y riega diligentemente. Decide recorrer a pie los siete kilómetros hasta el Village.

Al cabo de una hora, sudoroso, ve que llega tarde. Ya no está en absoluto achispado, y en algún lugar del Village siente las primeras notas estridentes de una resaca. Aborda a algún que otro desconocido para preguntar por Claude’s Tavern, pero nadie parece haber oído hablar del establecimiento. Cerca de la Universidad de Nueva York pasa ante cafeterías donde los estudiantes pululan entre mesas de vapor, envuelto todo ello en un olor a estofado apocalíptico. Deja atrás lavanderías –*automáticas* y *supermáticas*–, donde universitarios en Levi’s fuman cigarrillos y pasan las hojas de libros de bolsillo y juegan a las cartas bajo ventiladores de techo. Ve a hombres corpulentos y solitarios comer en establecimientos donde se sirven desayunos todo el día ante barras de formica; está convencido de que este es un país extranjero. Los bajos de los edificios, iglesias y tiendas de comida preparada; un hombre que vende zumo de papaya en un carrito de metal acolchado.

Tenderos que arrastran cajas enceradas de fruta y verdura a los sótanos a los que se accede desde la calle. Todo resulta tan exótico que bien podría ser Mozambique.

Con media hora de retraso, entra tambaleándose en Claude's Tavern: un sótano con paredes de ladrillo atestado de gente. Un quinteto de jazz interpreta su música a través de lamas de neón dibujadas en el humo, y los modernos se balancean como feligreses en una iglesia pentecostal. Notando bajo sus pies el retumbo del metro, se abre paso entre la muchedumbre en busca de Gretchen. Por increíble que parezca, la encuentra sentada a una mesa, ella sola, leyendo una novela francesa con los pocos vatios de luz que iluminan el hemisferio de un reservado. Le recuerda, por un momento, a Rachel, y tiene que apartar de su cabeza esa asociación mental.

Ella alza la vista.

–Dios mío, has venido a pie, ¿no?

–No tenía ni idea de que esto estaba aquí abajo.

–¿Claude's?

–La mitad sur de Manhattan.

Gretchen sonríe. Marty apoya una mano en el borde de la mesa pero no se sienta.

–¿No tienes reuniones por aquí? –pregunta ella.

Marty tiene que alzar la voz para hacerse oír.

–Las empresas de Wall Street hacen como si esto no existiera. En el taxi de camino aquí te colocan una bolsa en la cabeza. –Mira alrededor y asimila la escena–. Voy a por unas copas. Si no he vuelto dentro de tres días, lee a Keats en mi funeral. ¿Qué te apetece?

–Sorpréndeme –dice ella–. Algo transparente con hielo.

Marty se adentra a empujones entre el gentío en dirección a la barra. De camino observa al grupo que toca, cinco negros con trajes blancos. En el instituto, él tocaba la trompeta, y el jazz lo lleva a compadecerse del chico a quien su padre, de mentalidad fiduciaria, obligó a abandonar la música. El trompetista esgrime su instrumento hacia la sala a la vez que destroza una vibrante nota; sus ojos están ocultos bajo un sombrero de fieltro. El flexible pianista ladea el trasero, separándolo del banco, para pisar a fondo los pedales, y el batería está tensamente encogido, en penumbra, y sus nudillos refulgen por encima de un platillo. Por fin, Marty llega a la barra: un coloso de madera del tamaño de una barcaza que parece extraído del río East. Se

acumulan tres filas de personas ante él, y Marty alza un billete de veinte dólares en el aire para captar la atención. Pide para él un whisky solo y para Gretchen un Pimm's Cup con mucho hielo. Cuando regresa al reservado, deja las dos copas y se acomoda en el lado opuesto de la mesa. Con esa luz, las facciones de ella se suavizan, y el delicado salpicón de pecas en la nariz y las mejillas parece un bronceado.

–Me será imposible oírte si no te sientas a este lado –sugiere Gretchen–. Debería haber elegido otro sitio.

Él sonríe y se desplaza. Se inclina hacia el oído de ella para hablar, pero el repentino olor de su cabello lo obliga a quedarse en silencio por un momento. Después de tragar saliva, bromea:

–Me siento como un antropólogo en la selva de Borneo.

–Brindemos –propone ella, y levanta su copa–. Por Marty de Groot, ya socio.

–Por ti –dice él–. Porque nunca lo habría conseguido sin ti. Todas esas veces que le has dicho a Clay que estaba reunido con un cliente cuando lo veías de mal humor... ¡Gracias!

Chocan las copas y beben.

–El Pimm's me hace pensar que debería estar jugando al tenis.

–¿Te parece bien?

–Estupendo.

–Vives cerca de aquí si no recuerdo mal.

–Sí, esta es mi vida secreta. De día asistente jurídica en la parte alta, los fines de semana en Washington Square Park.

–Te pega mucho –observa él.

Gretchen dirige una sonrisa a su copa, su vaho visible en contacto con el hielo. Él nunca ha engañado a Rachel, después de quince años de matrimonio, pero sí ha habido una larga sucesión de semideslices, encaprichamientos en el bufete y almuerzos con protegidas que llevaban pasadores en el pelo y faldas de lana. Tardó años en caer en la cuenta de que era el flirteo y la admiración lo que anhelaba, no la conquista real. Pero siente desplazarse algo en el espacio entre ellos, un titubeo, un nerviosismo, que lo induce a pensar que está preparándose para cruzar una nueva línea. Si bien Gretchen siempre ha sido muy atenta con él, cabe la posibilidad de que lo haya malinterpretado todo. Quizá haya seguido las pistas equivocadas, igual que cuando correlacionaba zapatos con caras y vidas en la calle. Realiza otras

dos incursiones a la barra, en ambas ocasiones con un billete de veinte en alto para insinuar una propina exorbitante. Advierte que hombres más jóvenes le lanzan miradas. De regreso en el reservado extiende la palma de una mano sobre el cuero granulado y le hace preguntas a Gretchen. Hablan de la infancia y la familia de ella, de viajes por carretera a Montreal y de la dificultad para aprender lenguas extranjeras. Él conoce unas cuantas expresiones en holandés y las ensarta como si recitase algo en inglés antiguo en estado de ebriedad. La hace reír.

–Es mejor que tu ruso –comenta ella, y toma un sorbo dejando que el hielo tintinee contra sus dientes.

Él la escucha atento, pero tiene muy presente el calor que emanan sus piernas enfundadas en medias bajo la mesa, el cálido hueco detrás de su rodilla izquierda. Ella tiene el muslo a unos centímetros del suyo y lo mueve hacia él cuando habla.

Marty se imagina que apoya la mano descaradamente en su pierna, o que le toca el dorso de la mano, pero de pronto un revuelo capta su atención. El batería acaba de acometer un solo endemoniado y al final profiere un grito de guerra comanche. En ese momento algo se agita entre el gentío: se alzan voces agudas, alguien recibe un empujón. El ambiente se tensa. Marty huele que el local cobra vida a fuerza de calor corporal y cerveza y algo primario. Huele la violencia aun antes de que se materialice, moléculas calentándose antes de que caiga el rayo. Se inclina a un lado y le dice a Gretchen:

–Tenemos que irnos. Creo que aquí se va a armar follón.

Apoya una mano en su codo y la deja ahí mientras ella cierra la cremallera del bolso. Cuando se levantan del reservado, la refriega va a más y se produce un intercambio de puñetazos, que ellos oyen pero no ven a través del tumulto de cuerpos. Cuando llegan a la escalera, Marty se vuelve y ve que arrojan a un hombre por encima de la barra, y esquirlas de cristal roto tras él como hielo desprendiéndose de la cola de un cometa. Le sorprende la belleza de la escena y el hecho de que la banda continúe tocando sus ritmos tensos y sincopados mientras sucede todo eso. De repente se percibe un cambio, algo telegrafiado desde el escenario. En el límite exterior de un solo, el trompetista se distrae. El tono de sus notas se debilita y se aplana, como si hubiese contraído súbitamente un resfriado, y esa es la señal para que todos los presentes echen a correr presos del pánico.

Son más de las doce de la noche y se han detenido en una esquina. En MacDougal, la gente abandona los locales. Parejas que van de la mano y, achispadas, hablan en susurros. Unos cuantos músicos cargan sus instrumentos en rancheras y furgonetas. Marty compra dos perritos calientes y se echan a andar con el pretexto de que él la acompañe a casa. El retumbo del club le reverbera aún por todo su cuerpo y le zumban los oídos bajo las farolas. Paran frente al edificio de ella, una fachada de piedra surcada por escaleras de incendio en zigzag.

–Antes había ascensor, pero ahora ya no lo hay en ningún bloque –comenta ella–. Si no te importa hacer alpinismo, podemos tomar una copa de despedida.

Lo dice con la mirada puesta en los zapatos de él y a continuación encoge los hombros en un parco gesto. A él lo invade un repentino sentimiento de ternura; desea asegurarle que es un hombre respetable y que, pase lo que pase, será siempre amable con ella. Sin embargo, dice:

–Guíame, mi pequeña *sherpa*.

Mientras sube por la escalera a oscuras detrás de ella, Marty observa la autoridad de su trasero mecerse bajo la falda de punto. Siente el aguijonazo de la lujuria, como si un kilo de plomo cayera en su estómago. Ella tiene el apartamento decorado al estilo mandarín: suelo de madera clara, jarrones de arcilla y libros en estantes lacados. Hay un montón de novelas en la mesita de centro, y en el dormitorio, apenas visible, atisba una guitarra contra la pared y una lámpara tapada con un pañuelo. Gretchen decide preparar unas copas y se dirige a la pequeña cocina, donde empieza a abrir armarios llenos de pilas de loza ordenadas y cristalería. Marty se imagina cenas, un círculo de amigos que incluye a *bon vivants*, actores y fotógrafos. Gretchen abre la puerta del congelador y empieza a hablar de las cubiteras, enterradas en hielo porque hace siglos que no descongela. Él la observa mientras ella contempla el diorama de agua de deshielo y cumbres de carne congelada. El congelador emite chasquidos y jadeos. Marty imagina que retira la aguja de madera del pasador de Gretchen y que su cabello de color cedro cae sobre los hombros. Se ve levantarle la falda de lana desde atrás y empujarla contra la puerta del frigorífico. En ese momento se fija en las instantáneas sujetas a la puerta de la nevera con imanes: una pareja de mediana edad en el porche de una casa de

campo; un infante de marina, posiblemente su hermano, de uniforme; una niña con aparatos de polio en las piernas apoyada en un árbol junto a una Gretchen adolescente de rostro radiante. Ese cuadro vivo, la súbita ventana a su infancia rural, podría haber conferido a su anhelo renovada intensidad, personalizando aún más su lujuria, y sin embargo siente que esta se disipa. Hasta ahora, mientras la ve enjuagar un puñado de cubitos escarchados y dividirlos a partes iguales entre los dos vasos, nunca había experimentado sentimientos paternos hacia ella.

Ya con las copas, pasan al salón, y ella pone un disco de jazz en atención a Marty: *Blue Haze*, de Miles Davis. Él la induce a hablar de su niñez en Míchigan. La hermana con polio que aún vive en casa con sus padres luteranos, el hermano que prestó servicio en Corea y que ahora tiene su propia tienda de electrodomésticos en Kalamazoo. Estos detalles apagan por completo los restos del deseo de Marty.

Cuando se acaba el disco, Gretchen pregunta:

—¿Nunca has querido tener hijos?

Lo coge desprevenido y, sin darse cuenta, se queda con la mirada fija en el vaso.

—Era lo que más queríamos —contesta—, pero la suerte no estaba de nuestro lado. Las dos veces habíamos elegido ya los nombres, dos listas por separado que yo llevaba siempre en el bolsillo. —Toma un sorbo y alza la vista hacia la pared.

—Dios mío, Marty, cuanto lo siento. No sabía nada.

El sonido de su nombre de pila llega cargado de intimidad, y confía en que esta noche el semidesliz no eche a perder su productiva relación de trabajo. Se guarda sin más esa antigua pesadumbre por la ausencia de hijos a la vez que lanza una última mirada a la nevera cubierta de fotos y piensa en la puerta desnuda de su propio frigorífico.

Cuando se despliega el silencio, ella se levanta y dice que va a prepararle un café para el camino de vuelta. Al cabo de un rato, Marty, en el umbral de la puerta, se despide de ella con un beso en la mejilla.

—Gracias por ayudarme a celebrarlo —dice.

Gretchen, después de cerrar la puerta, se muerde el labio inferior y mira la madera gastada del suelo, un poco abochornada por la situación que ha propiciado.

Se encamina hacia el oeste en la quietud del Village y luego hacia el norte por la orilla del Hudson, salpicadas sus aguas de barcos de pesca y de los reflejos de las luces susurrantes de la costa de Jersey. Se siente más ligero, como si se hubiese escapado por los pelos de un atroz acontecimiento ocurrido en el mundo. Esas calles pertenecen al plano urbano de otra persona, pero de repente le inspiran afecto. Ve taxis libres, pero los deja pasar. Quiere caminar lo máximo posible antes de llegar a su casa e iniciar la próxima etapa de su vida. Se adentra en el barrio de las flores, donde hombres en mono descargan las plataformas de los camiones y los floristas preparan sus tiendas para su actividad del día. Convince a uno de los repartidores de que le venda un ramo envuelto en papel de periódico, pero solo lleva un billete de veinte dólares, así que, con un gesto, indica al hombre que se quede el cambio y sigue a pie un rato más, fijándose en las curiosas imágenes de la Sexta Avenida por encima de la corona de gardenias. El escaparate de un cerrajero con una raja en el cristal, una tintorería con una única camisa limpia colgada en la parte delantera. Se detiene un momento a observar esa triste camisa blanca y se pregunta por el hombre a quien perteneció. Luego se da media vuelta y levanta la mano para parar un taxi en dirección norte.

Con el mayor sigilo posible, entra en la portería de su edificio y saluda con la cabeza al portero de noche. En el ascensor privado se descalza y entra en el piso doce con los zapatos en la mano. El ático está en silencio. Sube descalzo por la escalera. *Carraway* no ladra, y Marty sospecha que encontrará a su mujer y al perro aovillados y dormidos en la cama. En lo alto de la escalera coloca las flores en una consola y sigue adelante hacia el dormitorio. Como sospechaba, encuentra a Rachel dormida en la cama, el perro a sus pies. La lámpara de la mesilla de noche sigue encendida, y ella tiene un libro abierto sobre el pecho. Adivina que ha intentado aguantar despierta lo máximo posible y lo invade una sensación de culpabilidad. Pese a no haberse acostado con Gretchen, esa ha sido su intención durante un rato, y ahora ha de cargar con ese peso. Cuando abre la puerta del cuarto de baño, Rachel se sobresalta y empieza a hablar, aunque él sabe que no se ha despertado. Es por efecto de los somníferos, que desentierran palabras del profundo estupor de sus sueños. «A nadie le gusta esa casa... Huele a tostadas quemadas», dice Rachel. Él se detiene en el umbral de la puerta del cuarto de baño y mira el rostro de su

esposa mientras ella habla al techo: «Para empezar, la escalera no lleva a ningún sitio...». Desvía la mirada hacia la pintura, hacia la niña de pie junto al abedul. Como siempre, apacigua su ánimo, ese momento de suspensión invernal. De pronto percibe algo extraño en el borde exterior del marco. Durante años ha observado la capa de verdín que iba formándose en los antiguos clavos de cobre hundidos en la carne de la madera, temiendo que con el tiempo la oxidación manchara el lienzo. Siempre había pensado que necesitaría llevar a reenmarcar la pintura. Pero ahora no ve los clavos. El borde exterior del marco está toscamente labrado y cubierto de escamas de pintura dorada, pero no ve la cabeza de un solo clavo. Con sigilo, descuelga el cuadro de la pared y lo lleva cuidadosamente al cuarto de baño. Cierra la puerta y enciende la luz. Tras apoyar el borde del marco en la alfombrilla de la bañera, desliza la mano arriba y abajo siguiendo la veta de la madera. Se le ocurre la posibilidad de que Rachel, en secreto, haya llevado la pintura a limpiar y reenmarcar, y por un abrumador momento se siente en deuda con ella. Pero cuando gira el cuadro para tenerlo frente a él, le parece más sucio que nunca, y ve empañada la escena bajo capas de barniz antiguo.

Sídney

Julio de 2000

Qué fiestecilla tan triste, piensa Ellie, de pie y a solas en la cocina con una bandeja de comida en las manos. Aceitunas y almendras marconas, un círculo de biscotes con un poco de gouda holandés añejo en el centro. No es que vea nada de malo en el banquete en sí; lo que le causa desazón es ver en su terraza a esas cinco personas tan incómodas. En teoría están ahí para celebrar el reciente premio a toda una vida otorgado a Ellie por el Comité Femenino para las Artes y la reciente publicación de su libro, *Pintoras holandesas del Siglo de Oro*. Dos profesoras de la Universidad de Sídney colegas suyas, su hermana llegada de las Montañas Azules, un alumno del máster de Historia del Arte y una vieja amiga de sus tiempos en el internado. Hace tres años que ha vuelto a Sídney, y a eso se reduce su capacidad de convocatoria. Ahí de pie, con sus copas de vino en la mano, hablan de los inminentes Juegos Olímpicos y contemplan las rosellas, que emiten su estridente gorjeo en las copas de los árboles. Al menos la vista es buena.

Lleva la bandeja a sus invitados y les dice que la quiche estará lista en unos minutos. Ni siquiera le gusta la quiche, pero Kate insistió y le leyó por teléfono la receta de su difunta madre. ¿Cómo se ha convertido en una sesentona que sirve quiche de jamón y queso a personas que tiene cautivas? La reunión ha sido idea de Kate, pero Ellie se ha ocupado de las invitaciones y la organización, y ahora está convencida de que ha abusado de la buena voluntad de esas personas. Haz un viaje en coche de una o dos horas en tu fin de semana, coge un trasbordador hasta Scotland Island, bebe unas copas de cabernet, admira mis vistas y mis logros. Con la excusa de ir a por más vino, vuelve dentro. Al entrar, oye a Michael, su alumno del máster, que trata de entablar conversación con su hermana. Kate es una acturaria de seguros jubilada y una competitiva jugadora de *bridge*. La tentativa empieza y acaba

con la vacilante pregunta «¿Y usted también se dedica al arte?», porque Kate o bien no lo oye o hace como si no lo oyera, y al instante cuenta una de sus anécdotas sobre las rosellas mientras las aves se abaten desde la copa de un árbol hasta el comedero con semillas prendido de la barandilla. Ellie cierra la puerta corredera de cristal mientras Michael contempla la bahía vítrea. Las dos historiadoras del arte se han adueñado del otro extremo de la terraza y, de espaldas a la vista, cruzadas de brazos, están enfrascadas en especulaciones, o quizá ventilando el último escándalo del campus.

A veces se pregunta si no ha comprado esa casa con el exilio en mente. Enclavada entre eucaliptos y enormes matas de juncia en lo alto de un barranco de piedra caliza, la casa se alza sobre postes para ofrecer una vista de Pittwater. La compró hace tres años tras huir de su fracasado matrimonio en Londres y recibir una oferta de empleo de la Universidad de Sídney. Todo el mundo, incluido el agente inmobiliario, intentó disuadirla de esa adquisición. El agente describió Scotland Island como una pequeña porción de la paradisíaca Sídney que nadie quería comprar. Pero ella cambió su vida para adaptarse al viaje en trasbordador y el desplazamiento de una hora hasta la ciudad, acomodó sus horarios de clase para tener que ir al campus solo dos veces por semana. En general, le encanta el aislamiento, y la casa en sí – techos catedralicios y una pared de cristal con vistas a la bahía– siempre le levanta el ánimo. En las mañanas soleadas, le gusta salir en bata a la terraza con unos prismáticos y observar las vías fluviales y la costa, los estuarios y los canales que discurren entre cobrizos manglares en la bahía de Towlers. La casa aireada y estoica y su ubicación a trasmano le recuerdan a diario que nadie puede exigirle nada. Se ha liberado. Y sin embargo aquí está en su terraza con una réplica de vida social, exacta pero no auténtica.

Ya de vuelta en la cocina suena el teléfono de pared. Lo primero que piensa es que debe de ser el jefe de su departamento, para disculparse, pero es Max Culkins, el director de la Art Gallery de Nueva Gales del Sur, que llama desde el aeropuerto. Va de camino a Pekín para dar una conferencia. A pesar de que Ellie es la comisaria de una exposición sobre pintoras holandesas del siglo XVII que se inaugura el mes que viene en el museo, no ha invitado a su reunión a Max, un dandi del arte de la vieja escuela con traje de mil rayas, especialista en el Asia medieval que todavía se presenta como orientalista. Ellie se los ha imaginado juntos a él y a su hermana en la misma sala y ha

decidido no invitarlo. Una colisión de mundos menos.

Por teléfono se le nota la respiración un poco entrecortada, y Ellie recuerda su nervioso hábito de humedecerse los labios con la lengua. Es un tic que intercala en sus conferencias sobre el arte de los clanes en la dinastía Ming.

–Estoy a punto de embarcar, pero quería darte la buena noticia. He localizado al actual dueño de *En el linde de un bosque* a través de unos viejos colegas del Met. He telefoneado a primera hora de la mañana y he pedido que nos lo cedieran en préstamo directamente. Así sin más, como si preguntara el precio de un viaje en taxi.

Ellie siente opresión en el pecho, como si alguien hundiera la base de la mano entre sus omóplatos. Traga saliva y deja que se imponga el silencio durante unos segundos. La quiche está quemándose en el horno; la huele, pero es incapaz de moverse.

–Es una noticia magnífica –dice, pero la respuesta le sale después de una larga pausa, y el tono no se corresponde con las palabras. Se le queda la mente en blanco. Fuera, su antigua compañera de colegio ha cogido los prismáticos y otea la bahía.

Hace un mes, Ellie se enteró de que una pequeña colección privada de los Países Bajos había adquirido el cuadro recientemente y estaba dispuesta a cederlo en préstamo para la exposición. Tenía que llegar al cabo de unos días esta misma semana. El préstamo era prueba –Ellie tenía la certeza– del fallecimiento de Marty de Groot, de la venta de una herencia, de que tal vez por fin una viuda había retirado de la pared del dormitorio ese heraldo de lóbrega belleza. Durante un mes sintió alivio, gratitud. ¿Cómo es posible, piensa, que Max Culkins no haya visto el rastro burocrático dejado por el registrador que ha tramitado el préstamo holandés del mismo cuadro? De pronto, le vienen a la mente la imagen de Max subiendo al estrado sin sus anotaciones para una conferencia, o sin botón en el puño de la camisa, y las veces que la ha llamado Ella.

–Os he dado mucho bombo a ti y a la Art Gallery, y al final el tipo ha insistido en ocuparse de todo desde allí. ¡Hay que ver con la filantropía estadounidense!

Ellie aparta la boca del auricular para templar la voz con un carraspeo. Se dispone a comunicar a Max –está convencida de ello durante un prolongado segundo– que van de camino al museo dos cuadros con el mismo nombre, procedentes de dos continentes distintos. Podría describirlo como una

desconcertante confusión.

–¿Quién es ese hombre tan generoso? –dice al final.

–Un tal Martijn de Groot, de Manhattan.

Ellie hace cálculos: alrededor de los ochenta años, a menos que exista un heredero varón con el mismo nombre. A través de las puertas de cristal contempla las tonalidades plateadas de la bahía revestida de escamas de sol vespertino.

–Se presenta como Marty, un hombre con mucho desparpajo, pero muy generoso, a mi modo de ver. El cuadro pertenece a su familia desde hace siglos. Extraordinario, la verdad.

El olor de la quiche carbonizada le produce cierto mareo. Max dice algo que ella no oye bien –queda ahogado por el anuncio del embarque de un vuelo en el aeropuerto–, y acto seguido su voz reaparece, como si hablara entre ráfagas de interferencia estática:

–... por lo visto, la pintura ya se ha legado al Met. Solo están esperando a que el vejete muera. Pero he aquí lo mejor, Ellie. Marty de Groot insiste en traer la pintura personalmente. Viajará en avión con ella en algún momento antes de la inauguración. ¿No te parece increíble?

Ellie siente que se le cierra la garganta de pavor.

–Hablando de vuelos –dice Max–, debo ir ya a la puerta de embarque. Me pondré en contacto contigo desde Pekín.

Temerosa de cómo pueda sonar su voz, murmura un adiós y cuelga el auricular. El suelo de la cocina se hunde por unos segundos. Un ascensor en caída libre. Piensa: Me he labrado de nuevo la ruina en mi vida. Enmudecida, fija la mirada en el oráculo del disco rotatorio del viejo teléfono, como si pudiera *revertirse* la llamada. Lleva tanto rato ausente que Kate entra de la terraza a toda prisa para echar una mano.

–Eres un caso perdido –dice–. Te vas a por vino y te encuentro ahí parada, como una paciente después de una lobotomía. Vaya, huele como si hubiera habido un incendio. ¿Qué has hecho con la quiche de la pobre mamá?

Ellie, sobresaltada, se pone en acción y abre la puerta del horno. La quiche humea y ha quedado irreconocible de lo chamuscada que está. Kate la aparta de un codazo, se enfunda una manopla, saca la quiche y la coloca en la encimera.

–Hay que ver lo bien que tratas a tus invitados –dice. A continuación abre la ventana de la cocina para que salga el humo–. No te preocupes –añade a la

vez que cruza la cocina hacia la nevera—. He visto ahí dentro un poco de salmón ahumado. Serviremos eso. —Tras sacar el paquete de salmón del frigorífico se vuelve por fin y ve el rostro pálido de Ellie—. ¿Qué te pasa? Se diría que eres una dama que necesita sus sales.

—Me está entrando una migraña atroz —contesta Ellie—. Casi ni veo.

Una expresión de afecto y preocupación fraternal asoma en el semblante de Kate. Toca la frente de Ellie con la muñeca como para ver si tiene fiebre. Las migrañas de su madre eran onerosas obras de Dios que las dos padecían de niñas, pero las de Ellie —que empezaron en la pubertad— fueron tratadas con ternura y precisión. Kate acostumbraba a cubrir las ventanas de la vieja casa con mantas si Ellie sufría un ataque al volver del internado, y a preparar cataplasmas frías y tazas de té y llevárselas en la oscuridad de su habitación compartida. Kate le dice:

—Ve a acostarte, te llevaré un medicamento. Yo atenderé a tus invitados y los acercaré al trasbordador de las cuatro.

Ellie está atónita por el pánico que arde en su pecho, en sus manos y en su cara. Tiene algo de entrecortado y eléctrico. El halo de una migraña, esa primera palpitación de reconocimiento, no es nada en comparación con esto otro. Asiente con la cabeza y dice:

—Siempre has cuidado de mí, Kate. Lamento haber pasado la mayor parte de mi vida en la otra punta del mundo.

Kate le da un beso en la mejilla y, con actitud severa, señala en dirección a la parte trasera de la casa.

Ellie se dirige a su dormitorio, entra y cierra la puerta. Se sienta en la cama y mira por la ventana, aislada de sus invitados, que siguen en la terraza. Una docena de yates atraviesan la bahía con los *spinnakers* hinchados, avanzando como flechas hacia Palm Beach impulsados por una brisa constante. Su mente parece resistirse por un momento al enigma al que se enfrenta, y los pensamientos la llevan hasta su padre. Cada vez que contempla los veleros navegar o los pesqueros de arrastre entrar en la bahía después de una noche de captura, se acuerda de él. Murió antes de que ella cumpliera los cuarenta, pero hasta el día de hoy el golpeteo de las drizas contra los mástiles metálicos, sobre todo por la noche, lo trae de vuelta. Allí está, dormido en el queche de seis metros, anclado en el río Parramatta, solo para eludir las exigencias domésticas de su mujer y sus dos hijas. Su parcela en forma de hacha, en el barrio de Balmain, ofrecía una vista de los astilleros navales y los

muelles industriales, y recuerda la imagen de la embarcación de su padre en medio de las voluminosas siluetas de las fragatas y los buques de carga. En la oscuridad palpitaba el sonido de los generadores de los barcos, y ella siempre se preguntaba cómo podía su padre dormir toda la noche con semejante alboroto. Por lo visto, ese ruido era infinitamente preferible a las peleas de dos niñas y las voces de una esposa que hablaba dormida.

Le parece increíble que los dos cuadros hayan coexistido durante casi medio siglo, un planeta y una luna en su órbita. A lo largo de los años, se han descubierto algunos otros lienzos de De Vos, uno de ellos autenticado por la propia Ellie, pero *En el linde de un bosque* ha seguido siendo la joya de la corona. La colección privada de Leiden ha accedido a prestar no solo ese, sino también otro paisaje de De Vos que ella nunca ha visto. Se pregunta si también ese es una falsificación. Mientras oye a Kate acorralar a los invitados con su buen humor y el salmón ahumado, revive en su mente el final de la década de 1950 en Nueva York. Una huida en pleno pánico, y luego el gran empujón al vacío estrecho y recto. Después de aceptar el departamento su tesis y empezar a publicarse algunos de sus artículos, aceptó un puesto de profesora en el University College de Londres. Poco después de cumplir los treinta, obtuvo la plaza en titularidad, tras huir del inframundo neoyorquino de intermediarios, buscadores de gangas y marchantes como quien escapa de una casa en llamas, incrédula y agradecida por haber salido indemne.

No conocía todas las circunstancias de la devolución del cuadro, pero sabía que a finales de 1958 Gabriel tenía tanto la copia como el original. En diciembre de ese año, Marty de Groot se dirigió al público –o a los falsificadores y ladrones–, como un magnate con un hijo secuestrado, publicó una petición a toda página en el *Times* del domingo y ofreció una recompensa de setenta y cinco mil dólares. El cuadro no valía mucho más que eso por aquel entonces. Ella estaba ya en Europa cuando apareció el anuncio y se enteró meses más tarde. Como la pintura nunca se había vendido ni expuesto, dio por sentado que la falsificación se había destruido discretamente o conservado como recuerdo en el desván de la familia De Groot. Pero ahora, mientras observa un yate aparecer impulsado por una fuerte racha de viento, se plantea todas las posibilidades, que sigue como si fueran las ramificaciones de una ecuación en desarrollo.

Una de las posibilidades incluye la imagen de Gabriel huyendo del país con su recompensa para vivir en el exilio, en Marruecos o Brasil, con un traje

de hilo arrugado de color crema. En otra versión, Gabriel cumple condena en una celda de Rikers Island, extraditado y caído en desgracia, antes de dar clases de apreciación del arte a jubilados en una escuela nocturna. En la década posterior al incidente, ella había estado tan ocupada en construirse una nueva vida y especular sobre el destino desconocido de Gabriel que pasó por alto una opción bastante obvia y elegante: Gabriel devuelve a Marty de Groot el original, cobra la recompensa, se guarda la falsificación y espera, hasta que, pasados cuarenta y dos años, en un apuro económico, tiene la desesperada necesidad de vender. Encuentra un pequeño museo privado en Leiden pensando que probablemente Marty de Groot ha muerto y el escándalo se ha olvidado. Esta solución posee la audacia y la sencillez de una verdad matemática. Y si es cierto, no puede dejar de admirar la contención calculada de Gabriel al mantener escondido el cuadro durante tanto tiempo.

Ellie no se mueve de la isla hasta el miércoles, el día que tiene que dar clase y que llega al museo el correo con las pinturas de Leiden. Al margen de lo que haga a continuación, tiene la certeza de que este es el principio del fin. Apenas come, bebe demasiado vino, se queda traspuesta en una tumbona de su terraza. Sus sueños parecen extraídos de una película de Fellini: relojes en marcha, casas abandonadas, desconocidos inescrutables, puertas desprendidas de los goznes. Oye permanentemente el sonido de turbinas, de reactores al aterrizar.

Una mañana temprano se despierta aterrorizada y decide enviar un mensaje por correo electrónico a Max Culkins. Lamenta haberse incriminado diciéndole por teléfono que era una «noticia magnífica». Él pronto descubrirá el rastro burocrático –además de los cuadros– y se preguntará por qué Ellie no se lo había dicho.

Querido Max:

Espero que estés disfrutando de ese congreso en China. Me avergüenza decir que la otra noche, cuando llamaste, estaba un poco en otro mundo. Tenía invitados y estaba distraída. La cuestión es que, por alguna razón, parece que vamos a recibir en el museo dos copias del mismo De Vos para la exposición. Un duplicado del cuadro de Nueva York. No tengo la menor idea de cómo ha ocurrido, pero llegaré al fondo del asunto. Probablemente se trate de una

atribución errónea de Leiden. Por cierto, Leiden sostiene también que disponen de otro paisaje de De Vos. Así que ya veremos. En cualquier caso, si quieres elaborar una estrategia, dímelo.

Un abrazo,
Ellie

Después de enviar el mensaje, se pregunta si la palabra *estrategia* resulta demasiado fría y calculadora. Espera a ver qué ocurre. Max nunca responde directamente, pero más tarde ese mismo día recibe mensajes de distintos miembros del departamento de conservación que dan a entender que todos están al corriente. Un mensaje de Mandy, la registradora, contiene el siguiente asunto: «La misma obra dos veces». En el cuerpo del texto se lee: «Creo que Max quiere andarse con pies de plomo por si corre el rumor de que existe una falsificación antes de que se inaugure la exposición. Además, el pobre se retira el año que viene, así que todo ha de llevarse con discreción. Tenemos órdenes rigurosas de evitar a toda costa que los cedentes intuyan que sabemos algo. Dice Max que ya se ocupará él personalmente cuando vuelva de China».

Ellie ha ganado un poco de tiempo, se ha recuperado de la absurda utilización de la palabra *magnífica*, pero ahora está el inminente asunto de que Marty de Groot va a cruzar la línea internacional del cambio de fecha. Morbosamente, intenta imaginar los peores titulares si la descubren. La prensa nacional tal vez trate el asunto de manera contenida, con algo como «Feminista especialista en arte gana protagonismo gracias a una falsificación»; el diario sensacionalista de su ciudad natal, *The Daily Telegraph*, en cambio, tal vez se conforme con «Se descubre que una experta en arte es una estafadora».

La asaltan visiones de la policía federal –no sabe por qué la policía federal– presentándose en una clase que da sobre Frans Hals. Los agentes esperan al fondo del auditorio hasta que acaba y la escoltan educadamente por el patio sin esposarla. O se ve a sí misma convocada a una reunión con el decano y un inspector de paisano. Impulsivamente, se conecta mediante el módem a internet para consultar webs de asesoría jurídica, lleva a cabo búsquedas en plena noche, investiga las prescripciones de delitos y los tratados de extradición internacionales, y la casuística en cuanto a falsificaciones. No hay razones para preocuparse por la posibilidad de que le

abran una causa penal, pero la atormenta el espectro de la llegada de Marty de Groot.

La amenaza de verse descubierta la induce a desear hacer balance, a escrutar en los recovecos de su vida en busca de engaños mayores. ¿Es en esencia una persona defectuosa? Se obsesiona con los pequeños deslices, como si pudieran revelar algo mayor. Mensajes de correo a los que no ha contestado, estudiantes prometedores a quienes podría haber prestado más atención, reseñas de arte en las que podría haber sido más imparcial. Intenta descubrir un rastro de migas de fallos morales, un rastro que quizá empezó con esa falsificación, o incluso antes, con las salidas a robar en las tiendas durante sus años en el internado. Pero el rastro se diluye a partir de 1957. La verdad es que pasó a ser una académica disciplinada y escrupulosa hasta la saciedad; lamentó eternamente las secuelas de su decisión de copiar la pintura por dinero; por no haber pagado por ello, experimentó la característica culpabilidad del superviviente. Siempre andaba intentando reparar el daño causado. Su exmarido Sebastian, marchante, se complacía al burlarse con delicadeza de ella en las cenas porque en dos décadas nunca la había visto excederse en el límite de velocidad, o cruzar una calle donde no había semáforo, o buscar la manera de pagar menos impuestos. ¿Qué ha sido de esa sangre de presidiario tuya?, la reprendía, y ella sonreía recatadamente y se acordaba de su innegable participación en el robo de un hito de la pintura.

Mientras busca aquí y allá pruebas de su carácter defectuoso, se tropieza con algo inesperado. En el límite de su vida cuidadosamente administrada, en el centro de sus yermos círculos sociales, existe cierta soledad alarmante. Lleva ahí muchos años, ya desde sus tiempos en Inglaterra. Hasta ahora había pensado que en la soledad existía liberación. Podía quedarse en la ciudad después de las clases, ir a ver una película extranjera en el Dendy y no preocuparse por cruzarse con examantes o antiguas amistades mientras comía una ración grande de palomitas de maíz en la deslumbrante desolación de la primera sesión un día entre semana. Hasta ese domingo por la tarde había pensado que eso era la verdadera libertad. Ahora se le antoja una forma de vida estrecha y cicatera.

De pronto se acuerda de las visitas turísticas en solitario que ha hecho en

los últimos tres años, los recorridos por sus antiguos territorios. Una alegre turista en su propia patria hechizada. ¿Cómo explicarlas? La taberna de Balmain donde su padre atendía a su séquito, la parcela de la familia junto a los astilleros navales. Tras su regreso, durante el primer año, erraba por la ciudad como si hubiera sucumbido a la nostalgia. No sabría explicar por qué cruzó el puerto una docena de veces, siguiendo las rutas del trasbordador de su padre hasta Manly y el zoo de Taronga. Aquel hombre apenas se daba cuenta de que ella respiraba el mismo aire que él. La única vez que su padre le permitió viajar en la timonera del *South Steyne*, ella sufrió un espantoso mareo y permaneció todo el rato aferrada a su cuaderno de dibujo. Eso ocurrió antes de las monjas y los sacerdotes, antes de la acometida de la pubertad. En verano, el puerto olía a kelp y yodo, y ella se moría de impaciencia por desembarcar en Manly. Se escabulló para darse un baño rápido en una zona acordonada junto a la terminal y hacer una visita relámpago al acuario de los tiburones y al parque de atracciones Fun Pier. Había cogido dinero de la mesilla de noche de su madre (¿acaso las deficiencias morales habían empezado ya tanto tiempo atrás?) y estaba decidida a darle buen uso. Al cabo de media hora salió del Tren Fantasma sobrecogida de miedo y regresó a toda prisa para llegar al barco de su padre a la hora de salida prevista. Se quedó en el muelle con el bañador húmedo mientras el *South Steyne* zarpaba, el agua revuelta y espumosa en su estela. El trasbordador tardó dos horas en volver. Ellie esperó allí sentada pacientemente, observando a niños de pecho desnudo zambullirse por unas monedas desde los gigantescos postes de madera. Su padre no mencionó el incidente, pero ella nunca olvidó la sensación de que el mundo —y su padre— era indiferente a sus actos e inclinaciones. Los relojes no se detenían solo porque ella tuviera un antojo. Él no volvió a pedirle que lo acompañara.

Todo esto flota en torno a ella: otro tiempo y otra ciudad. Ha pasado toda una vida, pero aquí es donde empezaron las cosas, donde se encendieron las candilejas y se levantó el telón. Ellie la falsificadora tenía sus raíces allí, en algún lugar, pero ¿dónde? La vieja casa de Balmain con su terraza redondeada y los marcos de las ventanas desencajados fue derruida hace años, sustituida por un bloque de apartamentos, un cubo de ladrillo, y los únicos recuerdos visibles de aquella época son un banano solitario y un vistoso jacarandá de intensos colores. Todo ha seguido su curso, pero ella ha vuelto en busca de la adolescente taciturna que olía a acetona. Para ella, el

pasado está más vivo que el presente, y la idea le produce una sensación de ahogo. Se suponía que la invitación a organizar la exposición para la Art Gallery de Nueva Gales del Sur debía ser un paso adelante para ella, el inicio de la ampliación de su círculo de amistades y conocidos, de la reincorporación al mundo de los vivos. Sin embargo, se ha convertido en su camino de retorno a los escombros del pasado.

El miércoles por la tarde, tras dar una clase sobre Judith Leyster, Ellie recibe una llamada de la Art Gallery para comunicarle que el correo ha llegado al aeropuerto de Mascot con los dos cuadros de Leiden. Calcula que dispone de unas veinticuatro horas antes de que se desembalen las obras y su falsificación se extraiga cuidadosamente. En los últimos meses, a medida que las obras para la exposición han ido llegando en un goteo desde las instituciones cedentes, se ha ido perfeccionando el protocolo: la camioneta del museo con los guardias de seguridad y el registrador de colecciones van a recibir el envío, las cajas se entregan al museo para su custodia, se traslada el correo al hotel y al día siguiente todos vuelven a reunirse para abrir las cajas, dando así a las obras tiempo suficiente para que recuperen la temperatura ambiente después de muchas horas en la bodega de un avión. Ellie anuncia a la ayudante del departamento de conservación que acudirá a recibir el correo y que no tardará en llegar. Normalmente espera a que desembalen las cajas para reunirse con la persona que acompaña las obras. Estos suelen ser conservadores o comisarios de la institución cedente y llegan agobiados y con *jet lag*, examinan carpetas llenas de formularios, impacientes por descargarse de responsabilidades por primera vez en varios días. Pero como ellos han supervisado personalmente el proceso de embalaje en el punto de partida, Ellie sabe que poseen un profundo conocimiento de las pinturas guardadas en las cajas. Desea ver con sus propios ojos qué sabe el correo holandés.

Por lo general, deja el coche en el aparcamiento reservado al profesorado y se desplaza en tren hasta la estación de St. James para luego recorrer a pie la corta distancia a través del Domain, pero hoy sale atropelladamente a King Street en busca de un taxi. Las calles han quedado cubiertas de una pátina mineral después de un aguacero y todo huele a hierro. Mientras espera un taxi en la dirección oportuna, se recuerda que debe observar la luz, el arrebol

rosado en poniente. Siempre dice a sus alumnos que presten atención a la luz, pero ella personalmente en los últimos tres días no se ha fijado en nada de su alrededor. Para un taxi y sube. En los periódicos se está hablando de los Juegos Olímpicos y el nivel de preparación de la ciudad, y el taxista, en un monólogo, sostiene que van a pillar a Sídney con los pantalones bajados. Ella mira por la ventanilla y repara en el grado de deterioro de los sucesivos tramos de Cleveland Street, la forja de filigrana de los balcones de las ruinosas casas adosadas semejante a encaje herrumbroso, las mugrientas fachadas embaldosadas de las tabernas y las cristalerías de los restaurantes libaneses recubiertas de una película de grasa. Eso es el casco antiguo de Sídney, la ciudad sucia y mohosa de su padre. Ya cerca del museo, el taxista habla de la falta general de cortesía en los inicios del siglo XXI. Ellie le pide que la deje en la parte de atrás, ante la plataforma de carga y descarga, y le paga.

En torno a la plataforma de carga pululan unos cuantos empleados del almacén en guardapolvos. El museo tiene en plantilla a dos embaladores, dos técnicos de instalaciones y un carpintero. Trabajan todos bajo las órdenes de Quentin La Forge, un sesentón meticuloso que se atribuye el título de operario jefe. Todos los demás lo llaman Q. Cuando llega Ellie, lo encuentra sentado en su despacho acristalado, con las gafas bifocales por encima de la frente, mojando galletas en una taza de té y hojeando el periódico. En el último año, mientras las piezas de la exposición han ido encajando lentamente, Ellie ha aprendido a besar el sello papal de los transportistas y operarios. En ellos reside la diferencia entre puntualidad y demoras inexplicables. Les lleva barritas de Mars y reparte entradas para el cine cuando alguno de ellos celebra su cumpleaños. En su agenda ha anotado sus nombres completos, sus números de teléfono móvil y sus fechas de cumpleaños. El despacho de Q es una fortaleza de archivadores de color verde industrial y diagramas plastificados en las paredes que muestran la Curva de Acolchado Dinámico o las propiedades aislantes de diversas maderas y polímeros. Q es poco más o menos de la misma edad que Ellie, pero de otra época: un hombre que huele a cola de madera y lleva pañuelos planchados y brillantina. Viste un guardapolvos azul marino con sus iniciales bordadas en un bolsillo repleto de portaminas.

Ellie se deja caer en una silla giratoria agrietada delante del escritorio en

perfecto orden. Q levanta la mirada, asiente, toma un bocado de una galleta de mantequilla empapada.

–¿Están en tránsito, pues? –pregunta Ellie, procurando hablar con voz serena.

–¿Qué es lo que está en tránsito? ¿Venus? Necesito algún detalle más, encanto.

Sabe que no le conviene sacar a colación un plan de entrega sin los obligados tres minutos de cháchara. Pero, mientras están ahí sentados, las obras van de camino, piensa, pasando los trámites de aduana o avanzando entre el tráfico. Se representa su falsificación como un diamante robado, cómodamente instalada dentro de su barrera de vapor, envuelta en capas de papel cristal y contrachapado.

–Las de Leiden –contesta ella.

–Sí –dice Q con la boca llena–. Mandy y unos cuantos guardias han ido a buscar a ese holandés al aeropuerto. –Habla con una despreocupación que la enfurece. Podría llegar a Mascot un Caravaggio, y él mojaría sus galletas y preferiría hablar del tiempo, las carreras de caballos, el fútbol, en realidad de cualquier cosa excepto del verdadero propósito de su trabajo. A juzgar por su aparente falta de curiosidad, podría dedicarse a embalar y desembalar *souvenirs* de plástico. Tiempo atrás, ella cometió el error de extrapolar esa apatía al trabajo en sí, y recuerda la primera vez que lo vio construir una caja a medida. Fue un placer observarlo: cada juntura, listón y acolchado de los ángulos perfectamente realizado y ajustado, la linterna frontal en la cabeza, a su lado el carrito de madera con herrajes y asas de baúl y la pistola encoladora en caliente. Mientras trabajaba pacientemente durante horas, escuchaba las *Variaciones Goldberg*, y sus ayudantes iban a buscarle determinados escoplos y lijas de grano fino y tazas de té.

A juzgar por su desinterés, también salta a la vista que no ignora que una posible falsificación está a punto de llegar a su plataforma de carga. Ellie se ha pasado toda la vida en el ambiente museístico y sabe que el personal de conservación y los embaladores recelan vagamente unos de otros. Los conservadores y Max Culkins han ocultado la noticia a los hombres en guardapolvos.

Ellie quiere saber cuál es la hora prevista de llegada, pero en lugar de eso pregunta:

–¿Qué tal los nietos?

–Ah, bien, el fin de semana llevé a toda la tribu a Bondi. Comimos pescado con patatas fritas en el club Icebergs e incluso convencí a uno de los chicos para que se diera un baño.

–Hace un poco de frío para eso, ¿no?

–Tonterías. Activa el corazón.

Esta charla trivial se prolonga durante unos minutos insufribles. Ellie toma conciencia de que Q casi nunca le pregunta por sus fines de semana y sus planes, como si su vida de ermitaña en la isla y su condición de divorciada sin hijos convirtiera su vida en algo inescrutable y un poco impresentable. Al cabo de un rato, el carpintero –un hombre callado que se llama Ed– entra en el despacho para comunicar la llegada de la camioneta procedente del aeropuerto. Q asiente, descuelga el teléfono de su mesa y llama arriba al jefe de conservación para anunciárselo.

–Han llegado las cajas con el holandés –informa. Cuelga el auricular, apura la taza de té y se levanta detrás de la mesa. Se sacude el guardapolvos, se palpa los bolsillos y de pronto se acuerda de que tiene las bifocales encima de la cabeza. Se las baja y entorna los ojos de color castaño claro, de pronto agrandados por efecto de las lentes. A un lado de un archivador cuelga una tablilla portapapeles con la lista de control de recepciones y los albaranes. Q la coge al salir, y Ellie lo sigue.

La camioneta, marcha atrás, emitiendo un pitido, accede al espacio de carga y descarga, y dos guardias se apean para abrir los portones traseros. Mandy, la registradora, es la siguiente en salir, y luego aparece un hombre desaliñado de pelo largo, perilla y un tatuaje en un antebrazo, vestido con vaqueros y camiseta, que sostiene una pequeña mochila y un voluminoso sobre marrón. Ellie, junto a los operarios, oye que Q dice a sus hombres:

–Nuestro correo parece salido de Long Bay en libertad condicional.

Los hombres ríen discretamente. Ellie se sitúa detrás de la camioneta para disponer de una perspectiva mejor y ve dos cajas de madera idénticas, ambas con etiquetas que advierten de la fragilidad del contenido en diversas lenguas. Mandy y el correo suben por la escalera, y ella lo presenta como Hendrik Klapp. Él estrecha la mano a todos los presentes.

–¿Cómo ha ido el vuelo? –pregunta Ellie.

–Ha durado unas seis horas de más –contesta él, y abre el sobre.

Q se acerca para reafirmarse en su posición.

–Hendrik, ¿cuál es su función en el museo privado de Leiden?

–Superviso la manipulación, entre otras cosas.

–Excelente. ¿Sabrá, pues, cómo se montaron estas cajas? ¿No habrá traído por casualidad algún diagrama?

–Las hice yo, y embalé yo mismo las obras –responde Hendrik–. Hasta el último clavo.

Q mira a sus ayudantes y les guiña el ojo con expresión teatral.

–Espero que no haya clavos.

–Claro que no. Era una manera de hablar.

La hostilidad entre Hendrik y Q es inmediata.

–Aunque cada una de las cajas pesa unos cuarenta kilos, recomiendo utilizar una carretilla hidráulica para sacarlas del vehículo. Las cajas van provistas de patines en la parte inferior.

Con su mochila, su hosquedad y su rostro enjuto y pálido, Hendrik parece estar presentándose a una audición para un papel de *hacker* holandés. Ellie sospecha que no pretende dar una imagen de persona arrogante o imperiosa; es sencillamente la maldición de ciertos hablantes de inglés no nativos, una especie de eficiencia mecánica que suena a descortesía. Pero también sabe que Q y sus hombres no tienen en cuenta esos cálculos y esa indulgencia. Hendrik se ha convertido en una costra en la rodilla de un miércoles por la tarde y están impacientes por toqueteársela.

Ed va en busca de la carretilla mientras el embalador y el enmarcador entran en la camioneta para deslizar las cajas hacia la parte de atrás. La rampa queda a ras de la plataforma, así que Ed puede insertar fácilmente los brazos de la carretilla bajo las cajas, entre los patines de madera. Levanta cada una de las cajas quince centímetros del suelo y retrocede con ella hasta la plataforma. Lo habitual es dejar las cajas de embalaje en el espacio que aloja la exposición durante la noche y después abrirlas en presencia del correo para colgarlas de inmediato. Pero debido a daños causados por el agua en una claraboya y a las reparaciones en curso, todavía no está disponible el espacio destinado a la exposición. Todos los cuadros quedarán almacenados hasta que la sala esté lista. Ellie se lo explica a Hendrik mientras trasladan las cajas en la carretilla hacia el almacén. Él la mira con cara de incompreensión.

Ellie advierte, por el acabado de las cajas, los ángulos cuidadosamente desbastados, los tornillos encastrados y los adhesivos con el código de barras, que están excepcionalmente bien hechas. Q está acostumbrado a recibir cajas que a veces parecen caídas desde un quinto piso. Ella lo observa mientras él

rodea las cajas con cautela, como si estuviese evaluando a un perro desconocido. Hendrik permanece a la espera con su fajo de papeles. Ellie se da cuenta de que Q está impresionado por la excelente confección de las cajas, pero también un poco irritado.

–Eso es sumamente inusual –dice de pronto Hendrik–. No colocarlas en la sala.

–Comunicamos el retraso a su institución –responde Q.

Hendrik consulta sus papeles.

–Bueno, necesitaré las firmas en el albarán de entrega y también conocer los detalles de seguridad para la noche. –Alza la mirada hacia el reloj de pared–. Volveré mañana a esta misma hora.

Ellie desea, por su propio bien, que deje de hablar como un espía alemán en una película de la Segunda Guerra Mundial. Q coge los papeles y un bolígrafo que Hendrik le tiende y examina el albarán bajo una de las luces. Al cabo de un momento, dice:

–Habrà que introducir algunos cambios en esto, si no le importa. Para empezar, no sabremos qué contienen estas cajas hasta mañana. Bien podrían estar llenas de piedras. Así que aquí donde incluye las descripciones de las pinturas y exige una firma, tendremos que cambiar el texto para referirnos a las cajas con los códigos de barras que nos ha entregado. El resto lo firmaremos mañana después de abrir nuestros regalos. ¿Qué le parece?

–No hay inconveniente.

Q sigue hojeando el fajo de papeles.

–Bien. Y tenemos que elaborar nuestro propio informe sobre el estado, cosa que haremos mañana. Aparte del informe de Leiden.

–Por supuesto.

Ellie piensa que estos préstamos nunca se reciben con verdadera gratitud en la plataforma de carga y descarga. No son más que otra caja que desembalar.

Q introduce modificaciones en el texto del albarán y tanto él como Hendrik añaden sus iniciales junto a los cambios antes de firmar. Mandy coge una copia y se va arriba, pero no antes de dirigir una mirada de complicidad a Ellie.

Volviéndose hacia Ellie, Hendrik pregunta:

–¿Puedo usar su fax para enviar esto a Leiden?

–Claro –responde Ellie–. Lo acompaño a las oficinas de arriba. También

puede hablar con el jefe de seguridad, si lo desea.

–Eso sería lo ideal. –Hendrik se vuelve una vez más hacia sus cajas y le dice a Q y sus hombres–: Caballeros, nos vemos mañana.

Cuando salen de la zona de envío y recepción, Ellie percibe que los hombres los observan alejarse. Sabe que se harán imitaciones de Hendrik en la taberna dentro de un par de horas, que lo añadirán a la lista de advenedizos extranjeros que no han mostrado el debido respeto a Q.

Hendrik envía sus documentos por fax, ayudado por alguien de administración que le facilita el código del país. Luego Ellie le presenta al jefe de seguridad, que lo soporta con la misma impaciencia que Q. Satisfecho con el resultado, Hendrik, a la vez que tacha puntos en la lista que lleva preparada, dice que está listo para ir al hotel y pregunta si puede pedir un taxi.

–Le hemos reservado habitación en un hotelito en The Rocks, un barrio antiguo de Sídney justo al lado del mar. Con mucho gusto lo acompañaré hasta allí si le apetece dar un paseo. ¿Ha dejado más equipaje en la camioneta?

–Esto es todo –responde él a la vez que señala la mochila que lleva colgada al hombro.

Ellie deduce que ahí dentro no puede llevar más de una muda.

–¿Cuánto tiempo va a quedarse?

–Solo unos días. En realidad no lo suficiente para hacer turismo.

–¿Ha estado alguna vez en Australia?

–No.

–Le haré una pequeña lista de visitas obligadas en la ciudad.

Lo guía bajo los techos abovedados y las claraboyas hasta la entrada principal y se encaminan hacia el jardín botánico. Apenas son más de las cuatro de la tarde, pero ya oscurece. Al oeste se ha formado un denso banco de nubes. A través de los árboles, Ellie ve un repentino haz de sol abrirse paso y convertir el puerto de pizarra en zafiro y otra vez en negro. Recuerda lo mucho que le gusta la ciudad en invierno. La tenue luz de las mañanas, los chaparrones, las extrañas rocallas de piedra caliza y helechos en el paseo marítimo, el olor a musgo que siempre la lleva a pensar en grutas y sus primeros paisajes arcadianos. Echa de menos la pintura, siente su ausencia como una gran pérdida. Caminan entre arriates de hibiscos y banksias doradas y se pregunta qué impresión le causa el jardín a Hendrik, a un

holandés acostumbrado a los tulipanes y los salones de té enclavados en bosques impolutos. A lo largo de los años ha pasado temporadas en los Países Bajos dando clases e investigando, y recuerda con afecto a los holandeses. También recuerda su actitud tenaz e inquebrantable y su esporádica aspereza.

Atraviesan un palmeral donde zorros voladores de cabeza gris, suspendidos bajo las frondas, se nutren de vainas y fruta y dejan caer las pepitas en las hojas de debajo. Otros murciélagos emprenden el vuelo por encima de los árboles para salir en busca de alimento durante la noche, batiendo repentinamente sus alas correosas. Hendrik se detiene y alza la vista. Ellie se ha ausentado de Australia el tiempo suficiente para verlo todo a través de sus ojos: una colonia de vampiros meridionales merodeando entre las copas de los árboles. En el museo, Ellie ha oído hablar de cierto proyecto de reubicación, algo que incluye una perturbación acústica antes del amanecer para impedir que los murciélagos se cuelguen de las ramas. Ellie y Hendrik siguen adelante, dejando atrás araucarias y eucaliptos robustos que se plantaron a principios del siglo XIX, dato que Ellie nunca daría a conocer a un visitante europeo. La casa de Ámsterdam donde vivió durante un verano mientras llevaba a cabo sus investigaciones sobre Sara de Vos tenía cuatrocientos años de antigüedad, y en el hastial seguía instalado y en funcionamiento el reloj original.

Hablan de museos y ciudades holandeses, pero Ellie no dice que vivió en Ámsterdam, por temor a un interrogatorio. Cuando salen del jardín inferior, el crepúsculo ha endurecido las sombras entre los bloques de oficinas y un éxodo de habitantes de las zonas residenciales de la periferia se dirige en tropel hacia Circular Quay. Hendrik avanza a zancadas con su mochila, y las joyas de Sídney –el puerto, el teatro de la ópera, el puente– se someten ordenadamente a su consideración, todas en una misma línea de mira.

–Ha sido muy generoso por parte de su museo cedernos estas obras – comenta Ellie.

–El Hofje van Foort está intentando ganar prestigio.

Al pronunciar el nombre formal holandés, Hendrik expulsa el aire con vehemencia, y ella presupone que es para reafirmar su autoridad. O quizá piensa que a ella la pone nerviosa su pronunciación. El único holandés que sabe es rigurosamente académico y lo utiliza para analizar obras monográficas; incluso durante su etapa en Holanda le resultó difícil encontrar

a holandeses que se prestaran a hablar en su idioma con ella. El chiste que circulaba entre sus colegas era que los taxistas holandeses –a menudo al volante de Mercedes negros con trajes oscuros, como choferes de embajada– hablaban mejor el inglés que los expatriados australianos.

–Eso nos da buena prensa –comenta Hendrik–. Nos mencionarán en su programa, supongo.

–En lugar destacado –responde Ellie. Al cabo de un momento, pregunta–: ¿Cuándo adquirió su museo esas obras?

–Mi jefe compró la escena fúnebre hace unos años, pero la mantuvo en secreto. El señor Van Foort aspiraba a conseguir un segundo De Vos antes de enseñar los dos. Era como si quisiese que los dos miembros de una pareja llegaran juntos a una cena.

–Qué romántico –comenta ella–. ¿Y cuándo adquirió *En el linde de un bosque*?

–Salió al mercado en fecha reciente. –De pronto Hendrik se mira los pies, como adoptando una actitud evasiva.

Ellie se imagina a un Gabriel mucho mayor, en Leiden, con una gabardina desastrada, sentado en una cafetería con una novela de espías amarillenta y una falsificación envuelta en papel marrón, matando el tiempo antes de su cita en el museo. No quiere dar la impresión de que está fisgoneando, de modo que cambia de táctica. Como si tal cosa, dice:

–Me ha sorprendido mucho el nuevo hallazgo... ¿una escena fúnebre, dice?

–Sí –contesta él–: *Invierno con la comitiva fúnebre de un niño*. Una escena al aire libre, pintada en 1637.

–¿Otra escena al aire libre? No sabía que De Vos hubiera pintado nada después de 1636.

–Pues sí, en fin, puede que tenga que revisar su libro.

Eso acaso sea una pulla, pero es difícil saberlo. Si le pregunta si ha leído su libro sobre las pintoras holandesas del siglo XVII, corre el riesgo de quedar como una persona vanidosa. Opta por preguntar:

–¿Dónde lo encontraron?

–El señor Van Foort se reserva esos detalles. Secretos del oficio. Me gusta pensar que fue en algún sitio parecido a la antigua suite de Coco Chanel en el Ritz de París, porque eso sería como salido de una película de Disney. –Lo

dice con súbito júbilo, como si acabara de contar un chiste que pertenece al ámbito cultural de ella. Otra cosa que Ellie recuerda de sus amigos holandeses es que escuchaban música pop una década después de su auge.

–Bueno, sería más lógico en París que en Cincinnati –observa Ellie–, que es donde han acabado otros dos De Vos.

–Usted cree que ella dejó de pintar en 1636 –dice él, inexpresivo. Más que preguntarlo, señala su falacia.

Avanzan entre el bullicio de Circular Quay en hora punta. Los traspasadores empiezan a llenarse mientras ella lo guía en dirección contraria al tráfico peatonal. Unos cuantos músicos callejeros actúan junto a la barandilla del paseo, incluido un grupo de bailarines aborígenes pintados. La ciudad está concebida para los turistas, piensa Ellie. Cuando llegan a un claro, dice:

–Por algunas cartas y documentos de archivo, sabemos que Sara de Vos se crio en Ámsterdam, hija de un pintor paisajista, pero se formó en el género de la naturaleza muerta. Se casó con un paisajista de Haarlem, vivió con su marido y su hija durante unos años cerca de Kalverstraat, la niña murió a corta edad, posiblemente a causa de la peste. No tenemos registros de la muerte de Sara o del marido. La mayoría de los registros de la guilda de ese período se han perdido, pero sabemos por documentos judiciales y recibos de subastas que la pareja iba a la ruina después de la muerte de su hija. Se llamaba Kathrijn. Está enterrada en una fosa común detrás de una iglesia de Ámsterdam. Perdona, estoy hablando como una cotorra...

Hendrik la mira por primera vez desde hace varios minutos. En la creciente oscuridad, a Ellie le cuesta saber si es por suficiencia o conocimiento lo que él dice:

–Pero no se han encontrado las tumbas de los padres... así que De Vos podría haber vivido otros veinte años y pintado muchas más obras, ¿no?

–En rigor eso es cierto. Aunque siempre he sospechado que *En el linde de un bosque* era la máxima expresión de su arte. Puede que después de eso entrara en declive.

–Con este nuevo lienzo eso podría ponerse en duda.

–En el supuesto de que de verdad sea suyo.

–Bueno, usted es la experta y le toca juzgarlo. Pero puede que sea necesario revisar un poco su teoría.

En un repentino deseo de venganza, Ellie imagina que añade: por cierto, no

solo es posible que el nuevo paisaje sea un error de atribución, sino que además estoy casi segura de que su *En el linde de un bosque* es una falsificación que pinté yo cuando tenía alrededor de veinticinco años.

Pero ya están cerca de The Rocks, y capta su atención el barullo de las tabernas a rebosar de oficinistas, algunos de ellos forman grupos en la acera. Ellie señala el hotel Russell, un edificio de piedra con una torrecilla en la esquina. No es de lujo ni remotamente, pero sí acogedor, dentro del presupuesto, y situado en pleno centro de la acción. Ahí alojan a todos los correos; los vip se hospedan en uno de los hoteles de cinco estrellas en el otro extremo del muelle. Entran y se detienen por un momento en el vestíbulo victoriano con un aire de pintoresca decadencia.

–Todo corre por cuenta del museo –informa Ellie. Saca una tarjeta de visita del bolso–. Llámeme si necesita algo.

–Gracias –dice Hendrik.

–Espero que pueda dormir un poco. Le enviaremos un taxi por la mañana. ¿Le parece bien a las once?

Hendrik consulta su reloj y cabecea.

–Me he olvidado de cambiar la hora. Por lo visto, sigo en Holanda. Sí, a las once ya está bien.

Ellie se despide y sale a la calle. La perspectiva de tomar un taxi o un tren de regreso a la universidad y el largo trayecto en coche posterior hasta Pittwater la agota. Pasea por el muelle y se plantea sus opciones. Sucumbiendo a un capricho, entra en el Intercontinental, cruza el atrio abovedado, el interior del antiguo edificio del Tesoro, y se detiene ante la recepción. Su comportamiento impulsivo la sorprende. Una habitación en la esquina con vistas le costará casi cuatrocientos dólares, pero saca la tarjeta de crédito sin vacilar. La recepcionista es joven, asiática y guapa, y Ellie se asombra de la facilidad con que miente a la mujer al decirle que acaba de llegar de Londres y su equipaje se ha retrasado. La recepcionista le dice que el conserje le organizará gustosamente la compra de ropa en su nombre si da las tallas por teléfono desde su habitación. Ellie le da las gracias y coge la llave. Sabe que recurrirá al servicio de habitaciones y pedirá una blusa nueva por la mañana antes de encaminarse al museo para el desembalaje de los cuadros.

Al día siguiente en el museo, Hendrik supervisa el desembalaje sosteniendo una serie de planos, como si hubiese construido dos casas en miniatura en lugar de dos cajas de madera. Pide una lectura de la humedad relativa antes de empezar a abrir las cajas. Q lo complace y, valiéndose de una llave manual, se concentra en la retirada de los tornillos. Siempre prefiere las llaves y los taladros manuales, y solo recurre a las herramientas eléctricas en casos de extrema necesidad. Ellie se queda mirando con su blusa nueva detrás de una línea amarilla, en compañía de unos cuantos comisarios y conservadores dubitativos. La noticia de la posible falsificación ha agitado sus esperanzas de que la otra pieza sea una obra recién descubierta de De Vos. Y aún no han recibido instrucciones oficiales de Max Culkins desde China sobre cómo se propone manejar esa delicada situación.

Cuando Q empieza a desembalar la primera obra, queda claro que las propias cajas son obras de arte. Cuando retira el tablero frontal revestido de goma espuma, Ellie ve la arquitectura en sección transversal: el acolchado de los ángulos, una gruesa tira de goma espuma en la base, una caja interior de contrachapado de aproximadamente un centímetro de grosor engastada en el centro. Q extrae la caja interior y la coloca en una mesa de acero inoxidable. Para entonces, ha emplazado ya a Hendrik a su lado. En un raro gesto de humildad, Q pregunta a Hendrik si desea hacer los honores de abrir la primera caja interior, el equivalente a lavarle los pies a un hombre. Al parecer, en un lapso de cinco minutos, Hendrik ha sido elevado a la condición de igual, digno de respeto. Hendrik accede, lamentando no haber podido llevar sus propias herramientas en el avión. Se acerca al banco de trabajo de Q y elige un martillo pequeño, un escoplo y un cúter diseñado especialmente para esa labor. Q eleva la mesa de trabajo para colocarla a la altura adecuada, y Hendrik empieza a retirar con el escoplo la selladura de cola de la caja interior. Golpetea con delicadeza los ángulos del contrachapado y, al abrir la caja, queda a la vista otra capa de polietileno. Hendrik extrae la pintura envuelta –de unos sesenta centímetros más el marco– y la deja en posición horizontal.

Mientras retiran la goma espuma y la madera y la cinta adhesiva, Ellie siente rubor en las mejillas. Recuerda con vívido detalle cómo hizo la falsificación, cómo fue añadiendo una capa tras otra. Conoce los matices y la textura como si los hubiese creado ayer: el *impasto* de la corteza del árbol, la

atenuada luminosidad del río helado, el blanco hueso de la mano izquierda de la niña en contraste con el blanco azulado de la nieve. También se acuerda de su error en el tratamiento de los vivos amarillos de las bufandas de los patinadores. A finales de los años cincuenta, en el mundo de la conservación, se sabía muy poco sobre el amarillo de plomo y estaño, uno de los pigmentos preferidos de los maestros holandeses, que con el paso del tiempo produce jabón metálico. Para conseguir la textura brillante y terrosa, Ellie mezcló arena con amarillo de cromo sintético, una equivocación que le ha pesado desde que se redescubrió el amarillo de plomo y estaño en las publicaciones especializadas en conservación. Una especie de remordimiento técnico.

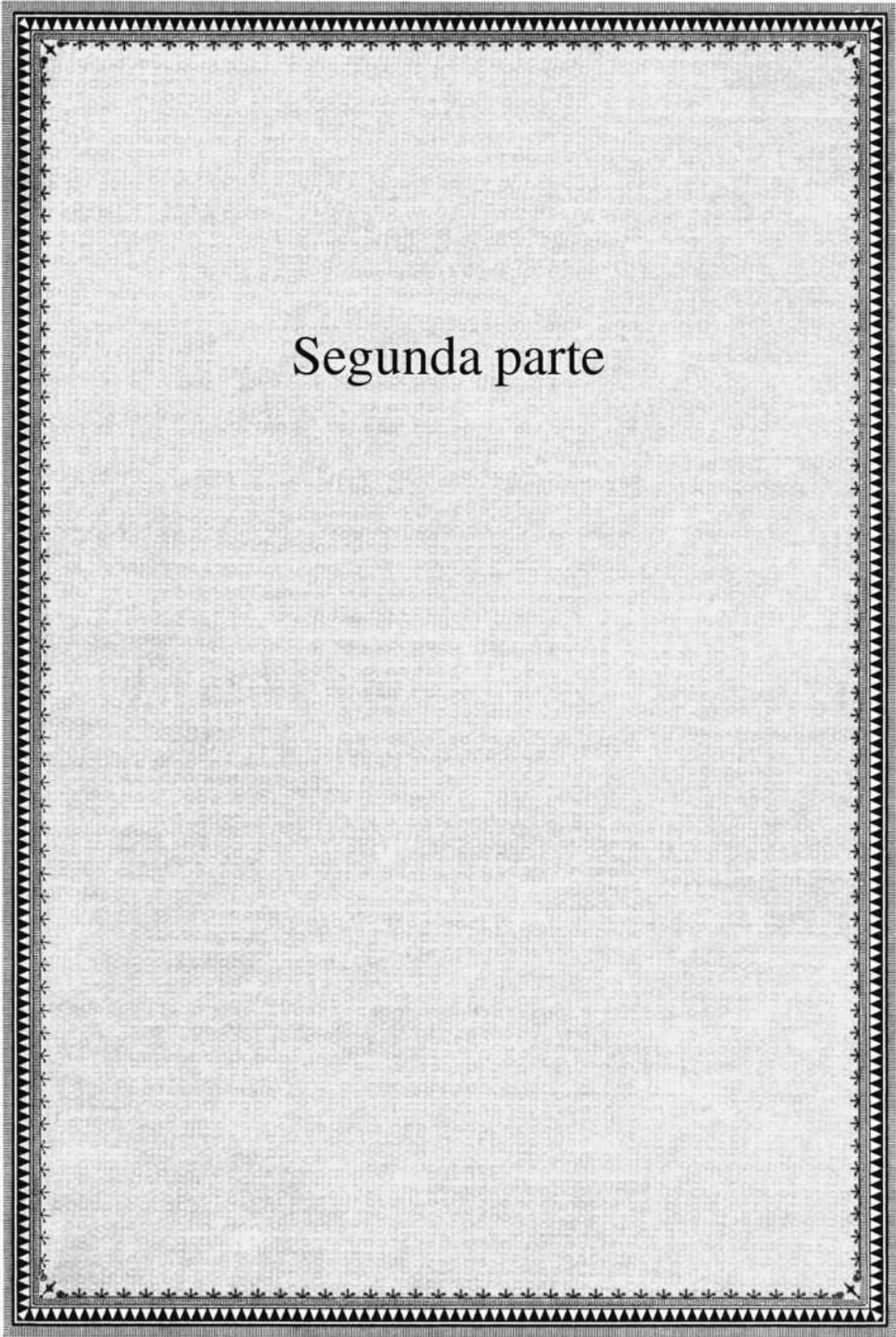
Al cabo de un rato, Hendrik sostiene en alto *En el linde de un bosque* para que todos lo vean. Ellie cruza la línea amarilla, y Q lo consiente. El cuadro está un poco inclinado, y se permite a los miembros del personal aproximarse a la vez que se atenúan las luces para mostrarlo mejor. Ellie lo contempla a un metro de distancia. La costumbre juvenil de devorar un lienzo a solo unos centímetros de su aromática superficie desapareció hace tiempo. Sebastian, cuando empezaron a salir juntos, dijo una vez que era una afectación, y ella ya no se atrevió a hacerlo nunca más. Ese comentario de pasada debería haberla prevenido contra futuras crueldades y baremos de perfección; en lugar de eso, ella coincidió de inmediato con su juicio y le agradeció la sinceridad. Con los pies clavados en el suelo, temiendo aproximarse, fija la mirada en el lienzo. Después de tantos años, le llama la atención advertir que copió debidamente todos los elementos que conferían el movimiento y la vida originales. Había empañado la superficie con barniz antiguo para crear la ilusión de envejecimiento; aun así, de algún modo logró capturar la presencia viva de la propia Sara.

Q no tiene en apariencia el menor interés por la pintura en sí y ha depositado ya su atención en la otra caja. Se insta a los comisarios a situarse otra vez detrás de la línea amarilla, por razones que Ellie no acaba de entender. No se arriesga a desobedecer a Q, así que los cinco –tres de los cuales tienen doctorados– vuelven a colocarse detrás de la línea y nuevamente esperan a que los inviten a acercarse. Esta vez Q y Hendrik trabajan al unísono: al principio el más joven deja llevar la voz cantante a su compañero por deferencia a su edad; luego el prestatario deja llevar la voz cantante al cedente por deferencia a un enigmático ritual propio de embaladores. Extraen la caja interior –parece más o menos del mismo tamaño

que *En el linde de un bosque*– y la colocan en posición horizontal bajo las luces. Mientras retiran la goma espuma y el papel cristal, empiezan a verse los bordes del marco: dorados y ondulados, un reenmarcado florentino del siglo XVIII. Q mira al personal del museo y, con un gesto, les indica que pueden acercarse. Como expertos en arte, cada uno por derecho propio, ninguno de ellos, sospecha Ellie, hablará de lo que ven hasta que lo hayan asimilado, hasta que hayan tenido ocasión de desarrollar opiniones serias o dudas sobre la posible falsedad y la nueva atribución. Que ellos sepan, es Marty de Groot quien trae la falsificación.

Ellie advierte que Hendrik la observa cuando se aproxima a la pintura. Una comitiva fúnebre compuesta por diez o doce personas desciende por una cuesta desde una iglesia con el tejado de pizarra y sus ventanas oscurecidas en contraste con el manto del mortecino cielo de mediados del invierno. Los niños del pueblo trepan por el terraplén helado a orillas del río, lejos de los padres, flanqueando la comitiva con varios perros retozones. Unos cuantos aldeanos permanecen inmóviles en el hielo, detenidos al ver el mal augurio que representa un féretro infantil. El río y el bosque y las nubes son inconfundiblemente obra de Sara, pero toda la escena está pintada desde arriba, como desde un campanario o la copa de un árbol. Ella lo está viendo desde cierta altura, piensa Ellie, y eso confiere a la escena un aire de distanciamiento, la perspectiva de un Dios indiferente. Antes de acabar de asimilarlo plenamente, Hendrik se ha acercado a ella y, bastante satisfecho de sí mismo, dice:

–Datado en 1637 y firmado en el ángulo inferior izquierdo.



Segunda parte

Ámsterdam

Primavera de 1637

Después del desplome del mercado de los tulipanes a principios de febrero, Barent no pudo vender los bodegones florales de Sara. Los holandeses que lo perdieron todo en el cáliz y la corola de una preciada flor no querían que se les recordara su locura. Cada vez más endeudados, Sara buscó en vano aprendices de pago para el taller, pero como no disponía del apoyo de la guilda, no se presentó ningún alumno. Al final, aceptó un empleo en una empresa exportadora de semillas y bulbos, que consistía en pintar flores en miniatura para su catálogo. Con el dinero extra, cada semana aparta una pequeña suma para cubrir el gasto de la tarta de cumpleaños de Barent, algo que le levante el ánimo. Va comprando los ingredientes por separado y los guarda en un tarro, que tiene escondido. Una noche de primavera asiste a una charla de un pintor italiano que está de visita en una de las grandes casas de los canales y sale de allí con el bolsillo lleno de almendras garrapiñadas. No recuerda el momento en que ha decidido llevarse las almendras que adornaban lo alto de la tarta, pero ahora, mientras camina, las acaricia con las yemas de los dedos, sintiendo una mezcla de culpabilidad y euforia.

En el camino de regreso a casa bajo la lluvia, se arrebujaba en su abrigo para protegerse del frío y la niebla. En este acaudalado barrio, las fachadas de las casas barrocas son de piedra arenisca clara y los postigos de vivo color verde encuadran las celosías de las ventanas. La acera, delimitada por una hilera de tilos y olmos, tiene un pavimento de pequeños ladrillos rojos dispuestos en espiga. Los alféizares de las ventanas están decorados con flores y sátiros tallados en piedra. Sara se prepara mentalmente para llegar a su propio vecindario cerca de Kalverstraat, para las aceras de entarimado y el urinario a la entrada del consultorio del médico, para los verduleros bajo los toldos, sus coles ya medio podridas bajo la lluvia.

Después de pasarse todo el día de pie pintando diminutas flores, sentarse en una espléndida casa del canal ha sido un alivio digno de agradecer. Los anfitriones de la charla, un par de vinateros de París, han permanecido allí de pie mientras un pintor paisajista de tercera fila hablaba con condescendencia a los invitados presentes, muchos de ellos pintores, sobre la necesidad de bajar la línea del horizonte para crear escala y dramatismo. Ella se ha sentado al fondo del salón sofocante, con algún que otro descosido en los zapatos, comiendo todo lo posible y con la máxima discreción. Son los últimos días de la Cuaresma y se siente culpable por no ayunar. Por lo visto, los anfitriones franceses no eran devotos y no respetaban la Cuaresma: las mesas estaban abarrotadas de rodajas de abadejo y cuencos de almendras y pasas. Sara hunde la mano en el bolsillo otra vez para palpar el azúcar y la sensación de madera seca de las almendras en los dedos.

Ya más cerca de su barrio, la gente se prepara para el final de la Cuaresma. Los hijos de los herreros y los zapateros apilan en las esquinas leña para hogueras que no se encenderán hasta dentro de unos días. Los repartidores de vino y cerveza entregan su género en tabernas no mayores que bodegas sórdidas y en posadas; los propietarios llenan tinajas de piedra mientras hombres fornidos con mandiles de cuero empujan toneles por el adoquinado. No está acostumbrada a estar en la calle cuando se acerca la noche, una hora antes de que el sereno salga a anunciar el toque de queda. Los canales se ven negros y lustrosos, y espontáneamente alza la vista al cielo para localizar la luna. El tema de la privación de Cuaresma ha invadido la ciudad; los faroles de varios puentes se han apagado en señal de anhelo de Dios.

No debería ir por la calle sola a esas horas, y tira de la capucha hasta cubrirse la frente. Barent le ha pedido que no fuera a la charla, prácticamente se lo ha rogado antes de marcharse de casa con aire de resignación. Desde hace meses está esquivo e impredecible. Ya no saca el libro de registro después de la cena, ni le pregunta por la marcha de sus pinturas. Sara sabe que ha pedido dinero prestado a algunos vecinos –un retratista y su mujer bordadora–, pero él se niega a hablar del tema.

Por la noche, Barent llega a casa del taller del encuadernador, se pone la bata y se sienta junto al brasero. A la hora de la cena, se levantan para rezar, comen en la fea mesa de madera junto a la ventana, bendicen los alimentos con voz monótona y dejan pasar pequeñas eternidades de silencio mientras comen huevos fritos y un pan insípido hecho de harina de alubias. Cuando

cruzan una mirada, ella ve en sus ojos una expresión de derrota, la humillación de lo que la vida le ha deparado. A veces, en plena noche, Sara se despierta y lo encuentra sentado junto al fuego, hablando solo, en susurros. Cuando Sara llegue, él le mostrará su disgusto, pero pronto habrá una tarta en la casa, un pequeño respiro en medio de toda esa pesadumbre. Dispondrá las almendras en el contorno del glaseado blanco.

Antes de la entrada del estrecho callejón que lleva a su calle, se detiene ante el taller de un ebanista que ha adoptado los últimos estilos franceses en la confección de muebles. En su casa, las mesas y sillas parecen talladas con hachas romas a partir de troncos de árbol; el mobiliario del escaparate presenta líneas alargadas y elásticas. Barnices de color nogal y caoba, con taracea de palo fierro. Se detiene unos minutos a admirar las piezas expuestas y se le entumescen los pies a causa del frío húmedo. Se ha simulado una habitación revestida de madera con un exquisito escritorio colocado en un ángulo. Ante este, un poco apartada, hay una butaca tapizada en cuero y hojas de papel sobre el escritorio, bajo una pluma de oca. Da la impresión de que alguien está a punto de escribir una carta importante. Aguarda un tintero de plata. Sara admira el torneado de las estilizadas patas del escritorio y la butaca, la lustrosa laca en contraste con la veta oscura de la madera. A veces la idea de crear algo sólido y práctico la atrae. No hay que bregar con fantasías ni con la captura de la luz. Pero tampoco existe allí la posibilidad, se dice, de representar el humo de la emoción humana en sí.

Al principio, cuando ve la casa a oscuras, piensa que Barent debe de estar muy enfadado con ella. No arde un farol detrás de ninguna ventana. Se descuelga la llave de hierro del cuello y busca a tientas el ojo de la cerradura en la oscuridad. Según una reciente ordenanza, una de cada doce casas debe mantener un farol encendido en el exterior hasta las diez de la noche, pero el beneficiario más cercano de esta sabia recomendación municipal está a nueve casas de distancia. Cierra la puerta después de entrar y accede al exiguo recibidor. Barent está sentado junto al brasero envuelto en una manta. Cuando la mira, ella ve que tiene una expresión vacía en la mirada, como si contemplara una aparición a dos metros a su izquierda.

—Perdona que llegue tan tarde. ¿Has cenado? —Al ver que él no contesta, añade—: Esto está tan oscuro como la boca de un lobo.

Apresuradamente se acerca al farol y lo enciende con una paja que antes ha prendido en el brasero. En la cocina, ahora iluminada, ve una carta en la mesa

y una botella de cerveza vacía.

–Treinta días –dice él, abstraído–, y entonces vendrán a buscarme con una orden judicial de la cárcel de deudores.

Sara sabía que llegaría ese momento; aun así, le parece inconcebible. Arrodillándose junto a él, le coge las manos frías y secas entre las suyas y le besa los nudillos. Barent, con la mirada fija en las ascuas, contempla algún paisaje que ella no ve.

Al cabo de una semana, Sara concierta una cita con el supervisor de la Guilda de Ámsterdam para exponerle su caso. Aún mantienen una actitud severa con Barent, pero quizá Sara tenga una oportunidad. Ha pasado más de un año desde que Barent y ella fueron multados y suspendidos. En todas las provincias, las guildas han combatido la actividad ilegal, sancionando a los miembros y a los residentes que comercian con importaciones del extranjero u objetos no aprobados. Tablas baratas de Amberes –paisajes genéricos con graneros rojos e inquietantes cielos, pintados apresuradamente, *alla prima*– han inundado el mercado. Es posible entrar en el almacén de un zapatero y ver en cada pared una docena de estas escenas pintadas con descuido.

Como no tiene dinero para pagar un carruaje o una calesa, va a pie hasta Nieuwmarkt pese al borrascoso tiempo primaveral. La guilda celebra sus reuniones y tiene sus archivos en el Waaggebouw, la casa de pesaje, un edificio de obra vista con torrecillas que en su día formó parte de la puerta de la ciudad. Hace veinticinco años, cuando Ámsterdam derribó su muralla para expandirse, el Waaggebouw se destinó al pesaje comercial y varias guildas ocuparon la planta superior: los herreros, los pintores, los albañiles y los médicos. Joost Blim, el supervisor jefe de la Guilda de San Lucas, es un pintor de brocha gorda con ambiciones políticas y se halla en la etapa final de su mandato de dos años. Estaba en vías de acceder al poder cuando Sara fue suspendida de la guilda, por lo que esta es la primera vez que trata con él. En su carta aceptaba recibirla, pero decía que, debido a las reformas en la sala de la guilda, tendrían que reunirse en la estancia contigua, en la «espaciosa sala de reuniones de nuestros ilustres amigos los médicos».

Resulta que la «espaciosa sala» era el anfiteatro anatómico de la guilda de los médicos, presidido por *La lección de anatomía del doctor Nicolaes Tulp*,

de Rembrandt. Sara no puede evitar pensar que no es casualidad, que el supervisor quiere castigarla en el altar del miembro vivo más famoso de San Lucas. Rembrandt se ha adueñado en gran medida del género retratista desde que se trasladó de Leiden a Ámsterdam hace seis años. Pocos años después de su llegada fue aceptado como vecino de la ciudad y admitido en la guilda.

El secretario de la guilda, Theophilus Tromp, es grabador, hombre nervudo con aspecto de ave, y viste un jubón. La recibe en lo alto de la escalera de piedra y la deja sola en el anfiteatro mientras va a buscar al supervisor. Sara se sienta a un extremo de una larga mesa de madera, quizá la misma donde colocan los cadáveres. Bajo la supervisión de Nicolaes Tulp, la guilda de los médicos realiza disecciones anuales en el anfiteatro y cobra una entrada a los médicos y legos curiosos. Estos actos públicos tienen lugar en invierno, cuando los cuerpos de los delincuentes ahorcados se conservan mejor gracias a las bajas temperaturas. Tulp es un hombre en trayectoria ascendente; según dicen, en su función de anatomista de la ciudad ha sido él quien ha firmado los certificados de salud de los primeros colonos trasladados a los Nuevos Países Bajos. Con aspiraciones a la alcaldía, publica regularmente artículos en el periódico sobre la reforma boticaria, la peste y la capacidad circulatoria de la sangre humana.

Sara había oído hablar de ese cuadro, pero no lo había visto antes, y lo examina con frialdad. El reo ejecutado se llamaba Aris Kindt, recuerda haber oído. Un ladronzuelo que había sido oportunamente ejecutado una hora antes de la disección y la sesión para el retrato. Supuestamente, Descartes se hallaba en algún lugar entre aquel sombrío público de observadores, pero Sara piensa con cinismo que él no aparece en el cuadro porque no encargó a Rembrandt que lo representara entre los médicos. ¿Qué debía de pensar el filósofo y matemático mientras permanecía allí sentado en uno de los bancos de madera? ¿Que el cuerpo era el mueble para los vapores del alma?

Se fija en los médicos, que miran el manual de anatomía abierto o directamente al espectador, como si el propio cadáver fuese secundario. Pese a la representación naturalista del pintor –los rostros sumidos en la reflexión, los ojos traslúcidos–, la mano y el brazo izquierdo diseccionados del ahorcado son de un tamaño superior a toda proporción razonable. Le sobresale el pecho, abultado en el *rigor mortis*, y la boca entreabierta está llena de sombras. Al principio, Sara piensa que Rembrandt celebra los conocimientos especializados de los médicos, pero luego se pregunta si la

mano agrandada y el monstruoso rostro del cadáver no son una crítica, una protesta contra el desgarrar de la carne. Se siente ablandarse. No hacia la pintura, sino hacia el pintor.

El señor Tromp regresa a la sala con un libro encuadernado en cabritilla. Joost Blim, un hombre corpulento de rostro tosco, lo sigue unos pasos por detrás con la cabeza gacha y las manos entrelazadas sobre el voluminoso vientre. Viste más como un aristócrata que como un pintor de brocha gorda: calzón largo con lazos, zapatos ceñidos mediante escarapelas, una casaca corta con una raja por detrás para el estoque. Nada más verlo, Sara se pregunta cuánto debe embolsarse cada año en forma de sobornos y multas. Blim se presenta, y los dos hombres se sientan al extremo opuesto de la mesa.

–Gracias por recibirme –dice Sara.

–Es un placer –contesta Blim–. Disculpá la demora. Acabo de volver de una reunión en la Cámara de los Huérfanos. Un asunto feo. Veréis, los regentes del Orfanato Municipal presentaron al alcalde la queja de que se les había estafado su parte de las ventas de la gilda. Ahora va a llevarse a cabo una auditoría completa de todos nuestros miembros. Basta con que uno de nuestros pintores o alfareros o grabadores sueñe con tener un encargo, y unos huérfanos se llevan el cinco por ciento. Nos tratan como si nosotros hubiésemos asesinado personalmente a los padres de esos desdichados.

Sara se desconcierta ante tal sinceridad, ante esa voz susurrante y esa actitud sufrida. Con amabilidad, dice:

–No sabía que recibían una parte de las ventas.

–Uy, señora, os aseguro que tienen las dos manos hundidas en nuestros bolsillos. Para empeorar las cosas, los encuadernadores pretenden separarse de San Lucas. Escindidos en dos, así estamos. Ya veis, pues, que abandono el cargo en el momento en el que se desata una guerra civil. Necesitamos un soplador de vidrio al timón. ¡Un hombre de pulmones poderosos!

–Dios santo. –No sabe qué otra cosa decir.

A Joost Blim le cuesta cierto esfuerzo sentarse erguido en la silla de respaldo recto. Arruga la boca en un mohín y elige las palabras con cuidado:

–Por lo que he oído comentar entre los miembros, vuestros bodegones eran muy logrados antes de que las cosas se torcieran.

–Es muy de lamentar, la manera en que ha ocurrido todo –dice ella.

–No hay necesidad alguna de actuar como si no conociéramos todas las circunstancias de las actividades de vuestro marido y la sombra que han

proyectado sobre vuestro hogar. De ahí nuestra reunión de hoy y la conversación que en breve mantendremos.

Sara percibe los esfuerzos del pintor de brocha gorda para expresarse con su torpe vocabulario. Lo imagina en reuniones del consejo soltando muletillas jurídicas como «en lo sucesivo» y «por consiguiente» para impresionar al puñado de miembros de la guilda con formación universitaria.

–Iré al grano –dice Sara–. Hay pocas cosas que me importen más que la pintura. Sería un honor para mí que contemplarais la posibilidad de readmitirme.

Blim entrecierra los ojos y ladea la cabeza.

–Oficialmente, todavía sois miembro de la guilda, aunque no un miembro en buena posición. –Blim se vuelve hacia el secretario y pregunta–: En estos momentos contamos con dos mujeres entre nuestros miembros, ¿no es así, señor Tromp?

–En efecto, señor.

–Y decidme, señor Tromp, ¿ejercen esas dos señoras su oficio lucrativamente? ¿Nos ayudan a mantener a raya a los huérfanos?

He aquí a un hombre, piensa Sara, que nunca ha pintado un lienzo, que de algún modo ha convencido al mundo y a la guilda de que pintar paredes exige aptitudes más allá de subir a una escalera de mano y tener buena vista. Se eriza cuando el señor Tromp pasa unas cuantas hojas de su libro.

–Podría decirse que su producción se ha reducido desde que contrajeron matrimonio años ha –contesta Tromp–. Hubo un encargo de un retrato hace un tiempo. Nada más desde entonces.

Sara se ve a sí misma pintando cuando Kathrijn era una recién nacida, la pequeña cuna de madera junto al caballete, meciéndola con un pie si la notaba inquieta, la manera en que se concentraba en el lienzo cuando su hija dormía entre cólico y cólico. Siempre fue una niña desasosegada. Sara permanece en silencio, mira alternativamente a uno y otro necio, aguardando el final de sus deliberaciones.

–Ah, entiendo. Y ya que estáis consultando vuestro registro, señor Tromp, informadme de las multas que hemos impuesto a lo largo del último año por sorteos, rifas y ventas ilícitas en mercados. Por ejemplo, posaderos que organizan subastas ilegales...

Tromp vuelve a saltar de una hoja a otra, en apariencia aturullado.

–Son demasiadas para contarlas.

Blim mira de nuevo a Sara.

–No es un panorama halagüeño. Creo que esa es la expresión manida que mejor lo resume. ¿Sabéis por qué me eligieron para este cargo, señora?

–No estoy muy segura.

–Porque cuando pintaba casas, tenía fama de no prescindir de un solo brochazo. Me preocupa hasta el último tablón y listón, las molduras de todas las ventanas. Los miembros consideraron que me aplicaría con esa misma diligencia a esta otra tarea, pero me he visto desbordado, haceos cargo. Cada dos años ocupa ese puesto una nueva persona y le entregan un libro en el que sus antecesores han garabateado cifras y ventas registradas. Necesitamos un contable, no un soplador de vidrio o un pintor al timón. No deberíamos habernos deshecho de los albañiles. Eran la clase adecuada de cinceladores para este trabajo.

Sara teme que este monólogo deshilvanado se prolongue todo el día, así que se echa al frente y levanta un poco la voz.

–Os aseguro que mis contribuciones a esta guilda serán inmediatas y continuas.

Como si lo hubieran arrancado de una ensoñación, Blim atraviesa la pétreo luz con los ojos y los posa en ella.

–¿En serio? Decídmelo, señora, ¿habéis pintado algo vuestro marido y vos este último año?

Sara sabe que esa es una pregunta envenenada.

–No, señor. Mi marido se ha puesto a trabajar para un encuadernador y últimamente yo he trabajado en una empresa que vende sus mercancías por catálogo. Pero a los dos nos gustaría volver a pintar. Nos gustaría mucho.

–¿Tenéis en perspectiva alguna obra que se ajuste a nuestras exigentes pautas? –Se echa atrás de modo que la pintura colgada a sus espaldas queda totalmente a la vista.

Sara se imagina intentando describir el lienzo de la niña en el linde de un bosque. En su cabeza, de pronto la imagen le parece absurda: una aparición espectral de pie junto a un árbol. En este mismo momento sabe que jamás se lo enseñará a nadie. Entrelazando las manos sobre el regazo, ofrece al supervisor la respuesta que desea oír:

–He estado pensando en volver a los bodegones.

Blim mira a Tromp, y luego al techo, donde los médicos han pintado su escudo de armas. Asiente, dejándose envolver por la idea.

–Naturalmente, el consejo en su totalidad tendrá que reunirse y aprobar cualquier obra que presentéis con la intención de saldar las multas de vuestro hogar. Creo que los bodegones son un tema apropiado para el pincel de una mujer. Podemos llegar a un acuerdo, estoy seguro, si nos traéis algunos bodegones excepcionales que podamos vender a fin de mantener un balance positivo. Creo que será posible. ¿Estáis de acuerdo, señor Tromp?

–Sí, señor.

–Asunto zanjado, pues.

Sara siente una enorme presión detrás de los ojos y los cierra por unos segundos para recobrar la compostura.

–Y ahora me temo que tendré que dar por concluida esta reunión con motivo de cierta correspondencia urgente. El señor Tromp os acompañará a la puerta. Quizá asistáis con nosotros a la disección del año que viene. Tampoco ese es un mal tema, si queréis saber mi opinión. –Blim se da media vuelta y abandona la sala.

Tromp la mira con expresión satisfecha: una reunión menos en su agenda.

Sara, al echar atrás la silla, produce un estridente chirrido contra el suelo. Cuando se pone en pie, alza la vista para contemplar *La lección de anatomía* y comenta:

–Nunca he visto una mano tan desproporcionadamente grande en comparación con el cuerpo.

Se vuelve para marcharse antes de que Tromp pueda abrirle la puerta.

La primavera es una época de mucha actividad para la empresa cuyo catálogo yo me encargo de pintar, un período de importantes exportaciones. El día de la reunión, Sara hace un turno de diez horas, que pasa de pie con los ojos entornados y la mirada fija en el punto donde el largo pincel de cerdas de marta toca el papel. Cuando regresa a casa por la noche está agotada, pero también rebosante de entusiasmo ante la idea de contar a Barent sus planes referentes a la guilda. Podría ser su mejor posibilidad, y confía en que eso le levante el ánimo. Con la tarta de cumpleaños no lo consiguió. Pese a que era hermosa –una tarta de medio kilo glaseada con un baño blanco y salpicada de almendras garrapiñadas–, también fue un lúgubre recordatorio de la ausencia de Kathrijn. La niña había muerto en primavera, más o menos en esa época

del año, meses antes de cumplir los ocho. Sara se dio cuenta, al servir un buen trozo a Barent, que él sentía que pecaba solo por llevarse un mínimo pedazo a la boca. Como si la deuda fuera una condición impuesta por Dios, no por los hombres, como si estuvieran comiendo la tarta de cumpleaños de Kathrijn y no la de él, como si Sara lo hubiera robado todo del escaparate de una panadería en lugar de haber cogido un puñado de almendras a un par de franceses descreídos. Por cumplir, se comen una porción cada uno, en silencio la mayor parte del tiempo, y después la tarta se quedó en la mesa de la cocina durante días, echándose a perder lentamente bajo un paño.

Cuando llega a casa, está todo a oscuras, pero se ha acostumbrado ya a que Barent se olvide de encender el farol de la entrada. Dentro, las habitaciones están frías, sin iluminación, y no hay ni rastro de él. Lo primero que piensa es que ya se habrá acostado después de un arduo día en el taller del encuadernador. Como no quiere deambular por la casa sin luz, se acerca al estante situado sobre la repisa de la chimenea para localizar el farol. Advierte que el hogar está frío: sin un ascua ni una porción de turba incandescente. Se da cuenta de que nadie se ha ocupado de la chimenea desde la noche anterior. Se las arregla para encender un poco de turba a oscuras y aproxima un trozo de yesca a la mecha del farol. Con el farol en la mano, se dirige a la estrecha escalera que asciende a su dormitorio, pero al hacerlo ve una nota clavada en la balaustrada. La primera idea que acude a su mente es que Barent se ha quitado la vida, y la invade junto con un terror espontáneo. Por un momento teme subir por la escalera y encontrarlo en la cama, sus ojos sin vida fijos en el techo, sosteniendo en la mano un señuelo de raticida a base de arsénico, o su cuerpo rígido y oscilante suspendido de una gruesa viga del desván. Tanto es así que cuando lee la nota, experimenta un instante de alivio. Acto seguido comprende que el abandono no es mejor que la muerte.

Recuerda esa sensación con la muerte de Kathrijn, su insistencia en actuar metódicamente. Envolver el cadáver, plegar las sábanas, llamar al juez de instrucción, sostener el deshilachado dobladillo del dolor como un espécimen entre dos dedos hasta quedarse sola y atrancar los postigos. Había elaborado el dolor como un lienzo, capa a capa, un pigmento tras otro. Después, en algunos momentos, la aflicción la inmovilizaría mientras llenaba un cubo de agua o se cepillaba el pelo. Se lleva la carta a la mesa de la cocina y la coloca boca abajo, llena cuidadosamente el hervidor y enciende el fuego. Prepara su calentapiés, espera un minuto, vuelve a coger la carta. La tarta rancia sigue

sobre la mesa, una bóveda de paño y migas. La destapa y coge una almendra del borde exterior. Se la lleva a la boca, luego otra, y saborea la sal de sus lágrimas junto con la pulpa de cada fruto seco. De pronto, algo se desata dentro de su pecho y un enorme sollozo traspasa la cocina a oscuras, asustándola. Sabe que podría gritar muy fuerte sin que nadie la oiga; en lugar de eso, alarga el brazo y tira la tarta de cumpleaños al suelo. El plato de barro se hace añicos contra la piedra, la tarta se desmorona. Un breve estrépito seguido de un gemido ahogado, a la vez que se tapa con una mano la boca contraída en una mueca de terror.

Mi queridísima Sara:

A estas horas ya habré encontrado una barcaza en el Amstel, y estaré alejándome a la deriva con solo unas monedas en el bolsillo. Era esto o la cárcel de deudores, y ruego a Dios que la misericordia sea más generosa contigo que conmigo. Pintaré casas o establos, o me dedicaré a la tala de árboles en Dordrecht. Cuando un hombre deja de angustiarse por sus preocupaciones, de pronto puede encontrar alivio, una libertad desconocida en el hogar. No puedo ser perdonado, y no pido tal indulgencia en tu alma. Tal vez puedas vender los paisajes y las marinas en el mercado de primavera. Este último año no ha pasado un solo día sin que me sienta sumido en el pesar, sin que eche de menos a nuestra hija como si me hubieran arrancado de la carne un pedazo mortal. No espero gran cosa del futuro, pero sí sobrellevarlo solo y doy gracias por eso.

Tu amante esposo,
Barent

Nueva Jersey

Agosto de 1958

El investigador privado es un gordo excéntrico que vive en una casa flotante ruinoso en Edgewater, Nueva Jersey. Pese a las dudas iniciales de Marty, tiene a Red Hammond a su servicio desde hace ya tres meses. Red fue compañero de armas de uno de los socios durante la guerra, y el bufete recurre a él de vez en cuando. «Un tipo desastrado, que está mal de la cabeza, pero obtiene resultados» fueron las referencias con las que se lo recomendaron. Desde el descubrimiento del robo del cuadro, Marty ha utilizado los habituales cauces de la compañía de seguros y la policía, pero ha comprobado con frustración la lentitud de los engranajes de la burocracia y el papeleo. No han sido capaces de presentar una sola pista sólida, y se alegra de haber tenido la previsión de tomar cartas en el asunto él mismo. En prevención de la mala gestión de la compañía de seguros, ha buscado su propia póliza: contratar por su cuenta un investigador. Hoy mismo Red lo ha telefoneado al despacho después de meses de indagaciones para decirle que ha averiguado algo.

Marty va en trasbordador hasta Edgewater, un enclave pesquero donde también residen unos cuantos pioneros de la vida en las afueras. Es la segunda vez que cruza el Hudson en barco hasta Nueva Jersey y le maravilla la extraordinaria vista que esa gente tiene de Midtown. Desde el río, Manhattan semeja un imperio de zigurats, teñidos de oro y rosa en el ocaso, lugar de criptas funerarias y conquistas. Al otro lado de la cubierta –cree que es estribor– ve los Palisades recortarse por encima de Edgewater. Confieren a esta soñolienta aldea de pescadores cierta magnitud, una sensación de magnificencia que toma prestada de la naturaleza. Nueva Jersey siempre le sorprende, un estado famoso por sus autopistas que debería ser conocido por su litoral y sus pueblecitos enclavados en bahías. Contemplando las aguas

cada vez más oscuras, deja que la estela del trasbordador agite sus pensamientos. ¿Por qué Red Hammond no puede tener un despacho decrépito con un escritorio manchado de café y persianas de lamas como cualquier otro detective privado en activo? Habría podido insistir en que Red se desplazara a la ciudad, pero sus colegas lo han advertido de que invitar a Red Hammond al bufete nunca ha sido buena idea. En una ocasión se presentó comiéndose un perrito caliente y con la camisa empapada en sudor en pleno diciembre.

El trayecto en trasbordador, por pintoresco que sea, solo pone de relieve la obstinación con que Marty se ha empeñado en dar con un cuadro que, según sospecha, posiblemente le ha emponzoñado la vida durante años. Desde que descubrió su desaparición, Rachel ha salido de la depresión y se ha unido a un pequeño pero activo club social, Gretchen ha superado bien el semidesliz, y a él lo han ascendido en el trabajo. Sin embargo, el hecho de haber estado durmiendo bajo la falsificación durante meses lo saca de quicio en un sentido intensamente personal. Con toda probabilidad un desconocido se subió a su cama de matrimonio para retirar un cuadro que ha pertenecido a su familia a lo largo de trescientos años. Sin saberlo, él se ha acostado como un tonto cada noche y se ha adormecido bajo la niña falsa junto al abedul.

Desde el muelle recorre un sendero invadido por la hierba que lleva río arriba hasta el embarcadero inclinado donde Red tiene amarrada su casa flotante, un remolcador reconvertido con una chimenea herrumbrosa. Marty, todavía con su traje y su maletín, se siente absurdo mientras recorre la pasarela de madera medio podrida. Red, en la popa, carga una barquita. En su primer encuentro, Red cruzó el Hudson en su pequeña fueraborda para recogerlo en el club náutico de Midtown. Al llegar allí, empinada la barquita de madera por el peso de aquel hombre corpulento sentado en la popa, los brókeres socios del club lo observaron con burlona curiosidad. Red es bromista, locuaz y enorme. Viste camisas a cuadros grandes del tamaño de mantas de pícnic.

Red se vuelve desde la popa y mira a Marty con los ojos entornados bajo la luz del atardecer.

–Tengo un cubo de morralla y una nevera llena de cerveza para compartir.

–No vengo vestido para ir de pesca.

–No es problema. En el puente hay un mono colgado de un gancho a la izquierda de la puerta. Póngase cómodo y zarparemos. Tengo *muchas revelaciones*^[1] para usted.

Marty se resigna a convertirse en su rehén en la barca y va a cambiarse. Ese es el coste de tratar con un hombre que lleva décadas tras los pasos de cónyuges infieles y empleados estafadores. Tanta soledad y recelos lo han hecho inmune a las señales sociales, a la expresión de desinterés y ligera irritación que Marty percibe en su propia cara.

Cuando Marty sube a la barca, Red le advierte que se mantenga agachado. Zarpan y enfilan río abajo, hacia The Narrows y las marismas de Staten Island. A los pies de Marty hay una nevera, unas cuantas cañas, unas pinzas gigantescas, una lata de gasolina. Marty vuelve la vista atrás por encima de la silueta de Red para ver las luces de la ciudad encenderse sobre el río cada vez más oscuro. Se ciñen a la costa occidental, dejan atrás la Estatua de la Libertad y se adentran en los bajíos de Jersey, donde hay un cementerio de cascos de barco, trasbordadores viejos y remolcadores semihundidos.

–La mayoría de los neoyorquinos ni siquiera se acuerdan de que aquí hay ríos –comenta Red.

–Supongo que así es –responde Marty con cautela–. Aunque en los días malos nos sirve de recordatorio el hedor de los vertidos de las cloacas.

–Si quiere saber mi opinión, Marty de Groot, se exagera mucho la contaminación de los dos ríos. Yo como todo lo que pesco. Hay aquí algunos de los mejores lechos de almejas y zonas de cría de anguilas que puede desear un hombre. –Red alcanza una caña y ceba el anzuelo–. Estos cascos son el sitio ideal para la cría de la anguila.

–Ni por todo el dinero del mundo me comería anguilas o pescados de este río.

–Las anguilas salen a comer por la noche –explica Red–. Depredadores abisales que buscan peces muertos.

–Y bien, ¿qué ha averiguado?

Red abre la nevera y entrega a Marty una lata de Rheingold. El borde metálico huele a pescado y yodo. Red abre su lata y bebe a sorbos con actitud pensativa, indiferente a la pregunta de Marty.

–Los alemanes de Staten Island vienen hasta aquí en diciembre y se llevan anguilas a cubos. Y luego están los habitantes de río arriba, en las inmediaciones de Edgewater, que todavía recogen almejas, pese a que la captura está prohibida en la mayoría de los lechos. Incluso hay algún protector de la fauna marina que, en sus patrullas, lleva un revólver de calibre 38, como un alguacil de pueblo. No me invento nada.

–Le creo.

–De vez en cuando una familia que vive en una chabola de las marismas se come una chirla en mal estado, y la posterior intoxicación alimentaria se interpreta como un castigo divino.

Marty, fingiendo paciencia, toma un sorbo de cerveza.

–Hábleme del cuadro. ¿Ha encontrado algún rastro?

Red le ofrece una caña cebada e insiste en que lance el anzuelo. El río golpetea y lame los flancos del esqui de madera.

–En las noches especialmente tranquilas –comenta Red– se oye el roce de las anguilas contra los cascotes bajo el agua.

Marty lo mira con todo el desdén del que consigue hacer acopio.

–Esto no coincide con mi idea de una salida nocturna.

Red sonríe tímidamente y mira su caña.

–Como ya sabe –comienza a explicar–, llegamos a un punto muerto con la empresa de *catering*. Contrataron camareros extra para la cena y tres de ellos dieron nombres falsos porque eran inmigrantes indocumentados. Puede que fueran ellos quienes cambiaron el cuadro y sacaron el original de la casa, pero ¿quién sabe? Según las comprobaciones, los *beatniks* de alquiler quedan descartados. Aunque eran un tanto comunistas y subversivos, quedan descartados igualmente. Pero una noche se me ocurrió una idea mientras pescaba: investigar el marco de la obra falsificada, y a lo mejor así averiguaba dónde se hizo y tal. Por tanto, repaso la guía telefónica de Manhattan y hago unas llamadas. Visito a diez enmarcadores antes de encontrar algo. Resulta que hay un francés que tiene un taller de enmarcado en Lexington, por encima de la calle Sesenta, su familia se dedica a eso desde hace generaciones. Me cuenta que sus antepasados tienen marcos en el Louvre y el Metropolitan, que él vendía marcos a los Vanderbilt y los Carnegie. Un vejete, todo un dandi, con su terno y su mandil. Migas de queso en la pechera de la camisa. En las paredes tiene los marcos más lujosos que pueda usted imaginar. Le enseño fotografías del marco de la falsificación y dice que no es suyo, pero noto que algo no cuadra del todo. Tengo un sexto sentido para las evasivas. Así que lo animo a hablar del emporio enmarcador de la familia y me explica que elabora su propio *gesso* con aljez «proveniente», cómo él dijo, de los acantilados blancos de Dover y lo añade a cola de piel de conejo. Al cabo de un rato me prepara un té, y yo me lo gano a fuerza de halagos. Como animal solitario que soy, reconozco la soledad

cuando la huelo y me dedico a calentarle el motor con un ronroneo felino. Al poco rato, quizá durante la segunda taza de té, confiesa que hizo un marco para un cliente que entró con una fotografía de un marco como el que yo le he enseñado. No obstante, se niega a darme el nombre, porque se considera algo así como un sacerdote, un psiquiatra o un abogado. Por el deber de confidencialidad para con el cliente o algo así. Pero me di cuenta de que era un asunto personal, de que esos dos tenían alguna relación.

–Con eso no vamos a ninguna parte –dice Marty.

–No he acabado de contárselo... Aquí no pica nada, así que vamos a dar un paseo.

Red levanta el ancla y tira del cordón del pequeño motor fueraborda, que cobra vida con un petardeo. Vuelven a poner rumbo al norte y regresan oblicuamente a lo largo de la costa. Red abre otra cerveza y ofrece una a Marty, pero este la rehúsa por miedo a animarlo a nuevas digresiones. Atraviesan la corriente, la espuma le salpica a Marty en los brazos.

–Tengo que volver a casa con mi mujer –dice Marty.

–Claro –contesta Red, y echa otra vez el ancla–. Bueno, el caso es que le pido al anciano caballero que me enseñe el local, y él accede encantado. Me muestra el taller, con sus escoplos y tenazas antiguos, y me explica cómo trabaja. Me informo sobre su pequeño negocio, cómo enumera los encargos y lleva un registro. Todo está enterrado bajo una capa de polvo, pero lo tiene bajo control en papel. Recibos escritos a mano, entradas con fecha en el registro. Administra el negocio como un monje medieval. Así que al cabo de un rato consigo echar un vistazo a su registro mientras él atiende a otro cliente. Retrocedo hasta los meses previos al robo. Paso las hojas, buscando nombres que se repitan, pero ese hombre tiene la caligrafía de una monja epiléptica. No distingo las ges de las jotas y las eses. Me sulfuro un poco... A esas alturas llevo allí ya dos horas, así que me meto el registro bajo la chaqueta y salgo de allí mientras él está en la trastienda.

–Eso me parece un poco drástico.

–Tengo la intención de enviárselo por correo cuando ya no lo necesite. El caso es que hoy he estudiado el registro, he analizado los datos, he buscado pautas en la letra del vejete. Diría que he encontrado una pista. Un mismo nombre aparece cinco veces en el registro en el año anterior al robo. Eso me lleva a pensar en un marchante o un restaurador, a lo mejor alguien que trabaja para un museo. Esos no son marcos baratos, y en esencia enmarca

antigüedades. ¿Cuántas tablas flamencas enmarca una persona en un solo año? Así que empiezo a correlacionar el nombre Jergens con marchantes y restauradores, pero llego otra vez a un punto muerto. Hago unas cuantas llamadas, nadie tiene contratado a ningún Jergens. Entonces caigo en la cuenta de que unos días después de que salga el nombre de Jergens en el registro, aparece siempre otro nombre, un tal Shipley de Brooklyn. Ya sé que hay excelentes familias en Brooklyn, pero a mí ese taller de enmarcado me suena a un Nueva York muy antiguo. Había algo, pues, sobre ese Shipley que cantaba como una almeja dejada al sol. ¿Y por qué Shipley aparecía siempre tres días después de Jergens? De pronto lo vi claro.

–Ni me imagino qué sucede a continuación.

–Puede que Shipley se presente para estudiar lo que lleva Jergens y lo utiliza como excusa para llevar algo él también. ¿Y si el vejete avisa a Shipley y este acude a examinar los cuadros de Jergens? ¿Y si están en connivencia, el francés y el falsificador?

–¿Todo eso a partir de las entradas del registro? Me parece un poco traído por los pelos.

–Creo que el francés hace los marcos para el falsificador a cambio de una comisión en los beneficios. Probablemente nada de eso pueda demostrarse, pero el registro contiene una lista de direcciones de los clientes. Así que ahora tengo un paradero sólido para Shipley.

Red le entrega un papel en la penumbra con una dirección anotada.

–Tengo la intención de vigilar el apartamento de Brooklyn. Como necesitaré a otra persona para trabajar por turnos, me hará falta un poco de dinero extra para cubrir los gastos.

Algo en el razonamiento deductivo de Red inspira desconfianza a Marty. Él personalmente conoce a coleccionistas de arte que llevan piezas a reenmarcar continuamente, así que el vínculo entre Jergens y Shipley se le antoja tenue. También está su idea supersticiosa, cada vez más arraigada, de que la pérdida del cuadro supuso quitarse un gran peso de encima, de que está mejor sin él, pero después piensa en su abuelo holandés arrodillado para pronunciar sus oraciones bajo esa pintura todas las noches durante décadas y lo asalta la ira.

–¿Qué espera encontrar? –dice.

–Siempre sale algún indicio. Cierta gente que va y viene. El falsificador se reúne con alguien. Nos pegamos a él hasta que encontramos el anzuelo

debajo del cebo.

La expresión «nos pegamos a él» recuerda a Marty que está sentado en un bote en las aguas del Hudson con un detective de más de ciento cincuenta kilos.

–Le daré otros doscientos cincuenta para la vigilancia. Veamos qué ocurre en el plazo de una semana, y después vuelva a informarme.

–Entendido –contesta Red, y dirige una sonrisa al río.



[1] En español en el original. (*N. de los T.*)

Brooklyn

Agosto de 1958

El final de un verano a lo *beatnik*. Ellie duerme en el rellano de la escalera de incendios en busca de cierto alivio al bochorno del apartamento. Desde allí contempla la calle y fuma cigarrillos. Observa a los hombres sensibles del vecindario, los poetas y los dandis, vestidos con chaquetas cruzadas, polos azul marino y mocasines. Recitan poemas sin rima sobre la agitación interior, actúan en cafeterías del Greenwich Village, acompañadas sus palabras del susurrante *riff* atonal del jazz. Kerouac está en su exilio de Florida después de *En la carretera*, libro que ella sostiene haber leído y disfrutado. Vive alejada del ambiente del campus, va a Columbia solo para las reuniones. A lo largo del verano ha añadido solo un capítulo a su estancada tesis y ha reescrito la introducción por décima vez. Hace unos días recibió una llamada de la doctora Meredith Hornsby, su supervisora, para emplazarla en el campus y hablar del nuevo material.

Viaja en tren a la ciudad y escribe en su cuaderno. En lugar de escribir cartas llenas de novedades a sus padres en Sídney –que reciben vigorosas respuestas de su madre, con un «Papá te manda un abrazo» al pie del aerograma–, se entrega a la elaboración de listas de técnicas de falsificación. Fórmulas para pinturas base y métodos para eliminar las capas superiores conservando las características grietas y fisuras de debajo. Luego están las formas de imitación. Las «cagadas de mosca» que pueden conseguirse al dorso de un lienzo si se mezcla cola de resina epoxi con pigmento teñido de ámbar y se aplica con un alfiler conforme a un patrón adecuado. Las moscas se sienten atraídas por los azúcares del barniz de una pintura, y con ese efecto se pretende insinuar que un cuadro ha permanecido abandonado en una buhardilla durante décadas. O las marcas de tiza azul en la parte de atrás del marco, borradas parcialmente a mano, que indican anteriores ventas en

subastas. Así que gran parte de las aptitudes del falsificador se centran en el teatro y el subtexto, piensa, una serie de engatusamientos. Una procedencia poco clara, insinuada mediante indicios visuales, resulta irresistible para determinados compradores: se convierte en prueba de su propio discernimiento, de su capacidad de extraer una segunda identidad de los pliegues de la historia.

Aunque se ha reunido con unos cuantos posibles clientes, no ha tenido un solo encargo de restauración desde hace meses, y eso empieza a pesarle. Una restauración exigente le permitiría apartar la mente de la emoción de copiar la pintura de De Vos hasta la última pincelada. Mientras Gabriel busca al comprador adecuado, el cuadro permanece guardado en un almacén de Chelsea. Ellie tiene permiso para examinarlo una vez por semana poco más o menos. Recoge la llave, que tiene la dependienta de una panadería de la misma calle, y se pasa una hora o dos examinando el cuadro a la luz de una lámpara. Toma notas sobre el color y la composición y la técnica del pincel. No le ha dicho a Gabriel que Sara de Vos es ahora la base de un nuevo capítulo en su tesis. Como ella bien sabe, entraña riesgo llamar la atención sobre una pintura recientemente robada y jamás expuesta en un museo. Por otra parte, piensa, quizá su meticulosa copia pase inadvertida durante generaciones. Entretanto, ella volverá a colocar discretamente a Sara de Vos en el mapa.

Cuando Ellie llega al campus, pululan por la plaza estudiantes de verano; otros, en corrillos, fuman en la escalinata de piedra de la biblioteca Low. Cada porción de césped al sol está ocupada por estudiantes abandonados a la pereza. La escena le recuerda el mucho tiempo que pasa a solas en su apartamento, que Brooklyn es otro mundo. Atraviesa la sombra del patio frente al departamento de Historia del Arte y luego sube por la escalera hasta la última planta, donde tiene su despacho Meredith Hornsby. Cuando Ellie llama con delicadeza a la puerta abierta, Hornsby lee y fuma tras su escritorio. Como primera mujer titular de una plaza en el departamento, viste de manera que induce a pensar en un espíritu intrépido e innovador: blusas y americanas de colores apagados, recios pantalones de lana, zapatos que bien podrían servir para practicar el montañismo. Pese al robusto calzado, Ellie no cree que Hornsby dé grandes caminatas. Por lo que sabe de su vida privada, vive con su marido, un arqueólogo clásico, en el Upper West Side y nunca come en un restaurante que esté por debajo de Columbus Circle.

Hornsby aparta la mirada de su escritorio, sosteniendo un cigarrillo lánguidamente a un lado, gesto que le confiere un vago parecido –o eso piensa Ellie– con Bette Davis al final de una película.

–Estoy relejendo tu nueva introducción y el capítulo añadido –dice, como quien no quiere la cosa–. Pregunta: ¿por qué estás tan enfadada con el mundo?

Ellie nota que le arde la cara. Toma aire y se sienta en la butaca de orejas delante del recargado escritorio de madera. Por lo que recuerda, es así como empieza Hornsby sus conversaciones: un torpedo en la línea de flotación, una pregunta incendiaria desprovista de toda emoción. Pero nunca es retórica, espera respuestas reales a sus demoledoras interrogaciones directas al alma.

Para ganar tiempo, Ellie recorre el despacho con la mirada: los libros de arte y crítica que cubren las paredes, los geranios en el alféizar, un olor que es una extraña mezcla de tabaco Chesterfield y tapicería húmeda. En el rincón, un paragüero alberga más bastones y paraguas de los que, en opinión de Ellie, cualquiera tiene derecho a poseer. Recuerda haber oído que Hornsby es una magnífica jugadora de golf.

–No sé muy bien qué quiere decir –responde.

Hornsby se acoda en el escritorio y apoya la barbilla en los puños delicadamente cerrados.

–Los verbos por sí solos inducen a pensar en una diatriba más que en una argumentación razonada. Los he marcado todos con círculos. «Atestigua, manifiesta, declara, un ataque contra el pensamiento convencional...», tu introducción suena a llamamiento a las armas.

–Durante siglos todo el mundo pensó que las pinturas de Judith Leyster eran obra de Frans Hals. Me propongo corregir ese desequilibrio.

–Eso puedes hacerlo sin dar la impresión de que escribes sobre el movimiento sufragista. –Hornsby sigue pasando hojas, con la Mont Blanc destapada y a punto para enmendar molestias tipográficas–. Y háblame del capítulo sobre Sara de Vos. La primera mujer miembro de la guilda, eso es un hecho constatado. Pero tu teoría es que aprendió las técnicas del paisajismo de su padre y después de su marido, pero su formación en naturalezas muertas siguió dominando la composición. ¿Cómo diantres has llegado a esa conclusión si solo existe una obra atribuida a ella?

Ellie cruza los brazos, un poco desafiante. Siente tensión en la garganta, pero quiere conservar la ecuanimidad. Al principio Hornsby parecía una

aliada en el departamento, pero con el transcurso de los años quedó claro que se hallaba entre los elementos más conservadores del profesorado. Una portaestandarte del *statu quo* con pantalón de lana.

–Además de rastrear en los archivos –contesta Ellie–, he dedicado mucho tiempo a esa pintura. El alto nivel de detalle sugiere bodegones y retratos, pero también se observan técnicas paisajísticas.

Hornsby deja caer las manos sobre el escritorio, ahora abiertas.

–¿Está aquí? ¿En Nueva York?

Ellie asiente.

–¿Y cómo es que yo no me he enterado de eso? ¿Está en el Frick?

–No, es de una colección privada. No puedo decir de quién, porque he firmado un acuerdo de confidencialidad.

–¿Te ha llegado el contacto por mediación de Gabriel Lodge? Porque conozco a ese petimetre inglés desde hace tiempo y me cuesta creer que me haya ocultado una cosa así. Fui yo quien os puso en contacto para posibles trabajos de restauración.

Existe el peligro de que Hornsby, indignada, empiece a hacer indagaciones o telefonee directamente a Gabriel, así que Ellie, para cubrirse las espaldas, dice:

–No, no ha sido por mediación de él. Me tropecé con el cuadro por casualidad durante un proyecto de restauración. Él no sabe nada al respecto.

–¿Y qué pasó? ¿Estaba allí en el salón como un retrato del abuelo con sus perros de caza?

–Más o menos.

Hornsby mira a Ellie, un tanto incrédula; a continuación, se lame el pulgar y, cabeceando, pasa una hoja del manuscrito.

–¿Debo creer, pues, que te darán permiso para incluir una fotografía de dicha pintura en la tesis? ¿En qué, si no, basarás tu detallado análisis de la técnica?

Ellie cruza las piernas. Lleva un vestido veraniego de algodón con el que se siente frágil y expuesta en comparación con Hornsby, que parece recién llegada de una excursión en los Alpes suizos en lugar de un paseo a por un *bagel* en Upper Broadway.

–No sé si me darán permiso –dice Ellie.

–Y luego está la cuestión de que concedas a De Vos la misma importancia que a Leyster y Ruysch, quienes, entre las dos, tienen docenas de pinturas en

museos.

–De Vos no solo fue la primera mujer admitida en la Guilda de San Lucas –responde Ellie–. Fue la única holandesa barroca, que sepamos, que pintó un paisaje. Sus circunstancias le permitieron acceder a un mundo dominado por los hombres. Era una pionera, y por fuerza tienen que aparecer otras obras atribuidas a ella.

–Sí, pero sin duda...

Ellie interrumpe a Hornsby, y su acento se marca más en cuanto sucumbe a su propia irritación.

–Siempre hemos dado por sentado que los holandeses, los hombres, pintaron todos los paisajes porque las mujeres estaban en casa poniendo agua a hervir, pero ¿y si ella y su marido colaboraban? ¿Y si salían al campo juntos para las escenas al aire libre?

Hornsby da una calada al cigarrillo, su expresión se agria en una ligera mueca.

–Eso son especulaciones. ¿Qué dicen los archivos?

–Que estaban muy endeudados, cayeron en desgracia en la guilda, y ella perdió una hija. La obra presenta un ambiente alegórico, una niña desamparada descalza en la nieve.

–Sí, he leído las descripciones. ¿Y la obra está firmada y datada?

Ellie niega con la cabeza y fija la mirada en los zapatos de paseo de Hornsby, que se mueven bajo el escritorio.

–La procedencia está confirmada porque siempre ha sido propiedad de una misma familia.

Meredith Hornsby ladea la cabeza al mismo tiempo que expulsa una bocanada de humo.

–Estás convirtiendo el elemento central de tu tesis en el análisis sobre una pintora casi desconocida con una única obra existente que nunca se ha expuesto al público. –Mueve la cabeza en un gesto de negación–. No, desde luego no te lo aconsejo. Creo que apuestas al caballo equivocado. Te estás proyectando en esa mujer, si de verdad quieres saber mi opinión.

Ellie, mirando la trama de la alfombra turca, siente que no está de humor para eso.

–No estoy de acuerdo –dice.

Hornsby apaga el cigarrillo, se pone en pie detrás de su escritorio y se alisa el pantalón de lana.

–Esta no es una profesión fácil para las mujeres, Eleanor. Tú eso lo sabes.

Ellie se crispa al oírla pronunciar su nombre completo, una táctica paternalista que ha visto usar a monjas, sacerdotes y a su propio padre en actitud de desaprobación.

Hornsby se acerca a la estantería y saca su delgado volumen sobre Vermeer.

–Cuando todos mis colegas hombres estaban obsesionados con el Renacimiento italiano, yo me colé por la puerta de atrás centrándome en Holanda. Para ellos, yo era una rareza; todavía lo soy, me temo. Tú estás en las mismas. Nadamos contracorriente, porque somos mujeres y porque en nuestra profesión se sabe muy poco del Siglo de Oro holandés. Yo tuve suerte. Llegué pronto y seguí el rastro de Vermeer a través de la nieve. Él tiró de mí. –Hojea el libro y luego lo coloca de nuevo en el estante. Con renovada energía, se vuelve otra vez hacia Ellie–. Aun con la suerte de mi lado, llego aquí antes que los hombres cada mañana y tengo más alumnos que cualquiera de ellos. Conseguir la titularidad fue un deporte sangriento, te lo aseguro. Un coliseo de mucho cuidado. –Tras aproximarse y apoyarse en el escritorio, añade–: No hay nada de malo si consigues entrar en un departamento por vía matrimonial. Te parecerá un comentario insensible, pero no es del todo falso. –Cruza los brazos–. Haz lo que sea necesario para que la tesis no se te vaya de las manos y pasa a la siguiente etapa de tu vida. Nadie puede hacer carrera a partir de una pintora holandesa menor a la que solo se le atribuye un lienzo. Mantén a De Vos en la periferia. Te lo aconsejo encarecidamente.

Hornsby alcanza el fajo de hojas de su escritorio y se lo entrega a Ellie. Están llenas de círculos y comentarios a mano.

Ellie se levanta y estrecha las hojas contra el pecho. Advierte que le tiemblan las manos y contiene el impulso de tirar las hojas sobre la alfombra turca de Hornsby.

–Me temo que ese es un consejo que no puedo seguir. Estoy convencida de que Sara de Vos fue la pintora más importante de su época.

Hornsby deja escapar un suspiro casi inaudible.

–Si Dickens hubiese escrito un único libro, ninguno de nosotros conocería su nombre.

Con la respiración un poco entrecortada, Ellie contesta:

–Pero ¿y si descubriéramos que escribió diez o doce libros más con seudónimo o anónimamente? ¿No sería eso el hallazgo del siglo?

–Yo tenía razón –dice Hornsby a la vez que se abrocha la americana–. Estás enfadada. Y no te conviene.

Ellie se siente como si acabara de abofetearla una matrona del siglo XIX en un gesto de desaprobación. Traga saliva, baja la vista hacia las hojas y se encamina lentamente hacia la puerta.

De camino a Sídney

Agosto de 2000

En algún lugar sobre el Pacífico, Marty de Groot se separa del cuadro por primera vez. Lo lleva envuelto en una manta de lana, atada con cordel, y le ha comprado un billete de primera clase bajo la etiqueta «Objeto personal». Cuando alguien le pregunta por el cuadro, contesta que es su novia holandesa. El dinero a estas alturas es una abstracción, un conjunto de cifras en palo seco demasiado pequeñas para leerlas en los extractos bancarios mensuales. Hay de sobra, siempre lo ha habido. Le avergüenza no recordar una sola etapa en su vida sin el guardarraíl acolchado de la abundancia. Ha recorrido el pasillo y dejado atrás el pródigo bufé de fruta, quesos y vinos australianos. Le recuerda a Rachel y sus veladas en la terraza, los viejos socios, ahora muertos o seniles, mientras que él, todavía vivo, solo, sale a la calle a por *bagels* cada mañana y, notando su calor contra el pecho, se los lleva de vuelta al piso de tres plantas. El auxiliar de vuelo de primera clase le dirige una sonrisa paternalista cuando Marty pasa camino al cuarto de baño. Es la mirada que uno dedica a un imbécil que se porta bien, una póliza de seguros contra la malevolencia cósmica. En el pequeño compartimento, se sienta, porque hoy día orinar es una cuestión de tiempo, perseverancia y física newtoniana. Nila, la cocinera y mujer de la limpieza salvadoreña, le cambia las sábanas más veces de las que admite. Es un detalle por su parte no admitirlo. Y el anciano, a cambio, la remunera con generosidad y le hace regalos caros a su hijo adolescente. Es una madre soltera de Queens que va a la casa tres veces por semana y despide aroma a jabón de manos con olor a limón. Marty se alegra de su presencia en el piso, pero también se alegra cuando se marcha. Ella nunca se queja de la catástrofe ferroviaria que es el cuerpo humano llamado Marty. Limpia y cocina para ese cuerpo humano. Su edad –¿ochenta y tres? ¿ochenta y cinco?– es otra abstracción por lo que a él

se refiere, una letra menuda que no consigue descifrar del todo. Piensa en el Antiguo Testamento y en hombres que viven hasta los novecientos años, hechos de arcilla... ¿era Adán o Noé?

Se levanta y baja la tapa para tirar de la cadena. El *zuum* supersónico le recuerda a ciertas cafeteras de antes de la guerra, aquellos enormes artefactos italianos que solía haber en las cafeterías de Midtown, provistos de palancas cromadas y válvulas de vapor ruidosas como Vespas. Casi nada le recuerda la muerte, y desde luego no esta eliminación de desechos corporales a gran altitud. Esa es una de las ironías de avanzar hacia la novena década. Está convencido de que vivirá eternamente, aunque cada vez con menos órganos en funcionamiento, así que tiene que recordarse que se le acaba el tiempo para conseguir un poco de seriedad de vez en cuando. Sospecha que su último monólogo girará en torno a los impuestos sobre la propiedad y un trascendental sándwich de pescado con mayonesa casera que comió una vez en Far Rockaway. Elude verse la cara en el estrecho espejo. Nada bueno puede deparar esa espeluznante visión: un actor de carácter difícil contratado por un día. Se inspecciona con cuidado la camisa de color habano y la cazadora forrada que lleva puesta desde hace doce horas porque a Qantas le gusta refrigerar la cabina de primera clase como si transportara filetes a través del Pacífico. Según Nila, viste igual que un guardabosque, pero él lo ve más como la indumentaria de un reportero de guerra o un ornitólogo. El chaleco de monte con sus mil bolsillos lo lleva en algún sitio de la maleta con ruedas. ¿Cuándo se convirtió en un principio moral la abundancia de bolsillos? Quiere que lo entierren con eso puesto y bien abrochado. Su última misión en el campo de combate.

Ya de regreso en su asiento, el auxiliar de vuelo le rellena la copa y le lleva otra manta, porque los viejos y los enfermos nunca tienen mantas suficientes. El hombre de Qantas lleva un delantal negro almidonado mientras sirve el vino tinto e hilvana trivialidades en voz baja. El audífono de Marty se ha averiado, así que la cordialidad australiana de Jerome llega a rachas en forma de débil zumbido. Marty asiente y sonríe y apoya la mano en el cuadro envuelto en una manta. ¿Dónde, si no a treinta y cinco mil pies, puede uno beber con abandono sin preocuparse de los husos horarios y la línea internacional del cambio de fecha? Podrían ser las cuatro de la mañana sobre Fiyi, pero una copa de shiraz es justo lo que necesita. Quizá lo dice en voz alta, o deja caer algún comentario de autodesaprobación, porque Jerome le

dirige una sonrisa atrevida antes de alejarse por el pasillo. Las luces están atenuadas y la ventanilla es una mancha negra, y él ve en el horizonte la finísima fractura del amanecer. La oscuridad a gran altitud, la quietud a medio vuelo, siempre lo lleva a pensar en el fondo del océano. La experiencia tiene algo de submarino, una sensación de dragar el fondo en lugar de rozar la estratosfera. Las estrellas salpican la negra bóveda celeste, pero él siempre piensa que está viendo una superficie cuando mira hacia arriba, atisbando las estrellas a través de una película de agua o hielo.

Sirven el desayuno a dos horas de Sídney, y él mira complacido la bandeja con sus pequeños compartimentos, una caja bento llena de sorpresas. No es exactamente una miniatura, pero sí está reducida a una escala del treinta por ciento. Come todo el contenido de la bandeja, incluida la fruta y el yogur. Está perdiendo el sentido del sabor, pero conserva una especie de memoria muscular, un eco de comidas pasadas. Ahora el sol entra a raudales por las ventanillas y se han bajado casi todas las persianas. Marty mantiene la suya abierta un par de dedos y lee *The New York Times* bajo una cuña de sol blanco. Uno da media vuelta al mundo con el periódico de su ciudad. Eso se le antoja milagroso. Ha tenido que pedir a Jerome que le ayudara con el impreso de aduanas, porque al parecer los impresos de todo tipo le disparan la tensión arterial. Tiene los tobillos hinchados, advierte, y empieza a revolver en el bolsillo del asiento en busca de un ibuprofeno; al final se olvida de lo que está buscando y encuentra su itinerario, y decide que está buscando el nombre del hotel donde se aloja. Debe de ser la única persona viva que aún utiliza un agente de viajes, una mujer a quien no conoce en persona que trabajaba para el bufete. Es una voz al otro extremo de una línea telefónica, una mujer versada en la disposición de los asientos y el transporte colectivo en el extranjero. Ella intentó explicarle varias veces que los billetes eran sin papel, y él insistió en que quería algo en blanco y negro. «Los billetes sin papel son un oxímoron», dijo él por teléfono.

Vuelan hacia el límite del continente, un contorno de acantilados de piedra caliza, tejados de terracota rojos y copas de árboles de un color oliva apagado. Observa el aterrizaje en el monitor del respaldo del asiento que tiene delante, comprueba la correspondencia entre el icono pixelado del avión, propio de un videojuego, y la escena que se desarrolla al otro lado de la ventanilla. Se sitúan a baja altura en previsión del aterrizaje y descienden en el momento en que se ven las refinerías de petróleo de Botany Bay.

Carretean por la pista y él se prepara para *desembarcar*, verbo que lo llevaría a uno a pensar que el auxiliar de vuelo es un exmilitar si no fuera por el clavel rosa que luce en la solapa. El vocabulario especializado de los aeropuertos siempre ha incomodado a Marty. El teatro de la alienación, piensa, mientras acarrea la pintura envuelta por la pasarela o el *finger* o como sea que lo llamen. Solo lleva una maleta con ruedas y el cuadro, así que pasa de largo por la zona de recogida de equipajes y se encuentra entre los primeros en llegar a la aduana. Un chico de veintitantos años con una camisa de manga corta y una placa de identificación le pregunta por qué no se ha declarado el cuadro en el impreso de la aduana. Marty contesta que se lo cede en préstamo a la Art Gallery de Nueva Gales del Sur, y eso naturalmente complica las cosas. Enseguida un corrillo de hombres de mayor edad deliberan sobre formularios y protocolos comerciales. Marty se niega a permitirles que desenvuelvan el cuadro, pero insiste en que pueden pasarlo por la máquina de rayos X. Acceden y lo acompañan a una pequeña sala con asientos de vinilo mientras espera que ellos se ocupen de eso. Al final, le devuelven el cuadro y accede a la terminal. Una fila de personas espera tras una barandilla, mientras los pasajeros salen empujando su equipaje a la blancura embaldosada del aeropuerto.

El taxista indio va vestido para una ventisca, con la calefacción al máximo, pese a que la temperatura ronda los diez grados. Marty ha salido de Manhattan en verano y ha llegado a Sídney en invierno, solo que parece un día de principios de la primavera antes de que asomen los tulipanes junto a las aceras de Central Park. De pronto se ve conducido por el lado erróneo de la calzada. Eso lo inquieta, pese a que no se ha sentado al volante de un coche desde antes de que Clinton accediera a la presidencia. Lleva el cuadro a su lado, en el asiento de atrás, y el equipaje en el maletero. Lee al taxista – Mahesh, según la tarjeta de identificación prendida de la visera del coche– el nombre del hotel anotado en el itinerario, y el taxista parece conocerlo. Pregunta a Mahesh si puede bajar la calefacción porque lleva una pintura valiosa debajo de la manta y es sensible a los cambios de temperatura. Mahesh guarda silencio pero baja la calefacción. Recorren calles comerciales con almacenes y tiendas de muebles antes de atravesar un barrio residencial de casas adosadas de una sola planta con patios embaldosados minúsculos en la parte delantera y unas cuantas macetas con helechos y palmeras en lugar de jardín. Ya más cerca de la ciudad, Marty ve casas adosadas victorianas de dos

y tres plantas con forja de filigrana en los balcones y puertas de dos hojas, parientes lejanas de las casas de piedra rojiza de Nueva York. Pone el reloj en la hora local copiando los números digitales de color naranja del salpicadero. Son las 9.06 de la mañana, y cae en la cuenta de que no sabe qué día es. Ha salido el miércoles, pero en algún sitio se ha perdido un día, o se ha ganado, no recuerda si lo uno o lo otro.

–Oiga, ¿puede decirme qué día es?

El taxista lo mira con recelo por el retrovisor y le dice que es viernes.

Lo horroriza la sola idea de pasar un fin de semana en la habitación de un hotel, o visitando la ciudad con un grupo de turistas a los que apenas oye ni entiende. Nunca ha sido uno de esos que se entretienen en los monumentos con una cámara en la mano o yendo de excursión a lugares pintorescos. Prefiere pasear por la cuadrícula de una ciudad, construirse un espacio en la cabeza recorriendo sus calles secundarias, detenerse ante los escaparates de las inmobiliarias para ver cuál es el precio de una vivienda de tres habitaciones y dos baños en un barrio aceptable. Esa clase de safari urbano siempre molestaba a Rachel. Hacían cruceros de lujo por ríos europeos, y él se quedaba en el camarote o leía periódicos estadounidenses en una hamaca en cubierta antes de desembarcar para emprender un paseo de cuatro horas y adentrarse en lo desconocido. Ella estudiaba la bibliografía, los planos y las guías turísticas, las ilustraciones de flores y aves autóctonas, e intentaba despertar su interés en la historia de fondo de un país o una ciudad. Él no quería saber nada antes de encontrárselo en la calle. Sus intereses eran limitados –las tabernas, las tiendas de gastronomía, las pinturas de los vestíbulos de los hoteles, las visitas de dos horas a los museos (siempre sin guía y sin esos absurdos auriculares), el color local, las comidas baratas en calles bulliciosas, los colchones firmes con almohadas de plumas, los desayunos servidos en la habitación. Se ponía su chaleco de monte con múltiples bolsillos para llevar las pastillas, las monedas extranjeras y el hilo dental. Habían visitado docenas de países juntos, pero lo que él recordaba eran las comidas y las habitaciones de los hoteles. Rachel lo acusaba de desinterés, de no querer conocer la historia de un pueblo. Él decía que deseaba conocer a ese pueblo a partir de sus parques, sus calles y sus sándwiches. Anotaba cosas en pequeños cuadernos de espiral, como un periodista, y ya nunca más volvía a abrirlas. Tenía un bolsillo en su chaleco de monte específicamente para bolígrafos. Ahora ella no está –¿han pasado

ya diez años?—, y él apenas viaja, porque tiene los días contados. Eso es lo que le dice a Nila. Pronto instalarán una cama de hospital y contratarán a una enfermera para que le limpie las partes íntimas con una esponja. Ese es el callejón sin salida que no puede eludirse. No morirá en una residencia de ancianos ni en un hospital. Eso es lo último que la riqueza puede garantizarle. Pero incluso un viejo rico tiene que sentarse para orinar. Esa es otra de las cosas que le dice a Nila para inducirla a cabecear y gemir.

—¿Le importa si, en lugar de ir al hotel, vamos a la Art Gallery de Nueva Gales del Sur? —pregunta al taxista—. ¿Está cerca?

—Muy cerca.

—Gracias.

—Sí, señor.

A Nueva York no le vendrían mal unos cuantos taxistas como Mahesh. Se detienen ante la típica fachada de museo: plintos, columnas y obra de mampostería. Paga al taxista y sube trabajosamente por la escalinata con el cuadro y la maleta. Solo cuando accede a la entrada principal y ve al vigilante de seguridad que lo observa, toma plena conciencia de lo absurdo que es este cometido. No sabe muy bien por qué ha hecho eso, por qué la idea ha persistido como la placa arterial. Ellie era parte de la razón, pero había otras partes para las que no encontraba explicación, cierta necesidad inescrutable y misteriosa de cerrar el círculo o enmendar las cosas, o simplemente reaparecer en otra zona cronológica, en desafío al tiempo y la muerte. Había sobrevivido a muchas personas, pero Ellie seguía viva y, por lo que él sabía, se había labrado un porvenir. ¿Había ido para prestar testimonio o para recordarle a ella cuál fue su punto de partida? No, piensa, ha venido para rendir homenaje a una pesadumbre antigua y mortificante.

Dice al guardia de seguridad que quiere ver al director, Max Culkins, y el guardia lo mira de arriba abajo: el chiflado de andar tambaleante que carga con un trozo de contrachapado envuelto en una manta.

—Me espera. Dígale que soy Marty de Groot, de Nueva York.

El hombre descuelga un teléfono. Hace una llamada. Musita discretamente unas palabras por el auricular.

—Alguien bajará a buscarlo —informa el guardia con un ligero cambio de tono.

Poco después aparece una bonita ayudante —le recuerda a Gretchen, otro nombre de una década perdida (¿no se había casado con un senador del

estado?)— y lo acompaña hacia las salas del fondo y las oficinas del museo. Lo guía por las galerías donde cuelgan impresionistas y europeos antiguos en una periferia de luz que desciende en cascada a través de techos de hierro forjado y cristal. A diferencia de los vibrantes grises y borgoñas de las paredes pintadas, las oficinas del piso de arriba son de un sobrio blanco y se dividen en cubículos llenos de libros. La ayudante le ofrece un café y un vaso de agua y hablan de vuelos de largo recorrido porque ella no está autorizada a preguntar qué lleva en la manta atada con un cordel. Cuando llegan a la zona de la dirección, un individuo peripuesto sale a recibirlos y se presenta como Max Culkins. Es un hombre de ingenio ágil, calcetines de color pastel y rostro pálido, ligeramente picado de viruela. Tiene el apretón de manos de un diplomático o un político: una mano apoyada sobre las manos entrelazadas. Marty admira su traje a medida, el corte de las perneras con un par de calcetines de color lavanda que asoman en los tobillos cuando regresa a su despacho seguido de Marty. Sorprendentemente, hay muy pocas obras de arte en las paredes del despacho. Detrás de un lustroso escritorio, cuelgan imágenes publicitarias de Culkins recibiendo cheques de gran tamaño y mirando desde la pala reluciente de un buldócer delante de una nueva sección del museo. Marty advierte que en ningún momento dirige la mirada a la maleta ni al recuadro formado por la manta, como si entraran allí a diario viandantes con su equipaje y cuadros envueltos. Llega la ayudante con galletas y una cafetera de émbolo en una bandeja. Marty le dice que tomará el café solo, y ella le sirve una taza. Prepara la taza para Max —leche con dos terrones de azúcar—, y Marty siente que desaparece una de las capas de respeto que había sentido por ese hombre. La ayudante cierra la puerta de cristal al salir.

—Debo decir que no es usted la clase de correo que solemos ver por aquí. Ha sido muy generoso por su parte traer el cuadro desde tan lejos —dice Max.

—A mi edad uno quiere estirar las piernas a la menor ocasión, aunque tarde una hora en ponerme los zapatos.

El director se ríe. Toman sorbos de café.

—Mis colegas del Met me dicen que usted es casi como de la familia.

—Llamémoslo un largo noviazgo. Van detrás de mi colección desde los años sesenta y han averiguado que soy viudo y sin hijos. Calculo que las probabilidades están de su lado.

El director se recuesta en su silla de piel para asimilar el cáustico humor de

Marty. Da la impresión de que está evaluándolo gradualmente, como si fuera una pintura difícil en el extremo opuesto de la sala.

–No se imagina la ilusión que nos hace disponer de su De Vos en préstamo. Significa mucho para nosotros. Espero que la pintura haya viajado bien.

Marty observa al director permitirse un primer vistazo al cuadro envuelto.

–Tenía la esperanza de reunirme con la comisaria y entregarle el lienzo en persona.

–Como buena parte de nuestras obras de arte, también a ella la tenemos en préstamo, lamento decir. Eleanor es profesora de la Universidad de Sídney y viene unas cuantas veces por semana. Estos días ha estado dejándose las pestañas. Estamos realizando reformas de última hora en el espacio destinado a la exposición.

–¿Cuándo se inaugura?

–La semana que viene. De hecho, llega usted justo a tiempo. Casi habíamos desistido.

–Disculpe si he causado alarma.

–No tiene importancia –dice Max, sonriente.

Marty apoya una mano en lo alto del cuadro. Ve las venas muy marcadas y las manchas de vejez como pequeños planetas marrones; ignora a quién puede pertenecer esa mano.

–¿Permanecerá mucho tiempo en la ciudad?

–No estoy muy seguro.

–Pues nos encantaría que se quedara para la inauguración. Sería nuestro invitado de honor. Y podemos enseñarle los principales lugares de interés de Sídney durante su estancia aquí. ¿Le apetecería que algunos de los comisarios le enseñara el museo?

–Sí, me gustaría. –Marty considera que es una descortesía que Max delegue esa tarea en un comisario. Se desprende otra capa de respeto. Sigue con la mano apoyada en el cuadro y siente curiosidad por saber cómo planteará Max la cuestión de la entrega efectiva. Espera y toma un sorbo de café.

–Resulta que hemos recibido otros dos De Vos procedentes de Holanda y nos gustaría saber si nos autoriza a someter su pintura a ciertas pruebas. Disponemos de unos días antes de colgar las obras, así que todas las pinturas en préstamo están en el almacén.

—¿Pruebas?

—Tener varios De Vos en la misma sala es una oportunidad poco común. Tenemos en plantilla a una científica que hace magia con las imágenes radiográficas y de infrarrojos. Prácticamente es capaz de decir qué desayunó el pintor el día que dio la última pincelada. Le garantizo que ni una sola hebra del lienzo resultará dañada. Todo lo cubre el seguro.

Marty ve los zapatos de Max moverse debajo de la mesa y apura la taza de café. Le quema un poco el velo del paladar, pero a eso sigue una maravillosa acometida de cafeína, como si le vertieran agua tibia por el cuero cabelludo.

—Tendría que ver los papeles. Este cuadro ha pertenecido a mi familia desde antes del nacimiento de Isaac Newton.

La especificidad de la referencia histórica parece bajar los humos a Max Culkins. Deja escapar un callado silbido y menea la cabeza.

—Un milagro, francamente. —Acto seguido recobra la compostura—. Claro, por supuesto, tómese el tiempo que necesite con los papeles. Consulte con sus abogados si lo considera oportuno. Yo pediré al conservador jefe que venga y lo examine todo. —Max coloca las manos en ojiva y se muerde el labio inferior—. ¿No sería posible echar un vistazo rápido?

Marty se pone en pie y deja la taza de café en el borde del escritorio. Coge el cuadro y sigue a Max a un rincón del despacho donde hay unos mapas antiguos cubiertos de papel vitela en una mesa de lectura. Marty deja el cuadro en la mesa, y Max extrae un abrecartas, una pequeña espada con empuñadura plateada con la que Marty corta el cordel. Retira la porción de manta gruesa y muestra una capa de fieltro verde.

—¿Es tela de billar? —pregunta Max.

—Buen ojo. Tuve que sustituir el paño de mi mesa, por lo que guardé el antiguo para una ocasión como esta.

—Una idea genial.

Marty retira el fieltro verde y deja a la vista la parte frontal del cuadro. Se halla en perfecto estado, piensa. Mantenido en una estrecha franja de temperaturas excepto por los viajes en taxi al aeropuerto y desde el aeropuerto. Max se sube los puños franceses, la clase de camisa que él usaba cuando era socio del bufete. Marty busca algo en el rostro del director, algún indicio de que es consciente del valor histórico del cuadro y la suerte que ha tenido de que un viejo cruzara medio mundo para traerle ese regalo. Me habrías caído mejor si tomaras el café solo y me enseñaras el museo

personalmente, si me acompañaras por las salas con tus calcetines morados de dandi. Pero lo que Marty ve en el rostro de Max es otra cosa: una muda mirada de consternación.

–Ahí está –dice Max–, ahí está.

Manhattan

Septiembre de 1958

Red Hammond está al otro lado de la línea del teléfono, presentando lo que llama un «parte de guerra». Ha enviado a Marty un sobre con una tarjeta de visita y una foto granulada de una mujer encorvada sobre una mesa de cocina. Marty da la vuelta a la tarjeta entre los dedos: «Eleanor Shipley. Restauradora de arte». Es una elegante cartulina beis con un discreto rotulado y el número de teléfono en cursiva. Es una tarjeta de visita que anuncia contención artística.

–Por lo visto, es una mujer.

–Eso ya lo veo. ¿Qué ha averiguado sobre ella?

Pero Red no está del todo dispuesto a hablar del resultado final. Opta por explicar su semana de vigilancia en Brooklyn como si acabara de regresar de la selva de Malasia.

–No me imagino qué come la gente allí. Yo me moría de hambre, me era imposible encontrar un *bagel* como Dios manda. Y se ve que en esa zona en particular nadie sabe lo que es aparcar en paralelo. A veces me pasaba horas dando vueltas a su edificio porque un capullo se negaba a aparcar junto al bordillo. O porque la gente vive en apartamentos tan pequeños que guarda la ropa en sus automóviles. Estamos hablando de armarios aparcados, cestos de ropa inmóviles, no medios de transporte. Le diré que, en comparación con Brooklyn, Edgewater, en Nueva Jersey, parece un sitio civilizado.

–¿Qué más?

–Pagué a un vagabundo para que me vigilara el coche mientras yo la seguía a la ciudad, hasta Columbia, por encima de la calle Cien, al pequeño taller de enmarcado, luego a unas cuantas reuniones con clientes en cafeterías y restaurantes étnicos.

–¿Qué clase de clientes?

–Por los retazos de conversación que me llegaron, me pareció que se trataba de encargos de restauración legítimos. Tiene en una carpeta una monada de portafolio con los cuadros que ha restaurado. A mí me gustan las carpetas. ¿Sabe esas con fundas de plástico?

–Sí, las conozco. O sea, no tiene ninguna prueba sólida.

–Por el momento, no. Pero la observé pintar en la cocina mediante el *zoom* de mi Pentax. Se levanta antes del amanecer y pinta vestida con una camisa de hombre. Incluso fui a pie hasta Gowanus Expressway, poniendo en peligro mi integridad física y arriesgándome a una multa, para poder echar un vistazo a su minúsculo apartamento desde la misma altura. A esos apartamentos habría que llamarlos cocinas amuebladas, si quiere saber mi opinión. Uno puede cocinar sentado en el borde de su cama abatible, o cama Murphy, como suelen llamarlas. Por cierto, ¿quién era ese Murphy, y por qué demonios una cama lleva su nombre?

Marty examina la fotografía de la mujer encuadrada detrás de una ventana. Es delgada y pálida, con el pelo trigueño, despeinado en una melena hasta los hombros. Tiene la mirada baja y un pincel en una mano. Viste una camisa Oxford de color azul pastel abierta hasta el tercer botón, que deja a la vista el cuello y la clavícula a la luz del alba. La inclinación de la cabeza oculta su rostro; la cámara capta la frente y un mechón de pelo desgreñado. Su apariencia tiene algo de desventura y dejadez que no cuadra con la idea que tiene Marty de un falsificador de arte con éxito. El cálculo, la mezcla precisa de pigmentos, las obligadas agallas: todo eso está ausente en la escena. Esta parece una mujer de unos veinticinco años que no se acuerda de bañarse. Le dice a Red que le mandará el resto de la cantidad pactada y que debe esperar nuevas instrucciones.

–Otra cosa –dice Red.

–¿Qué?

–Noté que tiene cierto acento, aunque no estoy capacitado para precisar de dónde, más allá de Sudáfrica, Reino Unido o Australia. Tampoco se puede descartar Boston.

–Es usted todo un lingüista, Red –dice Marty–. Seguiremos en contacto.

Cuelga y mira por la ventana. El despacho nuevo da al sur y ofrece una vista del paisaje urbano de Midtown. En días claros, alcanza a ver el Empire State. Es ya media tarde y atisba los reflejos de luz en la piedra caliza y el granito, los destellos en las franjas verticales de acero inoxidable. Piensa en

paredes rocosas y en indios *mohawk*, todos esos obreros siderúrgicos quebequeses que vinieron a construir el icono de la ciudad. Su breve ensoñación se ve interrumpida cuando Gretchen le recuerda a través del interfono su última reunión del día.

Al salir del trabajo, Marty recorre las ocho manzanas hasta el club deportivo donde juega al *squash* una vez por semana. Como sus colegas aficionados a la raqueta se burlaban de esa modalidad, ha tenido que buscar compañeros entusiastas fuera del bufete. Marty conoció ese deporte a través de un tío británico expatriado, y los otros lo heredaron por medios similares: padres europeos deportistas y fanáticos anglófilos con ritmos cardíacos en reposo escasamente por encima de las cincuenta pulsaciones. Como los otros radioaficionados amigos suyos, a la mayoría de los cuales no conoce en persona, estos compañeros de *squash* tienden a vivir al margen de las convenciones. Conducen complicados coches de importación con cambios de marcha duros, fuman cigarrillos Dunhill que uno de ellos trae libres de impuestos de París dos veces al año y defienden ideas categóricas. Marty sabe que debería conducir un Ford y beber cerveza estadounidense; en lugar de eso, bebe maltas y negras irlandesas y conduce un Citroën DS-19 que se pasa media vida en el taller mecánico. Como no combatió en Corea ni en la Segunda Guerra Mundial, esos hábitos frívolos y poco patrióticos a veces le crean cargos de conciencia.

El grupo principal lo forman cuatro hombres, y cada semana juegan una liguilla para determinar el ganador del torneo. Invariablemente, los gana de calle Frederic Kriel, un subastador suizo alemán, director de ventas de arte europeo en Sotheby's. Es alto y leonino, viste impecables camisas hechas a mano y llega cada semana al vestuario con unos mocasines de cabritilla para conducir. Marty imita descaradamente su indumentaria y accesorios: Frederic es un barómetro del estilo masculino elegante. En la pista, tiene un servicio brutal, un asombroso golpe directo hacia las esquinas traseras y un legendario mate que llaman *Luftwaffe*. Cuando Marty pierde con Kriel por cinco o seis puntos de diferencia, le gusta decir que ha sido *luftwaffeado* o *himmlerido*. Frederic es un ganador cortés y se toma bien las pullas. Es suizo y alemán en la proporción justa, piensa Marty, como para no ver en eso una derrota

aplastante a manos de un príncipe ario del Tercer Reich. Tiene los ojos de un frío azul alpino, moteados de mica, y a Marty le sugieren la imagen de unos cubitos de hielo en el fondo de un vaso de whisky escocés.

Los otros dos jugadores son Will Turner, cirujano, y Boyd Curry, creativo de una agencia de publicidad de Madison Avenue. Desde hace meses, Marty ha estado manteniéndolos al corriente de las circunstancias en torno a la falsificación, y ellos han escuchado atentamente y le han ido asesorando. El grupo se complace en reflexionar sobre problemas difíciles, desde la seguridad nacional hasta si Ezra Pound debería haber sido dado de alta en el manicomio, pasando por las posibles indiscreciones que tienen lugar cuando se asiste a congresos en otras ciudades. Se enorgullecen de dar consejos sensatos. Como todos comparten el apego a un deporte marginal, a menudo prefieren soluciones atípicas a las convencionales.

Esa noche, una vez desmoralizados todos por Frederic, se sientan en el salón del club con cervezas de importación en botellas verdes y un cuenco de almendras españolas. Excepto Frederic, que es soltero, se supone que deberían estar yéndose a cenar a casa con sus respectivas esposas, y sin embargo están coqueteando con la carta y la camarera. «Una estudiante de Bryn Mawr con coleta» realiza una incursión tras otra para animarlos a pedir una cena completa, pero hasta ahora se han mantenido firmes. A diferencia del sótano, donde las descuidadas pistas de *squash* parecen búnkeres de hormigón con pintura blanca descascarillada, el salón del club está cubierto de caoba y retratos de socios difuntos, y tiene reservados de piel lujosa. En este comedor han cenado presidentes, que además han nadado en la piscina, con su claraboya y su mosaico de azulejos. Marty quiere pedir consejo sobre qué hacer con la última información, con el nombre de Eleanor Shipley, pero no encuentra la manera de sacar el tema. Al final de la segunda cerveza, Boyd ha planteado una pregunta sobre los sueños angustiosos relacionados con la vida profesional. Le gusta formalizar sus conversaciones, sugerir un tema o una hipótesis: quién ganaría en una imaginaria carrera presidencial; qué animal, la pantera o el jaguar, derrotaría al otro en un combate a muerte o en una carrera campo a través.

—¿Cuál es el peor sueño que habéis tenido sobre el trabajo? —Es lo que pregunta esa noche.

—¿Recurrente? —aclarar Will.

—Podría ser —contesta Boyd.

–El mío siempre es el mismo –dice Frederic–. Estoy en Sotheby’s, en el estrado, con la sala llena. Unos cuantos empleados mantienen contacto telefónico con compradores de Londres en el mostrador de comunicaciones. Sale el siguiente cuadro y empiezo a ver borroso. Se supone que es del siglo diecisiete, pero parece moderno y abstracto. Consulto mi cuaderno, que en principio contiene los nombres de quienes se prevé que pujen y qué asientos ocupan los postores con dinero, pero todas las páginas están en blanco. Ni siquiera sé qué cuadro es. ¿Cómo voy a venderlo, pues? Me quedo ahí de pie sin más, hasta que finalmente uno de los empleados me dice que hay una llamada para mí. Entre el público todos bajan las paletas de puja y me observan mientras cruzo la sala y cojo el teléfono.

–¿Quién te llama? –pregunta Marty.

–Solo oigo una respiración al otro lado de la línea, pero de algún modo sé que es el artista muerto. Está triste por lo que acaba de presenciar.

Se quedan en silencio por un momento y toman sus cervezas a sorbos en actitud empática.

Will examina su raqueta y ajusta las cuerdas en filas paralelas.

–Yo sigo un pequeño ritual los días que tengo una operación importante –explica–. Me corto las uñas y escucho una ópera de Verdi en mi consulta. A veces leo unas páginas de *Huckleberry Finn*. Luego entro en el quirófano y saludo a todos los presentes por sus nombres. Si no conozco a una enfermera, siempre le pregunto cómo se llama y dónde ha estudiado. En el sueño, estoy junto a Harry Truman, que lleva una bata quirúrgica y me dice, justo cuando estoy cosiendo al paciente, que me he dejado una gasa dentro de la cavidad abdominal. Discutimos, y al final vuelvo a abrir al paciente y saco una pequeña pelota de algodón envuelta en gasa de color escarlata.

–Eso sí es aterrador –admite Marty–. Mis sueños angustiosos son muy corrientes. Los abogados de patentes sueñan con la presentación de documentación equivocada o con el incumplimiento de los plazos. Es lo más triste del mundo. Yo me despertaba empapado en sudor frío antes de llegar a socio. Me veía empujando uno de esos carritos de café por los pasillos en el bufete y repartiendo el correo. En ese sueño en particular mi jefe a veces se meaba en la cafetera.

–No soy freudiano –dice Boyd–, pero todo eso es muy revelador, caballeros. En mi sueño yo estoy viendo la televisión y sale uno de mis anuncios, pero en otro idioma. Suena a suajili o pidgin, y doy un golpe a un

lado del aparato como si así fuera a corregir el idioma de transmisión. El trasto empieza a zumbiar y a distorsionar la imagen, pero al final se arregla y aparece una sucesión de escenas del Medio Oeste.

–¿Y qué ha pasado con tu anuncio? –pregunta Frederic.

–Lo ha absorbido el fondo del tubo. A cada golpe que le doy al aparato cambian las escenas: una pequeña alquería de madera y un establo rojo y un pedazo de tierra con un caballo atado. Y de pronto me doy cuenta de que las imágenes son de mi infancia, allá en la granja de Illinois y el pueblucho donde me crie.

–Imposible que eso sea un sueño de verdad –comenta Marty.

–Díselo a mi superyó.

–Creo que sería más bien tu ello –dice Frederic con naturalidad.

Marty levanta en el aire la botella de cerveza.

–Me gustaría proponer un cambio de tema.

–Si no es sobre un filete de angus tan crudo que palpite –dice Boyd–, no quiero oírlo. Tengo tanta hambre que me comería la tapicería de cuero de este reservado. Cuando esa estudiante de lenguas clásicas vuelva aquí, voy a pedir algo para comer. ¿Qué edad le echáis?

–Hemos hecho un pacto con nuestras mujeres, solo aperitivos –dice Marty.

–Lee un poco de historia, los pactos se hacen para romperlos –afirma Boyd.

–Bueno, mientras vosotros os quedáis atascados en ese dilema moral, tengo que ponerlos al día sobre el cuadro desaparecido.

–Adelante –insta Frederic.

–Como ya sabéis, he contratado a un detective privado, ese tipo desastrado que vive en una casa flotante en Jersey, a orillas del Hudson. El caso es que después de varios meses de indagar por ahí y comer perritos calientes en las esquinas, finalmente me ha dado un nombre y unas fotografías. Son de una restauradora de arte que por lo visto también podría ser la autora de la pintura falsa que ahora está en el suelo del despacho de mi casa. –Marty se rebusca en los bolsillos y deja la tarjeta de visita en la mesa.

–¿Era esto previsible? –pregunta Boyd–. ¿Una experta en restauración de arte?

–No sé qué preveíamos –contesta Marty.

Will examina la tarjeta de visita bajo la luz del aplique de cristal soplado y se la entrega a Frederic. Marty se fija en lo bien cortadas que Kriel lleva las

ñas cuando da la vuelta a la tarjeta y luego la agita en el aire.

–Esto es un papel de calidad –comenta Frederic–. Pesa.

–Eso he pensado yo también –conviene Marty.

–¿Estamos diciendo que de la calidad del papel se desprende que es una empresa legítima?

–No, todavía no estamos diciendo eso –responde Frederic–. ¿Cuáles son tus siguientes pasos, pues?

Marty se echa unas almendras a la boca y mastica pensativo.

–Bueno, supongo que debería dar el nombre a la policía o a la aseguradora. Pero parte de mí desea saber quién es esa mujer antes de entregarla.

–¿Y para qué quieres saberlo? –pregunta Will–. Si un ladrón entra en tu casa y roba todo lo que hay a la vista, ¿querrás leer sus memorias?

–Yo sí querría –interviene Boyd.

–Por otro lado –continúa Marty–, tengo el palpito de que mi vida ha mejorado desde que robaron el cuadro. En cierto modo, me siento más fuerte.

–En el squash no has mejorado en absoluto –comenta Boyd, sonriente–. Acabo de tener una epifanía: voy a pedir un filete. En cuanto me bajan los niveles de hierro en sangre, me vuelvo malévolo. Llegados a este punto, un filete es por el bien de mis congéneres.

La camarera vuelve a mirar en dirección a la mesa, y Boyd le hace una seña. Ella sonríe y se encamina hacia ellos a través del comedor.

–¿Estás diciendo que el cuadro robado está maldito? –pregunta Will.

–Eso suena un tanto melodramático –dice Marty–, aunque ninguno de sus dueños anteriores pasó de los sesenta.

–Eso es porque vivían en una marisma plagada de malaria que se llamaba Holanda y no tenían inodoros con cisterna –dice Boyd.

–Quiero decir desde entonces –añade Marty.

–Todos hemos leído *El retrato de Dorian Gray*, Marty, así que no eres el primero en imaginar que un cuadro posee poderes sobrenaturales –dice Frederic–. Siempre que subasto arte renacentista, pienso que voy a arder en el infierno o que estoy recibiendo mensajes codificados secretos de Dios. Permíteme decirte una cosa: es óleo y pigmento sobre retazos de hilo o de cuero y la luz que pasa a través de los prismas de color. Cuando compramos arte, lo que pretendemos es comprarnos a nosotros mismos, así que si quieres conocer mi opinión, te robaron una parte de ti junto con ese cuadro y deberías sentirte indignado. Y, naturalmente, si ya no quieres el cuadro una vez que lo

recuperes, Sotheby's te lo subastará encantado.

–He pensado que podía intentar sacarla de su madriguera –dice Marty–. Llamarla y proponerle que quiero contratarla como asesora de arte o algo así.

–Eso sería absurdo y arriesgado –advierde Will.

–A mí me parece una idea interesante –opina Boyd–. Al igual que esa camarera, cuentas con toda mi atención.

–Quizá tendría que usar un nombre falso –dice Marty–. Puede que sepa quién soy.

–O que pueda reconocerte –añade Will.

Boyd está absorto en la camarera que se acerca, pero dice:

–Sí, pero ¿qué es lo peor que puede pasar?

–No lo sé –contesta Will–. Que esa mujer abandone el país con una pintura de trescientos años de antigüedad que pertenece a Marty.

La camarera llega por fin, y Boyd pide un filete, poco hecho, y una patata al horno. Piensa en voz alta acerca de la carta, articulando las palabras, y pregunta por la sopa del día y las verduras de temporada. Los otros hombres lo observan moralmente indignados. La camarera lleva un chaleco negro que le confiere cierta autoridad, pese a su edad. Pregunta a los demás qué desean comer, con certidumbre en la voz. Ellos sucumben uno por uno. Marty pide el solomillo y otra cerveza. Hay un momento de derrota silenciosa.

–Y ahora decidme –interviene Will–. Cuando mi mujer pida el divorcio porque esta noche no me comeré su lasaña, ¿qué os parece si menciono a Boyd en la declaración?

Todos se echan a reír y beben cerveza.

Frederic retoma el hilo.

–He aquí lo que tienes que hacer –le dice a Marty–. ¿Conoces esa casa de subastas de la calle Cincuenta y siete, Thornton and Morrell?

Marty asiente.

–La semana que viene organizan una subasta de grandes maestros y lo tienen todo expuesto. Tú invitas a esa supuesta experta en restauración de arte a reunirse allí contigo. Compruebas que conoce ese período y empiezas a hacerle preguntas para sondearla. Decides si es verosímil.

–¿Me presento con un nombre falso?

–¿Por qué no aprovechas para divertirme un poco? –sugiere Boyd–. Una pequeña operación secreta, una misión de reconocimiento. Tenemos que pensar en un nombre realmente bueno. Y si resulta que ella reacciona con

cautela al verte, sabrás que has levantado la liebre y que sabe quién eres. En caso de que suceda eso, suspenderás la misión. Esto suena a Hitchcock. Me gusta.

–Tendrías que escribir novelas baratas –propone Will–, no anuncios de 7-Up.

–¿Por qué no la llevo a Sotheby’s? –pregunta Marty.

–Si llegara a saberse que he permitido entrar en la casa de subastas a una posible falsificadora, me enviarían al archivo del sótano y me pondrían el nombre de Chita. A los que están allí abajo en los archivos los llamamos «monos».

–En cambio, ¿no tienes inconveniente en que la lleve a la competencia? –dice Marty.

–Thornton and Morrell son un nicho de mercado.

–¡Ya tengo un nombre falso para ti! –dice Boyd–. Oliver Kitwell.

–Suena a abogado de Londres –comenta Frederic.

–Sam Iris –contraataca Boyd.

–Un oculista de Connecticut.

–Siempre he querido llamarme Jake –dice Marty–. El nombre de mi padre era Jacob. ¿Qué tal Jake Alpert? El apellido tiene igualmente cierta resonancia holandesa y podría convencerla de que estoy creando una colección para la familia.

–Sigo pensando que tendrías que avisar a la policía o a los investigadores de la aseguradora –sugiere Will–. ¿Qué pasará si se enteran de que tenías información y no la comunicaste?

–Por eso quiero que me operes tú si tengo un aneurisma, Will –replica Boyd–, porque piensas en toda posible contingencia. Me gustaría dejar mis capilares en tus manos. –Boyd echa un vistazo alrededor–. En fin, si ese filete no llega pronto, va a darme el mencionado aneurisma.

Marty se echa a reír y apura la cerveza. La conversación cambia de rumbo y musita «Jake Alpert, Jake Alpert», saboreando el sonido en la boca.

Cuando Marty llega a casa, su visión espeluznante se hace realidad: Hester ha preparado una cena completa y Rachel lleva los platos desde la cocina. Mientras *Carraway* brinca en busca de atención en torno a sus pies, sirve dos

copas de vino y se sienta a la mesa.

–Me muero de hambre –dice, exagerando.

Rachel sonríe y se extiende la servilleta en el regazo.

–Hester ha preparado buey Str ogonoff acompañado de judías verdes.

Hace menos de una hora, Marty se ha comido un filete del tamaño de su terrier. Hester aparece con los platos llenos, y a Marty se le tensa la garganta ante la sola idea de comer m as buey, mezclado con salsa.

Rachel empieza a contarle que ese día se ha dedicado a perseguir pájaros en el parque. Acaba de unirse a un club social, una rama de la Sociedad de Ayuda, y se re unen una vez por semana para comentar lecturas, observar aves en Central Park o hacer una excursión cultural de un tipo u otro. Con prismáticos colgados del cuello y sombreros de jipijapa bien sujetos, intentan localizar currucas o herrerillos migratorios –Marty ignora si lo uno o lo otro– antes de sentarse junto al estanque de las azaleas para beberse un termo de t  English Breakfast. Son todas mujeres, por lo que Marty sabe, guiadas por una expatriada británica en pantalón de pana casada con un juez federal. Por absurdas que a Marty puedan parecerle esas salidas, agradece que Rachel haya vuelto al mundo de los vivos y encuentre distracciones.

– Hab is descubierto alguna especie nueva hoy? –pregunta Marty.

–No te burles –dice ella–. El parque se encuentra en una importante ruta migratoria. –Cabecea ligeramente–. Por la tarde he ido a una agencia de viajes.  Recuerdas que hablamos de un crucero por un río en primavera?

– C mo iba a olvidarme?

Rachel ha apilado en la mesa, a su lado, unos cuantos folletos de viajes. Se trata de un crucero por el Sena, parando en pueblos y aldeas de Normandía. Marty preferiría ir en tren a algún sitio, a través de los Alpes o de España, parar en la Alhambra, pero no tiene intención de complicar las cosas entre ellos. Rachel abre un folleto en papel brillante y, entre bocado y bocado, lee algunas de las principales atracciones.

–El tercer día paramos en Vernon y viajamos al pueblo de Giverny, donde vivió Monet desde 1883 hasta su muerte en 1926.  No te parece divertido? –pregunta Rachel.

Una imagen Kodak color del icónico jardín acuático con sus nenúfares y el puente japonés asalta la mente de Marty, y piensa que tiene que haber maneras mejores de pasar ocho días y gastar varios miles de dólares.

–Maravilloso –dice después de obligarse a tragar otro bocado de

Strógonoff. Una vez inmersa Rachel nuevamente en el folleto, Marty se lleva otro trozo de buey a la boca; al cabo de un momento se lo saca ocultándolo con la servilleta. Baja la mano junto a la silla con el trozo de carne y nota que *Carraway* se lo quita de los dedos.

Vacía una tercera parte de su plato de esta manera mientras Rachel le explica paso a paso el itinerario. Él nota que se le ofusca la mente y toma un sorbo de agua fría para obligarse a prestar atención. Fija la mirada en un cuadro por encima de la cabeza de ella, un adusto retrato de la escuela flamenca de un hombre con un sombrero en la mano. Como muchas de las pinturas de su padre, está empañada por el paso del tiempo y pide a gritos una limpieza. Jacob de Groot consideraba que limpiar un cuadro echaba a perder su encanto rústico y disminuía su fuerza. Parte de él desearía contar a Rachel que ha recibido una pista sólida del investigador privado, pero una parte más fuerte quiere proteger esa nueva información. Durante el mes posterior al descubrimiento del robo, cuando la policía y los investigadores del seguro se presentaban en la casa, ella después pedía que la mantuviera al día, pero ya ha perdido interés. Se lo contará cuando sepa algo definitivo.

–Impresionistas desde un río de corriente lenta, ¿qué más se puede pedir? – dice, volviendo la mirada a Rachel.

–Detestas a los impresionistas –responde ella, y deja escapar una discreta risa.

–No a todos.

–Una vez me dijiste, y repito literalmente: «Con Monet me siento como si estuviese mareado y mirara con los ojos entrecerrados en un día caluroso».

–¿De verdad he dicho yo eso?

–En esta misma mesa, amor mío.

–Bueno, tal vez haya cambiado de opinión. Y si no, ¿dónde mejor para hacerlo que en su antiguo territorio?

–Bueno, agradezco tu flexibilidad con respecto a este viaje. Es solo que he pensado que sería agradable marcharse de la ciudad unos días.

–No podría estar más de acuerdo –responde él mientras corta una judía verde en una docena de pedacitos.

Rachel se concentra de nuevo en los folletos, que tienen los ángulos doblados y están subrayados. A Marty le llama la atención que ella esté deseosa de empezar de nuevo, de dejar atrás las ruinas de dos abortos naturales. En teoría podrían intentarlo otra vez, pero después del segundo

llegaron a un acuerdo tácito, el pacto de silencio de no someterse nunca más a las fuerzas brutales de la naturaleza. Mientras Rachel pasa las páginas sobre el norte de Francia, a Marty lo invade una oleada de ternura hacia ella, por cómo se ha esforzado en volver del borde de la desesperación. Durante varios años se preparó para perderla; Rachel deambulaba por los pasillos con novelas tristes y blanqueadas por el sol en las manos. Sin pensárselo realmente, dice:

–Si tú lo quisieras, estaría dispuesto a adoptar. Toda una tribu, si tú lo quisieras.

Ella aparta la vista del plato, por un momento sorprendida, pero luego se ablanda. Muy quieta, sostiene el folleto y esboza una sonrisa.

–Ya lo sé. Es solo que no creo que eso sea lo que nos conviene a nosotros. A mí.

Marty alarga el brazo y le toca el dorso de la mano.

–Por supuesto.

Después de cenar, Marty entra en la biblioteca a fumar un puro y beber un whisky sentado ante el viejo escritorio de su padre. Al igual que los cuadros y el propio piso, este le ha sido legado, un amplio escritorio de capitán con cajones, robustas patas de nogal y herrajes de latón. Es un vínculo con los antepasados holandeses, los mercaderes y comerciantes navales. Los efectos personales de su padre siguen esparcidos por el escritorio, como si Jacob de Groot se hubiera ausentado en uno de sus prolongados viajes de negocios en lugar de haber muerto hace décadas. Una antigua agenda, entradas de la ópera, unas gafas, tijeras quirúrgicas, latas de cinta para máquinas de escribir, un cubilete de dados de cuero. El escritorio tiene paneles extraíbles y compartimentos secretos, un hueco al fondo para cartas de navegación, donde todavía permanecen intactos la póliza de un seguro de vida y un fajo de billetes. A lo largo de los años Marty ha añadido sus propios efectos: su papel de escritorio con membrete y cajas de puros, una vieja boquilla de trompeta, pero todavía tiene la sensación de compartir el escritorio con su padre.

La conversación de los nombres inventados en el club lo ha llevado a recordar algo que ha conservado desde que Rachel y él se casaron. En el cajón superior, junto con su correspondencia, encuentra una lista de nombres

escritos en papel de hotel. Habían estado en Europa de luna de miel, dándose atracones por toda Francia y viajando después en un tren nocturno a Barcelona, donde pasaron una semana en la playa echados sobre una colcha. Hicieron el amor todos los días en la habitación del hotel con balcón, recuerda, discretamente durante las horas de la siesta, sus cuerpos escarchados de salitre, con la sensación de que era algo ligeramente ilícito porque oían las voces de los vendedores callejeros. Una tarde se dio un largo baño con las ventanas abiertas sobre las Ramblas y anotó todos los nombres que le gustaban para ponerle a un hijo. De niña: «Martha, Susan, Elizabeth, Genevieve, Stella». De niño: «Harold, Claude, Franklin». Ahora lee los nombres bajo la lámpara del escritorio con nostalgia, pero también preguntándose cómo demonios se le podía haber ocurrido el nombre de Claude, que lleva a pensar en un hombre de expresión enojada y perdido en los libros. Claude es el nombre de una persona que sale de la habitación en medio de una trifulca. Había seguido llevando encima la lista durante años, plegada en el bolsillo del pecho, esperando la ocasión apropiada para repasarla. Pero nunca se la enseñó a Rachel, porque en cierto modo simbolizaba su pérdida, le daba forma tangible. Esos eran todos los niños que nunca tendrían. Guarda la lista y se retrepa en la butaca para echar el humo hacia el techo.

La falsificación está apoyada contra los estantes de enfrente. A la luz de la lámpara y a esa distancia, es incapaz de detectar ninguna diferencia con respecto al original, o la imagen de este que flota en su memoria. Se ha hecho el firme propósito de no examinarla de cerca a la luz del día, temeroso de ver claras señales de impostura –un pasaje de pinceladas inverosímil– y, por lo tanto, una indicación de su propia credulidad. Apenas pasan de las ocho, pero Rachel ya se ha ido a la cama acompañada del perro y de sus folletos de viajes. Marty se saca la sólida tarjeta de visita del bolsillo. En un trozo de papel secante anota «Jake Alpert» para no olvidarse, apura el whisky, descuelga el auricular del teléfono y marca el número. Suena nueve veces antes de que conteste una mujer, con un tonillo un tanto irritado y sin aliento.

–¿Diga?

–Busco a Eleanor Shipley.

–Yo soy Ellie.

–Ah, ya, perdone que la moleste a estas horas. Me ha dado su nombre... – se interrumpe, vuelve a empezar–. Me llamo Jake Alpert y busco un asesor de

arte y experto en restauración. ¿Se dedica usted a eso?

Se produce un silencio, y a Marty le parece oír agua correr en un fregadero.

–No es un momento muy oportuno –dice ella–. Acabo de salir de la ducha y estoy chorreando. ¿Puedo llamarlo mañana?

–Sí, por supuesto. Me disculpo de nuevo. Me es difícil hablar desde el despacho.

–Puedo llamarle a donde usted quiera.

Marty piensa en el efecto cascada que ha tenido la pequeña mentira de Jake Alpert. Como él nunca contesta su propio teléfono, en ningún caso puede dar el número de su casa ni el del bufete.

El silencio se prolonga.

–Oiga –dice ella–, si espera un segundo, iré a secarme y podremos hablar un momento.

–Si no es abusar.

El golpe del auricular al dejarlo en una mesa u otra superficie. Marty intenta distinguir los sonidos ambientales del apartamento, pero solo oye que deja de correr el agua de un grifo. Tiene algo de extrañamente íntimo quedarse en espera mientras ella se seca. Otra mujer habría insistido en que volviera a llamar en horario de trabajo, pero de pronto se le ocurre pensar que ella está acostumbrada a recibir llamadas por la noche, que acaso actúe en un mundo sin agendas ni operadoras de centralita. Cuando ella se pone otra vez al aparato, habla con voz neutra y serena.

–Señor Alpert, ¿sigue ahí?

–Aquí estoy, sí. –Reconoce un deje australiano en su voz y se pregunta cómo es posible que haya contratado al único investigador privado de toda Nueva York sordo a los acentos.

–Bien, pues, ¿en qué puedo ayudarle?

–Verá, estoy ampliando la colección de arte de mi padre, llenando lagunas y demás, y necesito un buen par de ojos. Hay algún que otro trabajo de limpieza y restauración, pero también necesitaré ayuda con alguna adquisición nueva. He pensado en las escuelas flamenca y holandesa, siglo diecisiete. ¿Tiene experiencia en ese terreno? Mi padre era holandés, así que tuve una introducción temprana a los Países Bajos.

–Estoy haciendo la tesis sobre el Siglo de Oro, en Columbia. Me he centrado en Holanda, pero también tengo algún conocimiento de Flandes. Me

complace saber de un coleccionista que ve potencial en eso.

–Quizá podríamos concertar una cita para hablar de las posibilidades.

–Eso estaría bien. ¿Quién me ha recomendado, si no es indiscreción?

Marty retiene una bocanada de humo y se para a pensarlo.

–Buena pregunta. ¿Podría haber sido un profesor suyo que conocí en una cena? Recuerdo mucho *tweed*.

–Eso no es un dato muy revelador.

Los dos se echan a reír, y él lo considera una pequeña victoria.

–¿Es usted australiana?

–Gracias por no decir Boston.

–No se parece en absoluto su acento al de Boston. ¿De dónde es?

–Sídney. Pero viví unos años en Londres antes de venir aquí. Pasé de la conservación a la historia del arte. ¿Conoce el Courtauld Institute de Londres?

–Claro –contesta él, aunque no está muy seguro de que así sea. Guarda silencio por un momento y añade–: Thornton and Morrell organiza una subasta de grandes maestros el jueves por la tarde y tengo la mira puesta en algo. Tal vez podamos vernos antes de la subasta y, si las cosas funcionan, puede usted acompañarme como asesora de confianza.

–Me parece bien.

–Enviaré un coche a recogerla a las cuatro en punto. ¿Cuál es su dirección?

–Ah, no hace falta. Puedo tomar el tren o el autobús.

–Insisto.

Oye un golpeteo y piensa que acaso ella esté enrollando el cable telefónico.

–De acuerdo.

Le da la dirección, y él la anota.

–Buenas noches, pues, señor Alpert. Gracias por llamar. Esperaré impaciente nuestro encuentro.

–Por favor, Ellie, llámame Jake.

–Muy bien, así lo haré.

Marty cuelga y se da cuenta de que no ha apartado la mirada de la falsificación durante toda la llamada. La luz es tan difusa que las sombras se perciben como contornos acuosos, apenas discernibles contra el hielo levemente azul y la nieve. La imagina pintando algo que es casi transparente, a un paso de la inexistencia misma, y por un momento siente solo admiración.

Ámsterdam

Mayo de 1637

Pieter de Groot asiste a una subasta de bienes patrimoniales que organiza la delegación local de la Guilda de San Lucas. Está en la ciudad por razones de negocios, pero las demoras en los astilleros lo han llevado a buscar distracciones durante tres días. Apenas ha amanecido cuando recorre Kalverstraat, en busca de la dirección anunciada en el pasquín. Los serenos vuelven a casa con sus perros y sus repiques en las aldabas mientras los faroleros rellenan minúsculos receptáculos de aceite en los puentes arqueados de los canales. La casa de madera, cuando por fin la encuentra, está entre callejones con talleres de pintura, herrerías y dos tabernas de aspecto dudoso llamadas El Gato Sediento y El Cuento del León.

Dentro de la casa hay un laberinto de habitaciones en penumbra, todas a distintos niveles. Un hombre nervudo se presenta como Theophilus Tromp, secretario de la guilda, y lo precede por una empinada escalera a oscuras. Un grupo de especuladores y postores se ha congregado ya en una sala preparada para la subasta, donde están dispuestos los muebles, los recuerdos nupciales, la ropa blanca y los lienzos sin enmarcar. Las pinturas se han organizado por temas, colocadas en caballetes o contra una pared: marinas a la izquierda, paisajes en medio y bodegones a la derecha. Los compradores pululan en silencio entre los objetos. Algunos de los otros hombres empiezan a conversar y a elaborar estrategias de compra; salta a la vista que muchos de ellos se conocen, que en subastas anteriores se han forjado alianzas de adquisición. Pieter se pregunta si alguien se interesará por las pinturas de tulipanes. Después de varios años de tulipomanía en las provincias, todo se fue al traste en febrero. En los años del auge, cuando todos los sastres y sopladores de vidrio invirtieron en el mercado a corto plazo de los bulbos, Pieter había sido uno de los pocos holandeses que no sucumbió a la fiebre.

Un barco es algo que entiendo, decía a la gente, la formación de la cuaderna y el casco, la lógica conjunta de la proa y el velamen. Por principio, nunca ha invertido en nada que no pueda explicar a su mujer y sus hijos. Apostar por la futura floración de una planta siempre le ha parecido como apostar por el movimiento de las nubes.

Le ha echado el ojo a una marina en particular: un barco en medio de una borrasca, asediado por olas de crestas espumosas. En el horizonte, se abre una fisura de luz solar entre los siniestros nubarrones, y a Pieter lo lleva a pensar en la salvación eterna. Esos marineros no se ahogarán. El mar está plumizo y teñido de verde; él ha visto esas aguas amenazadoras en el Atlántico, en sus tiempos de carpintero de buque. El subastador que aparece tiene aire de funcionario: miope y con un legajo de papeles en una mano manchada de tinta. Insiste en subastar primero los objetos domésticos y empieza, con su voz mercantil y monótona. Por puro deporte, Pieter puja por un bastonero con tres bastones. Su casa de las afueras de Róterdam se alza en una amplia finca, y cuando tiene invitados los fines de semana siempre admiran su bastón de malaca. Uno de los otros postores se queda con la mayor parte de los cacharros de cocina y platos, tal vez como regalo para una recién casada que está empezando a montar su casa.

–Ninguno de los lienzos está firmado –dice uno de los postores antes de que el subastador pase a los cuadros.

El secretario de la guilda hace un cauto gesto de asentimiento con la cabeza y, meditando sus palabras, contesta:

–Pese a que los maestros están autorizados a firmar sus obras y dirigir talleres, no pueden venderse pinturas al margen de los estatutos de la guilda.

–¿Debemos suponer que el pintor tenía deudas con la guilda? –dice Pieter desde el fondo de la sala.

El secretario fija la vista en el espacio que tiene delante, aprieta un poco los labios y, a continuación, lanza una mirada al subastador, que al instante pasa a la acción: hojea unos papeles y entona otra salmodia mercantil. La puja empieza con las pinturas de flores. Sorprendentemente, un criado que asiste a la subasta en representación de su amo adquiere el lote completo. Una corona de tulipanes deslumbrados por el sol, un vívido arreglo floral en el esplendor de un salón... Bien podrían ser retratos de demonios, por lo que a Pieter se refiere. Cuando se inicia la puja por las marinas, Pieter, sin perder tiempo, levanta la mano para indicar incrementos de diez florines. Un

adversario entrecano con una pipa de arcilla se enfrenta a él, y Pieter, a juzgar por la expresión en el rostro estragado del hombre, sospecha que es un capitán de barco retirado, un pensionista quejumbroso que aún se despierta para la primera guardia. Pieter sube la puja y compra el cuadro por mucho más de lo que vale. El capitán retirado da una calada a su pipa, eludiendo su mirada, y se conforma con una lóbrega escena de un leviatán embarrancado en una playa, con su piel ennegrecida asaltada por aldeanos que empuñan hachas y cargan baldes de grasa. Para cuando se han vendido todos los lienzos, ha transcurrido una hora y fuera del desván ha subido la temperatura. En el espacio cerrado hace un calor sofocante y huele a tabaco y a lienzo barnizado. El subastador coloca los bienes vendidos en pilas aparte, cada una con el nombre del postor correspondiente, y envuelve las pinturas con trozos de muselina antes de sacarlas a la calle. Pieter sale a tomar aire fresco.

Encuentra una habitación trasera situada al fondo del espacio principal del desván. Aparentemente, había sido el taller del artista. La amplia ventana da a la calle, y Pieter abre el postigo bajo el hastial acampanado y la viga de izado. Deduce que esa estancia se había utilizado para subir y almacenar provisiones, y ahora parece que el artista acaba de salir en busca de algo. Una pequeña ciudad de frascos y cuencos de piedra y un surtido de espátulas, paletas y pinceles colocados en un tarro de barro ocupan toda una mesa. En un estante se alinean pigmentos, óleos y alcohol. Bajo la ventana, Pieter repara en un lienzo cubierto con un paño. Lo primero que piensa es que el miembro de la guilda se ha apartado algo para él, una pequeña joya muy superior a todo lo que hay en la sala contigua. Pero cuando retira la tela y observa la escena, se pregunta si la pintura estará destinada a los archivos de la guilda para evitar el escándalo.

Inclina el lienzo para examinarlo a la luz de la ventana, pero debido a la aspereza del sol, la superficie retrocede y despide destellos iridiscentes. Pieter vuelve a bajar el lienzo y lo apoya en una pared. Se queda allí inmóvil durante unos minutos, cautivado por el desasosiego de la escena. Nunca ha pensado mucho en los cuadros o su significado. Conoce a Rembrandt y los artesanos de Delft, ha oído hablar de retratistas a quienes se emplaza en palacios. Hasta este momento, no obstante, siempre ha metido a los pintores en el mismo saco que a los mamposteros o grabadores, artesanos que ejercen un oficio. Esta obra es totalmente distinta, una escena tan etérea que rehúye la plena luz del día. Un niño que saluda desde el hielo seguido de cerca por un

perro, su bufanda nada más que un pliegue amarillo, una cuña de corteza de limón. Una niña descalza con la mano pálida apoyada en el abedul, inclinada hacia los patinadores; la luz en el horizonte de algún modo serena y amenazadora a la vez. Viendo el cuadro, Pieter se acuerda de las tardes invernales de su infancia cuando esperaba a que la oscuridad envolviera la casa y se encendieran las primeras velas de sebo. Su padre bajaba la voz y, meditabundo, contaba anécdotas de parientes muertos. El olor de la cena se elevaba desde la olla colocada sobre las llamas del hogar. La pintura contiene todo eso. Refleja el instante previo a la noche, la espera para el momento del tránsito.

Imagina el cuadro enmarcado sobre su escritorio allá en Róterdam, lo ve en un lugar de honor en la pared durante las negociaciones para la firma de un contrato. Visualiza a navieros y evaluadores de riesgos contemplando esa escena, rindiéndose a él en su estupefacción. Se oye un revuelo en la estancia contigua y toma conciencia de que se ha ausentado un buen rato. Tapa el cuadro y lo coloca de nuevo donde lo ha encontrado. Cuando sale al pasillo, muchos de los postores están descendiendo por la estrecha escalera con su botín, dirigidos desde abajo por el secretario de la guilda. Pieter entra en la estancia y se detiene junto al subastador mientras los otros hombres recogen sus compras. Espera a que se marche el último de ellos y empieza a preparar su bastonero y su cuadro para llevárselos. El subastador introduce cifras de trazos finos y vacilantes en un registro y vuelve a contar el dinero.

–Tengo un primo que es subastador –comenta Pieter–. Se dedica sobre todo a los caballos y las granjas, pero se gana bien la vida.

El subastador alza la vista, pero no responde.

Pieter persiste.

–¿Cómo os ha ido el día? En general. Si no me equivoco, es un porcentaje del total, ¿no?

–¿A qué os referís?

–A la comisión del subastador.

El hombre vuelve a concentrar la atención en el registro y el dinero. Pieter llega a la conclusión de que es un hombre práctico, que subasta pinturas y joyas y ropa de hombres muertos con la misma impunidad.

–He estado leyendo las necrológicas –dice Pieter en un impulso–. No recuerdo el nombre del artista que ha fallecido. Por norma, la guilda anuncia a bombo y platillo la defunción de los miembros ilustres.

El subastador lo mira.

–La guilda no ha publicado el nombre.

–Y sin embargo bastaría simplemente con preguntar a los vecinos para averiguarlo.

–Como gustéis, caballero.

Pieter se pasea un poco y de pronto se da la vuelta.

–En fin, deduzco que ha habido algún escándalo con el pintor muerto. –Se examina las uñas–. Quizá fue un suicidio. La imagen de una guilda nunca sale bien parada en esos casos.

El subastador empieza a guardar el dinero en una bolsa de tela.

–He visto que hay otro cuadro en la habitación de al lado.

Tras examinar el registro con los ojos entornados un instante, el subastador dice:

–Esa obra no está a la venta.

Por la expresión del hombre, Pieter se da cuenta de que ha topado contra algo. El hombre garabatea junto a una columna de cifras.

–Puede que no esté a la venta en estos momentos –dice Pieter–. Pero quizá un subastador pudiera actuar en representación de un posible comprador como yo ante la guilda en este asunto. Hipotéticamente, y por una suculenta comisión, ese subastador podría decir al administrador o al burócrata o a quienquiera que sea que una buena reputación es muy valiosa. De hecho, no tiene precio. Los escándalos y las habladurías pueden arruinar el prestigio de una guilda, y más cuando el comerciante o mercader medio piensan que deberían abolirse todas. Esas cuotas de los asociados equivalen a impuestos, y salta a la vista que este artista se vio obligado a vender su obra sin firmar en el mercado negro para sobrevivir y se quitó la vida ante circunstancias en extremo adversas.

El subastador deja el registro abierto, planteándose su propia táctica.

–Es como si estuviera muerto –dice en voz baja.

Pieter espera.

–Por lo que he oído, el marido y la mujer eran los dos pintores, exmiembros de la guilda con la que estaban endeudados. Como iban a la ruina, vendían su obra furtivamente. La guilda no permite... –Al subastador se le quiebra la voz y mira al suelo–. La mujer está vendiéndolo todo para no tener que trabajar al servicio de uno de los acreedores del marido. Él la ha abandonado, y ahora la pobre desdichada tiene que valerse sola. Según me

han contado, la guilda estaba considerando la posibilidad de readmitirla, pero ahora las cosas han cambiado. –El subastador se pone en pie de pronto y se encamina hacia la puerta con el registro y la bolsa de dinero–. No sé nada más.

–Decid al secretario de la guilda que ofreceré cien florines por esa pintura y en eso incluyo discreción y paz de espíritu –dice Pieter.

El hombre vacila y dirige la mirada hacia la ventana.

–Vuestra comisión por esa transacción será del diez por ciento, cifra que me parece que consideraréis generosa.

–El veinte –responde el hombre, aún inmóvil, contemplando los tejados de Ámsterdam, con voz imperturbable–. Por el veinte por ciento, caballero, os garantizo la venta de ese cuadro.

Pieter es consciente de que ha delatado su profundo interés por el lienzo y de que el equilibrio de poder se ha desplazado. El subastador se lo ha arrancado de las manos como un guijarro. Pieter asiente pero calla. El subastador desaparece por el pasillo, y Pieter oye sus sonoros pasos en la escalera. Desde la ventana del desván observa la calle y ve dialogar al miembro de la guilda y al subastador. Al cabo de un instante, ve acercarse a una mujer envuelta en una larga capa, con rostro pálido y demacrado, aferrada a una cestita con las manos. El subastador entrega la bolsa de tela al secretario de la guilda, quien, desplazando el peso del cuerpo de un pie al otro, se dirige a la mujer. Los tres parecen estar hablando, pero la mujer desvía la vista. En un momento dado, el secretario vuelve la cabeza hacia la estrecha fachada de la casa y la mujer sigue su mirada. Durante un breve instante, Pieter posa los ojos directamente en su cara, y la mujer, a su vez, mira hacia arriba con los párpados entornados. No está seguro de si ella puede verlo tras el reflejo del cristal.

Sídney

Agosto de 2000

Dos hombres transportan un frigorífico Kelvinator a Scotland Island en un esqui metálico. Ellie los observa desde la terraza con sus prismáticos por en medio de los troncos de los árboles. En el embarcadero del trasbordador se ha formado un corrillo para contemplar el espectáculo: el padre o el tío de alguien demasiado tacaño para contratar una lancha de carga. Hace dos días que se abrieron las cajas holandesas, y espera a que el timbre de un teléfono le parta la vida en dos. Podría ser una llamada de Max Culkins, o de Marty de Groot, o de Helen Birch, la científica especialista en conservación del museo.

El planteamiento de Max ante esa delicada situación ha sido insistir en realizar un análisis completo de las tres pinturas de De Vos ahora que Marty de Groot ha entregado su cuadro al museo. En su llamada a Ellie, Max dijo: «Comparemos y contrastemos, respaldemos con datos las afirmaciones». Habló con tono despreocupado y académico. Mientras tanto, la perspectiva de que Marty de Groot entrara en la Art Gallery fue para Ellie como un mazazo en todo el cuerpo. Max dijo que una vez concluido el examen, y ya con los resultados de las pruebas, él personalmente se pondría en contacto con el dueño de la falsificación y se ocuparía de la devolución de la pintura. «Déjame que me encargue yo –había dicho ella–. Me siento en parte responsable de este lío.» Pero Max desoyó el ofrecimiento y prosiguió en tono de complicidad: «Se lo toman como algo personal, Ellie, siempre es así. ¿Y si los dos lienzos de Leiden son falsos? Lo vivirán como una gran humillación. O, que Dios no lo quiera, ¿y si el señor De Groot anda acarreado con un huevo podrido?»

Helen Birch ha dedicado varios días a las obras. Una veterinaria de pueblo que después de un divorcio devastador se doctoró en ciencia de los materiales; es la única persona del museo que lleva bata. Helen tiene fama de

centrarse en los datos y carecer de interés real por el arte. Solicitan sus servicios como los de un experto en balística, para que realice exámenes mediante microscopios, radiografías, infrarrojos y espectroscopia. Las pocas veces que Ellie ha tratado con Helen, siempre se ha quedado con una sensación de vocación errada, de que Helen debería haber sido inspectora de armamento de las Naciones Unidas en lugar de conservadora de cuadros.

Normalmente, toda prueba se realizaba en presencia del correo y una vez concluida la exposición, pero el equipo de mantenimiento sigue reparando los daños causados por el agua en las claraboyas, y no se ha autorizado la colocación de ningún cuadro en la sala. De algún modo, Max Culkins ha convencido al museo de Leiden de que permita la realización de las pruebas sin la presencia de Hendrik Klapp, que ha regresado ya a Holanda.

Los dos hombres del esquife cargado con el frigorífico han llegado al encrespado punto central de la bahía, y el más menudo acelera de pronto el motor fueraborda, que emite un agudo gemido. El sonido se propaga por el agua contenida en la concavidad y, rebotando en los acantilados de arenisca como en la piel de un tambor, vuelve a surcar la bahía. La borda del bote se halla a escasos centímetros por encima de la superficie. Ellie ve a través de los prismáticos el suplicio del hombre más corpulento.

Quiere creer que, si no fuera por el amarillo de plomo y estaño, su réplica podría considerarse una copia efectuada por la propia artista, práctica común en los talleres de pintura del siglo XVII, donde abundaban los aprendices. Pero cualquiera con un conocimiento mínimo de De Vos sabe que ella vivió excluida de la práctica tradicional y probablemente no tendía a copiar su propia obra. Hasta los embaladores estaban al corriente de que existían dos pinturas idénticas: el planeta y la luna en su órbita. Q y sus hombres dieron un sobrenombre a la inminente exposición: *Los Doppelgänger holandeses*. No saben exactamente cómo ni cuándo, pero todos los comisarios, embaladores y conservadores sospechan –y esperan– que alguien acabe humillado por la prueba concluyente de que uno es falso, ya sea un norteamericano rico o aquel imperioso holandés con sus aparatosas cajas de embalaje.

Ellie entra, se sirve una copa de vino y vuelve a salir a la terraza. Centra de nuevo el pensamiento en Sara de Vos y la pintura lúgubre: *Invierno con la comitiva fúnebre de un niño*. Acude una y otra vez a su mente, como un

trasfondo de sus temores. El cuadro no solo prolonga la vida artística de Sara más allá de la fecha que consta en el libro publicado por Ellie, sino que, además, pone en tela de juicio toda su teoría sobre la trayectoria de la pintora. Ellie sostenía que *En el linde de un bosque* era el punto culminante de la carrera de Sara, un momento trascendental antes quizá de abandonar el medio totalmente. En sus especulaciones, concluía que, con la muerte de la hija, algo se había desatado dentro de Sara, un dolor brutal que quedó grabado a fuego en el lienzo. Pero también se había preguntado si con eso se había agotado algo en la artista, lo cual impidió a Sara seguir adelante con su vida. Al fin y al cabo, el rastro de cuadros se enfriaba. Nunca se había animado a decir a las claras que esa pintura era simple fruto de las circunstancias, un azar histórico, pero de algún modo quedaba insinuado. Ahora, la nueva pintura induce a pensar en cierto renacer, en la existencia de una artista que continuó evolucionando en su maestría.

A menudo ve a Sara en sueños: una mujer con un gorro, un rostro cetrino y un tanto demacrado, mirando por una ventana. Pero nunca se ha permitido pensar en Sara como una mártir o una sabia. Sistemáticamente previene a sus alumnos de la universidad del error de proyectar misticismo en las vidas y los lienzos de los pintores holandeses del siglo XVII. Ellos a menudo se sienten tentados de ver las delicadas brumas azules de Rembrandt como señal de matización espiritual, pero Ellie les recuerda que eran proezas técnicas más que un anhelo de Dios. La religión ocupaba su lugar, pero era a la vez práctica y mercantil; perduraba como una mesa robusta en una cocina brillantada. Aquello era una república de provincias acuáticas, divididas por desagües y canales, donde la amenaza de plagas o de un castigo divino o de inundaciones épicas como las del Antiguo Testamento mantenía a los hombres en vela por la noche. Ante eso, los habitantes de los Países Bajos se veían atrapados entre la necesidad de calmar a Dios y la de apaciguar sus apetitos. Por lo que se sabía, además de devotos inveterados, los holandeses del siglo XVII eran pendencieros, bebedores y mujeriegos impenitentes. Cubrían las paredes de hermosas pinturas por la misma razón por la que bebían: para no pensar en el abismo. ¿O acaso Sara de Vos siguió pintando a fin de depurar su visión del abismo?

El primer indicio de que el Kelvinator ha caído en la bahía son los gruñidos y vítores del corrillo reunido en el muelle. Por alguna razón, Ellie

no ha oído el ruido del frigorífico al chocar contra el agua. Con los prismáticos ve un anillo de ondas en expansión, el frigorífico, que asoma oblicuo sobre el agua, hundiéndose poco a poco, y el esquiﬁe metálico volcado. Los dos hombres agitan los brazos en el agua e intercambian voces. Una lancha de la policía cruza la bahía a toda velocidad desde Church Point mientras la mitad de los espectadores asciende por la cuesta desde el embarcadero. Ellie reconoce a una de las jubiladas del consistorio de la isla, una anciana viuda, de pie con un sombrero de jipijapa al final del muelle adyacente, con los brazos en jarras. No puede evitar preguntarse si el Kelvinator era un regalo de dos hijos díscolos y la asalta una terrible sensación de pérdida por la mujer.

Ellie entra y cierra las puertas de cristal. La imagen de la mujer en el muelle y la narración reconstruida del frigorífico y los hijos descarriados le han avinagrado el humor aún más. El vino tinto lo ha potenciado todo al inducirle un estado de somnolencia y nostalgia. Deja su copa en la mesa de la cocina, dirige una mirada al teléfono y vuelve a su dormitorio. Abre su armario. En el estante superior tiene una caja de recuerdos y publicaciones antiguas, y cede al impulso de bajarla y vaciar el contenido sobre la cama.

Empieza a hojear los cuadernos de sus años en Nueva York y siente que le arden las mejillas al ver todas esas anotaciones extraídas de los manuales y manifiestos sobre falsificación. Bajo las anotaciones hay una vena de ira que apenas reconoce. En aquella época era la persona más apolítica que conocía, así que desde luego no era un programa marxista lo que motivó sus actos. Recuerda que estaba a la deriva y se sentía sola, que pasó años en la periferia de la vida neoyorquina hasta que Marty de Groot, mediante un engaño, entró en su existencia. Hay otros cuadernos que datan de sus años en el instituto, y esa ira se remonta hasta entonces. Sentía ira contra su padre, después contra las monjas y los curas, después contra el mundo entero. Fue en aumento durante años, hasta alcanzar una especie de culminación a los dieciséis.

Su profesor de arte, el padre Barry, lo había organizado todo para que ella realizara unas prácticas en verano en una reputada galería de arte y taller de restauración de Pitt Street. Los hermanos Franke eran tratantes sesentones especializados en pintura holandesa y flamenca, mucho antes de que estas estuvieran de moda entre los coleccionistas. Fue el primer contacto que tuvo Ellie con las representaciones de los Países Bajos del siglo XVII, aparte de

Rembrandt y Vermeer. Pasó seis semanas en la empresa, rellenando grietas y limpiando pinturas antiguas bajo una lámpara mientras los hermanos se esmeraban en despojar a las viudas de Rose Bay de sus reliquias de familia.

Jack Franke se ocupaba de la galería, en la planta baja, y Michael limpiaba las pinturas en el piso de arriba, sanctasanctórum que protegía con carteles de «Prohibido el paso» escritos a mano. Pese a los orígenes aristocráticos de la familia Franke, los hermanos atravesaban tiempos difíciles y siempre andaban atentos a cualquier beneficio fácil. En una treta muy característica de ellos, una anciana rica y solitaria subía por la escalera de madera para hacer una consulta sobre una restauración. Llevaba un cuadro bajo el brazo, envuelto en papel de periódico o a veces en una bolsa de David Jones por miedo a que se lo robaran de un tirón en la acera. De vez en cuando se trataba de algo valiosísimo –una representación de un botánico colonial o un modernista sin firma en auge–, pero pedía a gritos una limpieza. Vestido con terno, Michael chasqueaba la lengua repetidamente antes de mascullar: «Una lástima, una lástima». Llamaba a Jack para pedir su opinión, y este, volviéndose hacia la mujer, decía: «Señora, el pronóstico no es bueno». La viuda contaba la historia del cuadro y añadía el valor de tasación, ante lo cual Jack asentía y apretaba los labios. «La limpieza será como abrirse paso en hormigón con un martillo neumático. Hágase cargo, ha sido rociado con barniz de copal. Si le deja el cuadro a Michael, él verá qué puede hacerse.» En realidad, el barniz era casi siempre almáciga, no copal, y se retiraba fácilmente con trementina. Después de retener el cuadro durante un mes, pasaban una factura por la limpieza que se comía una porción considerable del valor de la pintura y convencían a la viuda para que se la vendiera a precio de saldo.

Eso formó parte de la iniciación de Ellie en el mundo del arte. Cuando no estaba rellenando grietas y suavizando veladuras y contornos, iba a buscar empanadas, bocadillos y periódicos para los hermanos. Tenían contactos parroquiales con el padre Barry e insinuaban que gustosamente hablarían bien de ella si agachaba la cabeza. De pie ante su mesa de trabajo durante horas, se mareaba por efecto de los efluvios de los disolventes y al final del día le daba vueltas la cabeza. Tenía migrañas de tanto forzar la vista y, al volver a casa, se tendía en la habitación que compartía con Kate. Eran las vacaciones de verano, y el internado estaba cerrado, así que Kate le llevaba tazas de té mientras Maggie Shipley le tenía celos por el trato especial y la

llamaba «reina Eleanor» entre dientes. El resto del tiempo era invisible para sus padres, y tenía el armario lleno de proyectos de costura de su madre. Para Bob y Maggie Shipley, el hecho de que ella se fuera a un internado con una beca de arte equivalía a que se trasladara a Ecuador o muriera a una edad temprana.

En su última semana en la empresa, Michael Franke le preguntó si quería probar con un poco de restauración de imagen. Naturalmente, ella accedió, y fue invitada al taller, una sala acristalada que en otro tiempo debió de ser la terraza de un almacén. De las paredes colgaban lienzos en distintas fases de limpieza, junto con varios relojes. Un hervidor y un hornillo ocupaban un rincón. En un caballete se alzaba un paisaje británico del siglo XVIII: una costa con ganado pastando y unas nubes iluminadas por detrás. Michael dijo que había que remendar el cielo y ya había preparado la mezcla adecuada. «La norma general es cinco tonos más claro antes de la aplicación. En previsión del barniz y el secado y demás. Ven e inténtalo.» A Ellie le gustó el cuadro, el elemental placer de las vacas una mañana en un paisaje costero. Se colocó ante el caballete, y Michael alcanzó un pincel fino con un poco de pintura. «Procura igualar las pinceladas si puedes», indicó. Ella aceptó el pincel y sostuvo el brazo firmemente ante el lienzo. Las pinceladas del pintor eran regulares y lisas, horizontales al grano del lienzo. Tocó la pintura con una pincelada ligera y firme, y el azul se adhirió bien. Supo en el acto que había ejecutado la pincelada a la perfección; excepto por el tono húmedo, apenas se distinguía del original. Michael, junto a ella, olía a acetona y papel de periódico mojado. Ellie dio varios toques con el pincel, y cada uno se sumaba al efecto cuidadosamente fundido. Retrocedió un paso y miró a Michael, que de pronto dirigió la atención a una pila de papeles que tenía en el escritorio. Los hermanos Franke no eran dados a los elogios, así que Ellie preveía ya una reacción comedida, un gesto de asentimiento y un «no está mal». Pero Michael, sin mirarla, hojeó unas facturas y dijo: «En veinte años nunca he visto a un aprendiz echar a perder una pintura de esa manera. Quizá una persona como tú sea más apta para otro oficio». Ella se quedó allí, incapaz de moverse o entender por qué él la trataba con semejante crueldad. ¿«Una persona como tú» se refería al hecho de que era mujer, católica o hija de un capitán de trasbordador? Luego añadió: «Es casi la hora de comer. Ve a ver qué quiere Jack. Yo tomaré una hamburguesa con beicon». Ellie salió del

taller llorando y bajó apesadumbrada por la escalera, sin decir nada a Jack de camino a la calle. No volvió nunca más, pero al cabo de unas semanas vio el cuadro que había retocado a la venta en el escaparate de la galería de los Franke. En el cielo aparecían sus pinceladas intactas: perfectamente fundidas y sin fisuras en medio de la superficie azul.

Después de eso se produjo un cambio en ella. La ira se endureció, regresó como un estribillo. Durante años, ese momento cobraba vida de nuevo siempre que estaba limpiando o restaurando la imagen de un lienzo, la sensación de que ese trabajo no era para ella. A veces se le hinchaba la garganta de rabia. Habría sido fácil restarle importancia: un viejo desgraciado incapaz de dirigir un simple halago a una adolescente con talento. Los hermanos Franke informaron al padre Barry de que ella se había largado un día a la hora del almuerzo, y a partir de entonces el sacerdote la trató con acritud. Fue el principio de una nueva época, de vida en la periferia. Tendida en diagonal en su cama cuarenta y tantos años después, un poco ebria un miércoles por la tarde, lee los cuadernos de su adolescencia y primera juventud y siente una presencia en la habitación: una adolescente desatendida y un tanto crédula. Se pregunta ahora si la falsificación no fue una forma de represalia, una especie de violencia calculada contra Jack y Michael Franke, contra la red de exalumnos masculinos del Courtauld Institute, contra la indiferencia de su padre. Pero, sobre todo, contra la chica que, allí de pie en aquella terraza acristalada, pensó que su talento era prodigioso y, por tanto, suficiente.

El timbre del teléfono la arranca de un sueño profundo. Se levanta y, aturdida, se abre paso por la casa apoyándose en la pared del pasillo con una mano para sostenerse. No llega a tiempo y la llamada pasa al contestador automático. Siente cierta satisfacción al oír a Helen articular las palabras en una alocución improvisada: «Esto... Hola, Ellie. Verás, soy Helen Birch, de la Art Gallery, y me pregunto si podríamos quedar a alguna hora para que te pasaras por el laboratorio. He estado haciendo unos análisis técnicos a los tres lienzos de De Vos y he detectado algunas anomalías y tal. Quizá podría comentarte mis observaciones en persona. En todo caso, no estaré en lo que queda de tarde... Tengo hora con el dentista. Un plan fantástico, ¿no? Pero

me encontrarás aquí a primera hora de la mañana. Si puedes, acércate cuando quieras antes de las doce del mediodía, y repasaremos los datos. Vale, pues hasta entonces».

Ellie vuelve a la terraza para ver qué ha sido del naufragio en miniatura.

Manhattan

Septiembre de 1958

Con su revestimiento de nogal francés en las paredes y helechos en macetas de cobre, la casa de subastas de la calle Cincuenta y siete Oeste le causa desazón a Marty. Huele a rancio abolengo y esto lo cohíbe, le trae a la mente antiguos y venerables asadores e internados de Nueva Inglaterra. Ha ido una hora antes de la subasta, y espera a que Eleanor Shipley llegue en el coche que ha enviado a buscarla. Los empleados de Thornton and Morrell, los jefes de departamento y los catalogadores visten como portadores de féretros, salvo por las pajaritas de vivos colores. El portero tiene el aspecto de un estudioso del Renacimiento apostado en la acera por un error administrativo. Marty piensa en el portero campechano y sonriente de Sotheby's, que parece el gorila de un club nocturno londinense de postín.

De pie, junto a las vidrieras de la entrada, aguarda la llegada del coche. El tráfico se ha reducido después del desenfreno de la hora del almuerzo, una tregua en medio de una tarde de un veranillo de san Martín. Una florista y un relojero charlan y fuman ante sus respectivos establecimientos contiguos. Cuando llega el Cadillac negro, Marty aguarda a que el chofer rodee el coche para abrir la puerta posterior del lado del pasajero, espera ver el rostro de Eleanor Shipley encuadrado por la puerta, pero se abre la puerta delantera del lado del pasajero y una rubia elástica salta a la calzada. Un taxi toca el claxon. El chofer sale con la gorra propia de su oficio, un poco demasiado despacio, avergonzado, mirando en ambas direcciones para comprobar si alguien ha visto a esa locuela de Brooklyn viajar en el asiento delantero. Mientras ella cruza por delante del Cadillac, levanta el pie izquierdo para ajustarse la correa del tobillo del zapato de tacón alto apoyándose en el capó. El chofer la agarra por el codo y la guía hacia la casa de subastas. A unos pasos de la entrada, ella se detiene y, ligeramente boquiabierta, echa atrás la

cabeza para contemplar la fachada. El chofer se despide y vuelve apresuradamente al coche, que tiene las luces de emergencia encendidas junto a la acera. Esta es, pues, su primera impresión de ella: una mujer alta y desgarbada, en apariencia ajena a las normas sociales, que probablemente no se calzaba unos zapatos de tacón desde hacía mucho tiempo. Es guapa de una manera informal y anglicana: el pelo recogido, muy tirante, pecas en el rostro, tez pálida, con una expresión de inteligencia ágil y sólida en sus ojos verdes. Mientras observa al portero saludarla, advierte que tiene la nariz un poco respingona, un eco de cerveceros o tejedores o presidiarios de las Midlands de Inglaterra, piensa. Pero esos ojos verdes eléctricos inducen a pensar en un coeficiente intelectual devastador que ha entrado de contrabando en las colonias como un diamante sustraído. ¿Cómo me he convertido en un esnob tan deplorable?, se pregunta a la vez que cruza hacia la doble puerta de cristal. Luego se dice: Esa mujer me ha robado algo de un valor incalculable.

–¿Señorita Shipley? –pregunta Marty cuando ella entra.

Ellie debe de estar esperando a que la vista se le acostumbre a la penumbra interior, porque parece sorprendida al descubrir que tiene a alguien enfrente.

–Señor Alpert, es un placer conocerlo. Recuerde, me llamo Ellie.

–Y yo soy Jake, por favor.

Él examina su semblante, en un intento de detectar cualquier asomo de cautela. Le gusta el hecho de que no lleve los labios pintados.

–Debo advertirte que esta es mi primera subasta –añade ella con cierta serenidad–. En el ambiente artístico se considera que todo esto es un poco sórdido e indigno.

–Ah, y lo es –confirma Marty–, una comedia de costumbres con paletas de madera incluidas. Te encantará. Te enseñaré todas las prácticas brutales de estos sitios. Da igual que seas novata, por eso no te preocupes; son tus ojos de experta lo que quiero contratar para esta tarde.

–Hablando de ojos... –musita ella a la vez que revuelve en un enorme bolso de piel. Al final, saca unas gafas de lectura de montura negra y, colocándose las en el caballete de la nariz, parpadea como si por fin ahora empezara a ver nítidamente la sala.

–¿Damos una vuelta para ver qué hay por aquí? –propone Marty.

–Claro. Tú primero.

Marty se dirige hacia el rincón opuesto de la sala, donde hay un hueco entre el inventario de obras de los grandes maestros italianos, holandeses y

flamencos.

–Verás, yo siempre echo un vistazo rápido a las piezas en venta antes de la subasta. No tiene sentido empantanarse en nada antes de conocer el terreno. El catálogo de la subasta es útil, pero proclive a la vaguedad. Aparecen muchos «círculo de» y «atribuido a» y tal o cual escuela. Eso está bien para los aficionados recién llegados al medio. Yo prefiero la atribución, una procedencia sólida. Así que tacho mentalmente de mi lista los fantasmas mientras me paseo por la sala.

–Tienes un método, pues –comenta Ellie animada.

–El método consiste en tratar de no dejarse engañar. ¿Qué ves aquí que te llame la atención?

Ella escarba de nuevo en su bolso y extrae algo parecido a una lupa de joyero sujeta de un cordón. Se la cuelga del cuello.

–Necesitaré unos minutos. ¿Y si te informo después de recorrer todo el circuito? ¿Quieres ceñirte a Holanda y Flandes?

–Sí –contesta Marty–. ¿Qué te parece si quedamos a las dieciséis cero cero?

–¿Eso son las cuatro?

–Era broma.

–Ya.

–¿Dentro de quince minutos?

–Hasta entonces.

Él la observa alejarse con paso inestable, con las dos manos en los bolsillos de su falda ondeante. Se detiene ante un cuadro, acerca la lupa y se inclina con una mano cerrada en un puño a la espalda: una niña que mira a través del ojo de una cerradura. Ahora se han reunido ya en la sala varias docenas de personas, y Marty advierte que ella capta la atención de unos cuantos típicos elementos del Upper East Side y de uno de los catalogadores de aspecto lúgubre con pajarita de seda. Marty empieza a pasearse. Una tabla de roble del siglo XVII originaria de Amberes: *Paisaje rocoso con Cristo de camino a Emaús*, de Gillis Claesz. El valor estimado en el catálogo asciende a entre dos y tres mil dólares, pero él duda que valga más de mil quinientos. Al lado está *Paisaje ribereño junto a una esclusa, con aldeanos y elegantes jinetes en la orilla*. A veces los títulos son breves ensayos, y eso lo induce siempre a la cautela, como si hubieran encargado a un creativo de anuncios de dentífricos

que explicara al espectador lo que está viendo. Se calcula que el valor de *Aldea en invierno con cazador y viajeros en un camino* se sitúa entre cuatro y siete mil dólares. Todas estas novedades son de calidad media, piensa, y de pronto le preocupa que Ellie lo considere un coleccionista de andar por casa, un dominguero del arte: tal vez se desentienda si cree que no se aprovechará su talento. La mira y ve que acerca el rostro a unos centímetros de la trama de un lienzo, como si oliera los pigmentos. Se yergue, mira de nuevo, le dirige un tímido saludo con la mano y luego se encamina hacia él. Marty ve mecerse su bolso mientras cruza a zancadas la sala.

–El lote es flojo. Me siento como si estuviera en un mercadillo de Newark.

–Creo que he encontrado algo –dice Ellie con voz un poco entrecortada–. Hay una colección privada, cuatro cuadros, y lo extraordinario es que son todos del mismo período de dos años, pero unos de Holanda y otros de Flandes. Ven a echar un vistazo.

–Alguna viuda está liquidando sus bienes o un heredero se está quitando de encima los cuadros viejos y deprimentes del abuelo.

Él se sorprende cuando ella, cogiéndolo del codo, lo lleva, no afectuosamente sino más bien por la fuerza, hacia el rincón de la sala donde hay cuatro pinturas en caballetes. Él hojea el catálogo en busca de la entrada en cuestión: «De la colección privada del difunto señor J. A. Simmons».

–Thornton and Morrell se especializa en las colecciones privadas de los muertos o los moribundos.

Ellie se detiene junto a una naturaleza muerta floral: Christoffel van den Berghe; *Tulipanes, rosas, narcisos, azafranes de primavera, un lirio, una amapola y otras flores en un jarrón de porcelana con guarniciones doradas sobre una repisa con tres mariposas: una sofía, una armiño blanco y una apatela.*

–Uf, esto me supera –comenta Marty–. Se diría que Charles Darwin ha escrito la mitad de estos títulos.

Ellie se ríe, con la lupa entre dos dedos.

–Estoy de acuerdo. El título peca un poco de descriptivo. Pero incluyen largas descripciones porque los pintores no ponían nombre a las obras. Les ayuda a dejar las cosas claras. He aquí lo extraordinario. Este es de Middelburg, un puerto holandés del norte que en las primeras décadas del siglo XVII estaba muy aislado. Imagina un lugar solitario al final de una

cadena de islas, perdido en el mar del Norte, totalmente fuera de su entorno. Canales enlodados, negros y pantanosos, los ramales cenagosos del Rin. Por decirlo de algún modo, los pintores de flores de Middelburg prácticamente se inventaron estos cuadros, y es muy anterior a la tulipomanía holandesa, por lo que esto es la naturaleza muerta floral más exquisita, la culminación de la forma artística, y surgió en esa pequeña porción de tierra, ese lodazal, a muchos kilómetros de cualquier sitio. Y pocas de estas plantas florecen al mismo tiempo, así que todo lo que estás viendo se ha amalgamado y concebido en la cabeza del pintor. Es de alrededor de 1616. Y ahora veamos a su vecino.

Marty advierte que tiene las mejillas arreboladas.

–Bien, pues, en Amberes, Bartholomeus Grondonck pinta su única obra firmada, datada en 1617.

Marty contempla *La kermés de Oudernarde*. Representa a campesinos y niños retozando en una aldea durante un festejo. La luz es verde azulada y espectral.

–Esto es flamenco en estado puro –comenta Ellie. Se lleva una mano a la cadera–. Fíjate en ese hombre que orina ante la jamba de la puerta.

Este comentario pilló a Marty con la guardia baja y, cruzando los brazos complacido, se echó hacia atrás para verla mejor.

–Es la clásica narrativa bruegheliana: la inocencia de los niños yuxtapuesta a los excesos y la disipación de sus padres. Y aquí –añade a la vez que pasa al siguiente cuadro– vemos este paisaje ribereño elegante y frondoso de Anton Mirou, también flamenco, no extraordinario pero, aun así, interesante. Y, por último, este divino De Momper, un paisaje invernal. Viéndolo, sientes un frío tonificante. Fíjate en cómo la capa del jinete lo cubre todo menos los ojos y la nariz, con lo que recuerda un poco a un verdugo. Pero no hay apenas viento y un sol pálido pugna por asomar entre las nubes. Fíjate en el árbol escarchado, reluciente de hielo... ¡es sencillamente una preciosidad!

Los dos permanecen inmóviles unos instantes examinando los diminutos carámbanos de hielo en el árbol. En el rostro de ella se advierte una expresión serenamente ensoñadora.

–¿Eres creyente, Ellie? –pregunta Marty.

Ella lo mira con sorna.

–Agnóstica como mucho. ¿Por qué lo preguntas?

–La mayoría de la gente en el mundo del arte busca algo divino en los

cuadros antiguos. Ateos que buscan un sentido a las cosas y tal. Cuando miras estos cuadros se te ve devoción en la cara.

Ella niega con la cabeza.

–Es que soy muy corta de vista. Seguro que es por eso. Toda la vida me han acusado de soñar despierta, pero en realidad es solo miopía.

Marty da un paso atrás para ver los cuatro lienzos en conjunto.

–¿Por cuál crees que debería pujar, pues?

Ellie se acerca la lupa de joyero a un ojo y, encorvada ante el De Momper, tarareando, examina la técnica del pincel. Se yergue y declara:

–Yo que tú, si tuviera los recursos, me los quedaría todos. El verdadero valor está en la colección, en el hecho de que un mismo momento del siglo XVII esté registrado en esta especie de crónica, desde ese hermoso tulipán loro dorado pintado en Middelburg hasta esta francachela de campesinos flamenca.

Marty echa un vistazo al catálogo y hace un rápido cálculo mental. El precio estimado de los cuatro está un poco por encima de los ochenta mil dólares. Traga saliva, pasa unas cuantas páginas, imagina por un instante que Ellie sabe quién es él exactamente y que este es su castigo por intentar desenmascararla.

Recobrando la compostura, alza la vista y dice:

–¿Cuál es el vínculo entre los cuatro? Además de la historia y la geografía.

–Para empezar, óleo sobre cobre. Todos se han pintado sobre el mismo soporte metálico. Quienquiera que fuese el señor J. A. Simmons, no quería que sus cuadros envejeciesen. Aparte de pequeñas abolladuras, la pintura está impecable, prácticamente sin grietas. Como nueva. Mira estos acabados magníficos, los pigmentos relucientes...

–He visto que no presentan el menor craquelado –comenta él, y en el acto se pregunta si la observación no queda grandilocuente.

–Los metales no reaccionan a los cambios en los niveles de humedad de la misma manera que los lienzos y las tablas.

A sus espaldas oyen un revuelo y, al volverse, ven al subastador hacer una prueba de sonido en el estrado de madera oscura. Unos cuantos hombres en mono redistribuyen las sillas para dejar más espacio. Se ha reunido un numeroso público en el vestíbulo y la sala de la exposición, y Marty sospecha que en esa zona los asistentes al acto tendrán que estar de pie.

–Más vale que busquemos sitio –insta–. A los figurones de la alta sociedad les gusta sentarse delante para que los vean.

Ocupan unos asientos no muy lejos de la primera fila y observan al subastador –un hombre de mediana edad con un traje a medida–, que sigue recitando números ante el micrófono. De vez en cuando se lleva la mano ahuecada a la frente para protegerse de la luz y consulta con alguien que está al fondo de la sala.

–Fíjate en el acento –dice Marty–. Todas las casas de subastas contratan a británicos, suizos o belgas para vender su arte. Así no piensas que esto no se diferencia de una subasta de caballos. Tengo un amigo subastador que trabaja en Sotheby’s y me ha contado que la casa contrata a un profesor de voz que observa sus actuaciones. Lo adiestran para evitar los tics verbales y los coloquialismos. Por lo visto, la elocución y un extremo lenguaje corporal venden cuadros.

–No tenía ni idea –dice Ellie.

Marty se vuelve para evaluar al público con la esperanza de no ver a ningún conocido.

–He leído en algún sitio que las pinturas marrones no se venden tan bien como los colores más vivos –comenta ella–. ¿Eso podría ser verdad?

–Y tanto. Y los desnudos femeninos con mucho busto se venden mejor que los de mujeres u hombres flacos. Cosa que tiene una explicación bastante intuitiva. También importa el tamaño. Si no puedes meterlo en un ascensor de la zona alta, es una complicación más.

Al cabo de unos minutos, la sala de subastas está atestada y al fondo hay un grupo de asistentes de pie. Se atenúan las luces en la sala y se encienden en el estrado. El subastador sale a zancadas al pequeño escenario con su libreta de tamaño folio. Tarda un momento en dirigir la mirada al público y sonreír.

–Buenas tardes, damas y caballeros. Bienvenidos a la subasta de antiguos maestros de hoy. Antes de empezar, estoy obligado a leer las normas relativas a las condiciones de la venta.

Con un acento seco del entorno de Oxford y Cambridge, explica la política de devoluciones, las exenciones y los descargos de responsabilidad, las comisiones. Marty se fija en que Ellie anota algunos de esos datos en el dorso de un sobre. Desde los lados, unos cuantos empleados de la casa de subastas observan al público.

Marty se inclina hacia Ellie, lo suficiente para advertir que huele más a acetona que a perfume.

–En su libreta tiene un plano de la distribución de los presentes en los asientos. Es un plano del dinero. A las personas que comunican su asistencia se les asignan lugares especiales, así que el subastador sabe de dónde es más probable que surjan las pujas. Los que nos presentamos aquí sin más somos menos predecibles...

El subastador levanta el mazo y le da vueltas con delicadeza en la mano.

–Empecemos por el lote número uno, si les parece, el Jacques de l’Ange a mi derecha. –En una pantalla detrás de él aparece una diapositiva en color del cuadro. Marty pasa las hojas del catálogo y ve que se titula *Alegoría de la avaricia*. Se le antoja un tema tristemente adecuado para empezar la subasta.

–En este caso, el precio de partida es de seis mil...

En la primera fila flota en el aire una paleta.

–Tenemos seis mil. ¿Quién da seis mil quinientos? ¿Veo siete mil dólares?

–A veces comienza con lo que llaman «puja de las vigas». Anuncia una serie de pujas que, en realidad, no se han hecho en la sala.

Al ver que ella no contesta, Marty la mira. Hechizada, se muerde el labio; con esa expresión de sed de sangre, da la impresión de que podría estar viendo un combate de boxeo. Las pujas continúan con Italia y vuelven luego al siglo XVII en los Países Bajos, las marismas, los pantanos y las aguas estancadas que de algún modo fueron un invernadero para el florecimiento de la técnica pictórica, siendo todo el Siglo de Oro fruto de un azar de la historia y el temperamento reumático. Marty intercala sus comentarios en susurros entre la retahíla de nombres de artistas. Le dice que observe los diversos ademanes de puja, los saludos con los dedos y los movimientos de paleta, los amplios trazos en el aire con la mano y los parcos gestos de asentimiento con la cabeza. Ella se vuelve en su asiento para ver mejor el espectáculo.

Cuando sacan el primer óleo sobre metal, Ellie se indigna por el hecho de que los vendan por separado. Al dorso de su catálogo, escribe: «Estas pinturas no deberían quedar huérfanas». Al parecer, Marty y Ellie no son los únicos que han detectado la selecta colección privada, las magníficas representaciones sobre cobre de hace cuatrocientos años. Enseguida llegan pujas de todas partes. Por lo general, Marty prefiere medir la temperatura del ambiente de la sala antes de pujar, y por tanto, cuando el subastador está

diciendo «a la de una» en relación con el Van den Berghe, él levanta la mano. Ellie sacude la pierna en un gesto de contención. Han empezado por el más valioso de los cuatro cuadros, la naturaleza muerta floral que bien podría haberse pintado la semana pasada a juzgar por la saturación de color. Van por los treinta y seis mil dólares, y Marty no sabe muy bien cómo se ha metido en tales profundidades. La pintura es hermosa a su manera, pero él no experimenta la atracción libidinosa por la que normalmente se deja guiar en una subasta. Esa obra de arte no es más que un vehículo para atrapar a aquellos que lo han agraviado. Mantiene la mirada fija en el estrado, pero busca pujas rivales con su visión periférica. Alguien del fondo de la sala debe de haber guiñado un ojo o haberse tirado del lóbulo de la oreja, porque un empleado hace una seña al subastador desde los laterales. Ellie mira a Marty con los ojos muy abiertos. Marty se inclina hacia ella.

–Esto se te da muy bien –le dice. Acto seguido levanta la mano otra vez sin apartar la mirada de ella. Ellie cierra los puños.

–Veo treinta y siete mil del caballero sentado en el centro. ¿Al fondo? Último aviso. A la de una... a la de dos... Adjudicado.

Ellie se frota las palmas de las manos en la falda y mira el suelo con una sonrisa colosal.

–Ahora a mi derecha tenemos un Grondonck, y en este caso la puja empieza en doce mil. Veo de nuevo al caballero sentado en el centro, esta vez tomando la iniciativa. Ahora vamos a por doce mil quinientos.

–¿Por qué no te ocupas tú de la puja? –le susurra Marty a Ellie–. Cada vez que me toque la correa del reloj, levanta la paleta de madera.

–No, sería incapaz –contesta ella.

Hacen una puja desde el lado derecho de la sala, un paletazo de una mujer de aspecto feroz con un pañuelo de cachemira. Marty se toca la correa del reloj cuando el subastador dice «a la de una», y Ellie vacila, paralizada momentáneamente por cierto sentido de la etiqueta o de los límites profesionales. Marty se encoge de hombros con las manos en el regazo, y al instante ella alza la paleta.

–Y ahora una entusiasta puja por parte del dúo sentado en el centro –dice el subastador–, excelente, y vamos a por los trece mil quinientos.

Marty mira a Ellie, pero ella mantiene la vista fija en el suelo. Se frota nuevamente las manos en la falda, y cuando las vuelve hacia arriba, Marty ve que le relucen las palmas de sudor. Siente una extraña mezcla de ternura y

satisfacción. Lo invade un creciente afecto por ella, pero también experimenta el lúgubre placer de verla fuera de su elemento, de haberla obligado a peinarse la mata de pelo revuelto que ha visto en la fotografía y a ponerse zapatos de tacón y a dejarse ver. Ahora tiene muy claro que ella no ha sido la mente calculadora responsable del cambio del cuadro original por el falsificado. No, ella era la experta en la materia, la artista contratada, la especialista que probablemente jamás ha comido una ostra o ha ido a un club de jazz. Le sorprende descubrir el deseo de enseñarle cosas y embaucarla al mismo tiempo. El sentimiento lo desconcierta a la vez que se recuesta en la silla, la transferencia bancaria a la casa de subastas realizada ya en su cabeza, la situación ya desarrollada por completo. El siguiente óleo sobre cobre aparece en la pantalla, y Marty se inclina hacia el oído de Ellie.

–Fíjate en esos pobres desdichados que se abren paso a través de la nieve. Reunámoslos con sus hermanos.

Ella levanta la vista y le dirige una mirada de sincero júbilo.

Adiós a Ámsterdam

Primavera de 1637

El acreedor, un anciano solterón llamado Cornelis Groen, había encargado a Barent una serie de paisajes que nunca terminó. Ahora le ha ofrecido a Sara empleo por un año para saldar la deuda. A través de la puerta abierta de su casa, Sara ve al señor Van Schooten, el criado del acreedor, esperar en la calesa, con las pinturas que ha comprado en la subasta envueltas y colocadas a sus pies. Sale a la calle y cierra la puerta. Cuando encaja el pestillo, se queda por un momento en el portal, incapaz de darse la vuelta, manteniendo las dos manos en la puerta verde encerada, con las palmas extendidas, como si palpara el calor de un hervidor. De pronto le aterroriza la idea de que no recordará la cara de Kathrijn sin el entorno de la casa, sin las referencias terrenales de una breve vida. Impulsándose, se vuelve de cara a la calle. Sus vecinos, muchos de ellos artistas, han salido a despedirla.

A última hora de la tarde recorren en la gabarra el canal de sirga que comunica Ámsterdam con Haarlem. Desde allí, un bote los lleva aguas abajo por el Spaarne hasta Heemstede, una zona de fincas burguesas y dunas boscosas. Sara contempla los labrantíos que van quedando atrás. A veces, cuando iba a dibujar al campo con Barent y Kathrijn, veían una aldea en esa región donde los perros tiraban de barcas de fondo plano o los campesinos bogaban hasta los prados para ordeñar a las vacas. Barent contaba a Kathrijn anécdotas de los viajes de su infancia con su padre, que era un cervecero con ansias de conocer mundo: historias de leñadores de Drenthe, que vivían en casas sin ventanas y semienterradas, o sobre los pescadores de Marken, que vivían sobre pilotes y embreaban sus casas de madera para protegerlas de la humedad permanente. Había visto brezales y bosques, podía describir la forma en que las provincias quedaban delimitadas por el mar a un lado y por páramos arenosos y marismas al otro. Sara se lo imagina en medio de todo

eso, libre para vagar mientras ella cumple el castigo que le corresponde a él.

Después del anochecer, el timonel del bote los deja en el embarcadero de Heemstede con sus cuadros. Aguardan durante una hora en la bruma fría. Sara atisba unas cuantas casas a través de la labor de encaje de las ramas de los árboles, una vela aislada que arde detrás de una ventana y proyecta un tenue halo entre la neblina. Al cabo de un rato, un carruaje desciende bamboleante por el camino arenoso hacia el embarcadero. Un único farol se mece y se menea junto al cochero, un hombre de más de treinta años. A pesar de que no le presentan al cochero, Sara oye a Van Schooten llamarlo Tomas y le da las gracias nombrándolo cuando él la ayuda a subir al pescante. Él le dirige un gesto de agradecimiento y sube también al pescante. Recorren unos cuantos kilómetros por un camino estrecho, la bruma cada vez más tenue a medida que se alejan del río, y después atraviesan un bosque de olmos y abedules. Entran en la finca por una verja de hierro. El farol ofrece momentáneos vislumbres del entorno; ilumina una fuente de piedra y una enramada en uno de los jardines junto al sendero. Más allá de la bóveda de luz pálida se perfila la sólida fachada de la casa con sus altos ventanales blancos. Las pronunciadas vertientes del tejado tienen ventanas abuhardilladas, que sobresalen como diminutas cavernas en la pared de un precipicio.

La puerta de la casa, que se ha labrado a partir de una única plancha maciza de roble, lleva grabado el nombre «Groen» encima de un escudo de armas: un águila erguida que sostiene una espada en las garras. Entran en el vestíbulo, y Van Schooten deja los cuadros contra la pared.

–El señor Groen no quiere que lo molesten esta noche, os recibirá en el desayuno. Yo tengo una cabaña en el límite de la finca, pero los demás duermen en las habitaciones del desván. El señor Brouwer, aquí presente, os acompañará. Buenas noches. –Una vez cumplido su épico recado, Van Schooten sale por la puerta, y Sara oye el ruido de sus botas en el camino de grava. Tomas Brouwer, inexpresivo, con el farol en la mano, tiende el brazo hacia el hato de ropa y la caja de pinturas de Sara. En un acto reflejo, ella los agarra, reacia a separarse de sus pertenencias.

–Tengo que llevar los caballos al establo, pero antes os acompañaré arriba –dice él con voz amable.

La guía por el suelo de mármol, y dejan atrás la ancha escalera camino de un estrecho pasillo que, supone Sara, está destinado al servicio. Tomas, alto y

de movimientos meticulosos, huele a cuero y caballos. A la luz del farol, sus manos se ven pálidas y delgadas, aparentemente en contradicción con su trabajo al cuidado de los establos y los jardines. Ella lo sigue por la empinada escalera de madera, sumida en la sombra de él.

–El señor Van Schooten ha dicho que sois también el jardinero...

Tomas se vuelve hacia ella, sonrío y se lleva un dedo a los labios con delicadeza.

–La cocinera está durmiendo y no queremos que nos envenene en el desayuno.

Llegan al pasillo del desván, donde hay varias puertas cerradas. Sara supone que sus aposentos estarán junto al cuarto de almacenamiento, encajonado junto a la turba y la leña, y le sorprende, pues, descubrir una amplia habitación al fondo de la casa, un espacio labrado bajo gigantescas vigas transversales. Tres ventanas abuhardilladas dan a los jardines, y hay una cama con armazón de hierro adosada a la pared, un pequeño escritorio, un caballete y un armario para su ropa. Tomas enciende una vela y le da las buenas noches. Es una persona de rostro amable, piensa ella, el de un hombre que ha pasado la vida entre caballos y rosas. En cuanto él se marcha, ella examina la espaciosa habitación. Se le ocurre que tal vez se le han concedido privilegios especiales, asignándosele la habitación del servicio de mayor tamaño, reservada en otro tiempo al mayordomo. Lejos de oler a serrín y turba, se percibe un aroma dulce a aspérula, cera y lavanda. Desenvuelve el hatillo y se pone un camisón antes de tenderse en el colchón relleno de algodón. Esa primera noche se niega a retirar la manta de lana y la sábana, como si así fuera a retrasar su llegada.

Cornelis Groen es un solterón reumático de más de sesenta años, hijo de uno de los fundadores de Heemstede, cuyo apellido se remonta al siglo XII. Después de una breve etapa como inspector de pesos y medidas en Haarlem, Cornelis empezó a ejercer el comercio al servicio de la Compañía de las Indias Orientales y al final heredó la fortuna de su padre y se retiró a la hacienda de la familia Groen. Científico aficionado, coleccionista y jardinero, viste una bata con forro de terciopelo, ceñida por un cinturón de cuero del que cuelga una tijera por si necesita podar un tallo o una hoja sin previo

aviso. También la utiliza para cortar en hebras el tabaco destinado a su larga pipa de arcilla, que se complace en portar al cinto junto a la tijera. Las décadas de soltería lo han predispuesto a sus propias idiosincrasias y a un equivocado sentido de la oportunidad. Cuando Sara es emplazada para el desayuno esa primera mañana, antes de que la luz ilumine las copas de los árboles, lo encuentra de pie junto a un retrato, al parecer de su padre, en una pose que reproduce vagamente la de su antecesor: las manos entrelazadas y la mirada puesta en la media distancia como si contemplara una pesadumbre o una pérdida. Cornelis tiene los ojos de un azul febril y sorprendente.

La mesa del comedor se ha puesto como para pintar la naturaleza muerta de un banquete: trozos de manzana y frutos secos dispuestos en bandejas de plata, una hogaza de pan partida en una canasta, un queso circular revestido de cera amarilla. Hay cubiertos para dos, con servilletas de algodón almidonadas y vajilla de porcelana pintada a mano. Groen gira sobre los talones y mira a Sara un momento mientras tensa sus articulaciones. Es pálido y alto, pero cargado de hombros, como si un peso tirara de su pecho. No media presentación formal alguna: se dirige a ella como si reanudara una conversación iniciada en otra estancia.

—¿Os atribulan mucho los sueños, señora De Vos?

Sara cruza el comedor hacia él.

—No demasiado.

—Le pedí a la señora Streek que pusiera un poco de lavanda en vuestro armario, porque siempre he sospechado que ahuyenta los malos pensamientos y el sueño inquieto. Me gustaba la obra de vuestro esposo, pero era un hombre que adolecía de ciertos defectos. Dejar las cosas inacabadas era uno de ellos. Imagino que aparece en vuestros sueños, y eso lo lamento. —Mira por la ventana que da a los terrenos delanteros de la finca: un hilo de sol se abre paso a través de unos espesos arbustos—. Cada día contemplo desde aquí el momento en que el primer sol de la mañana dora los árboles y las grutas. Es como tomar una bocanada de aire antes de que el día empiece en serio. ¿Tenéis apetito o soportaríais un breve recorrido por la casa?

Sara, que no ha comido desde antes de salir de Ámsterdam, siente vahídos de hambre.

—Como gustéis, señor Groen.

—Tal vez podríais comer unos trozos de manzana y algo de arenque antes del paseo. Pero debéis llamarme Cornelis. Consideraremos esto un acuerdo

informal, una manera de saldar cuentas, sí, pero ciertamente sin servidumbre. Padre nuestro que estás en los cielos, te damos gracias por esta abundancia. Servíos, por favor.

Sara se sienta y se pone en el plato un poco de queso, arenque y pan. Espera a que Cornelis tome el primer bocado antes de empezar a comer. Lo ve cortar y masticar con gran concentración.

–He colgado ya las pinturas florales de su autoría que adquirí, una de ellas en la *Kunstkamer*, las otras en una sala de estar que apenas utilizamos. ¿Tenéis experiencia en bodegones? He hecho averiguaciones en Haarlem. El queso es de mis propios pastos. Tenemos vacas lecheras cerca de las dunas al oeste de la aldea. Perdonadme por decirlo, pero creo que esas pinturas florales no son las mejores que he visto. Una pizca menos que prodigiosas, diría yo.

Sara alza la vista y se pregunta si Cornelis siempre es tan franco y tortuoso a la vez. Tiene la sensación de estar escuchando una conversación que él mantiene consigo mismo o con el espacio que lo rodea. Cae ahora en la cuenta de que Barent mantuvo una extraña reserva acerca del tiempo pasado en la finca, refiriéndose al cliente sencillamente como un burgués viejo y maniático con demasiado tiempo y demasiado dinero a su disposición. Termina de masticar un bocado de pan y dice:

–Las pinté con mucho apremio. Señor, me gustaría hablar de las condiciones de mi empleo. He leído el documento judicial y el contrato, pero no tengo claro cómo os pagaré la deuda de mi marido.

Groen blande un pedazo de arenque entre dos dedos.

–Bah, no hablemos de deudas. ¿Seríais tan amable de pasarme ese plato de mantequilla, *meisje*?

Sara le entrega la mantequillera de plata y lo observa untar con un poco de mantequilla una cuña de pan.

–Antes de fallecer, mi padre era pintor paisajista, y yo me formé en su taller desde los doce años. Ayudaba a mi marido en su trabajo cuando yo no pintaba mis propias naturalezas muertas. Podría proseguir con los paisajes si así lo deseáis.

–Acabad de comer y haremos la visita. –Cornelis vuelve a mirar por la ventana y asiente, como si diera su aprobación al paso del sol sobre las copas de los árboles.

La primera parada es la cocina, donde la señora Streek, una frisona robusta y rubicunda, restriega un cazo de cobre. Cornelis entra con actitud vacilante y explica que en realidad hay dos cocinas, una para cocinar y otra para «inventario y exposición». La señora Streek aparta la mirada del agua jabonosa y pregunta si han terminado con los platos del desayuno.

–Según creo, el destino nos deparará una segunda sesión, señora Streek – responde Cornelis–. Estoy enseñando la casa a nuestra invitada.

La señora Streek enjuaga el cazo con agua muy caliente y dice:

–¿Es una invitada, pues?

No mira a Sara ni una sola vez, y los dos pasan discretamente a la estancia contigua, en la que resplandecen cacharros de cobre, platos de peltre y una vitrina con loza y porcelana pintada a mano.

–Aquí la señora Streek no haría nada más que hervir agua. La he sorprendido brillantando la plata en su día libre. Se crio entre los arenqueros de Frisia, así que tal vez eso lo explique.

Acceden a un largo pasillo con espejos venecianos en las paredes. Sara ve sucesivas salas de estar mientras lo recorren, todas ellas con las chimeneas apagadas y troncos de abedul apilados dentro. Sin el menor rescoldo a la vista. Cruzan un salón de recepciones con suelo de mármol y sillas y mesas cubiertas con paños.

–Mi padre recibía a dignatarios cuando yo era niño, pero de un tiempo a esta parte hemos andado escasos de ocasiones. –Se detienen en una habitación estrecha con ventanas de cristales emplomados de color rosa y una mesa pequeña de madera en la que hay delicadas piezas de porcelana–. Aquí es donde tomo las infusiones que me receta el boticario. Hace muchos años importé la porcelana de las provincias orientales y tuve que insistirles en que dejaran de pintar sus fantasías paganas sobrenaturales en la vajilla. –Alcanza una delicada taza de té y le da vueltas bajo la luz ambarina. Hay una magnolia blanca pintada a un lado–. Bien, pasemos ahora a la *Kunstkammer*.

El pasillo va a dar a una puerta de dos hojas, y Cornelis coge una llave prendida de una cadena que lleva en torno a la cintura y la abre.

–Puede que mi padre excavara los primeros canales de esta zona y encargara la construcción de una escuela y una iglesia, pero carecía de ojo para la belleza. Era un pragmático, no un esteta. Ayudó a los campesinos

lugareños a construir unos lavaderos y adquirieron fama por la colada que devolvían escurrida a la aldea. Me complace en pensar que esta es la habitación menos práctica de la casa.

Cornelis abre las puertas muy ceremoniosamente, y se da cuenta entonces de que las cortinas están corridas y su invitada solo puede ver un mar de oscuridad. Avanza apresuradamente por delante de ella y empieza a descorder las cortinas de terciopelo. Entran filos de luz, uno tras otro.

–Intento mantener la luz a raya, para que los cuadros no pierdan color entre visita y visita.

Sara calcula que la habitación tiene una longitud de unos veinte metros, con un techo decorado de unos siete metros de altura y suelo de mármol blanco. Excepto una porción de pared vacía en el extremo opuesto, el resto de las paredes está totalmente cubierto de pinturas. En un primer momento, Sara no sabe hacia dónde dirigir la atención: las paredes están saturadas de color y muestran una enloquecedora diversidad de composiciones. Desea retirar una única obra de la pared y, sosteniéndola junto a una ventana, acercarla lo suficiente como para distinguir las pinceladas. Pero de pronto empieza a entender una pauta: en la pared de la izquierda, los paisajes dan paso a las marinas, y después viene la transición a las naturalezas muertas, en el rincón y a lo largo de la pared del fondo. Ocupan el lado derecho de la habitación, flanqueando los ventanales, retratos y pinturas de género. Se observa un movimiento general desde la naturaleza hasta los objetos para llegar a los fragmentos cotidianos de la vida de un hombre, un itinerario pictórico desde el reino de Dios hasta el cubo de la basura de un tendero. En ese instante, Sara siente un asomo de afecto por Cornelis Groen, por la mente que ha reunido todo eso en un mismo lugar, pero entonces él dice:

–Vuestro marido me ayudó a disponer los cuadros conforme a un orden natural. Organizó todas estas obras como las notas de una ópera.

De repente asalta a Sara un escalofrío de soledad y añoranza de Barent, que enseguida remite y da paso nuevamente a una ira firme. Para serenarse, recorre el contorno de la habitación. Hay más obras de las que jamás ha visto reunidas en un mismo sitio, y se pregunta si rivaliza con las colecciones de la corte en Den Haag. Se vuelve de cara a la pared del fondo, por donde ha entrado, y advierte que está cubierta de alegorías míticas y obras históricas, con musculosos dioses griegos y santos mártires. Desplaza el peso de su cuerpo de un pie a otro, gira lentamente sin moverse del sitio y mira a

Cornelis, de pie junto a uno de los ventanales.

–Os recomiendo que empecéis por el rincón del otro extremo. Muchas de las pinturas son de artistas que han vivido o han estado de paso en Haarlem, pero hay también alguna que otra importación de pintores italianos y flamencos.

La sala atestada de arte, su pura magnitud, le impide moverse por un momento. Decide mirar los cuadros de uno en uno y se dirige al rincón opuesto. Debajo de cada obra hay una pequeña placa con el nombre del artista, el título descriptivo y la fecha de ejecución. Sospecha que Cornelis ha concebido él mismo algunos de los títulos más grandilocuentes: *Paisaje sereno con figuras heroicas* y *Nobles colinas bajo la luz del amanecer con iglesia grande*. Los títulos aportados por los artistas son menos enfáticos, como la tabla del roble circular de Jan van Goyen, que se llama sencillamente *Paisaje con un árbol viejo*, de 1620. La composición es simple –las afueras de una aldea, unos cuantos jinetes, una barca en un estanque, un árbol solitario–, pero inundan el ambiente marrones mate y las tonalidades sepia de las nubes. Sara ve en primer plano indicios de la nogalina que Van Goyen debía de haber utilizado en el árbol. Un crepúsculo permanente envuelve la escena en su conjunto. Oye las pisadas vacilantes de Groen atravesar el entarimado en dirección a ella. En algún momento ha salido de la *Kunstkamer* a encender su pipa y ha regresado sin que ella se diera cuenta.

–Van Goyen estudió paisajismo con Esaias van de Velde, que murió hace unos años en Den Haag –explica él–, que está expuesto justo encima. Siempre que puedo, coloco al maestro encima del discípulo. Eso fue idea mía, y a vuestro marido le gustó.

Sara contempla *Paisaje estival*, de 1614. Representa una escena en la que varios aldeanos recorren un sendero bajo árboles ahusados, realizada con los mismos pigmentos y tonalidades misteriosos. Los caminantes aparecen pintados tan tenuemente que el camino se ve a través de sus cuerpos, y Sara no sabe si eso es un defecto o una floritura.

Mientras se desplaza hacia las marinas, Cornelis expulsa el humo junto a ella, observándola a la vez que ella contempla las pinturas. Barcos zarandeados en medio de una borrasca, hombres encaramándose a la arboladura hacia la bandera holandesa, con un león en una muralla, doce cañones desnudos a estribor. En las naturalezas muertas con sus comidas escenificadas, los corazones relucientes de las ostras en contraste con el frío

peltre, la corteza de un panecillo, la cáscara y la piel de frutas a medio comer. Ve su propia representación del tulipán *Semper augustus* en medio de un sinfín de flores, procedente la luz de una fuente desconocida. No es una pintura pésima, piensa, pero, a pesar de su aptitud técnica, no tiene nada de memorable. Cerca hay una *vanitas* que consigue algo perdurable: un cráneo, una Biblia y un telescopio dispuestos sobre una mesa, la pálida luz y las débiles sombras capturando perfectamente la gélida soledad de mediados del invierno. El conjunto induce a pensar que existe un millar de tardes blancas muertas que nos esperan a todos.

Cornelis cruza la *Kunstammer* hacia la pared del fondo y señala una puerta cerrada.

–Hay otra sala.

Al otro lado de la pared, Sara ve un pequeño espacio que le recuerda a un sepulcro, un lugar donde podría estar enterrado un santo detrás de un altar. Solo que en vez de ser un lugar húmedo y pétreo, un haz de luz traspasa el techo de hierro forjado y cristal.

–Mi padre acostumbraba a echarse la siesta aquí antes de que el día oscureciera.

Ocupa el centro del espacio una mesa con la maqueta de un pueblo hecha de madera y arcilla, pintada con verdes vivos y marrones pardos. Contiene colinas y dunas de yeso, y un estrecho sendero sale del costado de la mesa como un camino hacia el olvido. Sara se detiene ante el pequeño pueblo y ahí alza la vista hacia las paredes, donde reconoce el estilo paisajístico de Barent. Cielos encapotados que oprimen los horizontes pálidos, árboles desnudos y dunas barridas por el viento en la media distancia.

–Le pusieron el nombre de Groenstede, por mi padre. Les construyó una escuela y una iglesia. Muchos de los lugareños trabajaban en el lavadero o en los jardines de mi padre. Celebraban un festejo en su honor una vez al año.

Sara posa los ojos de nuevo en la mesa.

–¿Dónde está?

–Al oeste, a solo unos kilómetros de aquí. En rigor, las tierras son nuestras, pero siempre ha sido un municipio independiente. Decidí capturar las vistas principales y construir una pequeña réplica, para que quedara constancia. Contraté a vuestro marido para pintar los alrededores, y luego tenía que representar el propio pueblo antes de que desaparezca.

–¿Por qué habría de desaparecer?

–Después de la última peste murieron casi todos los habitantes, y los demás se marcharon. En muchos kilómetros a la redonda la gente se convenció de que ese era un lugar marcado por la muerte, una tierra sobre la que pesa una maldición. Ahora está abandonado, excepto por una loca que se niega a irse. Soy muy sentimental con el legado de mi padre y quiero asegurarme de que quede en los anales de la historia. Sabed que no tengo hijos. Mi único heredero es un sobrino, que vive en Leiden.

–¿Y qué queréis que pinte?

–Deseo que sigáis con el propio pueblo. Que lo capturéis.

Sara se cruza de brazos.

–Las construcciones no son mi fuerte.

–Permitidme que os hable con franqueza: dada la historia del pueblo, no hay en Haarlem un solo pintor dispuesto a aceptar este encargo. –Esboza una sonrisa–. A este respecto, pues, considerad vuestra deuda un poderoso incentivo.

La sutileza y el refinamiento que Sara ha percibido en la *Kunstkammer* de Cornelis Groen, en la meticulosa acumulación de tal cantidad de cuadros, ahora parecen teñidos de algo más burdo. Cornelis se da media vuelta y abandona la sala, la humeante pipa a un lado, dejándola allí bajo las pinturas de su marido.

Sídney

Agosto de 2000

Helen Birch ha hecho *cupcakes* para un cumpleaños y los que han sobrado están en un táper cuando Ellie llega al estudio de conservación contiguo a su laboratorio. El estudio está orientado al norte, y las grandes ventanas ofrecen una vista del Domain y un atisbo del puerto. Una luz acuosa inunda la sala. Pese a la fría ciencia y detección que se desarrolla ahí dentro, Ellie se sorprende ante tal desorden: carpetas y libros apilados sin ton ni son, un estante repleto de pigmentos y disolventes con textos ilegibles en las etiquetas, un vaso de plástico a rebosar de pinceles y bolígrafos baratos. Le recuerda sus días de estudiante universitaria en Brooklyn, antes de marcharse del sofocante apartamento y reinventar su vida. En el alféizar hay un ejemplar blanqueado por el sol de *Crítica del arte desde un laboratorio*, uno de los primeros clásicos en la especialidad que ella no lee desde su época en el Courtauld Institute, a principios de la década de los cincuenta. Manuales y vídeos sobre seguridad industrial se alinean en un carrito de madera, que aparentemente Helen ha robado o tomado prestado en la biblioteca de investigación. Además de ser la conservadora científica jefa del museo, es la responsable de seguridad en situaciones de emergencia. Si estalla una bomba o alguien prende fuego en las salas de la colección asiática, será ella quien guíe a los supervivientes hacia el punto de reunión establecido en el aparcamiento. En el rincón opuesto del estudio, una puerta comunica con el laboratorio, donde Helen tiene los espectrómetros, los microscopios y los aparatos de rayos X. Siempre que coloca una pintura sobre las lámparas de rayos X, enciende un cono rojo y un letrero de aviso en el pasillo. Los otros conservadores llaman afectuosamente a esa zona «refugio antinuclear».

Ellie observa a Helen lamerse un resto de glaseado de las yemas de los dedos. Lleva unas lupas binoculares levantadas sobre la frente que le

confieren el aspecto de un soldador con bata blanca de laboratorio. Tiene el pelo muy corto, casi rapado por encima de las orejas, y viste un jersey de *mohair* bajo la bata. Por alguna razón, Ellie no se esperaba los *cupcakes*. Cuesta imaginar a Helen preparando algo que no sea una sustancia química a alta temperatura.

–¿Seguro que no quieres probar uno? –ofrece Helen–. Esta atrocidad tiene un baño de suero de leche y un relleno de nata batida. La he inyectado con una manga de repostería. Como ya sabrás, es importante meter la mayor cantidad de calorías posible en estas pequeñas bombas. Pagaré por esto al menos durante una semana.

–No, gracias, de verdad. He desayunado mucho.

–¿Qué has tomado?

–¿Cómo dices?

–De desayuno.

–Ah, huevos y tostadas.

–Yo no diría que eso es desayunar mucho. Cuando vivíamos en Orange, le preparaba a Keith, mi ex, la parrillada completa. Beicon, salchichas, huevos, tomate asado. La típica fritanga de campo a la antigua usanza. Ahora que se los prepare él, el muy cabrón.

Ellie no sabe adónde mirar. Se sienta delante de Helen, al otro lado del escritorio de madera, cubierto de carpetas de color marrón y datos de experimentos impresos. Helen lanza continuas ojeadas a la pantalla de su ordenador como si comprobara la bandeja entrante de su correo electrónico o su web preferida de recetas.

–¿Has recibido, entonces, las tres pinturas de De Vos a la vez? –le dice Ellie, para que vuelva al estudio–. Así debe de ser más fácil hacer las pruebas.

–Sí, las de Leiden estuvieron almacenadas hasta que Max volvió de China –contesta Helen, dirigiéndose a la pantalla del ordenador–. Luego llegó la otra, y Max pidió a un comisario que las trajera todas juntas. Trabaja para mí. –Helen vuelve a posar la mirada en las cúpulas escarchadas contenidas en el táper–. Por Dios, son un crimen contra la humanidad –añade–. Una sentencia de muerte.

Un tanto irritada, Ellie dice:

–Solo dispongo de media hora antes de ir a la universidad.

–Claro, cariño, perdona. Tenía la cabeza puesta en unos correos. ¿Nunca te

llegan esos de Nigeria? Ya sabes, los de la princesa heredera en el exilio o un jefe de una facción pidiendo dinero.

–Pues no. Solo uso el correo electrónico de la universidad, y allí filtran todo eso.

–Entonces deben de estar enviándome a mí los tuyos. Tengo la carpeta de *spam* en la cuenta de Hotmail hasta los topes. –Helen se levanta de su silla con una tablilla portapapeles, se da un último lametón a las yemas de los dedos y luego va a lavarse las manos al rincón, donde hay una pila que incorpora un botiquín de primeros auxilios y un lavaojos industrial de emergencia. Se restriega las manos escrupulosamente con agua caliente, hasta las muñecas, como un cirujano. Se vuelve hacia Ellie y dice:

–Bien, ahora echemos un vistazo a los cuadros.

Lleva a Ellie a un entrante en la pared y acciona unos cuantos interruptores. En el techo cobran vida los fluorescentes y una serie de focos de tungsteno montados en soportes metálicos negros.

–A veces me siento como un actor que sale al escenario. Eso, o como si trabajara dentro de un horno portátil –explica Helen.

Bajo esa luz solar artificial, los tres cuadros siguen en sus marcos, colocados en caballetes. Al iluminarse los lienzos, Ellie se acerca. Las dos versiones de *En el linde* están una al lado de la otra y la escena fúnebre en un extremo. Helen consulta su tablilla mientras Ellie observa las fotografías con rayos infrarrojos y ultravioleta de los cuadros clavadas a un tablón de corcho.

Helen se lleva una mano al bolsillo de la bata.

–Bien, pues, he importado las radiografías en Photoshop, así que te las enseñaré en el ordenador, pero primero ocupémonos de las observaciones iniciales. Empecemos por el cuadro nuevo, la escena fúnebre de Leiden. Parece bastante corriente para el período... Doble capa de pintura base, sin dibujo visible, así que diría que la artista utilizó tiza clara, ya que el carbón de la tiza negra se vería en las imágenes por infrarrojos o rayos X. El trabajo de pincel y los pigmentos concuerdan con los de uno de los otros cuadros y con lo que se sabe de ese período. Un poco más de *impasto* que en los otros dos, pero concuerda igualmente. Unos cuantos colores fugitivos... Aquí, por ejemplo, utiliza resinato de cobre para los verdes en la orilla del río, y con el tiempo se ha vuelto marrón. Los rayos ultravioleta muestran un escaso historial de limpieza y barnizado, así que diría que probablemente ha estado en un desván durante mucho tiempo. Al dorso verás un ligero sedimento de

excrementos de insecto en el bastidor, lo cual concuerda con el estado de abandono. Como ocurre con casi todos los cuadros del siglo diecisiete, el bastidor se sustituyó hace tiempo, probablemente en el diecinueve, junto con el marco. Así pues, en resumidas cuentas, diría que nos hallamos ante una obra auténtica. Eso es un punto a favor de Leiden: una obra nueva de la misma artista.

Ellie dirige la atención a *En el linde de un bosque* y su copia. El envejecimiento artificial que ella realizó en su propio lienzo, el complejo craquelado en forma de telaraña y el barnizado quedan un poco llamativos con esa luz.

—¿Y qué hay de estos dos? —pregunta.

Helen se sorbe los inicios de un resfriado invernal o una década inhalando efluvios de disolvente.

—Aquí es donde la cosa se pone interesante. Según tengo entendido, existían dos hipótesis en esta carrera de caballos. Una, la misma artista o sus aprendices hicieron una réplica de la obra en el taller o, dos, esta es una copia posterior no autorizada.

Ellie agradece que no utilice la palabra «falsificación», que parece propia de un programa de televisión con poca audiencia.

—Soy toda oídos —dice.

Helen saca un pañuelo arrugado del bolsillo de la bata, se suena y vuelve a guardarlo. Se baja las lentes para colocárselas ante los ojos y se acerca al cuadro falso, apoyando las manos en las rodillas flexionadas. Al erguirse, sigue hablando, pero con las lupas binoculares todavía bajadas sus palabras adquieren un amenazador tono magnificado y robótico.

—En muchos sentidos, estas dos pinturas están cortadas con el mismo patrón, por así decirlo. Los lienzos coinciden con el estilo y la trama del período; la pintura base y las capas inferiores también. Los pigmentos, en general, son del período.

—¿Cómo que «en general»?

Helen se levanta las lupas y parpadea cuando le da la luz en los ojos.

—¿Conoces el amarillo de plomo y estaño?

Helo ahí, piensa Ellie, la mismísima prueba química.

—He leído algo al respecto, pero hace mucho. Refréscame la memoria. — Siente un nudo en el estómago.

—Bien, como probablemente sabrás, fue el principal amarillo vivo hasta

poco más o menos 1740, pero entonces desapareció del mapa durante un tiempo. Cuando empezaron a fabricar amarillos sintéticos en el siglo diecinueve, algunos pigmentos antiguos pasaron a la historia. Ese fue uno de ellos. Tenemos amarillo de plomo y estaño tipo uno y tipo dos, pero en realidad no hace falta que entremos en todos esos detalles. La razón por la que cayó en desuso fue que era difícil de elaborar y muy tóxico. Imagina fundir plomo, estaño y cuarzo a quinientos grados, moler el cristal resultante y pasarlo por un cedazo. No es lo que yo entiendo por un proyecto divertido. En todo caso, cuando el mundo del arte redescubrió este pigmento, vio que desprende sales metálicas al envejecer, en este caso sales de plomo.

Helen retrocede para colocarse delante del original.

–Fíjate en esta porción de aquí, cómo adquiere una textura un poco granulada en los amarillos vivos. –Señala las vetas amarillas en las bufandas de los patinadores.

Ellie se inclina y ve distorsiones de grano fino que parecen proceder de debajo de la capa de pintura.

–Apenas lo veo.

–Pues está ahí, créeme –asegura Helen–. A lo grande. Bajo el microscopio, los amarillos, de tan ásperos, parecen papel de lija. Quizá el copista sacó la idea de ahí.

–¿Qué quieres decir?

–Cuando someto el de la izquierda al análisis elemental y estudio los amarillos arenosos, encuentro una cantidad considerable de silicio, el ingrediente principal de la arena. La persona que hizo esto usó arena para intentar dar esa misma textura, pero las sales metálicas lo delatan. En el cuadro falso de Leiden no hay sales de plomo.

Ahora que ha salido a relucir la palabra «falso», Ellie tiene dificultades para mirar a Helen.

–Interesante –es lo único que Ellie consigue articular.

–La clave está en las sales metálicas. ¿Todavía quieres ver las imágenes por rayos X?

Ellie quiere salir corriendo del museo y quedarse sentada en el puerto todo un día. Quiere dimitir de su empleo y esfumarse durante seis meses. Pero contesta.

–Claro, ya que estamos.

–Las imágenes radiográficas solo ofrecen algún matiz más –comenta

Helen—. Vamos al ordenador a echarles un vistazo.

Helen apaga las luces y vuelven al caótico escritorio. Se sienta ante el monitor e interrumpe un salvapantallas del espacio intergaláctico. Aparece en la pantalla Adobe Photoshop. Pincha en unas cuantas pestañas y abre las imágenes tomadas con rayos X de las dos pinturas de *En el linde*, una al lado de la otra. Como las placas radiográficas son solo un poco mayores que el papel corriente, Helen ha tenido que hacer varias por cuadro, que ahora se muestran como cuadrantes de un esqueleto separados por líneas blancas sobre intensos negros y grises.

Ellie se inclina, consciente de su propia respiración, y mira entre las dos retículas contiguas. Justo cuando Helen empieza a hablar de nuevo, advierte algo en las capas inferiores de lo que debe de ser el original. Helen marca con el cursor el ángulo conflictivo para mayor énfasis.

—Tuve un profesor que llamaba a esto «fantasma infrarrojo»: una figura blanca atrapada bajo la película de pintura. A este lo vi primero en las imágenes de infrarrojos, y después los rayos X lo confirmaron claramente. Es imposible que el falsificador supiera que esto estaba aquí sin una radiografía.

En la pintura original, Sara de Vos había pintado en algún momento el contorno de otra figura, una mujer, de pie en el linde del bosque. Parece que la figura no está del todo formada, pero en la piel había albayalde suficiente como para detectarse en la radiografía. Posee el carácter ultraterreno de una aparición, una semimujer flotando en un halo blanco plateado. Se observa el leve indicio de dos ojos, vaciados en relieve radiográfico, y miran hacia la niña apoyada en el árbol. Es una mujer que observa a una niña que observa a los patinadores en el linde del bosque. El drama se concibió inicialmente como un acto de doble observación —un testigo de la observación del espectador—, idea que se descartó en el proceso de pintura.

Helen cierra Photoshop y en la pantalla reaparece el caos de iconos. En voz baja, dice:

—El falsificador fue demasiado preciso, demasiado superficial. Solo la obra de la verdadera artista contiene el arranque en falso.

Manhattan

Septiembre de 1958

Marty descubre con asombro lo fácil que es contratar un apartado de correos en Midtown a nombre de Jake Alpert. Es la única dirección que da a Ellie; aun así, se sorprende cuando ella le envía una factura una semana después de la subasta. Bajo el concepto de «Consulta artística: siglo XVII», le cobra noventa dólares por las tres horas que pasaron juntos. Eso lo irrita, porque sabe que le proporcionó una tarde de intenso placer estar allí en el joyero revestido de caoba de la sala de Thornton and Morrell, donde la impecable dicción del subastador británico sonaba más a ensalmo sagrado u oración védica que a la alocución de un vendedor. Como no puede extender un cheque –un banco comprobaría su identidad más escrupulosamente que el servicio de correos–, se plantea otro encuentro y el pago en efectivo. En su mesa, mientras trabaja en un pleito por una patente, sin darse cuenta empieza a pensar en posibles lugares para la cita.

La invita a reunirse con él en un club de jazz un lunes por la noche después del trabajo. Por un momento considera la posibilidad del Birdland, pero teme encontrarse con algún conocido, uno de los muchos exmúsicos que ha conocido en los clubes a lo largo de los años. Opta, pues, por el Sparrow, un club de segunda fila en un sótano por debajo de la calle Cincuenta y dos. Dice a Rachel que ha quedado con sus compañeros de squash para una velada de cerveza y jazz. Ella no irá a oír bebop por la misma razón que él no irá a ver una exposición impresionista: las formas también son bonitas, pero no les ve el sentido. Una vez al mes, a veces más, va a un club de jazz y revive su época de aspirante a trompetista en la banda de música del colegio privado de secundaria. Pasaba muchas horas escuchando discos de Dixieland en el gramófono a tres cuartos de su velocidad, ralentizando los acordes para poder tocar él simultáneamente. Antes de que su madre muriera de cáncer, cuando

él estaba en secundaria, sus padres toleraban esa afición excéntrica, incluso lo alentaban. Pero cuando su padre enviudó, algo se endureció en la casa, y la trompeta pasó a verse como un capricho juvenil. Una noche su padre entró en su habitación mientras él tocaba escalas frente al espejo y se limitó a decir: «Ya basta de eso. No tendrás quince años durante el resto de tu vida». A continuación se marchó, la puerta se cerró, esa época terminó. Marty siente todavía la boquilla en los músculos faciales cuando entra en un club de jazz, la tensión nerviosa en la mandíbula cuando oye al trompetista dejarse llevar.

Ellie accede a reunirse con él, pero insiste en ir en taxi. Él va a pie desde el bufete, Broadway arriba, donde los concesionarios de coches están iluminados como quirófanos y los parachoques cromados resplandecen; luego sigue por la calle Cincuenta y dos y deja atrás la patética sucesión de clubes nocturnos, bares de alterne y restaurantes chinos de antes de la guerra. A través de la cristalera de un asador, ve un maltrecho Steinway antiguo y lo que parece ser un triste cuarteto de crucero tocando en un restaurante vacío. Espera frente al Sparrow y enciende un Dunhill. A cuatro manzanas de ahí, en sótanos de obra vista que él considera templos subterráneos, ha visto a Charlie Parker, Art Blakey y Fats Navarro ejercer su oficio, nombres que no significan nada para Rachel, que para ella bien podrían ser desconocidos pintores barrocos. Si de ella dependiese, en casa no habría nada más que Cole Porter e impresionistas y posimpresionistas franceses, un tenue y susurrante ambiente de cantantes melódicos y verdes azulados. Cuando Marty mira ciertos Cézannes, ve pelusilla azulada: el vello pulverulento de la piel de una uva Concord.

Ellie llega con diez minutos de retraso y demasiado arreglada. Con su abrigo de lana oscuro y su vestido blanco con cuentas bordadas, parece que va a un café teatro allá por 1928, piensa Marty, desplegando una amplia sonrisa cuando ella se apea del taxi. Él se inclina ante la ventanilla delantera para pagar al conductor.

–Eso iba a hacerlo yo –le dice Ellie cuando el taxi arranca.

–¿Te parece que el transporte y las comidas corran a mi cargo?

Ella asiente y mira el cartel de neón del club.

–Me sorprendería que ahí dentro hubiese un arte extraordinario.

–Lo hay, pero no de la clase que estás pensando. ¿Te gusta el jazz?

–Es algo que desconozco por completo.

–He visto el programa. Esta noche no toca ningún peso pesado, pero es un

sitio divertido. No puedes marcharte de Nueva York sin oír un poco de jazz.

–Al paso que voy en mi tesis, estaré aquí una larga temporada.

Entran y descienden por los mohosos peldaños enmoquetados hasta la taquilla y el guardarropa. Al pie de la escalera, en el umbral del club propiamente dicho, entregan las entradas a la acomodadora y ella los guía en dirección a los reservados. El interior está a oscuras y lleno de humo. A Marty le agrada la yuxtaposición entre ese lugar y el esplendor fúnebre de la casa de subastas, un salto en la sucesión de los hechos que induce a pensar que es un hombre capaz de gastar ochenta mil dólares en pinturas una tarde y después refugiarse en una catedral subterránea del jazz un lunes por la noche. Quiere que Ellie sepa que es posible pertenecer a ambos mundos, que se mueve entre los registros altos y bajos de la ciudad.

La acomodadora los lleva hasta la hilera de reservados cerca del escenario. Se sientan y se aproxima una camarera. Todas las mujeres que trabajan en el local tienen más de cincuenta años, advierte Marty, como para dar testimonio de la seriedad del club. Ellie pide un tinto de la casa, y él un Tom Collins y cacahuetes. Todavía es pronto y está tocando una banda telonera, un quinteto; en ese momento, el saxofonista está absorto en un solo. Marty se acuerda de cuando vio a Charlie Parker, su cintura un poco amplia, la corbata con el nudo flojo, muy corta, llegándole apenas a las costillas, la mirada baja como si viera las notas brotar del pabellón de su instrumento. Era una aparición, consumido y sagrado. Desde entonces, cualquier saxofonista le ha parecido absolutamente mortal.

Ellie echa un vistazo al local.

–Creo que voy demasiado arreglada.

–Están acostumbrados al mundo de la farándula –dice él con una sonrisa.

Llegan sus copas y un cuenco de cacahuetes.

Marty alcanza un puñado y señala a un negro musculoso de traje blanco.

–El maestro de ceremonias va como loco detrás de las propinas. Si eres roñoso con él, se acuerda de ti para siempre. Hasta los músicos le dan propina, porque presenta a las bandas, y si son roñosos con él, dice mal el nombre.

–Entonces, aquí son más implacables que en las casas de subastas.

–Esto es diez veces peor.

Ellie toma un sorbo de su copa.

–¿Cómo van esos óleos sobre cobre?

–Están magníficos, son una familia unida, aunque por el momento los tengo todos en mi gabinete, esperando a encontrar un espacio en la pared.

–Me encantaría ver tu colección –dice ella.

–Claro. Ahora mismo estoy de reformas, y aquello parece una zona catastrófica.

Con la mirada fija en el globo rojo de su copa, Ellie añade:

–Seguro que es un tormento para tu mujer.

Marty cae en la cuenta de que él nunca ha mencionado a la mujer de Jake, pero tampoco se ha quitado la alianza de boda. Deja pasar cinco segundos de silencio mientras estudia sus opciones. Desviando la vista hacia la banda, afirma:

–De hecho, falleció el año pasado. Supongo que no me he decidido a quitarme el anillo. –En cuanto las palabras flotan en el aire, siente un vacío en el estómago. Al mirarla, ve que se le demuda un poco el rostro, como si hubiese faltado al buen gusto.

–Lo siento mucho –dice Ellie–. No era mi intención curiosear.

–Tranquila, no pasa nada. Ya me estoy recomponiendo. Tal vez por eso quiera rellenar las lagunas de mi colección. Por lo general, en ese terreno ella se me adelantaba.

Toma un gran sorbo de su Tom Collins para quitarse el regusto del engaño. Piensa en el crucero por un río europeo previsto para la primavera, en cómo Rachel extenderá los folletos y los menús del barco en la cama perfectamente hecha. Comerán ostras y trufas y harán el amor un par de veces, flotando junto a las turberas hundidas en los ríos de la vieja Europa. Ella leerá novelas en la cama y se dormirá con la luz encendida. La previsibilidad de todo es a la vez alentadora y, en sí misma, una especie de perdición. Dirige la mirada hacia el escenario, donde el trompetista está en los últimos acordes de su solo, de puntillas para lanzar un gran tono aterciopelado.

–Ese chico no lo hace mal –comenta Marty.

–¿Eres aficionado a la música?

–Tocaba la trompeta en secundaria. Al final mi padre me obligó a dejarlo y me convertí en abogado de patentes. Ahora juzgo las creaciones de otros. –Se pregunta si debería haberse inventado otra profesión. Jake Alpert habría podido dedicarse a cualquier cosa: diplomático, cirujano, financiero.

–Mi padre intentó obligarme a dejar la pintura. Lo incomodaba todo lo artístico, consideraba que era *darse aires*.

Los dos observan al maestro de ceremonias mientras se pasea entre el público encendiendo cigarrillos, en busca de propinas, con un encendedor de gas enorme. Unos cuantos músicos, con sus instrumentos guardados en los estuches, se han acomodado en las gradas para ver a sus colegas en el escenario.

–¿Cómo puedo ayudarte a ampliar la colección que quieres? –pregunta Ellie.

–Eso me recuerda una cosa.

Saca un sobre del bolsillo que contiene el dinero y lo desliza por encima de la mesa. Lo ha visto hacer en las películas y lamenta no haber pedido un martini. Por alguna razón, ella se niega a mirarlo.

–Gracias.

–Ya sé que es absurdo, pero prefiero manejar efectivo. Soy hijo de inmigrante.

–Imagino que a Thornton and Morrell no les pagaste en efectivo.

–No tuvieron ningún inconveniente en ponerse de acuerdo directamente con el banco. Hicieron la entrega después de confirmar la transferencia. Los transportistas tenían el mismo aspecto que el portero: viejos artríticos con americanas de *sport* y jerséis de rombos.

–Allí nadie parecía tener menos de sesenta años. –Ellie se echa a reír–. Y ahora ¿qué? ¿El Renacimiento italiano? Diría que los retratos de boda venecianos te pegan. –Aparta la mirada de la mesa, como si hubiera cometido otro desliz en la conversación.

Marty hace tintinear los cubitos contra el costado del vaso.

–¿Qué sabes de las mujeres artistas del siglo diecisiete? Las holandesas, por ejemplo.

Él no tenía muy claro cuándo iba a sacar el tema, pero ahora que ha salido intenta calibrar su reacción. La mentira sobre su viudez ha liberado algo en su interior.

Ella mira la mesa y toma otro sorbo de vino.

–Da la casualidad de que ese es el tema de mi tesis. Las pintoras del Siglo de Oro holandés. Bueno, ese era el tema hasta que me estanqué.

–No era mi intención recordártelo.

–No pasa nada, es solo que me reconcome la culpa. Cada vez que miro la máquina de escribir, me pongo enferma. ¿Sabías que Remington fabrica armas además de máquinas de escribir? Pienso en eso cada vez que la miro.

–Supongo que nunca me lo había planteado. ¿Sabes que se inventó la cremallera antes que el alambre de espino? Como abogado de patentes, sigo la historia de los inventos. El que registró la patente de la primera cremallera en el siglo diecinueve la llamó «cierre automático continuo para ropa». Por razones obvias, el nombre no cuajó...

–Interesante –comenta Ellie, pero él se da cuenta de que no lo escucha. Ella coge una servilleta de papel y rebusca en su bolso hasta encontrar sus gafas y un bolígrafo–. Bien, pues, hubo varias mujeres pintoras holandesas en el Siglo de Oro. Tal vez haya constancia de unas veinticinco en fuentes históricas, pero solo se conservan obras de unas pocas. –Anota los siguientes nombres en la servilleta: «Judith Leyster, Maria van Oosterwyck, Rachel Ruysch». Levanta la punta del bolígrafo y la mirada se le va por encima de las gafas hacia el escenario envuelto en humo. El trompetista concluye por fin su solo–. También hay una tal Sara de Vos, pero hasta la fecha se le ha atribuido una sola obra. –Añade «De Vos» al final de la lista.

–¿Y probablemente sus cuadros estarán en colecciones privadas? –dice Marty sin vacilar–. Supongo que si un coleccionista como yo quisiera adquirirlos, es factible que en algún momento se subasten.

–En su mayoría están en museos universitarios y públicos. Hay algunos en colecciones privadas. En la National Gallery de Washington tienen unas cuantas pinturas excelentes de Leyster. Y en muchos sitios hay alguna pintura floral de Ruysch; vivió hasta muy avanzada edad y pintó toda su vida.

–Quizá puedas ayudarme a localizar alguna. Creo que a mi mujer le habría gustado la idea de coleccionar arte de las pintoras holandesas.

Es consciente de la teatralidad del tono taciturno que adopta, pero también se da cuenta de que quizá no haya siquiera otros seis encuentros con Ellie. Cada vez más angustiada al acordarse de su tesis inacabada o su falsificación, no tardará en pretextar que está muy ocupada para reunirse con él. Marty lo ve claramente en su actitud cauta y circunspecta, un río subterráneo de culpabilidad.

–¿Tienes hijos? –pregunta ella.

Marty toca el borde del vaso.

–Estábamos condenados a no tenerlos –contesta. De algún modo ella lo ha obligado a divulgar algo de su vida real.

Pide otra ronda cuando la copa de Ellie está a medias.

–Bien, pues, ya se ha acabado el trabajo por hoy –dice él–. Si investigaras

un poco y me informaras de lo que averigües, te estaría muy agradecido. – Entrelaza las manos para indicar un cambio de tema–. Cuéntame cómo una chica australiana ha venido a parar a Manhattan.

–Es complicado. Creía que quería dedicarme a la restauración de pintura profesionalmente, así que pasé unos años en Londres, en el Courtauld Institute. Me enseñaron todo lo que hay que saber sobre la restauración de imagen y la estructura de las obras antiguas. Aunque incluso allí cada profesor tenía sus propias pautas y ninguno coincidía. Nos íbamos a la taberna a discutir cuál era la manera correcta de reconstruir un pasaje perdido de una pintura. Era un mundo muy pequeño. Así que decidí pasarme a la historia del arte, y probablemente acabaré dando clases. Solicité plaza en Columbia y me concedieron una beca.

–Tengo la impresión de que serás una profesora excelente. Por lo que se ve, sabes cómo dar vida a una pintura.

–Eso es muy amable de tu parte. –Se quita las gafas y las pliega.

–¿Y pintas?

–Ya no mucho, aunque en mi juventud pintaba bastante.

Ellie mira la copa con los ojos entornados, y Marty se pregunta cuál es su grado de miopía.

–Eso suena pretencioso, ¿no? –comenta ella–. Mi *juventud*.

–En absoluto.

Ellie aparta su primera copa de vino vacía a quince centímetros de su lado de la mesa.

–¿Y qué haces en tu tiempo libre? ¿Hay una vanguardia de estudiantes de posgrado de Columbia que invaden el Village todos los fines de semana, que tocan descalzos en Washington Square Park? ¿Hay colegas varones con finas corbatas negras y gafas de sol que van en Vespa?

–No sabría decírtelo. Soy bastante casera. Es triste, en realidad. La verdad es que me resulta difícil sentir simpatía por la gente. –Acerca la segunda copa de vino y toma un sorbo–. Vete a saber qué me pasa. Cuando era pequeña, todo el mundo pensaba que era una esnob, incluidos mis padres. Los niños ensoñadores que se pasan horas pintando en sus habitaciones no gozan de mucha aceptación en Australia, al menos no donde yo me crie. –Vuelve a recorrer el bar con la mirada–. De pronto me ha entrado un hambre voraz.

–Acabamos las copas y luego salimos a explorar en busca de algo que comer. Aquí no tienen gran cosa. ¿Te apetece ir a cenar y luego volver? En

todo caso, las mejores bandas tocan siempre más tarde.

–Solo si compramos pizza y la comemos en la caja. Podemos llevarla al Hudson y sentarnos en un banco.

–Hablas como si el Hudson fuese el Cayo Hueso. No me apetece mucho que me atraque un delincuente juvenil o uno de los borrachines que vive junto al río.

–Exageras.

–No mucho.

–Decidido, pues –contesta ella.

Beben, pero ella no puede acabarse la segunda copa de vino. Se levanta del reservado un poco achispada. Marty deja dinero en la mesa y suben otra vez a la calle.

Se llevan una pizza de *pepperoni* y unas cervezas a una franja del parque junto al río, donde una hilera de árboles amortigua el ruido del tráfico de la autovía. Unas cuantas personas pasean a sus perros y un pescador solitario echa el anzuelo al río. Encuentran un banco desde donde observar los trasbordadores y otras embarcaciones que cruzan las aguas entre Manhattan y Union City. Ellie coge una porción de pizza de la caja y, como puede, intenta llevársela a la boca. La punta se dobla y el queso fundido gotea en su vestido blanco de cuentas.

–¡Mierda! –exclama. Acto seguido lo mira–. Disculpa mi vocabulario. Soy de una familia de malhablados.

–Mi padre era holandés, y juraba como un pirata trastornado del siglo dieciocho.

–No debería haberme puesto este vestidito ridículo. Casi nunca salgo..., eso es parte del problema.

–Tienes que doblar los lados de la pizza, verticalmente desde el punto central. Así la tensión evita que la punta quede flácida.

–Nadie quiere una punta flácida –dice ella. A continuación, añade–: Dios mío, estoy borracha.

–Come –insta él.

Ellie señala los trasbordadores con su ración de pizza recién recolocada.

–Mi padre es capitán de trasbordador en el puerto de Sídney. Me pidió una

sola vez que lo acompañara en la timonera y me mareé. De todos modos, ese no es sitio para niñas, dijo. Vive como si hubiese nacido un siglo antes. –Da otro bocado a la pizza–. Estoy divagando...

–Mi padre se hacía él mismo el agua tónica; hervía la corteza de cinchona en el fogón. Tal vez por eso nos gustan las pinturas antiguas: nuestros padres estaban atrapados en el pasado.

–O eso, o somos incapaces de centrarnos en el presente –dice Ellie con la boca llena.

Comen en silencio por un momento observando las luces de Nueva Jersey reflejadas en el veteado del río.

–Viajé en la timonera durante una marejada –explica ella–. Creo que quería ponerme a prueba. Unas enormes olas de color pizarra penetraban entre los cabos de Manly y la propia ciudad. Probablemente deberían haber interrumpido el servicio de trasbordador, pero mi padre no es precisamente un hombre cauto. Hasta los marineros se pusieron verdes. Cuando llegamos a medio camino entre los cabos, el trasbordador se movía de tal modo que tuve que salir corriendo a la cubierta y vomitar por encima de la barandilla. Volví empapada por las embestidas de las olas, pero mi padre no dijo nada, no me prestó la menor atención hasta que por la noche llegamos a casa. Cuando entramos en la cocina, mi madre por poco se muere al verme. Preguntó qué demonios había pasado, y él contestó: «Ellie ha sufrido una ligera indisposición a bordo, solo eso». Quitó importancia a mi vomitera torrencial reduciéndola a una «ligera indisposición». Así fue toda mi infancia. Una vez mi hermana se rompió un brazo, y mi padre lo describió como un ala quebrada e improvisó un cabestrillo con un jirón de sábana. A día de hoy aún tiene el brazo torcido. En tenis, los golpes le salen desviados en un ángulo de cinco grados...

–Da la impresión de que tu padre es un hombre intrépido.

–Es una manera de decirlo. Sirvió en la Primera Guerra Mundial, y creo que parte de su personalidad en realidad es consecuencia de la neurosis bélica. Además, perdieron a un hijo varón, antes de que llegáramos las niñas. Ya nunca fue el mismo. O eso me contaron. ¿Tú fuiste a la guerra?

–No soy tan viejo.

–Me refiero a la segunda.

–No, me rechazaron. Tengo los pies planos, una rodilla maltrecha y un asma leve. Tramitar patentes para el Ejército y la Marina fue lo más cerca que

estuve de la acción. ¿Qué tal la pizza?

–Estupenda.

–Cuéntame cómo se restaura un cuadro.

–Te dormirías.

–Ponme a prueba.

Ella coge otra porción de pizza.

–No tiene ningún interés, créeme.

–Me gustaría saberlo, de verdad. Por favor.

Ellie dirige la mirada hacia el río y luego hacia la caja de la pizza.

–En realidad, depende. Pero hay que ver una pintura desde el punto de vista geológico. Todo es una cuestión de estratos, capas que realizan distintas funciones. Una pintura tiene su propia arqueología.

–Por eso creo que serías buena profesora.

Ella retira el borde de masa de su ración y muerde un extremo.

–Las sombras y la luz normalmente están arraigadas en la capa base. Se rellenan las partes perdidas con tiza y cola de conejo. No veas cómo huele mi apartamento. Un carnicero francés de Brooklyn me vende pieles de conejo a docenas.

–¿No puedes comprarla ya hecha?

–La calidad es mejor si partes de cero. Para empezar, te sitúa mentalmente en el siglo diecisiete.

–¿Qué más?

–Bueno, haces un poco de trampa con el pincel, trabajando en la superficie como si esculpieras, y luego lo cubres con capas finas de pintura. En Londres discutíamos sobre si convenía igualar el color de la capa base con toda exactitud o si había que delimitar claramente tu propio territorio para que los restauradores futuros supieran dónde has trabajado.

–Era una cuestión ética –comenta él.

–Supongo que sí. Te obligaban a elegir un bando, y había algunos profesores que se detestaban porque no podían ponerse de acuerdo en cuanto al color de la base.

–Y yo que pensaba que los abogados eran mezquinos y pendencieros.

Ellie dirige la mirada hacia Nueva Jersey, con el trozo de pizza a medio camino de la boca, y expulsa un poco de aire entre los labios. Vuelve a dejar la pizza en la caja.

–Estoy agotada y sigo borracha. Me temo que no seré capaz de volver a ese

sitio. ¿Cómo se llamaba?

–El Sparrow.

–Debería callarme.

–Ya habrá otra ocasión. ¿Quieres llevarte la pizza a casa?

–Naturalmente. Estás hablando con una estudiante de posgrado.

–Sí, una que cobra treinta dólares la hora –responde Marty–. Eso es más de lo que pagaba mi difunta esposa a su analista, y de hecho él estudió en Viena con un discípulo de Freud. –Lo dice a modo de broma, pero se percibe cierta hostilidad en su voz.

Ellie vuelve la cabeza, pero no lo mira. La caja de pizza con manchas de grasa semejantes a islotes en un mapa de cartón permanece abierta entre ellos.

Lentamente, ella pregunta:

–¿Crees que no es un precio razonable?

–Creo que sabes lo que los ricos están dispuestos a pagar por colgar un poco de sentido existencial en sus paredes. Mi riqueza es un accidente histórico, que conste.

Un motor diésel retumba en algún lugar del río. De pronto, los ánimos se han emponzoñado. Marty quiere devolver el tono jocoso a la conversación, pero sabe que ya es demasiado tarde.

–Permíteme acompañarte hasta un taxi –propone–. ¿Te llevarás la pizza?

Ella no contesta, pero coge la caja. Recorren unas cuantas calles desde la autovía, y finalmente él hace señas a un taxi. Su padre llevaba un silbato de conserje en el bolsillo del chaleco solo para parar taxis, y se pregunta qué habrá sido de él. Tal vez esté al fondo de algún cajón en el escritorio de capitán. Cuando el taxi se detiene, monta en el asiento de atrás al lado de Ellie sin darle tiempo a protestar.

–Primero a Brooklyn y luego al Upper East Side –indica al taxista.

–¿No preferiría hacerlo a la inversa? –pregunta el taxista.

–Primero llevaremos a la dama –contesta Marty.

–Eso es del todo innecesario –interviene ella.

–Digamos que también yo soy de otro siglo.

No hablan mientras cruzan el puente de Brooklyn. Él la observa: dándole la espalda, Ellie mira por la ventanilla y tamborilea suavemente con los dedos en la caja de la pizza. Su lenguaje corporal indica que está dándole vueltas al comentario anterior. Él ha visto un destello de algo en el parque. Un genio

vivo, quizá, pero también una propensión a la inseguridad. Baja un poco la ventanilla para que entre el aire.

Marty pide al taxista que espere mientras ella entra en su edificio. Por encima de ellos, el tráfico pasa atronadoramente por la autovía. Él aguarda hasta que ve luz y la silueta de ella recortada en una ventana de un piso superior; a continuación le dice al taxista que siga adelante. Unas manzanas más allá, le pide que lo deje apearse y regresa a pie, con el cuello del abrigo subido, un poco ebrio, arrastrado por algo que no acaba de entender. Cada detalle que ella revela sobre su vida y su trabajo es un pequeño hurto. Es como coger adornos del estante de un desconocido, uno a uno, y metérselos en los bolsillos de la chaqueta. Entra en una tienda de comida preparada que abre hasta tarde y compra dos tazas de café y una terrina grande de helado. A continuación se detiene ante el edificio de apartamentos de Ellie con el helado bajo un brazo, nota el contacto frío en las costillas y el calor del café en las manos. Observa la silueta de ella dibujada en las cortinas corridas, los viajes entre habitaciones. Se imagina presentándose ante su puerta con la falsificación envuelta en papel y diciéndole que es una restauración que quiere encargarle, o viendo su expresión al describirle el Sara de Vos que en otro tiempo fue suyo, hasta que alguien se lo arrebató de su dormitorio durante una cena benéfica para huérfanos. Es el futuro de ella lo que él sostiene en sus manos, frágil como dos vasos de papel. Desea entender la vida de ella en profundidad, buscar a tientas en sus rincones y manejar los filamentos que la sostienen.

Entra en el edificio a oscuras y sube por la escalera embaldosada hasta el primer piso. Sabe que es el apartamento de la esquina con las ventanas hacia el norte: dotado de un buen sentido de la orientación, reconoce los puntos cardinales cuando está sentado en un restaurante sin ventanas en Midtown. Llama a la puerta con delicadeza y oye las suaves pisadas de ella en el suelo de madera, que se alejan y luego regresan. Una sombra rompe la rendija de luz de debajo de la puerta, y ella, su voz amortiguada, pregunta:

—¿Quién es?

En voz baja, pero con la mayor jovialidad posible, Marty contesta:

—Jake Alpert, con café y helado como ofrenda de paz. Lamenta mucho

haberse portado como un capullo.

Sigue un momento de silencio y la luz vuelve a desplazarse debajo de la puerta.

–Dile a Jake que estaba a punto de acostarme. No hace falta que se disculpe.

–Bueno, al menos déjame meter esto en la nevera antes de que se derrita.

–Lo siento, pero ya es muy tarde... No estoy vestida.

–Me hago cargo. –Se aparta un poco de la puerta para asegurarse de que su voz no suene amenazadora–. Desde la muerte de Rachel, tengo un poco de insomnio. Perdona por el comentario de antes. Buenas noches, Ellie. –Lo asalta una atroz vergüenza por haber utilizado el nombre de Rachel, como si ahora la vida real de ella pendiera de un hilo. Retrocede otro paso.

Se produce una pausa, y de pronto Marty oye desprenderse una cadena. La puerta se abre quince centímetros y aparece la cara de Ellie.

–Puedes darme el helado –dice–. Lo meteré en el congelador y lo tomaremos en otra ocasión. Ha sido todo un detalle por tu parte.

Marty se acerca.

–Lo llevo bajo el brazo. No puedo cogerlo con los cafés en las manos.

–Ah –dice ella, un poco irritada. Abre la puerta otros quince centímetros y tiende un brazo para coger el helado de debajo de su codo. Él ve que ella lleva un camisón de franela con pajaritos. Tiene las pantorrillas flacas y pálidas, los pies anchos y oblicuos y los dedos romos. Una chica que se crio descalza, piensa.

–De menta con pepitas de chocolate –dice, cuando Ellie alcanza el helado.

Ella desvía la mirada.

–A mí me va más la vainilla.

–Te he ofendido y me disculpo. Tus conocimientos valen todo lo que cobras. Me gustaría que me dejaras entrar, solo un momento.

–No tengo por costumbre recibir visitas –dice ella–. El apartamento no está en condiciones.

–De acuerdo, pues, buenas noches. Ten también el café. –Se lo entrega a través de la puerta, y Ellie ha de dejar el helado para cogerlo. Marty se vuelve en dirección a la escalera, consciente de que Ellie sigue ahí.

–Solo cinco minutos –dice ella–. Y tienes que esperar a que ponga un poco de orden y apague algunas luces. Cuanto menos veas, mejor. Espera ahí.

Otro pequeño hurto. Ellie cierra la puerta y él se acerca, en espera de

nuevas instrucciones. La oye recoger, llevar los platos al fregadero. Cuando por fin regresa a la puerta, se ha puesto un albornoz de hombre con salpicaduras de pintura en las solapas. Él entra. Las ventanas situadas encima del radiador, que dan al paso elevado de la autovía, han estado abiertas y se percibe una ligera brisa en el espacio húmedo. En una hilera de pequeños tiestos colocados en la repisa de la ventana crecen plantas lengua de tigre y filodendros. Marty percibe el olor a la cola animal de la que ella ha hablado y también el intenso aroma químico de los disolventes y las pinturas al óleo, y algo más extraño que huele a betún. En una pequeña isla de madera, en la parte de la cocina, hay morteros, mazos y cuencos de piedra. Una bandeja lacada para té hace las veces de recipiente para pinceles y espátulas de toda índole. Tiras de papel y bosquejos al carbón cubren una mesa de dibujo de patas metálicas. Ellie deja el café en una pequeña mesa de formica junto a la ventana que Marty reconoce de la foto. En la zona de estar hay innumerables libros y periódicos, y en un rincón ve la molesta Remington, en cuya boca de baquelita se marchita lo que sin duda debe de ser una página de su tesis.

–Si el casero llega a ver esto, seguro que me desahucia –dice ella–. Pero no es fácil encontrar apartamentos donde no les importe que derritas pieles de conejo en la cocina.

Marty mira el horno y los fogones ennegrecidos.

–Sin duda esa cocina ha visto cosas peores.

Ellie le dice que puede sentarse si lo desea, y él se acomoda en el sofá de color mostaza que da a la ventana y a un estante con un tocadiscos. En un caballete hay una pintura bajo un mantel de turquesas. Marty se pregunta si la acaba de tapar o si es una costumbre, la proclividad a cubrir y descubrir propia de su oficio. Sabe que no le conviene preguntar eso en este momento, así que, allí sentado, se bebe el café. Cuando Ellie acerca el helado, solo lleva dos cucharas, sin ningún otro recipiente para servirlo.

–Una tradición familiar –explica–. Mi madre preparaba helado de caramelo casero, pero nos obligaba a comerlo en la propia mantequera. No quería ensuciar platos de más.

Toman varias cucharadas de la terrina, situada entre los dos en el sofá. Marty echa una ojeada alrededor, fijándose en los detalles. En el apartamento de Gretchen se advertían indicios de una vida social rica y vibrante: cuchillos para queso y cristalería y servilletas de tela para recibir visitas. Ese apartamento podría pertenecer a un inválido, un individuo confinado en su

casa con cálculos renales y un fox terrier.

–Podría hacerte unas estanterías –dice–. Mis antepasados eran hombres con herramientas de carpintero en el sótano.

–No serviría de nada. Si viera todos esos lomos de libros juntos, la cabeza me daría vueltas.

–Me disculpo una vez más por lo que he dicho antes.

–Descuida. Probablemente tenías razón. Soy una privilegiada. Los clientes me pagáis por algo que haría gratis. Para mí, el dinero no significa nada. Ni siquiera soy capaz de gastarlo. Lo veo como algo sucio porque me llega con demasiada facilidad.

–Eso suena muy noble. ¿A quiénes te refieres cuando dices «clientes»?

–Hay quienes miran el arte, quienes lo compran y quienes lo hacen. Yo pertenezco a una categoría totalmente aparte: lo reparo, le devuelvo la vida. No es raro que un conservador se pase más horas a solas con una gran obra que el propio artista.

–¿Por eso lo haces? ¿Para meditar sobre la obra?

La observa encogerse de hombros y hundir la cuchara en el centro del helado. Se lleva una buena cucharada a la boca y lo alisa con el velo del paladar a la vez que retira la cuchara medio vacía. Algo ha cambiado entre ellos, una nueva franqueza nacida en el extremo de la cuchara.

–No se me dan bien los hombres –dice ella con toda naturalidad–. No sé qué quieren.

–¿Ha habido muchos hombres en tu vida?

–Eso me parece un tanto personal –contesta Ellie. A renglón seguido, añade–: No, no muchos. ¿Cómo era ella? ¿Rachel?

Marty da un respingo al oír el nombre de su mujer y se ve obligado a desviar la mirada.

–Como no quiero llorar, es mejor que no hable de eso.

–Seguro que fue una pérdida espantosa.

–Es difícil describirlo.

Parecen haber llegado a un punto muerto en la conversación, así que Marty se pone en pie y se pasea por la estancia.

–Puedes poner un disco si te apetece, aunque no tengo nada de jazz.

–Te regalaré algo de Chet Baker.

Marty echa un vistazo a la pequeña pila de elepés: sonatas de Chopin, Stravinski, Rachmáninov.

–¿Por qué será que no me sorprende tu colección de discos? ¿Hay aquí algo del siglo veinte? –Ella no contesta. Marty saca el Chopin de la funda y lo coloca con cuidado en el plato–. ¿Escuchas música mientras pintas?

–Nunca –responde ella–. Altera el trabajo de pincel.

Marty vuelve a sentarse en el sofá. Ellie cierra los ojos y se recuesta en un cojín, dejándose envolver por la música.

–Háblame de tu primer encuentro con el arte –dice ella–. Esa es una historia que siempre me gusta oír.

–Mi padre contaba alguna que otra anécdota de cuando estuvo en el Armory Show, en particular hablaba de la cola que hizo junto con otras mil personas para ver *Desnudo bajando por una escalera* de Duchamp. Le gustaba estar en compañía de pintores cuando podía y conocía a algún que otro artista de la escuela Ashcan y su círculo. Se emborrachaba con John Butler Yeats, padre del famoso poeta irlandés. En su vejez, John Butler Yeats vivía encima de un restaurante francés. El caso es que mi padre sostenía que fue al Armory Show con John Yeats y vio a una mujer desmayarse cuando llegó al primer puesto de la fila ante el Duchamp. Ese fue, pues, mi primer encuentro con el arte, una historia sobre los efectos que podía tener en las personas. ¿Sabías que Duchamp vive en el Lower Manhattan y no pinta desde hace décadas? Dice que ahora su propia vida es arte.

–No lo sabía. Obviamente porque es un pintor del siglo veinte. –Con los ojos todavía cerrados, añade–: ¿Qué más?

–Me crie en una casa llena de obras de grandes maestros. Hasta que llegué a la universidad y estudié un poco de historia del arte no tomé conciencia de lo que mi padre había reunido o heredado. Éramos dueños de algunas de las pinturas que se analizaban en los libros de texto.

La conversación continúa en esa dinámica durante un rato. Ellie lanza una pregunta en susurros, y él, en la respuesta, se explaya intentando insertar anécdotas interesantes de su vida real, como para compensar tantas capas de engaño. Al cabo de un rato, ella deja de interrogarlo, y Marty sospecha que se ha dormido. Para probar su hipótesis, dice:

–¿Soy tan aburrido que te has quedado traspuesta?

Ellie no responde. La música de Chopin y los relatos sobre arte han puesto fin a lo que antes habían iniciado la pizza y la cerveza. Se queda muy quieto, escuchando su respiración, mientras el helado se funde lentamente en la mesita de centro rayada.

Al cabo de unos minutos deja la cuchara con cuidado y se dirige hacia el corto pasillo, que lleva al cuarto de baño y al dormitorio. Camina con el mayor sigilo, para que no chirríen las gastadas tablas del entarimado. El cuarto de baño huele a toallas húmedas, y en la bañera hay un tendedero con unas cuantas bragas colgadas a secar. En su premura por poner orden, Ellie se ha olvidado de correr la cortina de la ducha, y esas bragas de algodón corrientes tienen algo de tierno y triste. Se la imagina lavando a mano su ropa en la bañera. El vestido blanco de cuentas –sucio de grasa de queso– cuelga del lavabo, la zona manchada ahora en remojo. Vuelve a mirar las bragas y cierra la cortina de la ducha silenciosamente. No usa el inodoro por temor a que el ruido de la cadena la despierte; vuelve al pasillo y echa un vistazo al dormitorio en penumbra, una habitación estrecha con una única lámpara encendida en una mesilla de bambú. La cama está sin hacer, hay ropa esparcida por el suelo y el armario parece lleno de maletas. Una floritura ascendente de manchas de humedad se dibuja en una pared y parte del techo. No se explica cómo puede ser eso producto de una mente metódica, un temperamento capaz de trabajar en un lienzo con extremo perfeccionismo, meticulosamente, pincelada a pincelada.

Cuando regresa a la zona de estar, Ellie sigue desmadejada en el sofá, la cabeza echada hacia atrás, la boca un poco abierta. Él se acerca al caballete y levanta una esquina del mantel de turquesas. Por un instante fugaz imagina su De Vos colocado ahí, pero ahora ve que es un lienzo en espera de representación: una capa inferior pintada de un color terroso y rojo claro. El hecho de que ella haya pensado en tapar el lienzo desnudo pero no sus bragas de algodón húmedas resulta revelador, aunque él no sabe bien qué revela. Suelta el ángulo del mantel y se dirige hacia la puerta. Cuando pasa junto a la mesa de dibujo con su revoltijo de papeles y esbozos, ve una imagen familiar. Una tira estrecha de papel fotográfico asoma de debajo de un grabado al carbón. El fragmento cortado no tiene más de cinco centímetros de anchura, pero él reconoce el cabezal y el arabesco del lujoso papel pintado gris de su dormitorio. La cama parece sin hacer, las almohadas están claramente a la vista, y por las sombras de los barrotes del cabezal proyectadas contra la pared deduce que la foto se tomó una mañana de invierno, cuando la luz penetra en la habitación ya tarde y desde el sur. Se lo guarda en el bolsillo y sigue camino hacia la puerta. Debería despertarla, lo sabe, para que pueda echar el cerrojo cuando él salga. Se despertará dentro de unas horas, y se

sentirá desorientada y vulnerable. Pero la idea de que alguien haya hecho fotografías en su dormitorio a plena luz del día lo asalta con virulencia y baja por la escalera a oscuras encolerizado.

Ya en la calle, recorre a pie varias manzanas hasta que encuentra un taxi e inicia el regreso a Manhattan. Cuando se acercan al puente de Brooklyn, vislumbra las luces de la ciudad: un puesto de avanzada holandés en la confluencia de dos ríos, una isla arrancada de los restos flotantes del naufragio de la historia. Cada vez que vuelve a entrar en Manhattan, aunque sea solo después de un fin de semana en los Hamptons o una feria de antigüedades en Queens, no puede evitar sentir que posee una comprensión de la ciudad muy tenue. Pese a haberse pasado toda la vida allí, aún hay barrios tan misteriosos e ignotos para él como el Congo. Al igual que su padre, es aficionado a callejear, pero siempre por encima del paralelo de la calle Cuarenta y dos y al sur del límite superior de Central Park. A menudo sueña que pasea a su perro por el perímetro de toda la isla, dejando que *Carraway* beba de los dos ríos.

En casa, Hester ha apagado todas las luces –su manera habitual de protestar por sus llegadas a altas horas–, así que se ve obligado a subir por la escalera desde el vestíbulo a oscuras. Encender la luz sería admitir un defecto moral ante la criada. Cuando llega al pasillo del piso de arriba, se pregunta si Hester los ha traicionado, si ha dejado entrar a un fotógrafo mientras ellos tomaban el sol invernal en las Bahamas en enero. Aunque deben de haber pasado cientos de personas por la casa en el último año, muy pocos han estado allí durante el día. Podría haber sido un operario, el fontanero o el afinador del piano, cámara en mano. Sabe que si se lo plantea a Hester, ella dejaría su empleo de inmediato; alberga un concepto sureño del honor y la lealtad, y su mujer se lo reprocharía durante años.

Desde la puerta del dormitorio, Rachel parece dormida, de cara a la pared opuesta, y el perro está hecho un ovillo detrás de sus piernas. Marty se aleja con sigilo por el pasillo hasta su gabinete y cierra la puerta al entrar. Se sirve dos dedos de whisky, descuelga el auricular del teléfono y marca el número que figura en la tarjeta de visita de Ellie. Suena media docena de veces hasta que ella contesta.

–Siento haberme marchado sin despertarte –se disculpa, mirando su falsificación apoyada en la estantería–. He pensado que la puerta de tu casa no ha quedado cerrada. –Percibe en su respiración el ritmo acompasado

propio del sueño y el sonido de su garganta cuando traga saliva para despertarse.

–Debo de haberme quedado dormida. Lo siento –dice.

–Te perdono.

En el posterior silencio vuelve a oírse la respiración ralentizada por el sopor.

–Pronto me pondré en contacto contigo –anuncia él.

–Tendré una lista de obras de pintoras holandesas para que la estudies.

–Excelente. Hasta entonces.

–Buenas noches, Jake.

Cuelga el auricular y apura la copa. Sale al pasillo y se dirige al dormitorio. En el cuarto de baño contiguo se pone el pijama y cuelga la ropa detrás de la puerta. Saca la tira de papel fotográfico del bolsillo del pantalón y, llevándosela al dormitorio, la sostiene en alto a la luz de una estrecha franja de claro de luna. El fotógrafo se había colocado al pie de la cama con las ventanas detrás de la cámara. Mira el espacio vacío en la pared por encima del cabezal. De día se ve el fantasma blanqueado de la pintura y el resto de la pared teñido de sepia claro por efecto de la luz y la contaminación de la ciudad. Estuvo ahí colgado cuarenta y cinco años, desde antes de que se casaran Rachel y él, desde que la habitación la ocupaba su padre, que no volvió a contraer matrimonio, que durmió solo bajo los patinadores y la niña en la orilla del río helado a partir del momento en el que su mujer fue arrancada de su vida.

De espaldas a él, Rachel dice algo. Al principio, Marty piensa que habla dormida, algún fragmento de un sueño atribulado, pero de pronto los sonidos cobran sentido en la oscuridad con una leve demora.

–Llegas tardísimo. ¿Qué tal el jazz?

–Frederic nos ha emborrachado a todos y he perdido la noción del tiempo. Han tocado unos cuantos quintetos aceptables, nada especial.

Ella cambia de posición, y el perro tiene que reacomodarse.

–¿Qué es ese olor?

–El club está en un sótano, ¿recuerdas? Un búnker lleno de humo de tabaco y músicos sudorosos.

Se sienta en el borde de la cama y deja la tira de papel fotográfico en el cajón de su mesilla.

–No, es otra cosa –responde ella–. No acabo de distinguirlo.

–¿Me ducho?

–¿Te importaría?

–En absoluto.

–Huele a pintura de casa vieja. Como si hubieses estado arrastrándote por una buhardilla.

–Qué raro –dice él–. Perdona que te haya despertado.

Se levanta y cierra la puerta del baño a sus espaldas. En la ducha deja correr el agua tan caliente como es capaz de soportarla, escaldándose el cuello y los hombros. Se restriega con jabón y se lava el pelo para eliminar el tufo del apartamento de Ellie.

Heemstede

Verano de 1637

Una semana de niebla y llovizna. Con el frío metido en los huesos y melancólico, Cornelis Groen se encierra en su sala de té, donde se trata con remedios caseros y combinaciones de la botica de hojas sueltas de Ceilán. La señora Streek lleva una bandeja lacada a través de la casa grande y laberíntica, y lo deja todo junto al fuego en llama viva de la chimenea para que él lo examine. Vino de cinchona, tinturas de aloe y azafrán y un compuesto de agua anisada para sus escalofríos. A las doce del mediodía en punto, se lleva un terrón de azúcar a la boca y se hace un enjuague con un trago de infusión, caliente y medicinal, hasta el fondo de la garganta. Sara pasa parte de las tardes en la sala sofocante, escuchando sus retahílas de achaques. «Tengo los huesos de hielo», es una de sus expresiones favoritas. Groen habla de cuando era mercader en ultramar, de cómo lo transformaron la exposición a la viruela, la escrófula y el cancro: «Eso alteró mi propia constitución –dice, dirigiendo una mirada taciturna hacia la ventana–, como si los humores del cuerpo se fusionaran en unas gachas acuosas». Ella intenta animarlo y le pone al corriente de sus progresos en la preparación de los lienzos para el proyecto que él desea llevar a cabo. Ha pedido a Tomas que construya soportes de madera, que muele pigmentos y apreste el lienzo que han recibido de Haarlem. Pero nada anima a Cornelis cuando lo vence el desaliento. En su memoria se aviva el recuerdo de dolencias anteriores y vuelve a sentir las nuevamente: los nudillos hinchados, los sabañones. La casa entera sucumbe a su abatimiento. Tomas le dice que incluso los caballos parecen indispuestos. Es imposible sacar a la señora Streek, rubicunda en su impoluta cocina de exposición, de su pesadumbre muda. Prepara las comidas preferidas de Groen como si fuera una penitencia: cordero con ciruelas pasas y menta, lengua de buey picada con manzanas verdes.

La expedición pictórica al pueblo de Groenstede, el asentamiento abandonado a orillas del río, se ha aplazado durante semanas. Aguardan a que Cornelis se recobre para que pueda ponerse al frente de la excursión, pero Sara sospecha que no tiene prisa, que disfruta de la exposición a las enfermedades más que de la salud. Le dan un tema sobre el que filosofar, cierta tensión en la cuerda que tira de la cotidianeidad. Al final, tras un mes de siestas y quejas en la sala de té, repunta a la par que el estado del tiempo. A mediados del verano, una mañana de cielo despejado, Cornelis irrumpe en el comedor con un calzón y una casaca, las tijeras de jardinería al cinto como un estoque. Tomas recibe órdenes de preparar los caballos y la carreta. La señora Streek recibe instrucciones dietéticas muy precisas. A Sara se le indica que reúna sus útiles.

Salen de la finca en dirección al campo en una carreta abierta, Tomas en el pescante y Cornelis y Sara en la parte de atrás. El pabellón de madera con el tejado abovedado, la pérgola donde Cornelis lee poesía las tardes soleadas, las moras madurando en las cercas pintadas..., toda esa cultura queda atrás, pero la llevan también cargada en las cestas de mimbre preparadas por la señora Streek. Panecillos, queso de Leiden con semillas de comino, fresas con nata agria, mazapán y vino con canela y clavo. Sara se acuerda de las comidas que compartía con Barent, el pan de harina de alubias y los nabos acompañados de cebolla frita. La pobreza se manifestó primero en sus comidas, luego en su calzado y, por último, en sus pensamientos y oraciones. Aun así, trocaría todos sus apetitos recién descubiertos por un solo día de vuelta en la vieja casa antes de que las desgracias se desataran. Kathrijn haciendo flotar un zueco en un canal; Barent sentado en el portal después de un día de pintura, leyendo las gacetas y charlando con los vecinos mientras ella preparaba un succulento guiso en la cocina bien iluminada. Ve el pasado con tal nitidez que podría pintarlo. Se abre paso a fuego en todos sus sueños y sus horas de vigilia.

Mientras la carreta se adentra en un paisaje de dunas boscosas y tierras pantanosas, Cornelis habla de las mujeres con quienes podría haberse casado, de la sección áurea de los encantos femeninos. La mujer ideal, explica a Sara, combina un rostro de Ámsterdam, unos andares de Delft, un porte de Leiden, una voz cantarina de Gouda, una estatura de Dordrecht y una tez de Haarlem. Aunque lo dice con aparente autoridad y tono muy razonable, la disección verbal de una mujer que presenta Cornelis induce a Sara a pensar en

cadáveres y *rigor mortis*. No puede evitar acordarse de la frialdad de la guilda de los cirujanos y la perspectiva de ver algún día un cadáver tendido en una mesa. Afortunadamente, Cornelis cambia de tema y empieza a hablarle del mantillo importado de Haarlem, que compra por su vitalidad sobrenatural para producir flores perfectas: narcisos, azafranes de primavera, acónitos, espuelas de caballero... Pronuncia el nombre de cada flor con tal ternura que podrían ser de hijas o amantes.

Cuando superan un meandro del río, Sara ve que el pueblo está en ruinas.

–Una turbamulta de las inmediaciones le prendió fuego intencionadamente –explica Cornelis–. Enviada por burgomaestres que pensaban que teníamos aquí un lazareto para apestados. Un holandés no tolera una porción de tierra maldita, y menos a orillas de un río.

Sara ve los vestigios de una torre del reloj de las que se construyen para albergar una cámara de retórica o las oficinas del inspector de pesas y medidas. Esa era una localidad con aspiraciones cívicas, piensa. Ve indicios de su ambición en las tapias bajas de ladrillo embreadas para protegerlas de la intemperie y en las ordenadas casas sin tejado. Una columna de humo lánguido se eleva desde una de las chimeneas que se mantienen en pie, y Sara supone que es ahí donde vive la ermitaña, atrincherada en los flancos de la vieja iglesia medio desmoronada. Piensa en lo desoladas que se verán las ruinas desde una de las colinas cercanas, en que situará el punto de fuga en las dunas más allá del río. Sondea las posibilidades en su cabeza, percibe la gratificante tensión de la obra incipiente. Puede que sea la deuda de Barent lo que está saldando, pero la obra será suya.

–Almorzaremos primero –dice Cornelis–, y después podéis iniciar vuestras exploraciones. Una conmemoración pictórica será un digno final para esta era, una manera de no dejar cabos sueltos.

Vacían las cestas y comen sobre la manta. Tomas come queso y pan en el pescante, prefiere la compañía de los caballos a los discursos tortuosos de su amo sobre la fugacidad del tiempo. Sara y él cruzan alguna que otra mirada de complicidad durante uno de los monólogos de Groen. Cuando terminan de comer, Tomas le entrega a Sara su material de dibujo y le dice que la seguirá unos cuantos pasos por detrás. Cornelis saca la pequeña tijera del cinto y se va en busca de setas y bayas comestibles.

–La ermitaña es inofensiva –informa a Sara–. Confusa por la aflicción y terca como una mula, pero cordial con todo aquel que no pretenda

desahuciarla.

Sara camina por la margen del río invadida de hierba, hundida entre los juncos y los cardos hasta la cintura, y Tomas la sigue. Lleva el cuaderno de dibujo y los carbones envueltos en una bolsa de tela, colgada al hombro. Le dice a Tomas que seguirá sola, y él se rezaga y lanza piedras al río de aguas mansas. Sara ve nuevas pruebas de la ambición del pueblo por convertirse en ciudad: una red de acequias excavadas en torno a las tapias bajas, un cementerio delimitado por abedules espaciados uniformemente, una verja con los goznes herrumbrosos aún prendidos de un grueso muro de piedra. La madreselva silvestre crece en los alféizares y las repisas. Llega a la plaza principal –que abarca algo más de una docena de casas– y atraviesa el suelo enlosado hacia la espiral de humo. Distingue los restos de un establo y un granero y unas cuantas chozas de adobe. La mujer, cuando aparece en la puerta ruinoso, es mucho más joven de lo que Sara esperaba. Cornelis la ha presentado como si fuera una vieja bruja. En realidad solo tiene unos años más que Sara, pero su rostro está curtido por la soledad y la intemperie. Con un cucharón humeante ante la cara, observa a Sara a la vez que sopla lo que pretende llevarse a la boca para enfriarlo.

–*Goedemiddag* –saluda Sara.

La mujer deja de soplar.

–Ya se lo dije a él, me moriré como Dios manda, con los pies mirando hacia el este. Enterrada en la colina con los demás, mis hijos entre ellos. – Tiene el rostro enjuto y facciones frisonas. Lleva un blusón largo y manchado de ceniza y grasa y calza unas chinelas de cuero.

–No hemos venido a echaros de aquí –aclara Sara.

–De nada serviría, como digo.

La mujer, con los ojos entornados, fija la mirada a lo lejos, más allá del río, en espera de que Sara vaya al grano.

–Me proponía hacer un dibujo del pueblo. Soy pintora de oficio y me han encargado que plasme estas tierras.

La mujer se detiene a pensar mientras enfría el contenido del cucharón.

–No sabía que había mujeres pintoras.

Sara sonrío y se cala más el gorro para protegerse los ojos del sol.

–Somos muy pocas en *Ámsterdam* y *Haarlem*.

–Las ciudades están plagadas de vicio. Yo tenía un hijo, Joost, el mayor, que quería marcharse a *Leiden*. Le dije que los naipes, la cerveza y los

miriñaques han sido la perdición de más de un joven. ¿Conocéis el proverbio?

–Sí.

La mujer sorbe del cucharón, con una mano ahuecada debajo.

–No es gran cosa, pero tengo guiso de conejo de sobra. Podéis sentaros un rato.

Sara le da las gracias y entra en la fresca oscuridad del edificio en ruinas, en el vestigio irregular de lo que fueron estancias. Esa vivienda debió de pertenecer en su día a un sacerdote y su familia, una rectoría de ladrillo construida detrás de la iglesia. Una rendija de cielo azul domina el techo y el musgo colorea las paredes de un verde delicado. Un saliente de pizarra rodea el hogar embreado, por encima de un fuego moderado humean un par de calderos. Unos cuantos cuencos de madera, una taza de gachas, una alfombra tejida de pieles de conejo, un taburete bajo de ordeñar con tres patas. El único indicio de vida civilizada es un cojín tapizado de tela de alfombra y terciopelo enmohecido, los contornos están tachonados con clavos de cobre.

La mujer hunde el cucharón en uno de los calderos.

–Se ponen unas verduras tiernas en un sótano con la trampilla abierta. Se retira la escalera. No pueden evitarlo. Los conejos saltan adentro a investigar y se cierra la trampilla. En invierno es más difícil porque no hay nada verde para atraerlos hacia su propia defunción. Los de la hacienda venían aquí a cazar con sus carruajes y sus perros. Hay gran abundancia de aves de las dunas, zorzales y gansos salvajes. Hoy día apenas puedo atrapar una perdiz.

La mujer insiste en que Sara se siente en el taburete. Sirve el guiso en dos cuencos de madera, entrega uno a Sara y se acomoda en la alfombra de pieles de conejo. Por lo visto, solo hay una cuchara –de peltre y con el sello de la hacienda grabado–, así que la mujer se la cede a Sara y coge el cucharón de madera del caldero.

–Sois muy amable –dice Sara.

–Mi abuela tenía una cubertería entera, regalo del padre de Cornelis, con todas las piezas grabadas. Esta cuchara es lo único que queda.

–Debían de tener a vuestra familia en gran consideración.

–Mi abuela estaba presente cuando nació Cornelis. Le puso los pañales y le llevó a su madre leche de oveja para ayudarle a recuperarse.

Sara, indecisa, prueba el guiso, que tiene un sabor amargo y a madera.

–Habéis sido testigo de muchos cambios.

—Antes de la enfermedad, esto era un lugar muy próspero. Hacíamos la colada para las fincas de veraneo y los hombres trabajaban en la fábrica de Heemstede. Teníamos una escuela con una maestra lisiada del norte... Por alguna razón, a los lisiados siempre les va mejor que a los ilesos. Enseñaba catequesis a los niños, y a bordar y ordeñar ovejas y vacas a las niñas. —Mira las brasas por encima del borde del cuenco de madera—. La cosecha era siempre una época de felicidad. Los niños jugaban al tejo y las tabas, las parejas de jóvenes bailaban la danza del pie alzado.

Sara percibe el dolor de la mujer en sus melancólicas reminiscencias, percibe cómo se le tensa la voz. Por un instante, parece abstraída, con una expresión de aturdimiento en el rostro, y vuelve a la habitación desde una gran profundidad. Pero de pronto rebosa de nuevo la característica paciencia de los frisonos, cierta rectitud y determinación que se adquieren en las islas azotadas por el viento del mar del Norte. Sara piensa en lo fácil que sería eludir la pesadumbre de la mujer. Podría pedirle que le enseñara los vestigios del pueblo y retirarse a la ladera de la montaña para empezar sus dibujos. No hay ninguna razón para entretenerse en el borde de ese bosque desigual. Pero de pronto pregunta:

—¿Cuánta gente murió aquí?

La mujer aprieta los labios.

—Casi cien personas. Los demás se marcharon, se establecieron en otros lugares.

—¡Santo cielo! —exclama Sara—. Rezaré por ellos.

—Di a luz a nueve hijos. Ahora están todos allá arriba en esa colina y sus almas han subido al cielo. Su padre está en la cabecera, más cerca de la tapia de piedra. Todavía lo veo bendecir los alimentos con su pipa de arcilla asomando del bolsillo.

Sara se imagina a los niños enterrados bajo las azucenas de la ladera, y de repente, de manera espontánea, la asalta una visión de Kathrijn amasando en la cocina con el pelo recogido y una mejilla manchada de harina. Una buena ayudante a la hora de la comida, recuerda Sara, sabía echar tortitas a la sartén humeante sin quemarse.

—Ni uno solo de ellos recibió un funeral y un entierro como es debido — cuenta la mujer—. Cerca del final, se amontonaban los cadáveres víctimas de la peste y se quemaban las pilas de ropa contaminadas. El sonido de todo un pueblo que había sucumbido a la enfermedad, las toses como una bandada de

aves salvajes lastimeras. –Apretándose el pecho con una mano contiene un sollozo.

–Yo perdí a una hija a causa de esas mismas fiebres –dice Sara–. Me es imposible imaginar ese dolor multiplicado por nueve o diez.

La mujer aparta la vista del fuego, con una expresión en los ojos ya más centrada.

–¿Cómo se llamaba?

–Kathrijn.

–¿Y fue rápida su muerte?

–Primero tuvo ataques sucesivos y luego le sobrevino de golpe. Recuerdo la primera tos. Ella dormía en el desván, y yo, en mi cama, escuchaba los sonidos de la casa. Era una tos débil y áspera, como si tosiera contra una almohada, temiendo que yo la oyera. Horas antes de su muerte me quedé allí sentada y le pedí a Dios que me llevara a mí. Tenía tanta fiebre que le entraban arranques de risa, y el rostro le ardía por la enfermedad y la vergüenza, como si ella fuera la culpable de su estado, como si hubiera contraído el mal por caminar descalza. –Sara percibe el temblor en su propia voz y respira hondo–. Siempre andaba descalza por la vieja casa, una vivienda con corrientes y suelo de piedra. Tenía siete años, casi ocho, y yo ya no podría tener ningún otro hijo.

La mujer apoya su mano encallecida en la de Sara.

–Perdonadme –se disculpa Sara–. No tengo derecho a imponeros mi carga.

–No es una cuestión de derechos, *meisje*.

Siguen comiendo el guiso en silencio.

–¿Cuántas hijas tuvisteis? –pregunta Sara.

–Tres, incluyendo la primogénita. Tenía dieciséis años, y la cortejaban los chicos del pueblo. Mi marido no paraba de encontrar cintas atadas al poste de la cerca, señales secretas de promesas de amor.

–A Dios gracias, nosotros nunca tuvimos que pasar por eso –comenta Sara. Piensa en Kathrijn, medio marimacho, medio fregona, trajinando por la casa con su delantal y reprendiendo a Barent si dejaba las botas junto al fuego. Cuando oscurecía, seguía siendo niña a causa de las pesadillas. Se pregunta cómo se habría suavizado o endurecido Kathrijn al llegar a la vida adulta, qué clase de jóvenes habrían ido a atar cintas al portal en plena noche. Pero esas especulaciones terminan siempre en tristeza y recriminación, como si Kathrijn hubiese sido abandonada a un destino peor que la muerte. La visión

siempre acaba en su casa de Ámsterdam, con las ventanas cerradas y los fuegos apagados, el abrumador olor de las cenizas, y Kathrijn viviendo la eternidad como niña en la casa vacía, esperando allí sola a que los demás vuelvan.

–¿Estáis bien, querida? –pregunta la mujer.

Sara aparta la mirada del débil fuego bajo el caldero.

–¿Desaparecerá algún día? La angustia.

–Jamás, por lo que yo sé. Solo espero que los muertos se sientan mejor que yo al respecto. –Se levanta pesadamente y se acerca al caldero para revolver el guiso.

Sara se da cuenta de que la mujer está agotada y que desea quedarse sola otra vez. Toma un último bocado del guiso y recobra la compostura. En el interior de su cabeza pliega la casa vacía y a su inquilina de siete años como si fueran un mapa. Se pone en pie y devuelve el cuenco a la mujer.

–Perdonadme, no os he preguntado cómo os llamáis.

–Griet.

–Muchas gracias por vuestra hospitalidad y vuestras palabras. Si no tenéis inconveniente, desearía dibujar el pueblo para luego hacer unas pinturas. Quizá vuelva una o dos veces. ¿Podrías enseñármelo en mi próxima visita?

–Con mucho gusto –contesta Griet.

Desandan el camino por las habitaciones ruinosas, percibiendo el aroma embriagador del musgo en las sombras vespertinas. Sara se despide y se encamina hacia los campos. Ve a Tomas, que le hace una seña desde la orilla del río, la caña de pescar en alto.

Manhattan

Octubre de 1958

A Ellie ni se le pasa por la cabeza que Jake Alpert la está cortejando hasta que le entrega la lista de pinturas. Se ha pasado una semana investigando las obras de pintoras barrocas holandesas y flamencas en colecciones privadas y las ha reducido a solo cinco. Una de Ruysch, una de Leyster, una de Clara Peeters, una de Van Oosterwyck y la de De Vos. Anotó *En el linde de un bosque* y la tachó al menos una docena de veces. Se imaginó a Gabriel con una gabardina mojada y la pintura robada bajo el brazo, reuniéndose con Jake bajo el reloj de la estación de Grand Central: una escena salida directamente de una de las novelas de espionaje baratas de Gabriel. La pintura no puede venderse en una subasta, así que, supone ella, está destinada a cambiar de manos mediante una transacción en la sombra. Una parte de ella es capaz de imaginar a un viudo extrañamente reconfortado por esa representación: una niña a la orilla de un río helado, el mundo suspendido y amplificado por el frío. Es inaccesible y está afligida, pero también, le parece a Ellie, en eterna espera, una testigo pasiva del mundo de los vivos. Finalmente sí incluye el título de la pintura en la lista que lleva a su almuerzo con Jake un viernes. En el metro, desliza los dedos por los bordes del papel. En el primer túnel, al taponársele los oídos y aparecer su reflejo repentinamente en el cristal ennegrecido, como un daguerrotipo de expresión triste de otro siglo, siempre tiene la sensación de ser engullida por la estridente oscuridad. Se pregunta si suele ofrecer ese aspecto de sobresalto e inquietud, o si es que ahora está nerviosa por el encuentro con Jake. ¿Se ha vestido para una cita o para una reunión con un cliente con motivo de un encargo de restauración? La falda a cuadros parece indicar esto último, pero la blusa es un poco vaporosa, piensa, de manga corta y escotada. Se abotona la rebeca e intenta adoptar un semblante más alegre en el reflejo sin llamar la atención.

Han quedado en un restaurante español de Midtown, donde los camareros son hombres entrados en años de ralo cabello blanco, peinado hacia un lado para disimular la calva, con delantales también blancos bien planchados. Como siempre, Jake viste de manera impecable, con un terno acompañado de una corbata de color burdeos y un maletín de cuero marrón. Cuando la saluda, se inclina para darle un beso en la mejilla, y ella percibe su olor a maleta antigua y jabón de manos. Es un gesto extraño, piensa, ese primer beso en la mejilla, íntimo y formal al mismo tiempo. Recuerda su semblante serio en el vagón y se le escapa una sonrisa. Se sientan y hablan de trivialidades durante unos minutos, del tiempo y los viajes de Jake por España, antes de que él pida para los dos.

En voz baja y respetuosa, dice al camarero:

–*Gazpacho para dos*,^[2] y después una paella de marisco para compartir. ¿Podríamos tomar también un rioja?

Ellie piensa que hace uso de unas pocas palabras en español para alardear, pero le gusta el hecho de que intente impresionarla. El camarero les lleva un rioja en una licorera que tiene una apariencia vagamente institucional –un recipiente cónico con un asa transparente– y les sirve vino.

–¿Siempre pides para toda la mesa? –pregunta Ellie.

Jake extiende la servilleta en su regazo y alza la vista lentamente para mirarla.

–Ah, lo siento. Ha sido una presunción por mi parte. Una vieja costumbre.

–No te preocupes. Parece que sabes qué hay que pedir. ¿Venías aquí a menudo? ¿Con Rachel?

–Aquí no, pero sí a otro restaurante español cerca del parque. Nos enamoramos de la comida española cuando estuvimos de luna de miel en Barcelona.

Beben vino. Los vasos bajos y anchos le recuerdan a Ellie a los vasos para el agua que su madre tenía en la encimera de la cocina.

–Te he traído la lista de pinturas –dice. La saca del bolsillo y la deja en la mesa–. Está un poco arrugada.

Él tiende la mano para cogerla.

–Parece un trabajo hecho con cariño.

Ella lo observa recorrer la lista con la mirada, primero hacia abajo y luego otra vez hacia arriba.

–Gracias por prepararla.

–Hacer la lista es la parte sencilla. Encontrarlas ya es otra cuestión. Pero puede que un buen marchante tenga alguna pista. Consulté registros de subastas y museos para asegurarme de que siguen en manos privadas.

–¿Cuál es tu preferida? –pregunta él.

–Hace un año te habría dicho el Leyster, *Una partida de naipes*. La mujer está en pie de igualdad con los hombres, compartiendo una broma soez. Mira hacia atrás por encima del hombro y sencillamente deja que las cosas sigan su curso. En cierto modo, se encuentra al frente de la situación.

Él reacomoda los cubiertos para colocarlos paralelos al plato.

–¿Y ahora?

–Es el De Vos. Sin duda.

–¿Por qué?

Ellie sospecha que está coqueteando, pero también sabe que tiene un largo historial de errores en la interpretación de las señales de los hombres. En Londres, hubo una serie de citas fallidas con compañeros de las clases de restauración. Necesitó salir tres veces con un chico aristocrático de Yorkshire para darse cuenta de que había confundido su amaneramiento con modales refinados y de que en los restaurantes se comía con los ojos furtivamente a los camareros italianos.

Aparta todo eso de su cabeza y se centra en la pregunta.

–Es una obra absolutamente única. Un paisaje de una pintora barroca. Las personas aparecen representadas con detalles propios de un retrato. Es la única obra atribuida a ella.

–¿Qué se sabe de su vida?

–Nada con certeza, pero perdió una hija a causa de la peste, y su marido se arruinó. Eso está documentado.

–¿Y dónde está? ¿La pintura?

–Es difícil saberlo. Sospecho que lleva varias generaciones en la misma familia.

Llega el gazpacho, y Ellie espera que él no le salga con un comentario condescendiente del estilo «Verás, esto es una sopa fría». Eso lo estropearía todo, envenenaría el coqueteo, si es que lo hay. Ella ni siquiera tiene claro que él la atraiga. ¿Huele como una maleta vieja y a jabón Ivory? Y en caso de que así sea, ¿podría eso inducirlo a ver en él algo más que a un pariente muy viajado, un tío que está de visita? Le gustan sus manos, la forma en que caen los puños franceses de la camisa sobre la parte huesuda de sus muñecas sin

vello. Tiene en los ojos una expresión amable y vital y una sonrisa un poco pícaro. Pero parece creerse con muchas prerrogativas, piensa, un hombre que nunca ha conocido la necesidad.

–Fascinante –dice, y toma una cucharada de gazpacho–. ¿Lo has visto?

–No –contesta ella. Remueve un poco la superficie del gazpacho con la cuchara, consciente de que él la observa–. Aunque me encantaría verlo. No diría que es una pintura famosa en el mundo del arte. Es más bien un clásico de culto. Un enigma.

Ellie se sorprende de lo poco que le cuesta mentir, aunque sabe que la verdadera revelación es la propia lista. Un día, pasados muchos años, si su tesis se convierte en libro, Jake Alpert podría tropezarse con el texto, leer el capítulo sobre De Vos y descubrir que en su día ella le escondió algo. Al pensar en su futuro, tiene la sensación de que una soga le rodea la cintura, un lazo cada vez más tenso en torno a las costillas. Toma un sorbo de vino y se concentra por un momento en el gazpacho para poner en orden sus ideas.

–Oye, esta tarde no trabajo, y he pensado que tal vez te apetecería ir al cine –propone él.

Ellie deja la pregunta suspendida en el aire demasiado tiempo, de modo que cuando contesta, la respuesta parece calculadora más que entusiasta.

–¿Qué hay en la cartelera?

Él se limpia los labios con la servilleta, quizá un poco decepcionado.

–Pasan una película de Fellini en el cine Paris, *Las noches de Cabiria*.

Ellie deja la cuchara en la mesa.

–En realidad, no entiendo a Fellini. Siempre tengo la sensación de estar viendo el sueño demencial de otra persona en blanco y negro.

Marty se echa a reír.

–Es un alivio, la verdad. Intentaba darme aires de hombre más culto de lo que soy. Rachel siempre me llevaba a rastras, y yo la complacía. ¿Y qué tal *Gigi*?

–¿El musical?

Él asiente con la cabeza.

–Eso puede ser divertido.

Acaban el gazpacho, y llega una gran paella con colas de gamba y almejas asomando entre el arroz de color azafrán. El camarero les sirve y les vuelve a llenar los vasos de vino, y Ellie oye a Jake susurrar «gracias»,^[3] una afectación que se ha convertido en un detalle encantador en el transcurso de

una hora.

Cuando salen del restaurante, cae un aguacero, y Jake, por supuesto, lleva un paraguas plegable en el maletín. Ella se agarra a su brazo y camina bajo el paraguas abierto. Preocupada por el aliento a ajo de la paella, intenta hablar por la comisura de los labios, vuelta hacia el lado contrario. Él camina del lado del bordillo, otro detalle, como el beso en la mejilla, que trasluce caballerosidad y rancio abolengo. Llegan a Broadway, donde un cine que atraviesa tiempos difíciles todavía pone *Gigi*, y los carteles descoloridos del vestíbulo lo demuestran. Jake compra las entradas. Entretanto, Ellie, de pie en el bordillo de la acera, alargando el cuello para contemplar la fachada *art déco* con sus leones dorados y las baldosas con galones pintados, piensa que ahí está la vida inventada sobre la que ha escrito a sus padres. Almuerzo en un restaurante español, vino en una licorera de cristal, un viudo rico llevándola al cine en la primera sesión de una tarde lluviosa de un día laborable. De pronto su vida parece interesante y plena, como si un barniz hubiese insuflado color a una capa inferior apagada.

Jake regresa con las entradas y dice que está a punto de empezar. Entran en el vestíbulo amplio y oscuro, con olor a moho, donde hay una alfombra roja deslucida, lámparas colgantes y un puesto de refrescos sin vida, bañado todo ello por un resplandor de quince vatios denso como la niebla. A Ellie le encanta todo en ese lugar. Compran una bolsa de palomitas para compartir y dos coca-colas y entran en la sala. Allí, unas cuantas personas ven tráileres de futuras películas en la luz subacuática, las cintas de color blanco azulado del proyector ondean por encima de sus cabezas. Ocupan unos asientos situados hacia la mitad, disponen de toda una fila para ellos solos. Él coloca las palomitas de maíz entre ambos y las sujeta para ella en el brazo del asiento. Cuando empieza la película, Ellie se siente atrapada de inmediato por el vestuario, los decorados y la música. París bajo una luz moteada, las clases altas frívolas con el matrimonio y serias con el amor, Maurice Chevalier bailando con un canotier y un traje azul pastel. Ella sigue vagamente la trama subyacente a toda la elaboración musical y visual –la chica aleccionada para la vida de cortesana, las opciones mediocres que se despliegan ante ella–, pero los temas más lúgubres parecen una distracción, los pilares bajo un puente hermoso. Jake le roza la mano varias veces sobre el borde de la bolsa de palomitas, y ella se pregunta si sus atenciones son el mero fruto de la soledad, un viudo que vuelve a entrar en la refriega con una mujer más joven.

Se dice que no se ande con presuposiciones, que hacer compañía a un hombre no es lo mismo que ganarse su interés, idea que se asemeja a algo que le dijo su madre una vez. Y ahora que lo piensa, ¿cómo se las arreglaban para hacer el amor Bob y Maggie Shipley, teniendo en cuenta que su padre pasaba las noches en su barco? En la pantalla, Gigi coquetea y bebe champán con un hombre mayor, aparentemente ajena a su embriagador encanto sexual.

Cuando acaba la película, Marty la mete en un taxi y paga al taxista, y ella no protesta. Él vuelve a besarla en la mejilla, le da las gracias por la lista, le pide que le mande la factura y, acto seguido, ella se encuentra viajando bajo la lluvia camino de su casa, las imágenes residuales de la película y las melodías en su mente, una cálida impresión de estar flotando que siempre la invade después de una buena sesión vespertina, la sensación de caminar despacio hacia un mundo cotidiano y sus exigencias. Espera que el taxista no le dé conversación, y él no lo hace. Brooklyn es gris y envolvente, el ronroneo de los neumáticos en la calzada, los amarillos de los faros. Incluso su apartamento, cuando llega a casa, se le antoja más suave y menos desordenado. Se dice que sí ha sido una cita y pone el hervidor al fuego. Mientras espera a que el agua hierva, corre a su dormitorio y abre el armario. El De Vos –ahora en la lista de Jake Alpert– se ha trasladado recientemente a su apartamento, esta vez en una caja hermética. Surgieron ciertas complicaciones en el almacén de Chelsea y con la llave de la panadería, según le dijo Gabriel, pero la venta era inminente, de eso estaba seguro. Ellie supone que todo forma parte del esfuerzo de mantener su inventario en movimiento. Lo pone en la cama. Es increíble, piensa, cómo las pinturas atrapan la luz y el tiempo. El padre Barry lo llamaba «luz estelar», el tránsito de los pigmentos en el lienzo a lo largo de los siglos. Sintiendo inspirada por un momento, va a la mesa donde está la máquina de escribir y empieza a anotar en un cuaderno unas cuantas ideas para la tesis. Necesita un capítulo sobre la Guilda de San Lucas y el modelo de aprendizaje.

Cuando suena el teléfono, Ellie sabe que es Jake Alpert, porque nadie más la ha llamado desde el verano, desde que Meredith Hornsby la emplazó en el campus para intimidarla. Decide dejarlo sonar cuatro veces antes de descolgar.

–Me lo he pasado muy bien –dice él–. ¿Has estado alguna vez en los Claustros? He pensado que podríamos ir el domingo por la tarde.

Por primera vez, Ellie da rienda suelta a su imaginación y ve un montaje en

Metrocolor de su nueva vida sentimental. Quedarán para tomar una copa en el Oyster Bar de Grand Central, y ella lo acompañará a visitar el Frick. Luego harán un pícnic en el parque. Se cortará el pelo para tener aspecto de persona mayor, se pintará los labios en pleno día, aprenderá a preparar huevos Benedict. Se mudará a Manhattan y empezará a leer por placer e irán a salones de baile. Todos los colores en esta visión son lechosos y desvaídos, suavizados no por la lluvia sino por una delicada bruma azul. Es una combinación entre Rembrandt y Metrocolor. Ve cobrar forma a la nueva paleta, el principio de la vida sobre la que ha estado mintiendo en sus cartas durante años.

–Me encantaría –contesta–. Me parece una idea fabulosa.
No recuerda haber usado antes la palabra «fabulosa».



[2] En español en el original. (*N. de los T.*)

[3] En español en el original. (*N. de los T.*)

Sídney

Agosto de 2000

Marty atraviesa el campus con andar vacilante. Lleva en los bolsillos del chaleco de monte dólares australianos en monedas y billetes, mondadientes, una bellota y un tubo de antiácidos. El dinero de esa gente tiene algo que le gusta: esa apariencia de antiguas monedas de oro de la zona fronteriza, los colores estridentes y los motivos de la naturaleza en los billetes, los animales de aspecto extraño en el escudo de armas. Es fácil que a uno le guste Sídney, y Marty lleva varios días paseando a pie y en taxi con un plano de bolsillo. Las visitas turísticas nunca han sido su fuerte –eso quedaba siempre en manos de Rachel–, pero le complace adentrarse en una ciudad desconocida con pocos medios para orientarse, explorar la cuadrícula de calles o los tortuosos callejones y ver adónde lo conducen. Durante dos días ha deambulado por el Distrito Financiero Central y por los frondosos alrededores de la ciudad, con sus casas de piedra arenisca de estilo georgiano y sus construcciones de ladrillo rojo de posguerra, a orillas de calas pobladas de maleza y por los manglares próximos al puerto. Tomó el trasbordador de Manly, ida y vuelta, y vio el azul acerado del Pacífico a través de las fauces de arenisca de los cabos Norte y Sur. Comió una hamburguesa con huevo en lo alto de un monte por encima de Bondi Beach, acompañada de un batido de plátano muy líquido que se le antojó tan exótico y raro como la tapioca. Al andar le flojean las rodillas y arrastra un poco los pies, pero consigue avanzar a unos tres kilómetros por hora, el ritmo que recomienda su médico. Cuando se cansa, para un taxi y, en el trayecto, hace anotaciones en su pequeño cuaderno Moleskine. Cuando aún conducía, antes de cumplir los setenta, adoptó la costumbre de leer los nombres de las calles y los letreros comerciales en voz alta, con un tono de perplejidad en la voz, como si le pareciera un disparate ponerle a algo nombres como Dick's Accessories o

Krumholz Drive. A Rachel eso la sacaba de quicio, y se acuerda de ella cuando, sin darse cuenta, empieza a hacerlo en el asiento trasero de un taxi, desconcertado por las palabras aborígenes: *Woolloomooloo*, *Woollahra*, *Kirribilli* y sabe Dios qué más. Los taxistas lo miran inexpresivos o dejan escapar una risotada benévola.

La Universidad de Sídney es de estilo catedralicio, a la manera anglicana, un conjunto de ventanas de cristales emplomados y obra de mampostería de color trigueño. Percibe resonancias de Cambridge y Oxford, de la imperiosidad británica. Escruta el plano del campus que le ha entregado un vigilante de seguridad en la entrada principal. Varios círculos concéntricos trazados en rotulador amarillo indican dónde está el auditorio, porque los viejos y los enfermos necesitan un poco de ayuda extra. Esta mañana temprano ha pedido a una de las recepcionistas del hotel que le ayude a hacer una búsqueda por internet en el centro de negocios. Le ha explicado que algo entendía de inventos como el aparato de radio y el marcapasos, pero la World Wide Web era para él un mar de ruido blanco. Siguiendo sus indicaciones, la mujer ha accedido a la página web de la Universidad de Sídney y ha localizado el perfil docente de la profesora Eleanor Shipley, junto con los horarios de sus clases y la ubicación de los edificios. Marty ha evitado a toda costa la fotografía de su perfil docente, porque la primera vez que vea a Ellie en el nuevo milenio quiere que sea en persona.

Solo cuando se aproxima al aula le entran dudas. Rara vez piensa en la muerte, pero cuando lo hace, normalmente es en el contexto de la inoportunidad: un ictus a diez mil metros de altitud, un infarto en la silla de la barbería, un fatídico ataque de colitis en el banco de un parque en el extranjero. En gran medida dejó de viajar al extranjero en consideración a los futuros desconocidos que acaso un día lo encontraran manchado y difunto junto a uno de sus monumentos nacionales. Lo que ahora piensa es que no vivirá mucho más tiempo, y este es un recado que siempre ha tenido la intención de hacer: una cancelación de deuda en el libro del arrepentimiento. Se sienta a recobrar el aliento antes de entrar en el aula. Sea cual sea el derrotero que ha tomado la vida de Ellie, sabe que esto será una intrusión. Aquí viene Marty de Groot, la bola de demolición del pasado.

Recorre con la mirada los setos y las fachadas de los edificios en busca de augurios y presagios, de señales de aprobación cósmica. Con la edad, sus supersticiones han sido cada vez más místicas y apocalípticas. A los cuarenta

y tantos años, durante un breve tiempo, tuvo la certeza de que la desaparición del cuadro lo había librado de la gota o la muerte prematuras, de que sus antepasados habían vivido bajo una maldición por la presencia de esa pintura. Esa teoría se vio refutada cuando la recuperó. No solo ha vivido hasta pasados los ochenta, sino que, además, su matrimonio perduró y disfrutó de décadas de relativa felicidad. Si no una felicidad real y duradera, sí al menos cierta satisfacción mantenida a flote por algún que otro momento de tonificante placer. Aun así, a pesar de todas esas pruebas inductivas que desmienten la incidencia en la familia de cataclismos inefables, siempre ha mantenido un cuadrante de su pensamiento reservado a las señales del mundo que vaticinan la perdición. La esfera de un reloj digital con tres cifras idénticas alineadas anuncia mala suerte para el resto del día; una bellota en el bolsillo previene el riesgo de ser víctima de un rayo; apartar la mirada cuando pasa una ambulancia con la sirena encendida previene la posibilidad de sufrir una lesión fatal. Nunca ha matado una abeja que entre en casa porque sabe que eso invita a un desconocido conflictivo a presentarse ante su puerta. Sabe que todas estas creencias son irracionales, comprende que se elevan a través de la capa de tinieblas primigenias enterradas bajo el hipocampo, pero eso no impide que dirija sus pensamientos hacia el infortunio. Así que, mientras mira en dirección al aula, aguarda una señal, el permiso para entrar. Al cabo de un rato aparece en forma de dos estudiantes que van camino del edificio, dos chicas con bufandas de colores vivos cogidas de la mano y charlando animadamente sobre algún escándalo. Marty no recuerda que las chicas fueran de la mano durante su etapa universitaria, pero se advierte tal expresión de buen humor en sus rostros, tal camaradería encendida bajo sus mejillas en esta tarde borrascosa, que se convence de su misión. Se levanta y, tras la estela de las dos jóvenes, entra en la fría oscuridad del edificio, cruza el suelo encerado y penetra en el interior del auditorio. Recibe unas cuantas miradas de estudiantes universitarios que visten ropa raída y que a él le parecen adolescentes. Se sienta en la última fila y busca alivio a la desazón con un antiácido.

Marty la ve por primera vez en más de cuarenta años al otro lado del valle de asientos de madera en pendiente. Se la ve menuda allí abajo, de pie detrás del atril, el pelo largo y totalmente canoso, recogido por encima de las orejas al estilo de las académicas, archiveras y poetas feministas. Marty piensa en la anticuada palabra «agraciada» cuando se aplica a las mujeres. Ellie viste de

colores azul marino y crema, con una falda de lana y botas de caña alta y un collar de cobre que parece de otra época. Al inclinarse contra el atril, levanta una bota y, apoyándola en la puntera, mira a sus alumnos harapientos. Cuando empieza a disertar, salta a la vista lo cómoda que se siente ahí delante. Habla de los Vermeer en tonos íntimos, como si se refiriera a un correligionario, a un confidente que ha hecho una peregrinación para descubrir esos misterios. Una clasicista de lo más entretenida, piensa Marty, la persuasión de la poesía mediante el paso de la luz. Algo sobre el *tronien* y la persona inventada. Muy interesante.

Dos días después de su encuentro con Helen en el estudio de conservación, Ellie imparte una clase sobre Vermeer y su uso de la luz. Esta parte de su curso sobre el Siglo de Oro holandés siempre coincide con el pleno invierno en Sídney, cuando en el mar la luz desciende baja y oblicua desde el norte. A modo de tarea, siempre encarga a sus alumnos que se fijen en los rayos inclinados del sol invernal proyectados sobre la piedra arenisca victoriana por las tardes, o la luz rojiza, casi rosa, que reverbera en el Pacífico por las mañanas. Deben llevar un diario de sus observaciones –un diario de la luz–, pero en su mayoría son ciegos a las sutilezas de la iluminación. Es como si percibieran los latidos de su corazón o su respiración por primera vez. No aprecian los tonos ambarinos del monte de matorral de Sídney en verano, ni la cálida y sombría luz de la ciudad en invierno, porque dan todo eso por sentado. Así que inicia su clase poniendo varios Vermeer en la pantalla del proyector del auditorio y les muestra la caída de la luz.

–En *La tasadora de perlas*, somos espectadores del paso de la luz. Según Arthur Wheelock, la luz se derrama desde la ventana, por detrás de la parte más gruesa de la cortina de color naranja. Se ve descender en cascada hacia la mesa, bañando el oro y las perlas. Paño azul, plegado en la sombra. La luz es septentrional y amorfa. Guía con delicadeza al ojo. Nuestra mirada se posa en su mano en el borde de la mesa, y luego sube por el brazo hacia la cara. Su expresión podría ser ensoñadora, los ojos vueltos hacia abajo, nada nos distrae del equilibrio entre sus dedos. Dice Wheelock que parece como si nunca fuera a moverse, y uno lo viera. Está suspendida en el tiempo. Vermeer quiere que creamos que la luz sigue entrando, que el meñique permanece

extendido.

Dirige la mirada hacia el auditorio, donde unos sesenta estudiantes de arte toman apuntes o hacen apartes o juegan con sus teléfonos móviles. Durante dos días ha tenido la sensación de ver su propia vida como una pintura en rayos X: las fracturas finísimas y las capas alabeadas que distorsionan la imagen superior. Ve su historia privada, las épocas personales y las etapas en ciudades extranjeras con un distanciamiento clínico y penetrante. Todo ello ha originado las grietas de la superficie, y es hora de asumir la responsabilidad de esos defectos. Anoche redactó dos cartas de dimisión, una para el museo y otra para la universidad.

El siguiente Vermeer que enseña a sus alumnos, *Una dama que escribe una carta*, irradia amarillo de plomo y estaño.

—Pensamos que su prenda es toda dorada y amarilla, atrapada en la luz de la ventana, pero el amarillo de plomo y estaño está solo en los toques de luz: una serie de brillantes invitaciones para el ojo. Casi toda la tela está amortiguada y cubierta de grises delicados. A su manera, Vermeer nos pide que completemos la pintura en nuestras cabezas. Pinta de una forma más sugerente que descriptiva... Nosotros somos quienes completamos la imagen.

En el auditorio asienten unas cuantas cabezas, un bolígrafo se apoya en un labio en actitud reflexiva. Ellie piensa en la nueva pintura de Sara de Vos, el funeral del niño, y en el hecho de que prolonga la vida de la artista más allá de lo conocido y documentado. Si hubiese tomado un poco más en serio a Hendrik, si hubiese mantenido el ego a raya, habría hecho detalladas preguntas sobre la procedencia de ese cuadro. Esa misma mañana ha pasado varias horas en una base de datos para investigadores en busca de alusiones a imágenes fúnebres en el catálogo del siglo XVII: había muchas, pero ninguna que coincidiera con la escena nueva. Al salir de la biblioteca, ha atravesado el campus hasta su despacho y ha escrito los borradores de las dos cartas en su ordenador, una dirigida a Max Culkins y otra al jefe de su departamento. En las dos cartas menciona las razones de su dimisión, pero se refiere a la transgresión como «un desafortunado desliz de conciencia moral» en lugar de falsificación deliberada. A modo de explicación, ha escrito: «Tenía veintiséis años y me engañaba sobre cómo funcionaba todo en el mundo, incluida yo misma». Sospecha que ha sido demasiado benévola consigo misma en esas cartas. La idea de que estén en su bolso bajo el atril, ya dentro de los sobres y

con los nombres de los destinatarios escritos, reclama su atención cada pocos minutos. Ha decidido no enviarlas hasta que devuelva personalmente la falsificación al archivo de Leiden y asuma la responsabilidad. Aunque le represente la ruina económica, les reembolsará lo que hayan pagado por la copia. Si mandara ya las cartas, Max Culkins no le permitiría acercarse a menos de un kilómetro de esas pinturas. Le quita un peso de encima saber que las cartas están escritas y los sobres cerrados.

Dirige la mirada a las pantallas del proyector.

–Ahora veamos *Mujer joven con sombrero rojo*, de Vermeer. El término holandés para esta clase de pintura es *tronien*. Se refiere a bustos o cabezas, y las figuras a menudo lucen exóticos sombreros o prendas. La persona suele ser inventada, más que representada. Esta es una pintura pequeña sobre tabla, y posiblemente sea de carácter experimental, realizada por Vermeer para perfeccionar el uso de pequeños puntos de luz desdibujados.

Un estudiante con gorro de lana alza la mano cerca de las primeras filas del auditorio.

–La mujer tiene la boca entreabierta. ¿Está a punto de decir algo?

–La boca entreabierta era una señal de disponibilidad sexual en la cultura holandesa de la época –explica Ellie–. Una especie de significante.

–Así que, básicamente, Vermeer tiene fantasías con ella –dice el estudiante. Recibe risas de aliento procedentes de las filas traseras.

Ellie está a punto de replicar cuando el acento estadounidense de un anciano atraviesa la semioscuridad desde la última bancada.

–El autor está proyectando en ella sus intenciones, eso sin duda, si es que ella existió, ya para empezar. Por cierto, chaval, no era mucho mayor que tú cuando pintó eso. Así que muestra un poco de respeto.

Es un deje de la Costa Este, piensa Ellie, probablemente de Nueva York o Nueva Jersey, la clase de acento que sustituye la hache aspirada por un sonido vocálico. Por unos momentos no relaciona la voz con sus recuerdos.

Los alumnos presentes vuelven la cabeza para ver quién ha puesto en su sitio al listillo con tanto regodeo. Ellie se pregunta si un profesor visitante ha querido asistir a su clase y nadie se ha molestado en avisarla. O quizá sea el nuevo rector de la universidad, un académico estadounidense con fama de disciplinario al que ella no se ha tomado la molestia de ir a conocer. Irrracionalmente, se pregunta si ha decidido pasar a escuchar una de sus clases antes de despedirla por mala conducta académica. Ve a un anciano con un

chaleco de color caqui que se dirige lentamente hacia la salida posterior. Intenta centrar de nuevo la atención en sus anotaciones para la clase y a continuación fija la mirada en el chico del gorro de lana.

–Toda forma artística contiene deseo. Vermeer simplemente es un poco más sincero al respecto que algunos otros.

En ese instante ve fugazmente el perfil del anciano cuando este cierra con delicadeza la puerta del auditorio. Es una cara que jamás podría olvidar, pese a lo transformada que está por la edad. Se queda en silencio detrás del atril por un largo momento. Finalmente pone en la pantalla una nueva diapositiva de Vermeer y se obliga a hablar sobre la luz.

Heemstede

Verano de 1637

Sara quiere ofrecer a los hijos de Griet un funeral como es debido, al menos sobre el lienzo. Pintar a la niña junto al río helado la había acompañado en su dolor, y se pregunta si puede ofrecer cierto solaz a Griet. Piensa en su escena invernal colgada sobre el escritorio de un comerciante o en una austera sala de estar, las mil horas dedicadas y el millar de matices salidos de su mano. Su finalidad nunca fue decorativa –por alguna razón, nunca la imaginó colgada en una pared–, pero los burgueses como Cornelis tenían por costumbre transformar los objetos del mundo. Una mortaja o un hueso humano llegados de Oriente se convertían en una curiosidad a la hora de la cena y tema para filosofar. Una ocasión para intercambiar comentarios. Se siente incapaz de pintar una imagen bien proporcionada de las ruinas en el ocaso. Se le antoja una mentira, una afrenta al suplicio de Griet.

Piensa en los retratos encargados con el fin de presentar a los difuntos ante una viuda: niños arrancados del más allá para sentarlos ordenadamente a la mesa de una cocina adornada con manzanas y cacharros de cobre; o el marido devuelto al mundo de los vivos, una mano sobre el vientre, exudando buena salud junto a la chimenea. ¿Por qué no reconstruir las torrecillas y las chozas con paredes de adobe? ¿Por qué no capturar la comitiva en su camino desde la iglesia al anochecer en pleno verano? Ve arder las velas detrás de las ventanas rosadas, los portadores del féretro arremangados avanzando lentamente.

Hace bosquejos al carbón, recompone las líneas y los dinteles, pero luego se ve incapaz de pintar la escena en un lienzo aprestado. Después de contrastar las proporciones y reconstrucciones con la maqueta a escala de Cornelis, se da cuenta de que el fallo está en la atmósfera, no en la composición. Pese a ser mediados de verano, la exuberancia del abundante

follaje resulta artificiosa y falsa. Le recuerda a una naturaleza muerta, a tulipanes estriados en un jarrón pintado, a cortezas de limón curvas contra la veta de la madera. Hermoso tal vez, pero también un insulto, piensa, a los muertos enterrados en la colina, al centenar aproximado de almas que deliraban a causa de la fiebre antes de exhalar el último suspiro en este mundo. No, tiene que ser invierno, los árboles deshojados, el río helado. No coincidiría con la estación de la peste, cierto, pero sí sería fiel a la desolación del espíritu. No cuenta a nadie qué está pintando. Según cree Cornelis, se trata de un paisaje estival con un pueblo pintoresco en el crepúsculo. Quizá eso es lo que Barent prometió mucho antes de la ballena y la manzana: el consuelo de la nostalgia al anochecer. Ella no se ve con ánimos de hacer eso.

Cada sábado regresa a los restos de la localidad y se sienta con Griet durante una hora antes de reanudar sus bosquejos. Tomas la acompaña en la carreta y ella se sienta a su lado en el pescante. Él se queda pescando en la margen del río hasta que ella está lista para volver a la finca. Sara lleva a Griet pequeños obsequios de la casa principal: pasteles de canela, almendras garrapiñadas y botellas de cerveza. Griet se queja de que semejantes lujos son un desperdicio con ella porque no sabe apreciarlos, pero siempre los desenvuelve con placer. Cuenta historias del pueblo. El bohemio errante que soplabla cristal, que un día rebasó las dunas y decidió quedarse. Los rituales de cortejo de los jóvenes, cómo solían encaramarse al tejado de la casa de una muchacha y prender una rama verde de la viga del caballete, o grabar el nombre de su amada en el tronco de un árbol, o escribirlo en la arena de la orilla del río con un palo.

—Todos los hombres eran aficionados al juego —le explica a Sara—. Apostaban por el resultado de un matrimonio o de una batalla durante la guerra con España, o si un hijo nacería varón, o si el río se helaría en inviernos sucesivos. Incluso llegaron a hacerse apuestas sobre quién moriría de la peste y quién sobreviviría. Se consideraba que un puñado de *stuivers* en el lecho de muerte ayudaba al moribundo a marcharse con buen humor y elegancia.

—¿Teníais seis hijos varones?

Griet asiente con la cabeza.

—El menor, Jakob, solo contaba seis años cuando partió de esta vida. Fue el último en irse.

Sara imagina la muerte del niño. Ve cómo cobra forma su representación

fúnebre. No hay en el mundo nada más siniestro que el ataúd de un niño.

Una tarde sube a lo alto de la vieja torre de piedra con su morral para contemplar la vista. Griet le ha contado que se construyó para el burgomaestre y los asuntos municipales, que antes, cuando el pueblo estaba en pleno apogeo, una campana avisaba de la inminencia de una tormenta y de las proclamas del pregonero. Cornelis la llama la Torre de Pesas y Medidas. La vista desde arriba es un círculo de árboles y, a un lado, una hilera de dunas herbosas, el río una cinta de color blanco de estaño bajo el sol. No hay una sola nube en el horizonte, el cielo está blanco como el yeso y el mar es una vaporosa línea azul en poniente. Sara imagina el paisaje en pleno invierno, sin gansos en la orilla del río, la luz difusa. Tomas la saluda con la mano desde los juncos, con la caña de pescar absolutamente quieta. Ella le devuelve el saludo, maravillada de lo pequeño que parece. A lo lejos, en dirección a la costa, ve el pólder verde y el sombreado resplandeciente de los canales de drenaje. Representará blanco y quebradizo todo lo que ve, transformará el cielo en una superficie de plomo fundido.

Saca del morral la cámara oscura; cae en la cuenta de que nunca ha pintado exactamente lo que ve. Sin duda, es lo que ocurre con toda forma de arte. El pintor ve el mundo como a través de la lente acuosa de un estanque. Ciertas cosas ondean y se distorsionan, en tanto que otras aparecen aumentadas y extrañamente nítidas. Rembrandt, el famoso hijo adoptivo de Ámsterdam, hace caso omiso de las sorprendentes novedades que surgen en torno a él: los mercados de animales exóticos en los muelles, los armadillos en jaulas de madera, el director húngaro al frente de una orquesta en una casa flotante iluminada con farolillos de papel. En lugar de eso, persevera casi siempre en el linaje ininterrumpido de los retratos y las pinturas históricas.

Sara no pretende pintar desde la perspectiva de Dios –eso sería un pecado de vanidad–, pero la altura confiere a la escena algo divino y omniscio. Coloca la cámara oscura en la repisa del parapeto de piedra. A veinte metros del suelo, se agacha para mirar a través de los orificios. El mundo parpadea, se divide en dos, luego retorna con marcado relieve. Todo converge hacia el pináculo de la iglesia en ruinas, y el punto de fuga traspasa el éter radiante del cielo. Mira a través de la cámara oscurecida y después dibuja unos trazos al

carbón en su papel. La cámara oscura tiende a estrechar la imagen, le permite ver sombras y líneas y el moteado de la luz del sol como pura geometría. El muro almenado junto a la iglesia se convierte en un collar de sombras alternas, trenzas de oscuridad y luz.

Cuando vuelven a casa en el pescante, Tomas se queja de que nunca pesca nada. Sostiene que el río es yermo solo en ese lugar, que las truchas nunca se agrupan en sitios mancillados. Cambiando de tema, le pide que le explique qué es la cámara oscura.

–Os he visto usarla en la torre –dice, sin apartar la vista del paisaje de última hora de la tarde, por encima de las cabezas de los caballos.

Tomas siente una curiosidad insaciable por todos los aspectos del oficio de pintor. Tensa y apresta los lienzos siguiendo las indicaciones de Sara, muele los pigmentos con el mayor cuidado, hasta la última esquirla de lapislázuli o copo de albayalde. Es igual de meticuloso con los caballos y las plantas, ha advertido Sara. Bajo sus manos de pulso firme, herrar los caballos o injertar un esqueje de rosal parece un acto ritual. En más de una ocasión, Sara se ha planteado pintar su retrato solo por capturar la seriedad juvenil de su mirada y la destreza de sus manos.

–Es un pequeño espacio oscuro. Imaginaos una habitación desde la que miráis el mundo exterior a través de un agujero en las cortinas corridas. Encuadra todo lo que hay a la vista, proyecta una imagen clara en la pared del fondo.

–¿Para qué se necesita?

–Para engañar a la vista. Uno mira el campo y lo ve todo unido. La cámara oscura os permite ver las formas y los colores aislados. Todo se capta.

Tomas reacomoda las riendas y reflexiona.

–Es como si la cámara en cierto modo mirara por vos –dice luego.

–Sí, eso es –contesta Sara animada.

–Me gustaría mirar por ella alguna vez.

–Cuando queráis.

Siguen adelante en silencio durante un rato. Las tierras pantanosas y los brezales sin cultivar en los aledaños del pueblo inducen a Tomas a hablar de todo el trabajo que tiene pendiente a lo largo del verano. A Sara le gusta el

sonido de su voz, pausada y cuidadosa. La poda de los setos y los frutales, la recogida de leña para el invierno. Las horas que pasa pescando son los únicos momentos en los que ella lo ve descansar; se le ve más a gusto en pleno trabajo cotidiano.

Cuando se acercan a la tapia de piedra en torno a la parte central de la finca, cambia de tono y pregunta:

—¿Qué ha sido de vuestro marido?

Sara lleva varios meses en Heemstede, y esa es la primera vez que alguien, aparte de Cornelis, le pregunta por Barent. Daba por sentado que su patrono había facilitado información suficiente sobre su situación como para acallar las habladurías y especulaciones entre el servicio.

—Perdonadme —dice Tomas al cabo de un momento—. No tengo derecho a preguntarlo.

—Nos empobrecimos mucho después de perder a nuestra hija. Él no podía ganarse la vida, y me dejó en la estacada.

Tomas se queda pensativo, desvía la mirada hacia un bosquecillo cercado de árboles bruñidos por la luz del sol septentrional.

—Eso no es un comportamiento honorable, si se me permite decirlo.

—Se os permite. Nadie me ha agraviado tanto.

Tomas detiene los caballos y se apea para abrir la verja. Cornelis insiste en que todas las verjas y puertas estén cerradas en prevención de las intrusiones de la naturaleza indómita: el viento, la humedad, los humores malévolos, los animales errabundos. Cuando se encamina hacia la verja, sin mirarla, dice:

—Me alegro de que hayáis venido aquí. Yo y todos los demás.

Sara sonrío para sí misma cuando él retira cuidadosamente el pasador de la verja.

Trabaja en el cuadro durante el resto del verano, creando un funeral pincelada a pincelada. Espera que en el ataúd del niño Griet vea honrado e inmortalizado a todo el pueblo. Teme enseñársela a Cornelis, porque sospecha que él querría una escena bucólica con ruinas o el pueblo reconstruido enclavado majestuosamente al pie de las dunas. Reformar las construcciones resulta la parte más fácil; ofrecen la certidumbre de las líneas rectas y la perspectiva rigurosa. La dificultad reside en los observadores

dispuestos en el río helado y el propio cortejo fúnebre. Representa a los lugareños en capas de pintura finas y traslúcidas, y se propone componerlos lentamente hasta conferirles todo su color y vitalidad. Pero una noche deja su trabajo por ese día y, al reanudarlo a la mañana siguiente, descubre un nuevo efecto. Los cuerpos y las ropas de los lugareños han adquirido un tono plata, ligeramente atenuado, absorbidos los pigmentos por el lienzo. Ha sido una deficiencia en el apresto y la pintura base del lienzo, ya sea por un error suyo o de Tomas, pero le agrada el efecto. Recuerda el cuadro *Paisaje de verano* de Van Goyen y se dirige a toda prisa a la *Kunstkammer* para volver a verlo. Cuando regresa a la buhardilla decide seguir añadiendo las capas subyacentes de los asistentes al funeral y los espectadores, pero no llegará a presentarlos de forma totalmente corpórea y opaca. Sus oscuras prendas invernales, sus manos y sus rostros serán un tanto transparentes, las líneas del paisaje apenas discernibles y, aun así, visibles detrás de sus cuerpos. Esos no son fantasmas, piensa, sino fruto del dolor inenarrable de una mujer.

Aunque solo ha trabajado en un único cuadro durante todo el verano, Tomas sigue preparándole lienzos cuidadosamente tensados y aprestados. Los prepara en las caballerizas y se los lleva de tres en tres o de cuatro en cuatro, dejándolos como una ofrenda bajo el alero de su taller en la buhardilla. Ella ha visitado varias veces las caballerizas y lo ha visto trabajar: de pie con sus calzones ante el caldero, hierve los pedazos de piel para convertirlos en cola, hasta que todo tiene la textura de la miel, y luego la extiende meticulosamente por el lienzo tensado con una espátula. Ella le enseñó el proceso solo una vez y le entregó una fórmula por escrito. Cuando él se la devolvió, ella comprendió que no sabía leer. Ahora ha preparado lienzos suficientes para trabajar durante todo un año sin interrupción.

La tarde que Sara termina la pintura fúnebre, él llama vacilante a su puerta y ella lo deja pasar. Al entrar, desviando la vista –nunca mira un cuadro a menos que ella lo invite a hacerlo–, coloca otros tres lienzos al fondo de la habitación.

–Me tendréis pintando durante el resto de la eternidad –dice ella.

–¿Están bien hechos?

–Perfectamente, pero ya no necesito más. Ahora os enseñaré cómo aplicar la pintura base.

–Me gustaría.

Ella se detiene ante la ventana, pincel en mano, y vuelve a contemplar la

escena fúnebre. Seca la punta del pincel en la manga de su blusón de pintora.

–Tomas, ¿seríais tan amable de acercaros y decirme qué pensáis de esto?

A él se le ilumina el rostro siempre que ella lo llama por su nombre de pila. Ella lo nota. Tomas se dirige lentamente hacia la ventana con el sombrero en la mano. Sara se sorprende al descubrir lo mucho que desea que a él le guste el cuadro y al percibir el retumbo de los latidos de su propio corazón en los oídos. Cuando Tomas se vuelve para mirar el lienzo, adopta una expresión grave y un sincero pesar ensombrece sus facciones. Acerca la cara para estudiar el trabajo de pincel, tal como ella le ha enseñado, y luego retrocede unos pasos para contemplar la pintura en su totalidad.

–Estaba pensando en enseñársela a Griet antes de presentársela al señor Groen. ¿Creéis que a ella le gustará?

Tomas tuerce el gesto como si se hubiera tragado una almendra amarga, y ella se teme lo peor. Ha bregado durante meses en un fracaso épico.

–No soy un experto.

–Tenéis ojos, ¿no? Tenéis corazón y espíritu. –Asoma a su voz un amago de exasperación.

Tomas le dirige una delicada mirada admonitoria y luego vuelve a centrarse en la pintura. La observa desde varios ángulos, ladeando cada vez la cabeza y mordiéndose el labio.

–Nos elevamos y miramos desde una gran altura –dice en voz baja–. ¿Cómo lo habéis hecho?

–Todos aquellos bosquejos desde la torre.

Él traga saliva y cruza los brazos ante el pecho.

–Siento el frío en las manos.

–¿Eso es lo único que tenéis que decir?

–Me educaron para sentir cosas sin expresarlas.

–Pero si yo os obligara a decir algo, ¿qué diríais?

De perfil, con la mirada fija en el cuadro, Tomas podría pasar por un hombre de oración.

–La hará llorar –dice él–. Es la pintura más hermosa y más triste que he visto en la vida.

Invade a Sara un sentimiento de ternura y gratitud hacia Tomas. Él se vuelve hacia ella y se sobresalta, como si viera algo nuevo en su mirada. Baja la vista al suelo y desliza la mano por la cinta del sombrero. A Sara se le ocurre por primera vez que quizá Tomas esté cortejándola, aunque

tímidamente, que todos esos lienzos son un ardid, dos docenas de excusas perfectamente planeadas para estar en su presencia. Siente bajo las costillas la tensión de la respiración contenida.

–¿Mañana empezamos las lecciones de pintura base, pues? –pregunta él.

–Sí –contesta ella–. Venid mañana y nos pondremos manos a la obra.

Tomas, exultante, reprime una sonrisa y, ahora con paso más airoso, se dirige hacia la puerta, sale y la cierra.

Manhattan

Octubre de 1958

Un mes de cenas, comidas, sesiones de cine a primera hora de la tarde y visitas a museos. Pero Ellie sigue confusa en cuanto a las intenciones de Jake hasta que él la invita a pasar un fin de semana fuera. En otoño, ella accede a ir en busca de antigüedades al norte del estado de Nueva York y pasar la noche en Albany. Jake queda en ir a recogerla a su apartamento el sábado por la mañana temprano, para poder llegar a las subastas patrimoniales y las tiendas de antigüedades antes del mediodía. Ha cambiado el tiempo: el veranillo de san Martín ha dado paso a unas mañanas frescas y unas noches frías. Ella se arrebujá en una bufanda y un grueso abrigo de lana. Mientras lo espera, vuelve a comprobar el equipaje y cae en la cuenta de que la maleta es demasiado grande para una escapada de fin de semana. El equipaje del tamaño adecuado se le antoja un despilfarro propio de la vida posuniversitaria, una orilla lejana hacia la que todavía está remando.

Jake llama a su puerta y, cuando ella abre, lo ve ahí con un cuadro enmarcado envuelto en papel marrón y cinta adhesiva.

–¿Qué es eso? –pregunta.

–Tu nuevo encargo. Necesita una buena limpieza y una restauración de imagen.

–¿Puedo echar un vistazo?

–Estará esperándote cuando vuelvas. –Le estrecha la mano y se inclina para darle un beso en la mejilla–. Tenemos que adelantarnos a las viudas de Albany. Llevan de pie desde las cuatro haciendo planes para el tradicional deporte sangriento de la compra de antigüedades.

Ellie sonrío y deja el cuadro junto a la puerta de entrada. Jake coge la maleta de Ellie y no hace ningún comentario sobre el tamaño, cosa que ella agradece. La precede al salir al rellano.

Junto al bordillo, su Citroën azul oscuro casi resulta burlón a la luz de la mañana: el capó inclinado y los faros lustrosos le dan la elegancia robusta de un tiburón. Ella se acuerda de los tiburones toro que a veces seguían al trasbordador de su padre por el puerto de Sídney. Hasta este momento han ido siempre en taxi, así que el descubrimiento del coche parece un hecho trascendental, como si de pronto viera una faceta nueva de Jake. Él deja el equipaje en el maletero y los dos suben al coche. Cuando arranca el motor, el Citroën se estremece y se eleva unos centímetros con un suspiro neumático. Ellie lo mira, y él sonríe.

–Lo llaman «arrodillarse».

Acto seguido Jake se calza unos guantes de conducir, da un leve bocinazo –suenan francés y nasal– y se ponen en marcha.

–¿Qué te parece el coche? –pregunta.

A Ellie le gusta la costumbre de Jake de pedirle la opinión acerca de todo, por más que ella no sepa nada de coches o música o de la mitad de lo que comen. Examina el salpicadero moldeado y el panel de instrumentos con sus indicadores finos como agujas y su cuentarrevoluciones en forma de esfera de reloj. El volante tiene un solo radio y el freno parece más un botón que un pedal.

–No sabría decir si lo ha diseñado un ingeniero o un director de teatro de vanguardia.

A él le gusta esta respuesta, piensa ella; la considera amable e ingeniosa.

–A los franceses les encanta un poco de teatro en sus automóviles – comenta él–. Ponen en ellos el alma. ¿Sabías que Citroën formó parte de la resistencia francesa durante la guerra? Vendieron camiones a los nazis, pero manipularon a la baja el indicador del aceite para que se les quemara el motor y se averiaran en el campo de batalla.

–Este coche empieza a gustarme.

Recorren la calle Treinta y seis para llegar a la autovía, dejando atrás la ferretería, la floristería cerrada y las escaleras de incendios herrumbrosas. Desde dentro del coche, Ellie no puede evitar sentirse como una aristócrata de visita turística en un barrio proletario. Él lleva unos mocasines de conducir, de la misma piel que los guantes de cabritilla y la correa del reloj: ella siempre se fija en su atuendo. En otro hombre esa clase de accesorios podría parecer propia de un petimetre, pero en Jake queda natural y masculino. A veces la forma de vestir y las afectaciones de Jake la inducen a

sentirse torpe y zafia, pero en general le complace observarlo hacer cosas con las manos: los gestos lentos y precisos, la manera desenvuelta de cruzar los brazos ante el pecho cuando la escucha hablar de cuadros. Ella mira por la ventanilla y ve a un hombre enjuto apoyado en un portal, su aliento condensado, mientras la luz del alba envuelve la calle en toda su extensión. Se acuerda de sus padres y sus abuelos, la miserable patulea de parientes en Dubbo y Broken Hill, la inverosímil circunstancia de que ella viaje en un Citroën con un americano de origen holandés, de sangre azul, que se llama Jake Alpert. Mientras la familia de él legaba a sus descendientes pinturas barrocas y rococó, la de ella legaba un juego de cucharas bruñidas de recuerdo, junto con una vitrina lacada colgada de la pared. El orgullo y la alegría de su madre, justo encima del fregadero y la vista de los depósitos de petróleo oxidados allí donde el río Parramatta desemboca en el puerto.

De camino al norte hablan de las hazañas y transgresiones de la infancia.

–Yo le daba al caballo de mi padre una manzana justo antes de que él saliera a montar los fines de semana –explica Jake–. A mí me aterrorizaban los caballos, así que necesitaba hacer acopio de valor solo para quedarme allí quieto con la mano extendida. Todavía recuerdo el roce de su hocico suave en la palma.

–El caballo era competencia directa –dictamina Ellie–. Querías que el animal, y por tanto tu padre, padeciera flatulencia de caballo. Tiene su lógica.

Él suelta una carcajada con toda naturalidad. Bajo el haz de luz del otoño, sus guantes de piel adquieren un color nogal.

–Cuando estudiaba en el internado –cuenta ella–, entraba a robar en las tiendas a la menor ocasión. Robaba piruletas, caramelos... y pilas. Tenía un transistor debajo de la cama y escuchaba un programa magnífico después de que se apagaran las luces, *¿Es nuestro?*, se titulaba. Ponían una pieza de música clásica de un compositor australiano sin decir su nombre y luego otra de un europeo anónimo. La gente telefoneaba para adivinar cuál era cuál. Casi siempre pensaban que la mejor era la europea.

–¿Qué indica eso de los australianos?

–Que no confiamos en nuestro propio talento. Que todo lo extranjero y exótico es automáticamente mejor y más refinado.

Avanzan entre el follaje dorado y rojizo de los Catskills y se detienen en pequeños pueblos con juzgados de piedra y cuarteles de bomberos de obra vista. En esa zona la gente viste de otra manera, advierte Ellie, los hombres

con sombrero y tirantes, las mujeres con vestidos de lana marrón. Hay glorietas pintadas de blanco para bandas municipales y sauces en amplias avenidas. El Citroën recibe alguna que otra mirada de los lugareños mientras se abre paso por callejuelas; un depredador alienígena de las profundidades en busca de subastas patrimoniales y tiendas de antigüedades en liquidación. Contemplan puertas y vitrales de iglesias antiguas y pilas polvorientas de alfombras persas. Ellie evalúa las obras de arte, pero casi todas son cuadros decorativos y de escaso valor: marinas, paisajes ribereños, retratos de párrocos severos y sus esposas aristocráticas.

Al mediodía ha subido la temperatura. Van al pueblo siguiente, la radio encendida, los cristales de las ventanillas bajados, Jake golpeteando con la palma de la mano enguantada el lateral del coche de un modo que lleva a Ellie a imaginarlo dando palmadas en el costado a un caballo.

En algún lugar a orillas del Hudson, entre dos pueblos, él dice:

–Estaba pensando en nuestra lista de posibles obras de pintoras holandesas. Creo que en primer lugar me gustaría adquirir ese único De Vos. ¿Verdad que estaría bien?

Ellie contempla el paisaje mientras atraviesan una hondonada boscosa, escrutando esa especie de crepúsculo de mediodía. El coche sale de la penumbra e irrumpe en el resplandor solar; luego se adentra en esas profundidades de color verde cúprico bajo los árboles. En un instante, la temperatura baja diez grados y luego sube otra vez cuando de pronto vuelven a la luz del día. Piensa en noches y días de diez segundos, en muertes en miniatura.

–Sí que estaría bien –dice ella con aparente despreocupación. En realidad se le hiela el humor y siente un ligero mareo. Es como cuando restauraba una pintura y, después de ocho horas seguidas de pie, de repente se le subía a la cabeza la acetona y el cansancio por el esfuerzo de trabajar de cerca, traspasándola como la hoja de un cuchillo—. Si la encuentras.

Jake desplaza la aguja roja del dial de la radio entre ráfagas de interferencias.

–He empezado a hacer averiguaciones discretas. He hecho correr la voz entre otros coleccionistas.

Ellie mira los árboles con los ojos entornados, desenfocando la vista para desprender los colores de sus formas. Traga saliva para que la voz no se le quiebre.

–Ese podría ser un encargo para mí, si tú quieres. Investigar en colecciones privadas y escribir cartas pidiendo información.

Sigue un largo silencio.

–Un «encargo» –dice él por fin, sin mirarla–. ¿A eso se reduce esto para ti?

Se produce un momento de quietud moteada mientras el aire entra a presión y con un silbido por las ventanillas abiertas.

–Espero que cuando acabe el fin de semana haya una factura desglosada. Mándamela a mi apartado de correos, ¿vale?

La sorprende la aparente malevolencia de ese tono de voz. Al doblar una curva, aparecen unos olmos en esquelético relieve y da la impresión de que el invierno ha bruñido ya la orilla del río. Ella tiende el brazo hacia él para tocarle la mano enguantada sujeta al volante y nota en la palma el calor que desprende el tejido. Se cuida de no darle palmadas, porque no quiere ofrecer consuelo ni adoptar una actitud paternalista.

–No es así como yo veo esto –dice–. Ya no.

Ellie retira la mano, pero las palabras aún arden en el aire entre los dos. No sabe si ha renunciado a algo o afirmado algo. La expresión del rostro de él se suaviza.

–Ha sido un comentario fuera de lugar –se disculpa–. Perdona.

–Ya me he olvidado. Ahora planeemos la estrategia para la comida –dice ella, en un esfuerzo por recuperar cierta ligereza.

Jake pisa el acelerador, y las revoluciones del Citroën suben a la siguiente octava en medio de un tramo de campos de color parduzco, las sombras ahogadas y violáceas en las laderas rocosas.

Se detienen ya tarde a comer en un restaurante que es la casa de alguien, una enorme mansión victoriana con mosquiteras en el porche. Es un establecimiento improvisado, con un salón de manteles blancos y, en el jardín trasero, mesas de pícnic y sillas de madera a orillas de un arroyo. Se sientan en el porche y comen bocadillos y sopa de pescado en una mesa de mimbre antes de retirarse a una hilera de mecedoras para que Jake pueda fumar. Ellie tiene la sensación de que algo ha cambiado entre ellos y se pregunta qué ocurrirá a continuación. La inescrutabilidad de los hombres, piensa, no tanto misteriosos como ininteligibles. Lo observa expulsar el humo hacia los árboles, su manera de estudiar las distancias medias como si su infancia estuviera allí mismo en el claro, como si el trompetista adolescente practicara escalas en el bosque. Es un melancólico como yo, piensa.

En el casco antiguo holandés de Albany, encuentran una subasta patrimonial en una casa de tres plantas que parece sumergida en media hectárea de musgo delicado. Es primera hora de la tarde, y ya se han llevado las mejores piezas. Guiándolos por un suelo de madera desnudo –un mismo comprador se ha llevado todas las alfombras–, un hijo o un sobrino del difunto les enseña lo que queda. Hay unos cuantos óleos del siglo XIX, todos muy empañados por el tiempo y el antiguo barniz de copal, varios aparadores cuáqueros y alacenas con porcelana, y un surtido de cachivaches, algunos apilados en cajas de cartón. Jake pregunta si pueden echar un vistazo por la casa, y el heredero les dice que no hay prisa. Suben al piso superior, donde las habitaciones son espaciosas y están blanqueadas por el sol, situadas por encima de las copas de los árboles. En un dormitorio enorme ocupa el lugar central una cama con dosel, una mole de hierro forjado y maciza caoba labrada.

–El lecho de muerte –susurra Jake a Ellie.

Ella descuelga de la pared un cuadro de un paisaje, examina las marcas y lo inclina bajo la luz. Le da la vuelta y mira el dorso, donde ve el estado del refuerzo del lienzo y unos signos de tiza azul de la casa de subastas que intenta descifrar.

Jake la llama al cuarto de baño contiguo, donde hay una bañera con patas en forma de garra, pequeños mosaicos blancos y tuberías de cobre vistas. El ambiente es de convalecencia, de baños de aguas mineralizadas calientes en tardes blancas. El doble cristal por encima de la bañera está resquebrajado y salpicado de diminutos remolinos de distorsión que deforman la vista del perfil urbano de Albany. Ellie desea decirle a Jake que la vista desde el cristal deformado le recuerda a *La botella de ron* de Picasso, porque sabe que a él le resultará gracioso. Pero se lo calla, y en lugar de eso se inclina hacia delante, con un pie dentro de la bañera, para que el cristal viejo combe las líneas del paisaje e intensifique los colores de la tarde. Cuando nota la mano de él en la cintura, lo primero que piensa es: Helo aquí.

–Ten cuidado –advierete él–, estos suelos parecen podridos, y esa bañera podría caer hasta el sótano de un momento a otro.

Pero la mano permanece allí cuando ella se yergue y se da la vuelta. De pronto se ve de pie dentro de la bañera parpadeando deslumbrada por la luz cubista de la ventana, ante Jake Alpert, que se inclina para besarla. Ha

elegido un momento extraño, piensa, percibiendo el leve olor a yodo y sales de baño. Esto forma parte de la inescrutabilidad, piensa, la ceguera absoluta de los hombres al sentido de la oportunidad.

El beso en sí es sobrio, casi platónico, pero Jake mantiene la mano apoyada en su cadera y el pulgar enroscado en torno al borde exterior del bolsillo de la falda, y tiran de ella hacia él.

–Me preguntaba cuándo iba a suceder –dice Ellie. Segundos después, añade–: Si es que sucedería.

Él retrocede lo suficiente como para verla mejor.

–Yo también.

Dejándose llevar por un impulso, Ellie apoya las manos en el suave borde de la bañera y se agacha. Se tiende boca arriba, totalmente vestida, el forro de raso de su abrigo en pronunciado contraste azul contra el esmalte blanco. Alza la vista al techo de estaño grabado y luego la dirige hacia la ventana. A continuación dice:

–Podrían suceder cosas peores que envejecer con una gran bañera a tu disposición. Cuando era pequeña, para escapar del ambiente familiar, me pasaba horas leyendo en la bañera. El año que cumplí los once allí estábamos las hermanas Brontë y yo, medio sumergidas. Las páginas se marchitaban tanto como se me arrugaban a mí los dedos de las manos y los pies. En mi cabeza todas las grandes escenas de la literatura aparecen acuosas, y se reproducen al son subacuático de los latidos de mi corazón.

–No sé si debería imaginarte desnuda en la bañera en tu preadolescencia.

–En eso te doy la razón –dice ella sin mirarlo.

Oyen pasos en la inestable escalera de madera, y ella le tiende la mano para que le ayude a salir. Se arregla la ropa y vuelven al dormitorio, donde un hombre y una mujer de mediana edad cruzan la puerta, con los abrigos doblados y colgados de los brazos; les sonríen a los dos educadamente.

–¿Han encontrado algo interesante? –pregunta a Jake el hombre.

–Seguimos buscando –contesta Jake.

Vuelven a salir al pasillo, y mientras bajan por la escalera, ella nota la presencia de él detrás y el contacto delicado de su mano en la espalda. Piensa: todo ha cambiado.

El hotel familiar en el que Jake ha reservado habitación es una casa de estilo Tudor grande y soleada al final de un camino sin salida. El proceso de registro es una mezcla de discreto interrogatorio y forzada conversación sobre trivialidades, el marido en mangas de camisa y la esposa con delantal. La mujer se pasa continuamente las manos huesudas por la pechera para sacudirse manchas de harina. Acaba de preparar una tarta con cerezas congeladas, les explica, lo que recibe un gesto de aprobación de su media naranja. Ellie piensa que el mundo está gobernado por las parejas, que las mujeres solteras destacan en el mundo académico porque las ha castrado el exceso de conocimiento y el placer de la lectura. El mundo pone en sus manos unos pequeños dominios a los que ya de entrada nunca les ha concedido demasiada importancia. Hay una sola llave de habitación en el mostrador, y Ellie fija la mirada en ella mientras la esposa informa de los horarios del desayuno y el inventario de juegos de mesa que encontrarán en el cuarto de estar. El marido se disculpa para ir a rastrillar las hojas caídas, y al cabo de un momento suben por la escalera. Cuando Jake abre la puerta de la habitación, ella ve que hay dos camas individuales, cada una bajo un alero, y eso crea cierta incomodidad. Él no parece darse cuenta. Ellie examina la habitación mientras Jake baja al coche en busca de las maletas. El cuarto de baño es un despliegue de toallas de mano de color lavanda y tapetes y apliques ornamentales; incluso hay una funda bordada que cubre la vulgaridad del rollo de papel higiénico de repuesto. Sale del cuarto de baño cuando oye que Jake ha vuelto a la habitación con el equipaje.

—Deshagamos las maletas y tomemos una copa de vino. ¿Qué te parece?

Ellie lo observa mientras coloca la maleta sobre una de las camas y la abre. En el interior forrado de seda ve todo lo que siempre ha sospechado sobre los ricos: numerosos espacios cuidadosamente organizados, una vida de ocio dispuesta en discretos compartimentos provistos de cremalleras con borlas. Una camisa a medida, un pantalón, unos calcetines plegados en torno a un par de mocasines italianos, un neceser de piel para el afeitado. Jake saca una botella de vino tinto añejo, envuelta en un jersey amarillo de cachemira, pero ella sigue contemplando el sanctasanctórum de su maleta. La de ella se parece vagamente a la maltrecha bolsa de viaje verde que tiene su madre en el armario junto con el vestido de boda plegado y con naftalina. Jake va al cuarto de baño a coger dos vasos del lavabo y procede a abrir la botella con

un sacacorchos que ha traído. A Ellie no le cabe la menor duda de que tiene su propio bolsillo específico en la maleta.

Coloca su maleta en la otra cama, pero se resiste a abrirla. Él le entrega un vaso de vino, e incluso ese gesto, beber un borgoña del 47 en vasos de agua, parece ensayado, como si ya lo hubiera hecho antes. Tal vez por eso a los ricos se les da tan bien el autodesprecio, piensa Ellie, porque compensa la perfección de su ropa, sus casas y sus vidas.

Se acomodan en los sillones junto a la chimenea y beben el vino.

–¿Quieres que encienda el fuego? –pregunta Jake.

–Todavía no. Tal vez debamos dar un paseo antes de la cena.

Ella se bebe el vino demasiado deprisa y nota que se le sonrojan los lóbulos de las orejas.

–Espero que no te importe compartir la habitación –dice él–. Las demás habitaciones están ocupadas.

–No pasa nada –contesta ella–. Tengo intención de colgar una manta a modo de tabique.

Se pregunta si él había concebido la idea de besarla en algún momento anterior, antes de esa tarde, a fin de allanar el camino para esta nueva intimidad.

–Puedo dormir en la bañera si quieres.

–Lo agradecería.

Jake posa la mirada en su vaso y sonrío durante el silencio anterior a otro sorbo.

Intentan hablar de los planes para la cena y de qué podría ofrecer una noche en Albany, pero la conversación decae en largos silencios. Ella se pregunta cómo abandonará Jake el sillón de un modo que resulte mínimamente elegante. Se levantará para rellenarle el vaso de vino y quizá luego, mientras se inclina para cogerle el vaso, la bese otra vez. Los novelistas tienen el mismo problema, piensa Ellie, Dickens y Austen y todos los que han venido detrás: cómo conseguir que la gente entre y salga de las habitaciones, se siente y se levante de las sillas. Los pintores no tienen ese problema. Sabe que llevan avanzando hacia eso desde hace meses –un resplandeciente camino de miradas e insinuaciones–, pero ahora que el momento ha llegado, la asalta una punzada de pánico.

Cuando por fin él se pone en pie, su segundo vaso a medio beber, no hay pretextos ni subterfugios. Se ve impulsado a abandonar su sillón mientras ella

construye una dispersa frase sobre las excursiones en coche de los domingos a las Montañas Azules. Es un gesto torpe, un impulso espontáneo, y casi vuelca su vaso en el proceso. A continuación, ella estira el cuello, incómoda, mientras él la besa desde arriba. Nota en su boca el aliento a vino y detrás de la cabeza la mano ahuecada de él con la alianza nupcial de la muerta. Nadie te enseña a devolver a un hombre el beso a la vez que intentas hacerle saber mediante alguna sutileza o telepatía que está desnucándote. Intenta ponerse en pie, pero él parece estar inmovilizándola. Al final, cuando el beso remite gradualmente, Jake introduce la mano bajo su blusa, forcejeando con los botones, y ella percibe el tamborileo de su propio corazón contra la palma de él. Una vez más, el sentido de la oportunidad masculino tiene algo de anómalo, algo de forzado y fuera de lugar. Para interrumpir el momento, le sujeta la muñeca y él pasa a quedarse un tanto laxo, se yergue y regresa a su sillón y su vino.

Estas incursiones eróticas –si es que van a producirse más– resultan agotadoras. Ella preferiría ir ya al grano, sin más. Apura la mitad de su segundo vaso de vino.

–Aquella primera noche en mi apartamento me preguntaste si tenía mucha experiencia con los hombres.

Jake aparta la vista de la ventana, pero no dice nada.

Ellie se obliga a mirarlo directamente.

–Pues lo cierto es que, si de verdad quieres saberlo, nunca he estado con un hombre. Al menos no debidamente. –Vuelve a tener once años, las manos arrugadas temblándole en la bañera mientras el señor Darcy baila con Elizabeth Bennet por primera vez–. Tú serás el primero.

Jake contempla la apretada trama de la alfombra en lugar de mirarla a los ojos, parpadea y asiente con sobriedad, como si acabara de recibir la noticia del fallecimiento de un pariente lejano.

–No tenía ni idea –dice a la vez que yergue el tronco en el asiento–. Pero tiene sentido. Nunca te has casado, así que...

La formalidad de Jake le cae como un mazazo, y la vergüenza la asalta en forma de náuseas repentinas. Tiene que tomar un sorbo de vino y dejarlo reposar en la lengua durante unos segundos antes de poder hablar. Con la mirada fija por detrás de la cabeza de Jake en el papel pintado de la pared, cada vez más oscuro, dice:

–La mayoría de las mujeres que conozco han perdido la virginidad mucho

antes. Llego tarde a... ¿cuál es la expresión?

–¿A las carreras? ¿A la fiesta?

–Una de esas cosas.

Una hendidura de oscuridad en la ventana. Ahora Ellie lamenta que no hayan encendido el fuego. Al menos los dos tendrían algo que mirar. Un persistente silencio vacía la habitación. Al final, ella dice:

–No tendría que haberlo dicho.

–No, no, me alegro de que lo hayas hecho. Significa mucho para mí.

Parece plantearse si añadir algo, pero sus pensamientos se diluyen, y de pronto, rascándose el cuello, mira por la ventana ennegrecida.

Ellie desea gritar. En lugar de eso dice:

–Creo que voy a darme un baño y adecentarme antes de la cena.

–Excelente idea –responde él–. Puede que yo me vaya a dar un paseo por el barrio. –Ayudándose con las dos manos, se levanta–. ¿Estarás lista dentro de media hora?

Los dos saben qué está preguntando, y Ellie se siente traspasada por la pregunta. ¿Es la suya una mirada de resignación o ternura? ¿Y por qué ella no es capaz de distinguirlo?

Contra todos sus impulsos, contesta:

–Estaré lista.

Él se acerca con cuidado a la cama, coge su anorak y se dirige a la puerta. Desde el pasillo iluminado por lámparas, se vuelve para mirarla por última vez antes de cerrar la puerta.

Junto a la cama, Ellie abre su maleta maltrecha y extiende el negligé y la ropa interior de encaje que se compró en Manhattan ayer. Se los llevó a Brooklyn en tren, bien envueltos en papel de seda en una fina caja de cartón blanco, convencida de que los otros pasajeros sabían qué contenía. *La he conservado todo el tiempo que me ha dado la gana*, deseó decirles. Lleva el neceser al cuarto de baño y abre el grifo de la bañera. Tarda una eternidad en salir agua caliente, pero poco después está enjabonándose y enjuagándose con una palangana metálica que ha dejado junto al lavamanos el ama de casa del piso de abajo, la mujer de las cerezas congeladas. Se planta desnuda frente al espejo empañado y, pasando la mano húmeda por la superficie, encuentra su reflejo. Como no se ha mojado la cabeza, se cepilla el cabello y después echa los pelos en el inodoro, sin olvidarse de tirar de la cadena. Envuelta en una toalla, sale a la habitación y corre las cortinas. Se pone el

negligé y nota el contacto fresco de la tela en la piel. Las bragas de encaje, por el contrario, se le remeten por detrás y le resultan incómodas nada más ponérselas. Ahora lamenta no haber llevado su albornoz manchado de pintura para taparse al principio de la situación. La verdad es que cada vez que se imagina el sexo es con un ventanal detrás de su amante, desdibujados los contornos de este en un borrón impresionista por efecto de la luz.

Mira por entre las cortinas y ve una cuña morada y naranja en el cielo de poniente. Arregla las camas y se sirve el resto del vino en su vaso. Ahora prueba diversas posturas para recibirlo: sentada en el borde de la cama de él, reclinada en el sillón, de pie junto a la ventana. El vino ha atenuado su sensación de humillación inicial, pero no se imagina sintiendo verdadero deseo. Todas las posturas se le antojan rígidas y pretenciosas. Se recuesta en el sillón con el vino y lamenta no haberse dado cuenta de que debería haberse cortado las uñas de los pies, o de que el vello de los brazos se le ha oscurecido ahora que ha terminado el verano. En los días calurosos y soleados se sienta en la escalera de incendios y se frota los brazos y el cuero cabelludo con zumo de limón para aclararse el color. Apura el vino y espera. Fuera la oscuridad se ha abotargado contra el cristal, y se ve a sí misma, enmarcada, mirar hacia el interior de la habitación. Esta doble suya un tanto perpleja siempre la acompaña. Se da cuenta de que Jake lleva ausente al menos una hora. La perspectiva de volver a vestirse para ir a buscarlo, de ponerse el abrigo sobre el negligé, la desmoraliza enormemente. ¿Acaso no se ha ofrecido ya como un saco de melocotones al final de temporada? No, esperará, hasta que él cruce la puerta.

Cuando vuelve a la habitación al cabo de treinta minutos, lo acompaña el aroma de la noche, un olor a humo de madera y hojas húmedas. Sin disculparse, se acerca a ella en silencio y la agarra de las manos. Ella se pone en pie, y de inmediato queda claro que él asumirá el control, que ha concebido alguna estrategia para desflorarla mientras paseaba bajo las primeras estrellas de la noche. La besa en la frente, luego en los labios, y después le desliza con delicadeza los tirantes del negligé por los hombros huesudos. La prenda cae al suelo con una suave ondulación. Jake le besa la clavícula y luego los pechos, con delicadeza, primero uno y luego el otro. Ella cierra los ojos mientras él le recorre con los labios el vientre y le quita las bragas; nota el roce áspero del encaje. Quiere desnudarlo, pero no lo hace, porque no sabe bien si debe. Jake la lleva de la mano a la cama y la sienta en

el borde, con ternura, a la vez que retira la colcha de color lavanda y pone al descubierto la intensa blancura de las sábanas. Apoya las manos en sus hombros y la echa hacia atrás, hasta que ella queda tendida y expuesta. Ellie siente el impulso de hacerse un ovillo y darle la espalda, pero se reprime y mantiene las piernas relajadas mientras él se desviste junto a la cama estrecha. Es una cama de niño, piensa Ellie, en una habitación con ventanas abuhardilladas, perfecta para un ensoñador o una niña con aficiones. Se obliga a volver a la realidad, intentando mantener todo su cuerpo relajado y visible. Se nota las rodillas y los pies fríos. Los pies de su madre, un poco grandes y planos. Él se inclina sobre ella, desnudo, acerca la boca a la suya, y se abre paso con los dedos dentro de ella. Al cabo de un minuto poco más o menos, ella tiende el brazo para tocarle el miembro, más que nada porque necesita algo que hacer, algo aparte de esa espera, sumida como se halla en un estado a medio camino entre el terror y el enamoramiento, su corazón como un puño hinchado dentro del pecho y su garganta como metal al rojo vivo. Pero él le aparta la mano con delicadeza, manteniendo la suya firme entre los muslos de ella. Cuando por fin se tiende sobre Ellie, ella nota su peso y de pronto todo parece ocurrir al mismo tiempo. Él no pronuncia ni una sola palabra, y ella desearía que pudiera haber un momento de ligereza, algún reconocimiento de lo extraño que resulta que él esté sobre ella, que ella tenga las piernas abiertas como una rana y las muñecas inmovilizadas contra la sábana, pero no hay ninguna broma ni ninguna palabra amable de aliento. Ellie había esperado, o imaginado, que seguirían siendo ellos mismos durante el sexo, y quizá eso ocurra, pero de momento él es un desconocido, un pecador en la iglesia con una expresión de adusta devoción en el rostro.

Cuando Ellie despierta al cabo de unas horas, la noche ha engullido la habitación y Jake no está. Según el reloj de la mesilla, aún no es muy tarde, menos de las nueve, pero ella habría dicho que son ya las doce. No han cenado, cae en la cuenta. Tiene la sensación de que llega a una casa desconocida, a la deriva, y se encuentra inexplicablemente –al menos durante unos segundos– desnuda y tendida en una cama individual. Cuando el pasado reciente cobra vida otra vez, se frota la frente allí donde ha arraigado ya una resaca. Se levanta y enciende una lámpara. Su ropa de antes cuelga de una silla y advierte lo reconfortante que es el roce de la áspera sarga de la falda contra los muslos, lo tranquilizadora que le resulta la tensión de los tirantes del sujetador. Se envuelve en su abrigo, sale al pasillo y baja por los

chirriantes peldaños de madera, procurando pisar la alfombra en la zona central de la escalera. Un ruido de cacharos de cocina llega de la parte de atrás de la casa. Echa una mirada a la sala de estar y al comedor, medio esperando encontrar a Jake Alpert leyendo el periódico o jugando a las damas con otro huésped del hotel. Pero allí no hay nadie. Retrocede hacia la cocina y ve a la mujer con su delantal secando vajilla con un paño. Esta se vuelve y parece sobresaltarse al descubrir a Ellie en el umbral de la puerta.

–Estoy acabando de lavar los platos. Su marido ha dicho que estaba usted indispuesta.

Ellie, de pronto confusa, nota su propio parpadeo.

–¿Lo ha visto? –pregunta.

–¿A su marido?

Ellie se la queda mirando y asiente.

–No, pero sí he oído el petardeo y ronroneo de ese coche exótico suyo en el camino de acceso. Se ha ido hace ya un buen rato. Parecía tener prisa.

–Gracias –contesta Ellie.

Atraviesa los salones de la casa, los muebles tapizados de tartán en las islas de luz proyectadas por las lámparas.

De vuelta en la habitación, enciende la luz del techo y se le intensifica la sensación de arenilla detrás de los ojos. Jake debe de haberse marchado hace horas, piensa, y desfilan por su mente las más diversas posibilidades y especulaciones: una rápida visita a la farmacia o problemas con el motor en una carretera rural. Pero ¿por qué no la ha despertado ni le ha dejado una nota? Ella tiene el sueño ligero, así que él debe de haberse vestido con sigilo o en el cuarto de baño, sin encender una sola luz. Se desploma en la cama revuelta y fija la mirada en la maleta de él en la otra cama. Al cabo de un momento se acerca y descorre la cremallera. Empieza a revolver el contenido, en un primer momento con la intención de ponerle la ropa en la cómoda. ¿Guarda uno sus cosas en la cómoda para una estancia de una sola noche? Ignora cuál es el protocolo adecuado, así que se limita a disponerlo todo ordenadamente en la cama. El neceser de afeitado es de cabritilla, tan suave y terso que parece un órgano extraído de un cuerpo caliente cuando lo saca de debajo del jersey de cachemira. Una vez que lo ha extendido todo, introduce las manos en cada compartimento y coloca unas cuantas monedas y un botón perdido sobre la almohada. Dentro del cuello del jersey de cachemira hay una etiqueta cosida a mano. Al principio piensa que debe de ser el nombre de una

tienda europea de ropa de hombre de Manhattan –«Martijn de Groot»– porque también lleva escrito un número telefónico con el prefijo 212. Pero luego encuentra las iniciales «MdG» bordadas en la chaqueta del pijama y comprende que Martijn de Groot debe de ser una persona, no una tienda de ropa de hombre de la zona alta. Se queda mirando el nombre y el número durante largo rato, descifrando cada letra y cada dígito.

Vuelve a bajar con el número escrito en un papel y pregunta al ama de casa si puede poner una conferencia con Manhattan. La mujer contesta que tendrá que medir el tiempo y solo puede darle un cálculo aproximado del coste, pero la acompaña al despacho, donde hay un enorme teléfono negro en el escritorio. Ellie descuelga el auricular y pide a la operadora que la ponga en comunicación. El timbre suena unas cuantas veces, y atiende la llamada una mujer entrada en años con acento sureño:

–Residencia De Groot.

–Busco a Jake Alpert –dice Ellie, sintiéndose absurda.

De fondo, los ladridos de un perro, luego:

–Debe de haberse equivocado de número, señorita.

–Lo siento mucho. ¿Quién vive ahí? Puede que haya anotado mal el número.

–Esta es la casa de Marty y Rachel de Groot. Buenas noches.

Se corta la línea mientras Ellie tiene el auricular todavía en la mano.

Apenas duerme, y cada pocas horas se despierta y se queda mirando el techo. Se siente aturdida, vacía. Se duerme vestida encima de la colcha junto a la maleta deshecha, con el abrigo todavía puesto. Todas las cosas de él están desparramadas por el suelo, pero ella no recuerda haberlas tirado. Por la mañana, vuelve a hacer cuidadosamente las dos maletas y carga con ellas escalera abajo. Paga por la habitación y la llamada telefónica en efectivo y pregunta a la mujer si sería tan amable de llevarla en coche a la estación. Ella adopta una actitud reconfortante y discreta, pide a su marido que acerque la ranchera e insiste en llevarla ella misma en una ocasión tan delicada. Por cómo se comporta, daría la impresión de que el marido de Ellie se ha fugado o ha aparecido en un depósito de cadáveres en el transcurso de la noche. Ellie desea decirle: «No es mi marido». Fuera, llueve a cántaros, y la mujer

conduce camino de la estación de tren a quince kilómetros por debajo del límite de velocidad, contándole en confianza sus propios pesares conyugales.

—A veces se pasa una semana entera sin hablarme, porque está deprimido o por lo que sea, pero luego lo supera. Al principio una no lo sabe todo y luego, hacia la mitad del camino, sabe demasiado.

Abraza a Ellie en el andén, y da una propina a un mozo de estación para asegurarse de que las dos maletas llegan sanas y salvas al tren. En Ellie ha visto por qué poco ha escapado ella del abandono conyugal. Se despide con un gesto, una mano contra el vientre, el puño cerrado en torno a un pañuelo de papel arrugado.

Ellie viaja en un asiento de ventanilla, atónita por la veracidad del paisaje en movimiento. Pasan de largo las vidas de otras personas: faros a través de la llovizna, un tractor balanceándose en un campo encharcado, una pareja que comparte un bocadillo en silencio en un banco a cubierto de una estación. Las mismas cinco casas de labranza blancas se deslizan ante ella. A lo largo de la noche, cada vez que despertaba, tenía los puños cerrados, pero ahora se siente débil a causa del desconcierto y el hambre. No ha probado bocado desde el almuerzo del día anterior: aquella escena en las mecedoras junto al arroyo se desvanece ya, las líneas tenues de un Vermeer. El paisaje flota en su visión periférica. De no haber sido por la etiqueta y las iniciales, podría haberse pasado media noche llamando a todos los hospitales y comisarías en ochenta kilómetros a la redonda. Da vueltas a la situación en su cabeza, contemplándola desde distintos ángulos. Aún no se había enamorado plenamente de él, pero albergaba la esperanza de que eso llegara a su debido tiempo. Se ve a sí misma de pie detrás de una ventana alta, observando un laberinto de tejos e intentando resolver sus pasadizos internos. Todo el asunto ha sido organizado con demasiada astucia y cautela para tratarse solo del engaño de un hombre casado a su esposa. Ahí se esconde algo de lo que ella se siente al margen, una configuración informe de fuerzas y sucesos de mayor envergadura.

En Grand Central, al apearse del expreso, toma la decisión consciente de dejar allí las dos maletas, y eso le proporciona una extraña sensación de alivio cuando se aleja libre de lastres bajo el enorme zodiaco del techo

abovedado y se encamina hacia el metro. Las bragas de encaje, la chaqueta de pijama con las iniciales, las cremalleras con borlas, todo ello partirá de nuevo hacia el norte del estado o hacia las catacumbas de los sótanos de Grand Central. Llega a Brooklyn a eso del mediodía y no se acuerda del cuadro hasta que lo ve apoyado junto a la puerta de entrada. Su futuro ha llegado, envuelto en papel marrón. Todavía no ha atado ningún cabo, pero la asalta un furtivo asomo de premonición, y se aproxima a la pintura con cautela. Después de colocar el cuadro boca abajo en la mesa de formica, retira la cinta adhesiva de los ángulos de modo que lo primero que ve de su falsificación es el dorso: el refuerzo del lienzo gastado, los soportes de madera manchados, el espectro de los excrementos de insecto que induce a pensar en un desván en algún lugar en la historia del cuadro. Se nota el pulso en los párpados, lo siente zumbar en los pulgares. Con cuidado, da la vuelta al cuadro y examina su obra. Siente asco pero a la vez alivio por haber recuperado la copia, por haber resuelto el mandala que la ha tenido paralizada durante dieciocho horas. Lentamente entra en el dormitorio, saca el original del armario y de su caja y lo lleva al salón. Uno al lado del otro, a unos pasos de distancia, salta a la vista que los ha pintado la misma mano. Pero cuando uno se acerca, los pasajes más ásperos son distintos, y los amarillos de la copia no poseen la misma vitalidad. Piensa en la cauta contención de Martijn de Groot, el modo en que le ha tendido el señuelo paso a paso –la subasta, el jazz, todo ese vino–, y no puede por menos que admirar su astucia. ¿Ha sido esto el entretenimiento de un ricachón, seguir el rastro de la falsificadora y manipular las entrañas de su vida? ¿Ha sido su virginidad lo que lo ha llevado a considerar que ya le había robado lo suficiente a cambio? Ella había dejado la puerta abierta de par en par para que él saqueara su vida, y él lo ha hecho de manera impecable. ¿Cuándo recibiría ella la llamada de un investigador privado o un inspector de policía para pedirle información sobre el original?

Se queda ahí sentada durante una hora poco más o menos, examinando las dos pinturas antes de envolver el original con el papel marrón de la falsificación. Telefonea a Gabriel a la galería.

–Según parece, tengo los dos cuadros en mi apartamento.

–¿De qué me estás hablando exactamente, cariño?

–Del De Vos. La copia y el original.

–¿Y eso cómo es posible?

–Cuando llegues aquí, el original es el que está envuelto en papel marrón.

–Quédate ahí. Enseguida voy.

Pero ella no se queda. Recorre el apartamento, de habitación en habitación, haciendo mentalmente el inventario de todo aquello que va a dejar atrás. La asombra ver cómo ha estado viviendo. La creciente mancha de humedad sobre la cama, la ropa sucia desperdigada, las torres de libros que el moho mutila lentamente. No es autodesprecio, exactamente, porque aborrece esa versión de la vida de Ellie Shipley con la misma intensidad que si perteneciera a otra persona que la ha agraviado. Sea cual sea la destrucción que ha atraído sobre sí del exterior, no le cabe duda de que le seguirá el rastro. Pero durante un mes, o durante seis, se dedicará tranquilamente a su propia resurrección, a recuperar las razones por las que en su día fue allí. Saca de la cómoda el pasaporte y el talonario de la cuenta bancaria, se guarda en el bolso un pequeño álbum de fotos, coge el manuscrito de su tesis y mete la Remington en su estuche. Un último vistazo desde la puerta a los dos cuadros, uno oculto y el otro al descubierto, antes de cerrar la puerta y dejar la llave debajo del felpudo. Escribirá una carta a su casero y otra al comité encargado de la supervisión de su tesis. Dentro de tres meses volverá para defender la tesis sobre las pintoras holandesas del siglo XVII. La única duda es adónde irá entretanto. El taxi la espera mientras ella entra en la sucursal de su banco y retira todo el dinero que le dejan sacar, diez mil dólares exactos. No quiere poner el efectivo en un sobre, y por tanto lo entierra en el fondo del bolso. Hasta que no llega al aeropuerto no encajan las piezas. Se imagina un apartamento en una buhardilla con vistas al Prinsengracht, o una habitación de una casa próxima a la Kalverstraat, en el barrio donde vivió y posiblemente murió Sara de Vos.

El billete lleva impreso su nombre de nacimiento, Eleanor Shipley, que siempre se le ha antojado demasiado formal para la hija de un capitán de trasbordador, pero ahora le resulta extrañamente reconfortante. Viaja en un vuelo nocturno con la Remington en el portaequipaje superior y llega a Ámsterdam al filo de un amanecer azul. Cambia dinero en el aeropuerto, dólares por florines, borrando su antigua vida ante la ventanilla de una cabina de cambio de divisa. Un taxi la lleva a un hotel cerca de la Leidseplein, y al mediodía recorre las pocas manzanas que la separan del Rijksmuseum. Pasa allí toda la tarde, dándose un lento paseo de expiación bajo las abrasadoras representaciones del Siglo de Oro holandés. Después, al atardecer, regresa a

pie al hotel. Se detiene en una tienda de ropa de uno de los callejones estrechos y serpenteantes y se compra tres conjuntos. Se pasa una hora allí y paga cien dólares en efectivo; no recuerda haber gastado jamás tanto en ropa de una sola vez. Ya de regreso en el hotel, se ducha, se pone el albornoz de cortesía y pide un filete al servicio de habitaciones. Saca la Remington de su estuche y la deja en el pequeño escritorio de madera que da a las vías del tranvía. A lo largo de toda una noche de trabajo intenta volver a sumergirse en el siglo XVII y escribe el siguiente capítulo de su tesis en papel del hotel.

Marty llega a la ciudad antes de las doce de la noche, abrumado por los remordimientos. Las sencillas sinagogas del Lower East Side, las iglesias de granito y piedra caliza de Midtown, todo ello lo lleva a pensar en el culto, en horas de devoción pasadas de rodillas junto a viudas sumidas en una aflicción indescriptible. Siempre ha deseado creer en algo mayor que él mismo, pero para cuando él nació, el código genético que contenía el temor de Dios había quedado inactivo en su familia. Sus abuelos calvinistas cargaron con su fe aterrorizada al marcharse de Holanda, erigieron santuarios en honor a ella que acabaron en todas las habitaciones de techos altos del ático: las pinturas y bordados de los Países Bajos eran un bálsamo para la depravación total del hombre. Como lo era el dinero. La familia había amasado una fortuna en el sector textil: las velas en los siglos XVII y XVIII, y paño de calidad superior en el XIX y el XX. En la casa, nunca se hablaba de asuntos bancarios; hacerlo era elevarlos al rango de idolatría. En lugar de eso hacían como si el dinero llegara sin esfuerzo y plácidamente desde lo alto, como si fluyera a través de los siglos igual que un sagrado manantial ancestral. Piensa en el resplandor de la benevolencia que sintió al principio, cuando desapareció el cuadro. El cosmos le concedió pequeños favores, como plazas de aparcamiento y réplicas perspicaces. Hasta que se aferró a la afrenta, la lustró como si fuera bronce, la agresión a su hogar, a su ascendencia y a su ego, como si hubiese pintado la escena él mismo. Después de eso todo se tornó ceniciento. La había inducido a salir del bosque como un animal huesudo, y ahora él tiene sangre en las manos.

Llega al Upper East Side sintiéndose ingrátido y estupefacto, avanza hacia un punto fijo en el espacio más allá de los haces de los faros, incapaz de

controlar el curso de sus pensamientos. Piensa en satélites rusos emitiendo sus señales a través del plasma del espacio, arrojados por encima de los continentes como un puñado de dados. Ahora hay allí arriba una nueva misión Sputnik, y no recuerda si dentro de la sonda viaja un animal. La anterior perra, *Laika*, al parecer se quemó al volver a entrar en la atmósfera. Vaya un final brutal y surrealista para la biografía de un chucho callejero. Las luces del salpicadero son de un verde claro y luminoso, y acostumbran atenuarse cuando él se detiene en un semáforo y el motor queda al ralentí. En punto muerto, el sonido del motor le recuerda los ruidos de un hombre gordo al sonarse la nariz. No se explica por qué conduce un coche tan ridículo. Al alzar la vista hacia el semáforo en rojo, ve a Ellie despertarse sola en la habitación abuhardillada del hotel de estilo Tudor. La magnitud de lo que ha hecho le ha impedido dormirse o hacer la maleta. Una única mancha de sangre en la sábana cuando se ha levantado a oscuras y se ha llevado la ropa al pasillo para vestirse. Ha conducido tres horas sin parar, con la radio apagada y las ráfagas del viento frío entrando por la ventanilla abierta. El semáforo se pone en verde y un taxi da un bocinazo. Entiende que nunca se perdonará a sí mismo.

Mientras avanza junto al parque, cae en la cuenta de que no puede presentarse ante Rachel; cambiando, pues, de sentido, se dirige de nuevo hacia Midtown para ir al bufete. Las calles están prácticamente vacías, los escaparates, habitados por maniquíes con ropa de abrigo de colores óxido. Aparca en el garaje debajo del edificio y por el interfono solicita la presencia de un guardia de seguridad. Cuando se abren las puertas del ascensor en el vestíbulo, aparece un hombre corpulento armado con una porra, sonriente, una persona sociable que agradece la compañía.

–Un poco tarde para trabajar, ¿no? –comenta.

Marty explica vagamente que se ha dejado unos documentos importantes en su despacho y después, inclinándose hacia el guardia, adopta un tono confidencial.

–Ando a malas con mi mujer, así que no venga a buscarme si me echo a dormir en el sofá de mi despacho.

El guardia de seguridad conoce bien esa situación, dice, y pulsa el botón del ascensor con repentina discreción. A Marty lo sobresalta el sonido vigoroso de la campanilla cuando se abre la puerta. Cuando se cierra, se desploma contra la pared del fondo del ascensor y hunde la cara entre las

manos. Cierra los ojos y siente el impulso de la subida del ascensor primero en el estómago y después en los oídos.

Abre y cierra con llave la puerta de la recepción y la circunspecta sala de espera, y se encamina en la penumbra hacia su despacho esquinero. Hace un breve inventario del escritorio de Gretchen: los lápices afilados, el papel secante y el tambor en miniatura que hace un año él le trajo de recuerdo de Jamaica. Arrastrando los pies, entra en su despacho, enciende la lámpara y se sirve una copa. Reclinado en el rígido sofá de diseño, mira por el ventanal. Nunca ha estado allí de noche, y tiene la sensación de hallarse en una fortaleza detrás del cristal, de que hay algo sólido entre él y los desfiladeros mercantiles de la ciudad. Los bloques de oficinas son fosforescentes en la oscuridad, emiten una refulgencia turbia que le recuerda al hielo seco. Se le ocurre que todo lo que hay detrás de la ventana es un espejismo, que todo lo que hay en su vida está emponzoñado de falsedad. Se levanta, va a sentarse detrás de su escritorio y, con un bolígrafo, empieza a escribir una carta en un bloc de papel pautado. Al principio, piensa que está escribiendo a Rachel, porque le pide perdón y enumera sus fechorías, pero a la tercera página comprende que va dirigida a algo o a alguien a quien no conoce: la perra rusa girando en el vacío del espacio, o los dos niños nonatos que perdieron hace años, o el hombre en quien podría haberse convertido, el trompetista con el magnífico tono aterciopelado que nunca vacila.

Sídney

Agosto de 2000

Marty de Groot en esmoquin de alquiler. Antes, ese mismo día, se ha comprado en Pitt Street unos zapatos negros de vestir, que ahora, mientras se acerca a la Art Gallery, le aprietan y rozan. Le han salido sendas ampollas en los talones después de recorrer a pie los casi dos kilómetros desde el hotel, con las manos frías en los bolsillos, bajo las higueras y las palmeras de Hyde Park. Piensa en su padre y en su antiguo jefe, Clay Thomas, ya fallecido, en los inveterados caminantes que andan con paso enérgico a través del aire nocturno con chaqués y gemelos. Nunca se propuso ser uno de ellos, pero aquí está, un caminante vestido de etiqueta. El director del museo se ha ofrecido a enviarle un coche, pero él se ha negado por razones que escapan a su comprensión. ¿Acaso ha sido porque Max Culkins toma el café muy dulce y lechoso y no le enseñó personalmente el museo? No es impropio de él desairar a un hombre por menos de eso.

Por la noche, la Art Gallery, bien iluminada, ofrece un aspecto austero: un templo griego que se alza entre los árboles. Los pabellones con columnas de piedra arenisca podrían formar parte de un juzgado, piensa Marty, a no ser por los estandartes verticales de vivos colores. Estos se hinchan y flamean en la brisa fría, ríos de seda sobre la entrada. «Mujeres del Siglo de Oro holandés», el letrero es tan grande que Marty lo lee sin las bifocales, que de todos modos se ha olvidado en la habitación del hotel. Ha conseguido proveerse de una pila nueva para el audífono, pero ha tenido que bajar el volumen para suavizar los estridentes impulsos auditivos de todo lo que le rodea. Empieza a ascender lentamente por la ancha escalinata de piedra para no agravar el estado de sus pies. Superar la octava década de la vida depende de mil contingencias. Siendo así, ¿cómo es que no lleva tiritas en el bolsillo del pantalón? La vejez es tener el nombre de un quiropráctico en la cartera.

Es recortar los cupones por pura devoción a los pequeños comercios con ofertas y por ejercitar la psicomotricidad de alta precisión. Es hablar sin ningún reparo a los noticiarios de la noche. Su audífono gorjea justo por debajo del nivel de audición real. El mundo sónico de la entrada y el vestíbulo le llega distorsionado y lejano, como si alguien arrastrara muebles bajo el agua.

La exposición está en una de las salas más pequeñas contiguas al vestíbulo principal, pero la recepción se encuentra en el alargado atrio de la entrada, donde la gente se entremezcla bajo las claraboyas ennegrecidas. A pesar de haberse programado para antes de los Juegos Olímpicos, la asistencia es buena. Y el hecho de que no haya pesos pesados holandeses –ni Vermeer ni Rembrandt ni Hals– ha atraído a un público serio y entendido. Aquí no hay figurones frívolos de la vida social, sino solo los seguidores del arte patrio y los críticos. Hay un prototipo masculino, cierto aire de pretensiones artísticas, que Marty reconoce después de décadas de asistir a inauguraciones: pelo canoso y largo bajo boina de lana o gorro de pescador griego, gafas de concha, pajarita con el nudo hecho a mano de colores de peces tropicales, camisa sin cuello con chaqueta a lo Nehru, perilla y barba de Van Dyke. Las mujeres lucen chales de batik y pendientes de aspecto indígena, vestidos oscuros con toques de color. Se da cuenta de que ha malinterpretado el nivel de formalidad de la velada, porque es el único con esmoquin, y para colmo de alquiler, vestido como un técnico de sonido en la entrega de los Oscars. Preveía la presencia de algunos de esos tipos con corbata negra, pero todos los hombres son dandis bohemios. Incluso Max Coulkins lleva un chaleco y un pañuelo de cachemira.

Se dirige a la mesa con copas de champán y alcanza un canapé de la bandeja de un camarero que pasa. En las inauguraciones los aperitivos siempre son muy salados, piensa, para inducir al consumo de alcohol y la relajación de los baremos estéticos. Un quinteto de cuerda toca algo de Bach o Vivaldi (no consigue distinguir si uno u otro) en un estrado bajo. Recorre a los presentes con la mirada en busca de Ellie. Han pasado dos días desde que ocupó un asiento al final del auditorio, aleccionó a uno de sus alumnos y huyó antes de acabar la clase. No tanto por cobardía, piensa, como por aplazar lo inevitable. A estas alturas, ella ya debe de saber por el director del museo que Marty de Groot se ha presentado en su despacho, recién llegado

del aeropuerto, con una obra maestra del siglo XVII envuelta en tela de billar. «Fieltro» era la palabra que intentaba recordar antes: ahora encaja en su ranura mental con un satisfactorio chasquido. Al menos así ella estará preparada para el encuentro. Si él tuviera un mínimo de compasión, se habría subido ya a un avión en lugar de andar renqueando en una exposición con los talones sangrando y una disculpa pendiente desde hace cuarenta años.

Toma un sorbo de champán y se dirige hacia la sala de la exposición. Como no tiene las bifocales y lleva el audífono a bajo volumen, se mueve con cautela y, sosteniendo al frente la copa de champán como la proa de un barco, se abre paso entre las olas de dandis intelectualoides y artistas lesbianas con chalecos de terciopelo. Por las indicaciones de un empleado del museo, deduce que no se puede entrar con comida o bebida en el espacio de la exposición, así que apura la copa y se la entrega a un guardia del museo desconcertado. Dentro, recorre lentamente el suelo de parqué para iniciar desde un rincón una lenta inspección del perímetro, empezando por Judith Leyster. Los Leyster cuelgan en sobrio contraste con la pared blanca, tenuemente iluminados. Tiene que acercarse para distinguir la composición, pero tan cerca la imagen se ve demasiado granulada y pixelada, un mapa topográfico salpicado de albayalde. Está tentado de ir a pedir las gafas de concha a uno de los dos octogenarios que ha visto. Reconoce *Hombre ofreciendo dinero a una mujer joven*, de Leyster; el granuja con el sombrero de piel y unas monedas en la mano ahuecada que mira lascivamente a la costurera. Pero en *La última gota*, donde el borracho en penumbra echa hacia atrás su jarra, Marty no consigue distinguir el esqueleto que ha vuelto a la vida. Durante todo un minuto piensa que el cráneo en la mano huesuda del esqueleto es una hogaza de pan ofrecida por una doncella.

Pasa a los Van Oosterwyck, las vanitas, los retratos y las naturalezas muertas florales, pero son poco más que hendiduras y rombos de color. Desanimado por su mala vista, retrocede hacia el atrio de la entrada y la mesa del champán. Coge otra copa y observa el remolino de vida social. Se siente afligido, refugiado dentro de sí mismo. Por alguna razón, cuando empiezan las formalidades, vuelto de cara hacia los arcos repetitivos, está evocando a todos los perros que ha tenido en su vida, pronunciando para sí los nombres de la sucesión de terriers. Nota que en la sala, detrás de él, se altera la presión del aire y, al volverse, ve a Max Culkins y Ellie en el pequeño estrado,

mientras los músicos del quinteto, cargados con sus instrumentos, se unen al público atento. Una salva de aplausos y después la alocución de Max, desprovista de significado y salpicada de momentos de pantomima: algún comentario jocoso, risas poco entusiastas y, de pronto, todas las miradas se posan en Marty de Groot, oculto al fondo. Sospecha que le han dado las gracias por acarrear el cuadro desde tan lejos. Levanta la copa de champán en un gesto de modestia y forma una sonrisa amable. Lo que ocurre entre él y Ellie, que ahora está ante el micrófono con un vestido malva, no puede definirse como contacto visual. Ve su rostro pálido enmarcado por su cabello canoso, y una postura que indica que acaso esté lanzando miradas en dirección a él, pero no ve con nitidez sus facciones ni su expresión. Capta algunas palabras de su discurso, «el arte es nuestro», «más universal»... Mira su copa de champán y finalmente sube el volumen del audífono.

Ellie lo ve al fondo de la sala –el único hombre con esmoquin–, y sabe en el acto que no está allí para arruinarle la vida. Mientras ella diserta sobre el arte, definiéndolo como la gran ventana hacia nuestra cultura, posa la mirada una y otra vez en los hombros encorvados de él. En sus sueños, ha concebido el melodrama en el que él la desenmascara en público, pero ahora ve a un hombre estragado por la edad, encogido y con las mejillas cetrinas, todavía atildado pero un poco tambaleante. ¿Ese es el hombre que tuvo la vida y los afectos de ella en la palma de su mano hace tantos años? Nunca ha pasado cuatro décadas sin ver a una persona, y el efecto es sorprendente. El cascarón del hombre joven que fue en su día sigue presente, en las aristocráticas nariz y línea de la mandíbula y en las manos elegantes, pero su cuero cabelludo casi calvo tiene la textura del papel secante y su piel es del color de un té flojo. Es la certidumbre cromática de la muerte. Le sorprende sentir una lástima repentina. Siempre lo había imaginado suspendido en un tiempo recordado: un adversario vigoroso, el hombre viril de sangre azul con mocasines de conducir, su brazo revestido de cachemira fuera de la ventanilla del Citroën a toda velocidad. ¿Acaso la promesa de una inmensa riqueza no era un claustro criogénico en el que envejecer? ¿No podían las décadas de las mejores comidas, las mejores vacaciones y el descanso en las mejores camas impedir el desmoronamiento del armazón y las manchas en la piel? Todos

esos años ha conservado su imagen de hombre de poco más de cuarenta años. Se da cuenta de ello durante su discurso, un telón de fondo para sus palabras sobre el papel de las mujeres en la sociedad holandesa del siglo XVII. «De algún modo, Sara de Vos fue capaz de ir contra corriente, de acceder a las escenas de exterior debido a sus circunstancias únicas. Con la nueva pintura fúnebre, tenemos también sólidas pruebas que inducen a pensar que siguió creciendo y fortaleciéndose en su arte.» Mientras dice todo esto, toma conciencia de que incluso el viejo apartamento de Brooklyn ha seguido siendo suyo, conservado exactamente tal como lo dejó en otoño de 1958. Las ventanas abiertas de par en par, los tarros rebosantes de disolvente, el moho del techo fosforescente por la noche, el tráfico de la autovía fluyendo tras las cortinas. Su propio museo de miseria y anonimato. Volvió a Nueva York varias veces por razones de trabajo, pero jamás fue a ver su antiguo barrio. Por lo que a ella atañía, Brooklyn era el cementerio donde enterró sus veinte años.

Cuando concluye el discurso, baja del estrado y decide ser la primera en acercarse. El fin de semana con él en el norte del estado de Nueva York nunca ha dejado de reproducirse y desarrollarse en su cabeza: los muebles tapizados de tartán del pintoresco hotel, la estrecha cama individual donde él la despojó de su virginidad mediante engaños. Ella se la había ofrecido porque estaba cansada de acarrear su virginidad como una penitencia, y Jake Alpert le pareció una apuesta segura, un viudo que volvía a entrar en la refriega de los vivos. Había imaginado que sería un amante cortés y paciente, un hombre maduro considerado, y en lugar de eso se encontró con un impostor adusto y silencioso. Nunca se recuperó de la sensación de violación, pero ahora algo cambia dentro de ella mientras se dirige hacia él. Cuando Marty la mira, ella ve que es arrepentimiento, y no venganza, lo que lo ha empujado a recorrer medio mundo. Es una mirada de autodesprecio dolido lo que asoma a sus ojos cuando, después de bajarlos, los alza lentamente desde los pies de ella. Se le demuda el semblante, y Ellie ve algo que conoce bien: aquella extraña mezcla de ternura y atención juguetona de hace medio siglo. Él sonríe y se encoge un poco de hombros.

De pronto Max Culkins aparece junto a ella. Los presenta cuando están todavía a unos pasos de Marty y la mesa de champán.

–Eleanor, me gustaría que conocieras a nuestro generoso benefactor, el

propietario del hermoso De Vos, *En el linde de un bosque*. Marty de Groot, le presento a Eleanor Shipley, la comisaria de la exposición.

Marty está casi seguro de que tiene los calcetines manchados de sangre. Quiere un whisky y darse un baño de agua caliente. Incluso sin las gafas, Marty respira con dificultad por tener a Ellie tan cerca. Dice:

–Eso he oído. He conseguido subir el volumen del audífono durante el discurso de Ellie. ¿Puedo llamarla Ellie?

–Por supuesto –contesta Ellie.

Max va a por tres copas de champán. Sobrellevan un incómodo silencio mientras el público pulula en dirección a la sala.

Max ofrece un brindis.

–Por las mujeres holandesas del siglo diecisiete.

–Eso, eso –dice Marty.

Entrechocan las copas y beben.

–El señor De Groot, aquí presente, tiene toda una colección de maestros flamencos y holandeses –comenta Max–. Ellie, tu misión de esta noche es convencerlo de que nos deje unas cuantas obras que el Met no quiere.

–Preferiría no pedir las migajas –contesta Ellie–. Preferiría convencerlo de que nos dé algo que el Met quiere a toda costa.

Marty se toquetea un botón del esmoquin. Conserva las uñas blancas y bien cuidadas.

–El Met me está envenenando lentamente y envía espías a comprobar cómo sigue mi salud renqueante. ¿Cree que será capaz de incluir el espionaje entre sus funciones de conservación?

–Haremos lo que podamos –interviene Max con cierta inquietud. Uno de los presentes capta su atención con la mirada–. Si me disculpan, tengo que ir a la sala y hacer la ronda con los donantes y la prensa. Marty, lo dejo en las competentes manos de Ellie.

Ellie y Marty lo observan desaparecer por el otro extremo del vestíbulo de piedra.

Diez segundos de silencio. Pisadas de zapatos de vestir en el suelo de parqué.

Marty cruza los brazos y deja a la vista sus gemelos de oro en forma de cabezas de león, la copa de champán en alto por encima del codo. Ellie advierte que todavía usa la misma colonia: un telegrama cítrico y alpino procedente de 1958. Él se balancea suavemente sobre las puntas de los pies,

como si se dispusiera a decir algo, pero de pronto se echa atrás y, enmudecido, fija la mirada en la aglomeración. Ella retrocede un paso y vuelve los hombros hacia la mesa del champán.

–Por si sirve de algo, no he venido a arruinarte la vida –dice Marty en voz baja y firme–. Eso debes saberlo de buen comienzo.

Ellie calla.

Él deja escapar un poco de aire entre los labios, como si estuviera a punto de silbar en el profundo silencio que hay entre ellos.

–¿Y a ti quién te dice que no me arruinaste la vida hace ya cuarenta años? –dice por fin Ellie.

–Por lo que veo, no volviste la vista atrás.

–Sí he vuelto la vista atrás, créeme –asegura ella.

–Pues ya somos dos.

Ellie observa el atrio de la entrada, los aficionadillos al arte y los rezagados que tienen más interés en la comida gratis y las burbujas que en una sala llena de obras maestras de pintoras holandesas barrocas.

De pronto ella se vuelve hacia él.

–¿Has venido hasta aquí solo para evocar viejos tiempos? –Su voz adquiere un tono que ni siquiera a ella le gusta, y lo atenúa con un sorbo de champán.

–¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado? Además, necesito desesperadamente una aspirina y tiritas.

Vaya, esa sensación de desenfadada prerrogativa, como si ella fuera a llevar pastillas y tiritas en el bolso. Se desencadena algo en Ellie, que ya no intenta contener su lengua. Dice, elevando la voz más de lo que pretende:

–¿Cómo es siquiera posible que sigas vivo?

En lugar de dar un respingo, Marty se inclina hacia ella, recreándose en su propia respuesta. Ese es el otro Marty de Groot, el hombre que lleva mil ocurrencias y réplicas en los bolsillos como diminutos papelitos de colores.

–Germen de trigo y betabloqueantes en su mayor parte –contesta él–. Una combinación milagrosa. Si Roosevelt no hubiese estado tan hundido por la hipertensión, quizá Stalin no se habría apoderado de Europa del Este en Yalta. ¿Lo has pensado alguna vez?

Ese comentario a ella le resulta exasperante.

–No, nunca lo he pensado. Ni una sola vez.

–Dicen que el arrepentimiento te corroe vivo –comenta él en voz baja. Se

mira las manos—. Pero en realidad te *mantiene* vivo. Te da algo contra lo que empujar. Por eso estoy aquí. Para disculparme. Te agravié y nunca he lamentado nada tanto en mi vida. He vivido esperando una señal, una manera de volver a cruzarme en tu camino. Y un día recibí la llamada del museo...

Sigue mirándose las manos, como si el pasado se le escurriera entre las yemas de los dedos. Todavía tiene los ojos tristes y oscuros, piensa ella, cuando no están al servicio del sarcasmo. Se acuerda de los remolinos de la reflexión, el sosiego bajo esa desenvuelta mundanería.

—Además, he pensado que te gustaría ver la pintura otra vez después de tantos años. La conoces mejor de lo que la he conocido yo nunca —añade él.

A ella se le pasa por la cabeza la idea de que él todavía no sabe que la falsificación ha reaparecido. ¿Cómo va a saberlo, a no ser que Max haya divulgado la embarazosa situación del museo? Después de presionar mucho a Max y dejarlo perorar largo y tendido sobre su posible legado y su jubilación, Ellie consiguió convencerlo de que le permitiera devolver ella personalmente la falsificación a Leiden. La pintura está ahora en el almacén del sótano, esperando a ser embalada por la mañana. Mintió y dijo que de todos modos tenía que hacer unas indagaciones rápidas en Holanda. Pero supuso que Max informaría discretamente a Marty de Groot sobre el *berenjenal* en el que se había metido el museo a causa de la pieza de Leiden. Esa era exactamente la palabra que habría utilizado, a Ellie no le cabía la menor duda. Pero a juzgar por la expresión de alivio en el rostro de Marty, desconoce el hecho de que la pintura prestada y su doble han llevado la vida y la carrera de Ellie a una encrucijada.

—¿Podrías darme la oportunidad de explicarme? —pregunta él—. ¿Podemos ir a algún sitio? —Se recoge la pernera del pantalón y le muestra la mancha oscura en el calcetín—. He perdido un litro de sangre por culpa de estos zapatos italianos. Cualquiera diría que son de madera, joder.

—¿No eres ya muy mayor para ese vocabulario?

Marty mueve la mano en un gesto de indiferencia, sin dejar de mirarse los pies.

—Eso parece doloroso. Acompáñame.

Lo guía hasta un ascensor, y bajan a las plataformas de carga y descarga y la zona de embalaje. Sabe que Q tiene un botiquín industrial en su despacho. Los fluorescentes se encienden con un parpadeo, y Marty se sienta lentamente en la silla giratoria. Ella se niega a curarle las heridas, si puede

llamárselas así, y le entrega unas tiritas y Panadol y lo observa con los brazos cruzados. Él levanta una pierna y se descalza cuidadosamente con un suspiro. Da la impresión de que le hubieran pasado un rallador por el talón, y Ellie no puede por menos de hacer una mueca.

–No consigo que la tirita se pegue –protesta Marty.

Es la voz de un niño, quejumbrosa y terca.

Ellie sale del despacho y va a buscar unas cuantas toallas de papel a la cocina de los embaladores. Cuando regresa, se las entrega y revuelve en el botiquín en busca de algún gel antibiótico. Después de observarlo enjugarse el talón durante unos minutos, por fin cede y se sienta en cuclillas delante de él. De cerca no huele a viejo, eso es lo curioso. Huele como un paseo por el bosque, como los caramelos de menta, la colonia y las maletas antiguas. Eso la desconcierta.

–Déjame a mí –le dice con impaciencia.

Golpetea el talón con una toallita de papel y la sujeta en el sitio antes de aplicar una fina película de gel transparente, que se tiñe de rojo al frotarlo con suavidad. Aparte del talón, la piel del pie es clara y de algún modo permanece indemne pese a ocho décadas de caminar por el planeta. No tiene callos, ni uñas antiestéticas. Ellie siempre ha dado por sentado que en la vejez los pies maltrechos y el calzado ortopédico son inevitables. Quizá ese sea el fruto de una vida entre algodones: unos pies eternamente jóvenes. Irritada, vuelve al botiquín y abre un paquete de gasas de algodón. Tras colocarle una gasa sobre el talón, retira el papel de una tirita, la aplica y hace presión.

Le indica que se quite el otro zapato y el calcetín.

–Debo admitir que no me importa ver tu sangre –dice.

Marty se anima: ella lo percibe en su cuerpo a pesar de que no lo mira. Repite el enérgico tratamiento en el otro pie.

Mirándose el apósito del pie curado, Marty dice:

–Nunca me he perdonado por lo que te hice. Lo siento muchísimo.

Por efecto de la luz limpia de los fluorescentes del despacho de Q, eso hace mella en Ellie. De pronto nota que se ruboriza y no sabe adónde mirar.

–Por si sirve de algo –continúa él–, estaba muy enamorado de ti, Eleanor.

Ella lo mira fijamente por encima de su rodilla, decidida a mantener la voz bajo control.

–Fue de una crueldad increíble. Pensaba que iba a casarme con Jake Alpert y tener una segunda residencia en Connecticut.

Marty desvía la mirada, y el despacho queda en silencio. Al final dice:

–No voy a justificar nada de lo que hice, eso para empezar, pero quizá te interese conocer...

–Conocer ¿qué? –lo interrumpe ella.

–El contexto.

–Una curiosa elección de palabra.

–Lo admito. –Decide proseguir–. La relación entre Rachel y yo se tambaleaba después de dos abortos. Y mi carrera de abogado avanzaba meteóricamente hacia su mediocre punto culminante. Para mí, las patentes eran un rompecabezas trivial, no significaban nada. Heredar una fortuna fue mi ruina como abogado, tal vez como persona. Por suerte, nunca puse los pies en la sala de un juzgado. Me aburría y no era feliz, y buscaba algo que me animara a levantarme por las mañanas. Tras el robo del cuadro, apareció en mi vida una especie de objetivo despiadado. Me inventé todo un despliegue de indignación, hablé del tema hasta matar de aburrimiento a todo el mundo, contraté a un detective privado y te seguimos el rastro hasta tu apartamento.

Ellie traga saliva.

–Dios mío, aquel apartamento... –dice.

–Mi intención era solo tender el señuelo y después entregaros a ti y al tratante inglés a la policía. Pero entonces ocurrió algo extraño. –Apoya una mano detrás del talón curado, y sus labios se convierten en una fina línea.

Ellie recorre con la mirada la pared cubierta de tablillas sujetapapeles colgadas y los archivadores de color verde industrial. Cabe la posibilidad, piensa, de que él se eche a llorar, y por el bien de ambos prefiere evitar ese espectáculo. Pero cuando Marty continúa, ella percibe de repente una nueva animación en su voz.

–No solo me enamoré de aquella australiana experta en arte, menuda, extraña y demasiado joven para mí, de la manera en que hablaba de los cuadros como si fueran una prolongación de su propia carne y su alma, sino que además descubrí que, en su presencia, me sentía tan a gusto conmigo mismo como no lo estaba desde hacía mucho tiempo. Me levantó el ánimo. Así que la cortejé... a ella y a mi yo nuevo y mejor... como si me fuera la vida en ello. Nada de eso fue falso...

Le dice todo esto mientras ella, de perfil, contempla las paredes.

–Pero entonces el engaño se enquistó, claro, y al final se propagó como un

cáncer. Nunca tuve aventuras, pero siempre me pareció que habría bastado una sola llamada telefónica para cruzar esa línea. Así que tú y yo empezamos a salir, y yo seguí maquinando, porque era arrogante y testarudo. Aquel era un plan descabellado y audaz. ¿Y quién coño era esa gente para venir a robar el cuadro de mi pared? Así que llevé la falsificación a tu casa el fin de semana que nos fuimos al norte del estado, consciente de que allí estaría cuando volvieras. En principio ese debía ser el momento de la revelación. Pero entonces, cuando estábamos en aquel hotelito triste del norte, te me ofreciste. Y eso era más de lo que yo podía tomar. Aun así, fui y lo tomé..., eso me ha atormentado desde entonces.

Para ella resulta extrañamente reconfortante saber que él ha acarreado esa carga que lleva escrito su propio nombre. Imaginaba que era la única atrapada como una mota en el ámbar de la década de 1950. Pero de pronto algo más pesa sobre ella y, volviéndose para darle la espalda, se pasea por el despacho. Fija la mirada en los gráficos de coeficientes colgados en la pared. Por debajo del remordimiento y la sensación de traición, percibe súbitamente un enorme y conocido sentido de la vergüenza. Tan conocido es, que se pregunta si, de hecho, no ha estado siempre allí, arremolinado en la boca de su estómago. Entiende que ella siguió pintando la falsificación durante años en su cabeza, que estaba siempre reparando el lienzo porque esa fue la última vez que pintó algo. Acudía a su mente cuando estaba ante su escritorio o en los viajes en coche al campo con Sebastian –se vislumbraba a través de la luz inestable de un sueño–, y siempre captaba su atención. La vergüenza no solo se debía al hecho de copiarlo, sino a que fue lo más cerca que había estado de crear algo perdurable. La falsificación no cesó después de que entregara el lienzo; prosiguió en el devenir de los años: el puesto académico distinguido, el matrimonio con un marchante, las publicaciones y su labor de comisaria de exposiciones. No le habrían ofrecido ninguno de esos trofeos si alguien hubiese sabido lo que había hecho. Entraba en galerías y tiendas de antigüedades de Londres convencida de que se encontraría a Gabriel con su maltrecho maletín y todo se desmoronaría en un instante. Lo entiende ahora en el despacho ordenado y bien iluminado de Q. Nunca dejó de pintar esa hermosa falsificación.

–Aquel fue un período oscuro de mi vida –comenta Marty.

–¿Seguiste con tu mujer? ¿Llegó a enterarse de la verdad?

–Hicieron falta años de terapia, un freudiano muy serio con mobiliario

danés tapizado de piel, pero volvimos del borde del abismo. Nunca di por sentado su perdón, pero cuando me miraba, veía siempre en sus ojos que se sentía traicionada. Le fui fiel, te lo creas o no. Fue como si hubiese tenido una experiencia próxima a la muerte, la muerte del alma, si no suena excesivo.

–Suena excesivo –confirma ella. De pronto se ablanda y vuelve a su lado–. Por si sirve de algo, nada he lamentado más en mi vida que pintar el De Vos. Nunca he dejado de mirar por encima del hombro, esperando que aquella vida ruinosa se me echara encima.

El aire se desplaza entre ellos. El silencio vuelve a imponerse, pero ahora de manera pausada.

–Vaya, excelente, el arrepentimiento es algo que tenemos en común – comenta él–. He intentado reparar el daño. Todo aquello de la recompensa y el anuncio en el periódico fue una disculpa. Ese dinero iba dirigido a ti. Imaginé que empezarías de cero... –Se le apaga la voz. De repente dice–: ¿Qué fue de ti cuando te marchaste?

–Después de la copia... –Empieza otra vez–: Después de la falsificación, me marché a Inglaterra, donde fui la ciudadana más respetuosa del mundo con la ley. Reñía a mi exmarido por aplicarse desgravaciones falsas en la declaración de la renta y nunca excedía el límite de velocidad cuando conducía. Me comportaba como una condenada santa. Da risa, la verdad.

–Te casaste, pues.

Ella asiente.

Él esboza una sonrisa.

–¿Tuviste hijos?

Ella niega con la cabeza.

–No estaba hecha para eso. –Mira en dirección al escritorio de Q, los vasos de lápices afilados y los albaranes de envío amarillos. Se le ocurre una cosa–. ¿Por qué interrumpiste desde el fondo de mi aula el otro día?

Marty sonrío.

–Aquel gamberro del gorro de lana se lo tenía merecido.

–Es buen chico, pero ingenuo.

–Hablabas de los Vermeer como de viejos amantes.

–Lo son, en cierto modo.

La conversación vuelve a decaer.

Se ha perdido el hilo, piensa él. ¿Qué queda por decir? Uno carga con

rencillas y motivos de arrepentimiento durante décadas, los cuida como quien vela junto a una tumba, y luego, incluso después de enterrarlos, permanecen en la periferia, esperando para tenderte emboscadas una y otra vez. El mundo vuelve a estar lleno de ruido. Oye los engranajes mecánicos del reloj industrial de la pared. Siempre le han gustado los relojes sencillos de esfera blanca con segundero rojo.

–Quiero enseñarte una cosa –dice ella–. ¿Puedes caminar?

–No pienso volver a ponerme esos zapatos.

–Pues tendrás que venir descalzo.

Ellie se pone en pie y coge el llavero de Q de un gancho en la pared. Aparte de los miembros del servicio de seguridad, Q y Max son los únicos que tienen llave de todas las puertas del museo. Lo lleva a una serie de almacenes. Él la sigue renqueante, jurando entre dientes.

–¿Sabías que casi todos los museos tienen una sala llena de falsificaciones?

–No lo sabía.

–Van llegando a lo largo de los años. Legadas o vendidas a la institución. Cada año la tecnología mejora y la mayoría de los museos siguen encontrando falsificaciones en sus propias colecciones. Muchas veces las han tenido expuestas durante años. Por supuesto, se sienten obligados a descolgarlas y mantener el asunto en secreto.

Da un tirón al picaporte de la puerta del almacén y prueba con otra llave. Oye la respiración de Marty a su lado. La cerradura cede y abre la puerta de acero. Dentro huele a aluminio y láminas de plástico.

–No quieren que las falsificaciones se introduzcan en el mercado, y quemarlas les parece una medida un tanto draconiana.

Enciende las luces y el abarrotado espacio cobra vida con un parpadeo. La copia de *En el linde de un bosque* está apoyada en un estante, de frente. La rodean otras obras, algunas envueltas, algunas desnudas. Un magistral Manet, un Julian Ashton, un Cézanne, un Picasso, un Brett Whiteley.

Marty pestañea y dice:

–Me he dejado las gafas en el hotel. Casi ni me veo la mano. ¿Qué estoy mirando?

–Mi hermosa mentira, Marty. Apareció poco antes de que tú, amablemente, nos trajeras el original.

Él ladea la cabeza, como si escuchara una voz procedente de otra habitación. Desconocía cuáles eran sus intenciones exactas cuando decidió

prestar el cuadro, pero esta contingencia parece integrada en el tejido de lo posible. Su acto de arrepentimiento ha sido también, por lo visto, un acto de maldad. Recuerda el día de 1959 en el que se reunió con el marchante inglés en un restaurante de la parte alta de la ciudad. El desastrado hombrecillo llevaba encima el original pero no la falsificación; afirmó que habían destruido la copia después de aparecer el anuncio en el periódico. Con gran alarde, le enseñó un sobre marrón lleno de ceniza y tiras de lienzo. Marty le preguntó por Ellie, y él le contestó que había vuelto a Australia. Al fin y al cabo, no era asunto de Marty qué había ocurrido con la falsificación. La intención era entregar la recompensa a Ellie —una expiación, el precio pagado por su propia culpabilidad—, pero una vez frente a ese hombre, que lo miraba con migas de pan en las solapas, no podía echarse atrás. Podría haber salido corriendo del restaurante y haber tirado el cuadro al río East. Así que Marty se llevó la pintura al lavabo de hombres, la desenvolvió y la examinó. Los antiguos clavos de cobre que recordaba estaban hincados en la carne del marco. Pero ¿y si eso también había sido fabricado entretanto y ese detalle también era falso? Dudó de su intuición a la vez que volvía y ponía el talón en la mesa con la palabra amargamente irónica *recompensa* escrita en la línea de concepto. El necio inglés dijo que habría preferido dinero en efectivo, a lo que Marty contestó: «No pago en efectivo a ladrones de mierda». El episodio entero concluyó antes de que llegara el filete poco hecho de Marty. Recuerda que comió solo porque desde luego no estaba dispuesto a compartir una comida con aquella rata. Lógicamente, ese individuo guardó y revendió la falsificación. Lógicamente, el pasado seguía vivo y palpitante en las venas del presente.

Se quedan hablando durante una hora en el restaurante cerrado del museo, desde donde contemplan los muelles de Woolloomooloo a través de los ventanales. Desde las aguas oscuras del puerto, las boyas emiten destellos azules y verdes, arrojando esquirlas de luz de un lado a otro, desde Bradleys Head hasta Garden Island. Ellie se sabe todos los nombres de las rutas de trasbordador; su infancia está escrita en los peñascos, las calas y las bahías. Le recomienda que, antes de marcharse, vaya al zoo y vea algunas de las casas antiguas del barrio de Mosman. Lo pone al tanto sobre la otra pintura

de De Vos, el cortejo fúnebre del niño, porque él confiesa que la exposición era un borrón de colores desprendidos de los marcos. Ella le cuenta que por la mañana viajará a Holanda para devolver la falsificación. Marty le hace muchas preguntas: el nombre del museo privado de Leiden, qué representa el funeral en detalle.

–Cuando esté allí, indagaré un poco –dice ella–. Quiero saber qué le pasó realmente a esa mujer.

–¿Me escribirás para contarme lo que averigües? –pregunta Marty.

–Con mucho gusto.

–Y no por correo electrónico. Una carta de verdad.

–En papel.

Contemplan a oscuras el parque que conduce hasta el puerto.

–Eres el primer hombre del que me enamoré –admite Ellie.

Él contiene el aliento y dice:

–Me cuesta imaginarlo.

–Sabías exactamente cómo atraerme.

–Porque yo también estaba colado por ti. Miraba tu exquisita falsificación en mi despacho por la noche y planeaba nuestro siguiente encuentro. Creo que me prendé de ti la primera vez que quedamos en la casa de subastas, por tu manera de hablar de los cuadros. Compré aquellos cuatro óleos sobre cobre solo para impresionarte. Me costaron una fortuna. Creo que ni siquiera sabía a qué estaba pujando.

–¿Todavía los tienes?

–Por supuesto.

Ella sonríe, con la mirada fija en el reflejo de él en la cristalera.

Oyen que están plegando las sillas en el atrio de la entrada, que el acto toca a su fin.

–De pronto estoy muy cansado –anuncia él–. Creo que ha llegado el momento de que este viejo se vaya a la cama. Dentro de unas horas estaré en pie con *jet lag*.

Analizan las posibilidades de cómo puede Marty volver al hotel descalzo y con ampollas en los talones. Se niega a calzarse de nuevo.

–¿Qué hotel es? –pregunta Ellie.

–No me acuerdo del nombre, pero está cerca. En algún sitio tengo la llave de la habitación con los datos.

–Se me ocurre una idea –dice ella–. Quédate aquí; enseguida vuelvo.

Al cabo de unos minutos aparece con una silla de ruedas del servicio de invitados y la zona de guardarropía.

–Monta. Te llevaré al hotel.

Él se horroriza.

–Por nada del mundo permitiré que me acarrees en ese trasto en plena noche. Me queda exactamente el veinte por ciento de mi dignidad, y ese paseo me costaría mucho más que eso.

Ella suelta una carcajada y, con un floreo, señala los costados cromados de la silla, como si fuera el premio en un programa concurso. Ahora es él quien se ríe.

–Iré descalzo –dice.

–En este país tenemos taxis.

–Acompáñame a pie –propone él.

Meten sus zapatos en una bolsa de papel marrón del restaurante y dejan la silla de ruedas junto a la barra. En el atrio de entrada, la concurrencia se ha ido dispersando; solo quedan los irreductibles y los borrachos. Los camareros del servicio de *catering* están recogiendo los pequeños platos y las copas de champán en recipientes de plástico. Algo pasa por la cabeza de Marty y toca con delicadeza el codo de Ellie mientras avanza descalzo. Es el grado de presión de la mano que uno reserva para el baile.

–¿Cómo sacaron la maldita pintura de mi casa? ¿Y quién tomó esas fotografías? Tu cómplice no me lo dijo.

Él mantiene la mano en su codo, ahora con el pretexto de que le ayuda a mantener el equilibrio. A ella la sorprende que ese contacto no le inspire rechazo, que no se produzca una sacudida eléctrica. De algún modo le sirve de consuelo a los dos. Desconcertada por ese hecho, intenta dar respuesta a su pregunta.

–La triste verdad es que no tengo la menor idea. No supe nada de la logística. Fui realmente el pincel de alquiler.

Marty inclina el rostro en actitud pensativa.

–El mismo detective privado que me dio tu nombre y dirección me dijo que, posiblemente, fue la empresa de *catering* que contratamos para la cena de la Sociedad de Asistencia que organizamos en noviembre de 1957. Pensaba que ellos hicieron el cambio, pero nunca pudimos demostrarlo.

Desde debajo del arco que lleva a la sala de la exposición, Max Culkins los mira incrédulo mientras se acercan. Marty se ve a sí mismo y a Ellie a través

de los ojos del director del museo: el viejo aristócrata descalzo, los dobladillos del pantalón de etiqueta remangados, renqueando con una bolsa de papel marrón en una mano y el codo de una comisaria en la otra. Marty inclina la cabeza en dirección a Max, que está siendo acorralado por una anciana donante, según parece. Marty le dirige un saludo militar.

–Espera, quiero ver el nuevo De Vos –dice Marty a Ellie.

–Creía que no veías nada.

–Puedes describírmelo.

Ellie se vuelve hacia la sala y se cruzan con Max Culkins bajo el arco. Max y la donante interrumpen su conversación para observar el espectáculo.

–¿Va todo bien, Ellie? –pregunta Max.

–El señor de Groot tiene un ataque de gota, pero voy a llevarlo al hotel.

Marty reprime una sonrisa. Se da cuenta de que Max Culkins quiere zafarse e interrogarlos, pero algo en su manera de arrastrar los pies por el parqué resulta tan surrealista que se queda sin habla.

Siguen hacia la sección dedicada a las pinturas de De Vos. Se detienen justo delante de la escena fúnebre.

Tras un momento de contemplación, ella explica:

–Es un cortejo fúnebre, pero acarrean un féretro del tamaño de un niño desde una iglesia a oscuras. Las nubes son densas e inquietantes. Ya sabes que los holandeses usan la palabra *wolkenvelden* para describir estos cielos. Significa «campos de nubes». El río está helado, igual que en tu pintura. La autora sentía un interés especial por el invierno y el hielo, igual que Avercamp. Hay niños y espectadores agrupados junto al cortejo o mirando desde el hielo. Río abajo se ve un pueblo, pero sin humo ni resplandor de fuego. Se percibe una calma sepulcral. El aspecto más insólito de la pintura es que da la impresión de que toda la escena se ha pintado desde arriba.

–¿Qué quieres decir?

–Como si la autora lo hubiera pintado desde lo alto de un árbol o de una casa. Toda la perspectiva es desde gran altura, situándose el punto de fuga más allá de los campos helados. Está firmado y datado en 1637. Creíamos que para entonces quizá ya habría muerto. O que al menos habría dejado de pintar.

Marty está a punto de decir: «Oye, podría ir contigo. A Leiden. Viajaríamos en primera. Recorreríamos la región en busca de su rastro». Fija la mirada en el cuadro e imagina su respuesta. Ella diría algo ocurrente pero

rotundo: «Los dos sabemos que eso sería interesante durante unas tres horas».

Después de unos momentos más en la sala, se encaminan hacia la entrada principal. No se ve a Max Culkins por ningún lado; solo quedan unos cuantos guardias de seguridad que echan continuos vistazos a sus relojes. Recorren el vestíbulo y la entrada y salen a la calle. Siguen por la acera de Art Gallery Road en dirección al centro.

–Vigila dónde pisas –aconseja Ellie–. Tengo la impresión de que los yonquis vienen al Domain a chutarse. Podrías pisar una aguja.

–De todos modos no me veo los pies, así que tendrás que protegerme de posibles desgracias.

Él le sujeta aún el codo con una ligerísima presión.

–Eso es mucha responsabilidad –contesta ella–. ¿Te has acordado del nombre de tu hotel?

Marty se rebusca en los bolsillos del pantalón la llave de la habitación. Se la entrega a Ellie para que la lea: Sheraton on the Park.

Llegan al final del Domain, donde, por encima de las copas de los árboles, asoma la catedral de Santa María. Las dos agujas idénticas despiertan en Marty un sentimiento de nostalgia por un amago de fe o religiosidad que nunca ha tenido.

–¿Podemos atravesar el parque? –le dice a Ellie.

–No me hace gracia la idea de que me atraquen mientras paseo con un anciano aquejado de gota –responde ella.

Dejan atrás la estación de St. James y giran a la izquierda para tomar por Elizabeth Street. Las calles están prácticamente vacías, pero reciben alguna que otra ojeada cauta de transeúntes muy abrigados. Sídney una noche borrascosa de agosto. Llegan al hotel Sheraton, y por fin él le suelta el codo.

–Aquí se acaba el recorrido –anuncia ella.

–Es una tontería, lo sé –dice él–, pero me encantaría despedirme con las gafas puestas. Durante toda la noche no has sido más que un remolino brillante con olor a jazmín.

Ellie se plantea dejarlo subir a su habitación a buscar las gafas mientras ella lo espera abajo. Pero al final decide que es un hombre de más de ochenta años y ha recorrido un largo camino solo para poner las cosas en orden, a quien solo le queda un número limitado de viajes en ascensor el resto de su vida, y no sería capaz de imponer su voluntad en la habitación de un hotel ni aunque lo intentara. No es que el tiempo lo haya convertido en un ser

asexuado exactamente –se percibe aún un pequeño sistema meteorológico de altas presiones suspendido entre ellos–, pero su potencia viene y va, una onda en los límites de la recepción radiofónica, primero ahogada, luego con renovada intensidad, hasta extinguirse.

Suben en silencio hasta su suite de la última planta. Ellie abre la puerta con la llave de él, una tarjeta, porque por lo visto forma parte de su nueva función. ¿Habría sido este su sino si se hubiera casado con un hombre quince años mayor que ella?

Marty, aferrado a la bolsa de papel que contiene sus zapatos, recorre la habitación con la mirada en busca de sus gafas.

–En realidad me alegro de que hayas venido –admite ella–. En cierto modo me ha servido para cerrar el asunto.

Él se queda mirando hacia el televisor con rostro inexpresivo.

Ellie localiza las gafas en la mesilla de noche y se las entrega. Cuando Marty se las pone, parpadea y la contempla por un largo momento.

–Aparentas veinticinco años, ni un día más.

–No volvería a mis veinte años por nada del mundo.

–Me hago cargo. Da igual. Tus sesenta parecen bastante plenos.

Ellie echa un vistazo a la suite del hotel y luego vuelve a posar la mirada en él.

–Mentiría si dijera que todo está perdonado.

–No mintamos.

–Pero ahora las cosas son como deberían ser. ¿Qué te parece eso como lección de vida?

Él se ríe un poco, parpadea para retener una lágrima que amenaza con escapar del ojo izquierdo.

–No cuadraría con el espíritu de las circunstancias hacer grandes alharacas. Así que adiós. Cuídate mucho, por favor. Creo que eres una persona extraordinaria que se cruzó en mi camino.

Para su sorpresa, Ellie siente una opresión en el pecho.

–Cuídate tú también –dice.

Por un momento, parecería que existe la posibilidad de un abrazo o un beso en la mejilla, pero enseguida se desvanece. Se estrechan la mano lentamente y después ella se vuelve hacia la puerta. Él la cierra, comprueba el pasador y retrocede despacio hacia la cama para desvestirse. Como sabe que no podrá dormir, enciende el televisor y salta de un canal a otro. Al final,

apaga el audífono y lo pone en la mesilla de noche, pero deja el televisor encendido. Nila lo reprende cuando hace eso, cuando se queda tumbado en su habitación, con un vaso de agua mineral, el sonido del televisor apenas un murmullo, sin el audífono, la hora y el día reducidos a un leve impulso. Toda una tarde en esa luz medio insonora de color azul plateado. Es entonces cuando mejor piensa: el pasado y el presente se funden en algo que cobra sentido para él. Lleva el pasado encima, en el bolsillo, como un frasco de antiácidos. Sobrevives a tu mujer, luego a tus colegas y amigos, luego a tu contable y al portero de tu edificio. Ya no vas a la ópera, porque la vejiga humana tiene un límite. Los compromisos sociales requieren estrategia y calibraciones del audífono. Todas las americanas de *sport* que tienes te quedan grandes porque no dejas de encogerte, convertidos los hombros casi en un murmullo debajo de toda esa tela. Esperas la muerte sin pensar en ella siquiera. Es un rostro en la ventana, mirando hacia dentro. Ocupas tres habitaciones de tu tríplex de veinte, con zonas enteras acordonadas igual que los pabellones para enfermos de cólera en un hospital. Vives entre los escombros del pasado, los llevas en los bolsillos, deseando haber sido decente, afectuoso, apto y valiente. En lugar de todo eso has sido vanidoso y egoísta, capaz de mostrar afecto pero siempre dando menos de lo que tenías. Te lo has reservado. Has acumulado. Has vivido entre objetos hermosos. Las pinturas en las paredes, las cocinas y los ríos holandeses, los festejos de los campesinos flamencos, despiden efluvios y se apagan con el paso del tiempo, pero te conectan con una ascendencia marcada por la necesidad, constructores navales y banqueros que los contemplaron mientras sus propias vidas se marchitaban. Al igual que los árboles, los cuadros han respirado el aire que los rodeaba y ahora exhalan parte de los átomos y las moléculas de sus anteriores propietarios. Esos cuadros podrían durar mil años, y la idea te levanta el ánimo mientras te adormeces, una capa justo por encima del sueño. Deslizarse por encima del estanque, como Rachel describía ese estado, ¿o fuiste tú quien se lo dijo a ella una vez? Deberías apagarlo todo en la habitación, pero no lo haces. Dejas las lámparas encendidas toda la noche.

Heemstede

Invierno de 1649 / verano de 2000

Una semana de nevadas sigue a un temporal procedente del norte. Una capa de hielo cubre las praderas y las ramas de los árboles. Poco antes del anochecer, Tomas y Sara contemplan la creciente blancura desde detrás de las gélidas ventanas de su casita de piedra situada en la parte trasera de la residencia principal. Cuando por fin Van Schooten se jubiló y se fue a vivir con su hermana enferma a Utrecht, Tomas fue ascendido a administrador de la hacienda. Poco después, Sara y él se casaron –en la primavera de 1638– y se instalaron en la casita. Cornelis, que pasa ya de los setenta años, no ha sido aficionado a la fatuidad de los títulos (mayordomo jefe, fregona, lacayo...), así que sigue llamando a Tomas «mozo de cuadra» y a Sara «pintora visitante». Ella da clases particulares a unos cuantos niños ricos de Ámsterdam y Haarlem durante los retiros veraniegos de estos, les enseña los principios de la perspectiva, a pintar flores y establos. En invierno ayuda a la señora Streek, a quien la escalera le resulta una dolorosa molestia. Aprovisiona las despensas y limpia las habitaciones de los pisos superiores, lleva la comida a Cornelis cuando él atraviesa una crisis de melancolía y languidece junto al fuego en su sala de té. Aunque de vez en cuando dibuja, la verdad es que no ha terminado un lienzo desde hace años. Por alguna razón, esa práctica se ha perdido entre la nueva rutina doméstica cotidiana. Es feliz –ella sería la primera en afirmar ese estado o emoción–, pero echa de menos la tensión de una obra inacabada, las miradas de reojo de un mundo que la observa a ella.

Pasan buena parte de la primavera y el verano al aire libre. Tomas es aficionado a las excursiones para coger setas, musgo y flores silvestres, o pescar truchas río arriba. La búsqueda de alimento es un entretenimiento que aprendió de Cornelis, y Sara sospecha que está intentando mantener viva la

llama de la recolección ahora que el anciano está recluido en su casa. Una temporada, Tomas pasó todas las horas del día acarreando madera a un lugar secreto en la finca conforme a las indicaciones de Cornelis. Su patrono le había pedido que construyera una cabaña de observación para permanecer atentos al límite oriental de la finca –los vecinos amenazaban con una escaramuza en los lindes–, pero Cornelis acabó olvidándose de todo. Así que en junio de ese año, Tomas reclamó ese pequeño puesto de avanzada y anunció a Sara que construiría una *zomerhuis* con vistas a las dunas costeras. Cuando hace buen tiempo y les apetece, recorren el camino hasta la cabaña de una sola habitación. Se asemeja a un joyero de madera pintada que se hallara enclavado en el lado orientado al mar de un risco. Sara prefiere la casita de piedra y la comodidad de su propia cama, pero cede al espíritu fronterizo de Tomas. Asan pescado en las brasas de fogatas al aire libre, nadan en el río, duermen sobre pacas de algodón y piel de oveja. Tomas levanta ordenadas pilas de brezo y setas, de la variedad cortinario rojizo, que Sara usa para teñir el hilo. Estas pequeñas ofrendas, entregadas muy en serio, le recuerdan a Kathrijn. A medida que envejece, Tomas siempre está cumpliendo siete años otra vez.

A veces, Sara pasa unas cuantas horas con su cuaderno de dibujo, contemplando el mar del Norte. Hace años que ningún tema se adueña de ella. Después del cortejo fúnebre, concibió otras obras ambiciosas, un puñado de forcejeos, pero con el tiempo la avidez se desvaneció en la cómoda satisfacción de la vida cotidiana. En ocasiones, reflexiona sobre eso mientras dibuja, sombreando una nube etérea o emborronando la línea amorfa de las dunas contra el cielo blanquecino. Le sorprende que no la abrume más esta despreocupación de sus días. Pero duerme bien y profundamente, el sueño de un perro de granja que ha pasado todo el día al aire libre. Desea que llegue la oscuridad, ese momento en que todo se acalla, y que Tomas cuente anécdotas de sus escapadas de juventud, de sus tíos marinos y de crueles solteronas. Un pequeño detalle en el diseño de la *zomerhuis* es un panel extraíble en el tejado en pendiente. Tomas se complace en abrir con gran alarde la habitación al cielo nocturno por encima del lecho improvisado, en obsequiar a su esposa ese rectángulo de estrellas y planetas. Aquí tienes, parece decir, he reunido todo esto para ti. Pero ella sospecha que nunca acabó de colocar todas las tejas. Le permite exagerar sus anécdotas y recitarle las cinco constelaciones que conoce antes de sucumbir al sueño. A ella este le parece el

amor más sincero.

Está pensando que parece mentira que pueda haber días más cálidos mientras contempla el mundo quebradizo desde la ventana de su casa, los carámbanos que se endurecen en las ramas de los frutales deshojados, el vapor de la escarcha ante las estacas de la cerca. Tomas interrumpe su ensoñación: ella tiene la mirada fija en el cristal empañado y más allá. Él le besa la mejilla y le dice que el mal tiempo va a darles una tregua. «Patinemos sobre el hielo por la noche», cuando lo dice, parece una invitación a maravillarse.

Ellie conduce desde Leiden en un coche de alquiler. Holanda en agosto es la viva imagen de la simetría y la contención calvinista, los campos verdeantes perfectamente cuadrados y surcados por canales de desagüe y de riego, sin una sola elevación en ningún sitio que curve las líneas de visión. A los holandeses les encanta retirarse a la campiña en verano, instalarse en cámpings de caravanas y casuchas no mayores que un invernadero. Viajan en traspordador a la ventosa isla de Texel o a las dunas de Zelanda para pasar un mes leyendo descalzos en una tienda de campaña. O van en coche a Alemania y Francia con sus remolques y una provisión interminable de papel higiénico y latas de sopa, temerosos de lo que puedan encontrar fuera de su propia provincia de domesticación acuosa. ¿Se han recuperado alguna vez de la intrépida obsesión del siglo XVII por exterminar todo lo salvaje? Y sin embargo anhelan ser libres, ir descalzos, hablar a las claras, sumergirse en la naturaleza; viven impacientes por realizar esa peregrinación anual para acampar bajo las estrellas. Ellie desea compartir esas observaciones con su pasajero holandés, pero sabe que él se lo tomaría a mal. Opta por contemplar la delicadeza del paisaje rural y reflexionar sobre todo lo que ha ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas, la nueva forma que ha adquirido su vida. Cuando se marchó de Sídney, un temporal invernal con vientos del sur azotaba la costa y ahora está conduciendo un Peugeot de alquiler con Hendrik a su lado y su propia falsificación en el maletero.

La tormenta se despeja poco después de caer la noche y sale una luna llena

de detrás de un paño de nubarrones. Tomas afila las hojas de los patines con una lima que utiliza para errar los caballos, lo suficiente como para cortar una manzana. Sara coge nueces, fruta desecada y una bota de cabritilla llena de vino especiado. Se abrigan con sus gorros, guantes y bufandas de lana, los patines anudados por los cordones y colgados al hombro, y salen al frío, su aliento como humo. La gelidez se ha instalado profundamente en el paisaje, ha producido sogas astilladas de hielo a lo largo de las parras sin hojas de los cenadores, y ha endurecido los goznes de la verja metálica. Se encaminan hacia un ramal occidental del río, un punto donde se ensancha a unos cuantos kilómetros del pueblo en ruinas. Ese es uno de los lugares de pesca preferidos de Tomas en verano, una profunda charca con rocas y remolinos donde a las truchas les gusta congregarse. La nieve les llega hasta la mitad de las pantorrillas mientras cruzan el bosque. El claro de luna traspasa las copas de los árboles y forma destellos y parpadeos. Sara alza la mirada mientras avanzan con dificultad a través de la nieve. Atisba la luna y unas cuantas estrellas amortiguadas por su aura lechosa. Cae en la cuenta de que no ha visto un cielo despejado desde hace meses.

Llegan a la orilla del río helado, el hielo es grueso y casi traslúcido allí donde el viento se ha llevado la nieve. Hay manchas de tal claridad que Sara ve los reflejos deformados del cielo nocturno. Los juncos son cascarones vacíos, ahora del color de madera arrastrada por las olas hasta la arena; traquetean y crujen movidos por la brisa. Se detienen allí los dos, rodeándole él los hombros con el brazo. Ella mira una ventana de hielo diáfano y piensa en los peces moviéndose por el fondo, mustios y aletargados, arrastrándose por el cieno frío que se desliza sobre el barro. Piensa en cómo los verán los peces a Tomas y a ella, una bestia bicéfala a través de la lente helada del río. Tomas arroja una piedra grande al centro para comprobar la dureza del hielo. Produce un ruido sordo y satisfactorio. Hay holandeses que clasifican la tesitura de ese sonido y establecen categorías en función del grado de dureza. Hay hombres que, durante heladas épicas, van patinando desde Leiden hasta Ámsterdam en cuestión de horas. Se sientan en las rocas frías para calzarse los patines y beben ambos un poco de vino especiado para entrar en calor. Sara es la primera en ponerse en pie y empezar a deslizarse por el hielo. Mantiene las manos tras la espalda y se impulsa río arriba con una pierna. Tomas se ve obligado a ir tras ella y la llama a la vez que sigue el trazado de las hojas de sus patines. Sara se vuelve para mirarlo, patinando de espaldas,

su rostro arrebolado por el desenfreno del júbilo.

–Vamos, viejo carcamal –le grita–. Pienso patinar hasta el mar.

Hendrik la guía en dirección a Heemstede con un raído atlas de carreteras. Le cuenta que en esa zona antes había muchas viejas haciendas y veraneaban aristócratas llegados de las ciudades.

–Ahora, abundan las casas rurales viejas y exhaustas y los chalés donde los turistas alemanes nuevos ricos pueden apoltronarse con toda su prole.

Ellie lo mira y ve que él sigue aferrado al fax que sostenía cuando ella ha llegado. Es un extraño cómplice en esta misión, pero siente que se ablanda con él.

Cuando llegó al museo privado de Leiden, él estaba en la entrada, con el fax bien sujeto como si fuera un billete de lotería premiado. Dadas sus interacciones en Sídney, Ellie esperaba que se mostrara distante, incluso un poco hostil, pero se hallaba en un estado que le confería un aire juvenil y cordial. Le ha explicado que un comprador anónimo de Estados Unidos ha ofrecido el doble de lo que pagaron por *En el linde de un bosque*. La transferencia había llegado hacía solo unas horas, después de localizar Hendrik al dueño de la colección en Suiza por teléfono.

–Cuando me anunció usted en su correo electrónico que venía para devolver el cuadro, me quedé muy confuso –dijo–. Pero ahora todo encaja perfectamente. El comprador le ha dado instrucciones a usted como su correo privado. Ha venido para ocuparse del papeleo y recibir las firmas originales antes de entregar la pintura en Estados Unidos. Mi jefe vuelve esta noche.

Ahí seguía la dicción entrecortada de espía de la Segunda Guerra Mundial y también la perilla fragmentada y los cuatro aros en la oreja izquierda, pero en su propio territorio ya no se le veía especialmente rígido o dogmático. Quizá ya no tuviera nada que demostrar. Ellie entró en la casa de obra vista de tres plantas junto al canal, estaba demasiado alterada para fijarse en las arañas de luces y las obras de arte colgadas. Solo en Holanda un archivista vestido como un anarquista atiende la puerta de una casa opulenta. Le preguntó si la pintura estaría a salvo en el maletero de su coche de alquiler.

–Vigilaremos su vehículo desde la ventana. Yo tengo la bicicleta sujeta con una cadena justo enfrente. ¿Le preparo un té?

Le dijo que permaneciera atenta a la calle y fue a preparar el té. Ella, mirando por la ventana, dejó que todo la impregnara. Sin duda, Hendrik consideraba extraño que devolvieran la pintura unos días después de inaugurarse la exposición. Al cabo de diez minutos, él se paseaba ante la ventana, con el platillo y la taza en la mano.

–El señor Van Foort anda al acecho por viejas buhardillas de Suiza – explicó, soplando por encima del borde de la taza–, como un tigre hambriento en busca de una presa fácil.

Después de hablar en esos términos durante un rato, se le ocurrió algo, se puso en pie y volvió con otro fax gris y borroso.

–Este ha llegado en plena noche, a la atención de usted.

Hendrik se lo entregó boca abajo, como dando a entender que no lo había leído.

Confío en que sabrás qué hacer con el cuadro, Ellie, ahora que toda reclamación al respecto se ha zanjado.

Sinceramente tuyo, MdG

Ellie advirtió que Hendrik no entendía ni remotamente el enigmático mensaje y sabía que no podía preguntar quién era MdG. El mundo del arte respetaba el anonimato, le atribuía rango de pureza.

–El comprador de Estados Unidos debe de estar interesadísimo en la pintura si no ha permitido que se exhiba en la exposición –dijo Hendrik. Sonrió para sí–. Tal vez no quiera que el público vea su joya privada.

¿Acaso Van Foort no había puesto en duda la lógica de la devolución? ¿O era tan posesivo con sus propias adquisiciones que comprendía perfectamente a este fanático comprador estadounidense? Ellie tomó un sorbo de té y aguardó a que la confesión saliera de su boca. Esperó el momento en que sacaría el informe de cincuenta páginas que contenía el análisis de la obra realizado por Helen Birch, la conservadora científica jefa de la Art Gallery de Nueva Gales del Sur, donde se demostraba fuera de toda duda que la pintura ahora guardada en el coche de alquiler de Ellie era una falsificación creada en el siglo XX. En el largo vuelo, Ellie imaginó qué diría a Hendrik y a su jefe. Se disculparía y asumiría toda la responsabilidad. Les preguntaría cuánto exigían a modo de compensación, para descargarlos de toda obligación. Podría incluso repetir una frase de una de sus cartas de dimisión cerradas

pero aún sin enviar: «Finalmente mi perdición fueron el tiempo, las circunstancias y el amarillo de plomo y estaño». En la luz septentrional que bañaba el postinero salón, esta explicación se le antojaba melodramática y falsa. Una declaración más sincera sería que había utilizado el lienzo de De Vos como terreno de prueba para su propio talento frustrado, que era temeraria, se sentía sola y estaba enfadada con el mundo, que ansiaba una suerte de comunión, hallar una capa debajo de las veladuras y el albayalde donde la propia Sara se abriera paso aun a través de la bruma del barniz antiguo, desolada por la aflicción, pero, de algún modo, impartiendo sabiduría pictórica. «Durante un millar de horas, deseé pensar con la mente y las manos de Sara y aislarme de todo lo demás.» Estas confesiones se hallaban mucho más cerca de la verdad, pensó. Pero en su vida no había público –y desde luego Hendrik no lo era– para esa clase de examen de conciencia. ¿A quién, aparte de ella, le importaba realmente por qué lo hizo? Desde luego ya no era problema de Hendrik. Él y su jefe habían quedado totalmente fuera de la ecuación.

De repente deseó estar sola en la habitación de su hotel para poder asimilar la enormidad de lo que Marty acababa de hacer. Con tres líneas de tinta de fax emborronada, no solo había retirado la falsificación de los libros, sino que además le había dado permiso a ella para seguir con su vida. Por un momento se sintió liberada del miedo, pero también enojada por haberse escabullido tan fácilmente. En lugar de confesar, sin darse cuenta empezó a preguntarse por la procedencia de *Invierno con la comitiva fúnebre de un niño*.

Hendrik miró por la ventana y dijo:

–Mi jefe guarda todos esos documentos en su despacho. Solo sé que procedía de una viuda de Heemstede que estaba vendiendo el patrimonio familiar de óleo en óleo. No podía pagar el mantenimiento de una casa antigua o algo por el estilo.

Ellie lo observó pasearse ante la ventana y se preguntó hasta qué punto era ambicioso.

–Tal vez podamos asociarnos en algún asunto relacionado con De Vos –planteó–. Durante mi estancia aquí voy a hacer algunas indagaciones más, para ver si consigo atar algún otro cabo.

Hendrik se volvió hacia ella.

–¿No tiene que llevarse la pintura a Estados Unidos?

–Dispongo de unos días. La guardaré en un lugar seguro.

Él volvió a mirar por la ventana.

–Asociarnos ¿en qué sentido?

–¿Y si pudiésemos aclarar las cosas sobre lo que le pasó realmente a la autora? –propuso Ellie–. Sabemos que siguió pintando después de marcharse de Ámsterdam y debe de haber más información. Quizá podríamos escribir juntos un artículo sobre Sara de Vos. Sobre su último capítulo.

Hendrik clavó los ojos en ella desde el otro lado del salón, el halo de un canal iluminado por el sol detrás de su cabeza.

–Esa es una teoría que en esencia concibió usted –afirmó–. Ha erigido su carrera sobre la de ella. –Lo dijo con cierta irritación, pero Ellie, imaginando sus días al servicio de un jefe absentista, pensando en su bicicleta herrumbrosa encadenada a las estacas metálicas de la cerca de delante, adivinó que él se pasaba el día de brazos cruzados, infrautilizado, en espera de una oportunidad de acceder a la primera división de los museos públicos. Un artículo en colaboración podía ser su escapatoria de esa enorme mansión de piedra rojiza que nadie visitaba.

–Eso es cierto –contestó ella–. Pero ahora quiero enmendarlo. –Se envalentonó, con la sensación de que podía decir cualquier cosa. Volvía a tener veintiséis años, a estar en los comienzos, rebosante de ambición–. ¿Qué edad tiene?

–Treinta y dos años.

–¿Quiere seguir dedicándose a la conservación de pinturas que nadie llega a ver?

Hendrik apuró su taza y miró por el ventanal.

–La vida profesional pasa en un abrir y cerrar de ojos –dijo ella–. Lo sé por experiencia.

Desde detrás, vio que él respiraba hondo y dejaba escapar el aire lentamente.

Cuando se volvió, Ellie advirtió que la miraba una persona distinta. Hendrik intentaba contener una amplia sonrisa.

–Sígueme, por favor –dijo, y la condujo hacia la escalera con un juego de llaves en una mano y el platillo y la taza en la otra. Subieron al *kantoor* del dueño, y abrió la puerta con una de las llaves–. Lo documenta todo, hasta el nombre del gato de un coleccionista de arte.

Ahora, en el coche de alquiler, ella lo mira cuando el Spaarne aparece ante ellos, salpicada la orilla del río de tilos y casas flotantes de madera pintadas

de colores verde botella y azul cielo. Él la dirige con ayuda de su anticuado atlas de carreteras, le dice que el camino de entrada a la casa rural debería «aparecer ante nosotros dentro de aproximadamente unos trescientos metros».

El aire frío le quema las mejillas mientras patina, impulsándose a largas zancadas, las manos a la espalda, el sonido de las hojas de los patines semejante al roce de un cuchillo contra una muela de afilar. Quiere recorrer kilómetros patinando, abandonarse hasta medianoche a ese placer tonificante. El hielo destella en los árboles deshojados a lo largo de la margen, complementando el parpadeo de las estrellas. La noche parece desprovista de su piel, como si ella se hubiera adentrado en su carne. He aquí el hueso y la armazón: los árboles que sostienen el cielo como la nervadura de un barco, el río convertido por efecto del hielo en un espejo demasiado opaco para ver plenamente el reflejo del cielo. Todo pasa de largo a toda prisa, salvo el cielo y sus pensamientos, que parecen ensancharse ambos y rotar en una imprecisa procesión en el sentido de las agujas del reloj. Se acuerda de pinturas, de comidas y de Kathrijn, y de algún modo una cosa lleva a la otra, luego de Barent y Tomas, luego de su madre haciendo calceta junto al fuego, luego de un frutero lleno de naranjas en una luz invernal. Todo está ensartado en el trazo de sus patines, precipitadas curvas y perfectas delineaciones de pensamientos nostálgicos. Se siente ligera sobre el hielo, una pasajera ingrávida.

Tomas patina muchos metros por detrás de ella, ya sin llamarla, pero dejando escapar de vez en cuando una risotada o un grito de agotamiento. Ella se ha medio propuesto patinar hasta las ruinas del pueblo y cantar a pleno pulmón hasta que Griet salga de su ermita para ver a qué viene tanto revuelo. Se olvida en un momento vertiginoso de que Griet ha muerto, de que sus huesos se blanquean en la tierra helada junto a sus hijos, su marido y sus vecinos. Hacia el final de su vida la llevaron a la casa y Sara la cuidó durante sus últimas semanas. Un lento debilitamiento, muy distinto de la aparente premura de la muerte de Kathrijn. Sara entraba en la habitación de invitados y descubría que Griet había abandonado el lecho de plumas y dormía sobre sus pieles de animales junto a la ventana abierta. Murió como había vivido, como

una espartana o una mendicante. Sara echa de menos sus conversaciones, las anécdotas del viejo pueblo. Se vuelve para cerciorarse de que Tomas sigue a la vista y lo ve doblar un recodo del río, con los dos brazos en alto, agitándolos como un ganso a punto de alzar el vuelo. Sara se ríe, patinando de espaldas, el vaho de su aliento ante el rostro. Hay espacios de tiempo, piensa, en que todos los sentidos vibran como una campana, en que el mundo rebosa una gracia fugaz.

Por un instante no sabe que se ha caído. El río, debajo de todo ese hielo, es un aluvión abrasador. El cielo iluminado por la luna da paso a una bóveda de cristal blanco hecho añicos. Un penetrante submundo de formas y sonidos distorsionados. Solo cuando intenta tomar aire se da cuenta de que ha sido engullida. Manotea por encima de la cabeza como si tratara de trepar por una escalera. Todo se apaga mientras se hunde hacia el frío cieno del lecho del río.

Sus pies son dos lastres de plomo, sus bolsillos llenos de piedras. Patalea pero no siente nada debajo de ella. Oye los patines de Tomas cortar y rascar el hielo por encima. Y de pronto oye su propia voz: no un grito ininteligible, sino el gemido de alguien que duerme en una habitación a oscuras en el fondo del río. Ese sonido la aterroriza. Ve elevarse su propio pánico en la columna de burbujas y entiende que todo lo que anhela está por encima de ella, más allá de la irregular grieta abierta en el hielo. La noche resplandeciente le ha sido arrebatada cruelmente de las manos. Ahora le parece inverosímilmente lejana. Se le nubla la vista; la rama de un árbol muerto asoma entre la turbiedad. Tose y siente que el río le abrasa el pecho. A continuación todo se vuelve más lento. Ve elegantes espirales de corriente moverse por encima de ella, arrastrando peces y residuos flotantes río abajo. Ve estrellas engastadas en el hielo, un segundo cielo amortiguado con sus propias constelaciones. Ahí está Tomas, que hunde una larga rama de árbol en el agua, que sumerge el rostro en el agua helada, vibrando su voz mientras se mueve entre uno y otro medio.

La viuda –la señora Edith Zeller– regenta la casa rural sin el menor sentido de la hospitalidad. Se presentan visitantes ricos de Alemania y Ámsterdam, cobran forma a partir de su registro de huéspedes, y luego ella los abandona

en sus habitaciones frías y recargadas. Si se averían las cañerías en invierno, o hay un bajón en las reservas, vende un cuadro o un escritorio antiguo. Viene haciéndolo desde hace años. Las antigüedades pagan el mantenimiento; y los turistas los suministros de la casa y la gasolina del coche. Una viuda sin liquidez rodeada de millones en riqueza acumulada. Ellie ve todo eso en la manera en que la mujer los inscribe en el registro, en el papel pintado donde se dibujan los fantasmas desvaídos de las pinturas vendidas, en sus indicaciones y en los carteles plastificados donde se indica que las duchas deben ser cortas y que ha de cerrarse el grifo mientras uno se lava los dientes. De algún modo, la viuda lleva el peso de la riqueza heredada. Los acompaña a sus habitaciones de la planta baja. La de Ellie, estrecha y un poco raída, la hace pensar en convalecencia y calientacamás: una palangana en el tocador, una toalla de mano bordada, una vista del jardín de verano venido a menos.

En la cena abordan el tema de la pintura fúnebre, interrogan delicadamente a la viuda sobre cómo llegó a sus manos, cuánto tiempo llevaba en la familia, etcétera. La señora Zeller les ha calentado un estofado de tubérculos y salchichas ahumadas para cenar, y Ellie se pregunta si les cobrará por esas sobras de hace días. Comen en una de las dos cocinas desastradas, ya que el comedor se cerró a los huéspedes hace mucho. La viuda les explica las fases del declive de la casa como si fuesen obra de Dios: la plaga de deterioro y fundas para el polvo tras la muerte de su padre, el frío y la humedad eternos en las habitaciones del piso superior cuando su madre y ella no podían permitirse el queroseno o la leña, el abatimiento cuando perdió a su marido y cuando sus hijos se marcharon de allí. Uno, banquero en Inglaterra; el otro, conserje en París.

—¿De dónde salió su colección de pintura? —pregunta Ellie.

—Algunos cuadros los dejó un tío lejano de la rama de mi padre y otros los compró mi propio padre. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo aquí muchos saqueos y soldados alemanes. Las familias de raigambre trataron de guardar sus tesoros en las casas de vecinos y en viejos graneros, para que sus reliquias no estuvieran a la vista. Muchos cuadros desaparecieron.

—La pintura que compramos hace unos años —dice Hendrik en holandés—, la escena fúnebre del niño..., ¿tiene otras obras de Sara de Vos?

La señora Zeller mastica y reflexiona.

—Sintiéndolo mucho, nunca he oído ese nombre.

Una fatiga repentina, una acometida de *jet lag*, invade a Ellie.

–¿Le importa que echemos un vistazo a su colección?

La viuda alza la vista por encima de su tazón de estofado.

–Está dispersa por toda la casa. Parte en el desván, parte en los salones, parte Dios sabe dónde. Mi abogado de Heemstede prepara los documentos cuando vendo una obra. Creo que en algún momento hizo inventario.

Terminan de cenar y dejan de hablar de cuadros. Más tarde, cuando se ha recogido la mesa y se han apagado la mitad de las luces de la casa, la señora Zeller les lleva más toallas a las habitaciones. Las toallas están rígidas y ásperas y huelen a limón. Ellie le da las gracias y sale al pasillo a charlar con ella antes de acostarse. Sin venir a cuento, la señora Zeller le pregunta si van a ir a ver las ruinas mañana.

–Están junto al antiguo poblado. Un lugar agradable para un pícnic – explica–. En Holanda tenemos muchas ruinas pero muy pocos castillos. A los holandeses no les gusta la nobleza.

Ellie de buena gana sacaría a relucir la adoración de los holandeses por la reina Beatriz, pero en lugar de eso constata lo que acaba de oír.

–¿Qué ruinas son esas?

–El viejo pueblo –responde la viuda.

–¿El del cuadro?

Ella asiente, pero de pronto se muestra cauta y temerosa. Ellie se pregunta, no por primera vez, si padece de demencia.

Hendrik ha salido de su habitación para escuchar.

–*Mijn vrouw* –dice en holandés–. ¿Son esas las ruinas del pueblo que aparece pintado en el cuadro? La pintura de la comitiva fúnebre.

–A todos los habitantes los enterraron allí –explica la viuda–. Les prepararé unos bocadillos de queso para un pícnic.

Les desea buenas noches y se aleja por el largo pasillo.

Sara despierta a altas horas de la madrugada, la enorme casa a oscuras y abotargada a su alrededor. Está en una estrecha cama de plumas en la sala de té, envuelta por el resplandor del fuego. Sabe que ese es el lugar donde Cornelis atiende su melancolía y se bebe Oriente de taza en taza. Arde bajo una montaña de mantas, el pelo empapado en sudor bajo un gorro de algodón.

Intenta incorporarse y aparta la ropa de cama, pero vuelve a desplomarse, exhausta. Hay fuego encendido en la chimenea, y ve a Barent desmoronado en una silla, una gaceta con las hojas dobladas en el regazo. Tarda un momento en caer en la cuenta de que es Tomas quien está ahí sentado, que este es un tiempo distinto, una vida distinta. Ha soñado con Barent, que ella seguía a Kathrijn por el bosque hasta el interior de una cueva. Cuando cierra los ojos sigue viendo imágenes. Tulipanes negros y nervios de hielo resplandecientes. Vuelve a incorporarse en la cama y mira la nieve acumulada. Tiene mucha sed, pero no quiere despertar a Tomas. Se los imagina a los dos, a él y a sí misma, cruzando a nado juntos un plácido lago; después vadean un río junto a un campo donde galopan unos caballos. Vuelve a despertarse de otro sueño.

Por la mañana, tiene a su lado a un médico de Haarlem y a Tomas. El médico lleva un delantal con una pequeña mancha de sangre en el dobladillo. ¿Será mía?, desea saber. Quiere preguntarlo, pero hablar le exige un esfuerzo extraordinario. Entrevé los dedos de sus pies congelados, la base ennegrecida de las uñas. Ya no le pertenecen más que los frascos de cristal blanquecinos de la botica que hay en la repisa o el barrizal de nieve fundida que se encharca en el huerto. Se mira las manos, y la invade una sensación de alivio: esos dedos rosados y huesudos son solo míos. Señala una pluma de oca y una carta a medio escribir en el escritorio, una de las tristes epístolas que escribe Cornelis a corresponsales extranjeros. Al dorso, Sara escribe: «Quiero estar en mi casa, en mi cama». El médico dice que no se la puede mover. Pero está la cuestión de la sangre en su delantal y el color carmesí que adquiere bajo la luz invernal. Tiene la forma de un león rampante, igual que el de la bandera de la provincia. Han enviado emisarios para que vengán a buscarla; llegarán con mirra y bulbos de tulipán envueltos en muselina, los vástagos de *Semper augustus*.

Ellie y Hendrik fueron en bicicleta hasta las ruinas por la mañana temprano, llevando consigo oportunamente los bocadillos de queso y los manteles de hule para un pícnic. Ahora Ellie ha vuelto sola, la falsificación retirada ya del marco y el bastidor y plegada en triángulos dentro de su mochila como una bandera que se dispusiera a desplegar. Hendrik piensa que la pintura ha

quedado en Leiden a buen recaudo hasta que ella viaje a Estados Unidos. Por un momento fugaz, Ellie pensó que encontrarían la atalaya desde donde Sara pintó la escena fúnebre. En lugar de eso hallaron restos de obra de mampostería y montículos de escombros, alguna que otra base de chimenea, un dintel o marco de ventana, pero nada revelador. Aun así, este es terreno sagrado, un lugar por el que Sara pasó o donde vivió. Los textos de las lápidas rotas del cementerio son casi ilegibles, unos cuantos nombres y fechas grabados, ennegrecidos por el paso del tiempo. Esa sensación de ceremonia –quemar el lienzo a la orilla del río– probablemente está fuera de lugar. Siempre ha sido atea y desconfiada de los rituales de los creyentes. Pero por alguna razón la idea de prenderle fuego a modo de ofrenda, por así decirlo, a Sara de Vos la atrae. De debajo del fregadero de la viuda ha cogido unas cerillas y líquido para encendedor. Extiende el lienzo en la orilla y lo rocía con el líquido. Cuando enciende la cerilla, queda en el aire un olor a azufre quemado. Los ángulos del lienzo se ennegrecen y abarquillan. Observa alabearse las capas de pintura, desaparecer la imagen en estrías de humo. El lienzo se chamusca primero por las esquinas, allí donde la pintura es más tenue. Cuando prenden los amarillos vivos de las bufandas de los patinadores, ve un fogonazo semejante a un pequeño brote estelar o una incineración de vidrio. Es hermoso verlo consumirse lentamente sobre la hierba de la orilla. Mientras arde, Ellie se pregunta si alguna vez volverá a pintar algo propio.

El tercer día de fiebre Sara pide un espejo de mano y un cepillo para el pelo. Se incorpora en la cama y se cepilla el largo cabello, sosteniendo cada mechón entre las yemas de los dedos. El rostro que aparece en el marco ovalado pertenece a una desconocida. Las mejillas encarnadas, los labios agrietados, una expresión de fatiga en los ojos. Devuelve con rechazo el espejo a Tomas.

–¿Te acuerdas de cómo se apresta un lienzo y se prepara la capa de pintura base? –le dice.

Ha recuperado la voz, pero la tiene aún ronca y débil, por posibles daños en la garganta, según el dictamen del médico. Tomas, cruzado de brazos, la mira con impaciencia.

–Así te conquisté. Claro que me acuerdo.

Ella levanta las manos para mostrarle el tamaño y pide una base de tonos cálidos y terrosos.

–¿Seguro que ya estás en condiciones de pintar? –pregunta él–. El médico ha prohibido toda clase de esfuerzo.

Ella se desmorona de nuevo sobre las almohadas y cierra los ojos.

–Pintaré en la cama para tenerte contento.

Esa tarde aparece un lienzo preparado junto a la cama, montado en un bastidor de madera confeccionado con estacas de cerca. Mide treinta por treinta centímetros. La base es un poco más oscura de lo que ella quería –más rojiza que arcilla cálido–, pero está bien hecha, alisada y uniforme. En la mesilla de noche se encuentran los pigmentos básicos que constituyen su paleta: albayalde, azul cobalto, ocre amarillo, un toque de azurita. No se hace idea de cuánto tiempo ha dormido. Tomas, de nuevo a su lado, sostiene una bandeja con un tazón de sopa.

–¿Qué vas a pintar? –pregunta.

Ella se encoge de hombros y mira por la ventana. Vetas de crepúsculo tiñen los olmos deshojados en lo alto de la colina.

–Nada con nieve o hielo.

Tomas sonrío, le toca el hombro y la deja comer y trabajar.

Sara sabe que eso será lo último que pinte. Por un momento, la abruma la magnitud de tener que elegir el tema adecuado. Antes de ese primer trazo de tiza clara, antes de que el dibujo subyacente cobre forma y proporciones, siente una punzada de dolor por todo aquello que no ha llegado a pintar. Los pinzones revoloteando bajo las vigas del establo, Cornelis leyendo en el cenador, Tomas inclinado sobre sus rosas en el jardín, las flores de los manzanos, unas nueces junto a unas ostras, Kathrijn en la plenitud de su corta vida, Barent dormido en un campo de lilas, los gitanos en el mercado, los parranderos a altas horas de la noche en las tabernas... Toda obra es una representación y una mentira. Reorganizamos a los vivos, exageramos la luz, insinuamos el atardecer cuando en realidad brilla un sol de mediodía.

A continuación empieza, apartando el remordimiento con suaves trazos de tiza clara. Como siente el pulso poco firme, primero practica al dorso del lienzo. Elige una pose y una representación antes de darle la vuelta. Pinta una serie de líneas y texturas a lo largo de toda una tarde, y la mano y el ojo van readaptándose. Por momentos sucumbe al agotamiento, pasa horas dormida con el lienzo boca arriba, sobre el pecho, secándose las capas una por una.

Quiere pintar algo que nunca antes ha plasmado, algo que sea verdad. Pueblan sus sueños febriles ojos de peces, ojos negros como moras junto a la orilla del río, los chirridos de los patines de Tomas por encima de ella, la luna pálida a través de la ventana de hielo. Le arde la piel solo de recordarlo. A veces la despiertan sus propios gemidos. Abrir los ojos es volver a tierra, descubrir la casita de piedra sumamente sólida y angulosa. Pinta durante otra hora, y después se pasa largos ratos mirando por la ventana. Un día, en algún momento ya cerca del anochecer, Tomas se acerca a caballo a la ventana y le sonrío por encima del diamante blanco dibujado en el testuz de la gran yegua. Se llama estrella, recuerda, esa mancha en la cabeza de un caballo. Quiere recordar los nombres. Quiere recordar a Tomas mirándola en el crepúsculo.

Ellie se lleva una linterna y unos guantes a las habitaciones del desván. Mientras sube por la estrecha escalera, el olor a humedad es un ser vivo. Prende en el fondo de su garganta, un visceral recordatorio de Brooklyn. Teme lo peor, que si hay allí docenas de pinturas –escondidas de los nazis, según sostiene la viuda–, presenten daños irreparables. Las habitaciones están salpicadas de periódicos e insectos resecos, las paredes manchadas de continentes de moho. Cajas de libros y ropa enmohecidas, juguetes de madera en un cajón. Ahí no ha subido nadie desde hace mucho tiempo. Sigue por el pasillo hacia un tríptico de ventanas orientadas al norte, los cristales opacos a causa de la mugre. Al parecer, anidan palomas en el tejado, porque hay manchurroneos de excrementos en el suelo. En la pared hay un hueco provisto de una trampilla de madera. La abre e ilumina el mohoso interior con la linterna, pero dentro no ve nada más que cables eléctricos y telarañas. Vuelve a salir al pasillo y abre todas las puertas. En una pequeña habitación encuentra maletas y baúles maltrechos y mutilados, y empieza a abrirlos. Contienen fotografías amarillentas en blanco y negro de la década de 1920, instantáneas de vacaciones familiares y postales de hoteles extranjeros. Niños risueños junto a estatuas en parques y corriendo por playas del norte. En un baúl metálico encuentra ocho lienzos envueltos en una manta de sarga, enrollados por separado y atados con sus respectivas cintas, visibles a lo largo de los contornos los diminutos orificios allí donde se han retirado cuidadosamente los clavos de un bastidor. Se ajusta bien los guantes y

extiende la manta. Desenrolla cada uno de los lienzos y busca objetos con los que fijar los ángulos. Poco después tiene desplegadas ante sí pinturas flamencas, holandesas e inglesas, algunas del siglo XIX, pero otras del XVII. Una le resulta familiar, por la técnica del pincel y la luz. Representa a una mujer joven sentada ante un caballete pero vuelta hacia el observador. Es un rostro franco y juvenil, el cabello oscuro recogido bajo un gorro y la barbilla sobre una amplia gorguera de encaje. Pese a la soltura de las pinceladas y la relajación de la pose –el codo apoyado en la silla, el pincel en una mano como si fuera una pluma–, viste formalmente. Una artista en pleno trabajo jamás se pondría un vestido de terciopelo carmesí y una alta gorguera para pintar. Se ha vestido para una ocasión especial. En la mano izquierda sujeta la paleta de madera, una docena de pinceles, un paño. A su lado hay un lienzo inacabado en el caballete: un joven jinete encuadrado por una ventana de cristal emplomado, mirando hacia dentro, el haz de luz solar septentrional oblicuo como una corona en torno a su cabeza. Parece flotar en el espacio, desprenderse del lienzo y entrar en el taller de la artista. Ella, la pintora, todavía es joven, pese a la fecha, 1649, escrita en el ángulo inferior izquierdo. Tiene otra vez veinte años y está empezando, y se vuelve para mirarnos cuando cruzamos la puerta, sus labios separados como si se dispusiera a hablar.

Agradecimientos

Expreso mi agradecimiento en especial a la profesora Frima Fox Hofrichter por sus conocimientos sobre las pintoras holandesas del siglo XVII; a Stephen Gritt, director de conservación de la National Gallery de Canadá, por sus ideas en torno a los aspectos técnicos de la restauración y la conservación artísticas; y a Ken Perenyi, maestro falsificador de arte, por someter a examen mis invenciones.

Las técnicas de falsificaciones proceden de entrevistas y de detalles extraídos de tres fuentes: *The Fake's Progress* de Tom Keating, Geraldine Norman y Frank Norman; *Caveat Emptor* de Ken Perenyi; y, sobre todo, *The Art Forger's Handbook* de Eric Hebborn. El capítulo que contiene la escena de pesca por la noche en el río Hudson se inspira en el icónico artículo «The Bottom of the Harbor» [En el fondo del puerto], de Joseph Mitchell, publicado por *The New Yorker*, un reportaje sobre anguilas, naufragios, marisco y el Protector de la Fauna Marina. El anuncio de los *beatniks* de alquiler del capítulo primero se basa en el anuncio real de Fred McDarrah aparecido en 1960 en *The Village Voice*.

Vaya mi más profunda gratitud a la difunta Wendy Weil, por su orientación y sabiduría, y a mis agentes, Emily Forland y Gaby Naher, por sus ánimos y sus aptitudes. Muchas gracias a mis editoras, Sarah Crichton y Jane Palfreyman, por su fe y perspicacia, y a mis primeros lectores: Karen Olsson, S. Kirk Walsh, Michael Parker y James Magnuson. Y muchísimas gracias a Jeremy Pollit por ser mi chófer, guía turístico y acompañante en los almuerzos en Edgewater, Nueva Jersey y alrededores.

Y por último, expreso mi enorme agradecimiento a mi mujer, Emily, y mis dos hijas, Mikaila y Gemma, por haber creído siempre en mí y haberme ayudado a sacar tiempo para escribir.



MAEVA

Título original: *The Last Painting of Sara de Vos*

© Dominic Smith, 2016

© de la traducción: Isabel Ferrer y Carlos Milla, 2017

© MAEVA EDICIONES, 2017

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

Diseño de cubierta: Opalworks

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-17108-26-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita **nuestra web**

Maeva Ediciones en las redes sociales

